ESCOCIA VICTORIANA 4



EL HIGHLANDER Y LA ROSA PERDIDA

ISABELLA ABAD

El Highlander y la Rosa Perdida

Escocia Victoriana 4



Isabella Abad

©Todos los derechos reservados

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Epílogo
La serie continúa. Te cuento más:

Glosario

mo thruaighe — Ay, pobre de mí
clann-sìth — duendes traviesos del folclore highlander
am fear òg — "el hombre joven"
cridhe — corazón
labhairt bog — hablar suave, dulce.
tha mnathan às dèidh — las mujeres lo persiguen
amadan mòr - gran tonto
sasannaich uaibhreach -inglesas insolentes

Capítulo 1



Por el callejón, rápido. El corazón se le salía del pecho y sus piernas ardían por el esfuerzo, desacostumbradas a la libertad de correr. ¡*Rápido, que no te alcance, esta es tu oportunidad*! *No la arruines. ¡Corre!*

Las calles parecían confabularse con su perseguidor, aquí y allá presentando obstáculos, burlándose de su urgencia. Cajas. Animales sueltos. Personas que empujaban con rudeza y vociferaban su molestia.

¡Adelante, no te detengas! Tropezó con una saliente y se tambaleó, cayendo hacia adelante, pero consiguió apoyarse sobre sus manos y se incorporó ágil, como un resorte nuevo que podía rebotar una y otra vez.

Miró atrás, sus ojos desorbitados y lo vio doblar la esquina y mirar a todos lados, ubicándola al instante, su cara contorsionada de furia. Redobló esfuerzos*. Adelante, mira adelante*. Boqueó, aspirando el aire de Spitalfields, impregnado de carbón y olores.

Sus botas chapoteaban en el barro y salpicaban, ganándose epítetos en la carrera, pero nada más importaba. Escapar, tenía que escapar. Había creído, ingenua que era, que su futuro no podía ser peor que el pasado que arrastraba y el presente que vivía, pero… Se había equivocado. Oh, ¡y cómo!

Las palabras de su hermano Thomas habían sonado como explosiones en sus oídos mientras ella buscaba llevar trazas de limpieza a la indignidad en que vivían. Situación que parecía importarle sola a ella, si atendía a la desidia con la que dejaban que la mugre les rodeara.

<<Es cuestión de tiempo, Beth. Días, tal vez. Lo apresuraría, pero el cliente se preocupa por lo que nuestro padre pueda pensar o hacer. ¡Cómo si el bastardo tuviera la mente clara! Pero no quiero complicarme; cuando el viejo estire la pata…>>

La risa había sonado cruel, deleitándose en su temblor, en el pavor de su expresión y en su cuerpo que se constreñía para hacerse más menuda. Su cuerpo era delgado hasta la fragilidad, modelado por comidas escasas y jornadas que no terminaban cuando el cansancio pedía tregua.

Thomas, el mayor de los hermanos, la sangre de su sangre, le hablaba de horrores próximos, y Beth solo podía soñar con desaparecer, con ser invisible. Sueños imposibles con los que pretendía calmar la incertidumbre del futuro que su hermano le auguraba.

<<Te pondremos a trabajar de espaldas, y te aseguro que no faltarán postores. Al menos para tus primeras veces. Hay muchos a los que les gusta esa estupidez de la virginidad. Podemos venderla varias veces… ¿Cómo lo verificarían esos borrachos y libidinosos?>>

La voz odiosa destilaba veneno y este no era más que la expresión de su alma ruin; y sonaba en su cabeza como advertencia. La había oído toda su vida, y nunca fue agradable ni magnánima, lejos de eso. Thomas era el peor de sus tres hermanos.

Al menos los otros dos la ignoraban, o aceptaban su rol en la casa. Beth, la que cuidaba al padre, el hombre enfermo que se deslizaba día a día hacia la muerte. Ella le limpiaba, le daba las medicinas que atemperaban el dolor, o le dormían.

Era la que mantenía medianamente ordenada y limpia la casa. Con frecuencia también el burdel. La que se movía gris por las sombras de la decadencia y no levantaba la voz.

Beth había aceptado eso. ¿Qué sentido tenía ir contra el destino que le tocaba? Había peores, mucho peores. El de su hermana Lucy, por ejemplo. La sombra de la niña alegre que fue vivía para dormir, fumar opio y atender hombres en las noches.

Eso… Eso era lo que Thomas tenía en mente para Beth, y no faltaba mucho para que pudiese salirse con la suya. Su padre ya no

se levantaba, estaba menos y menos consciente día a día La parca le rondaba, y los cuidados apenas lo mantenían cómodo.

Ella no lo hacía por amor, responsabilidad o culpa. Era auto preservación. Conocía a Thomas; él no era sino un despreciable ser que ponía precio a lo que le rodeaba. Hoy había confirmado sus intenciones, y Beth sintió algo romperse en ella.

La conformidad inmutable había dado paso a la rebeldía. Antes muerta que sometida. No iba a quedarse para convertirse en una esclava de instintos y bajezas ajenas.

Por ello, apenas tuvo la oportunidad, la tomó. Por eso corría como si sus pies tuvieran alas, cual Hermes, pero sin la divinidad del mensajero de los dioses.

Ella era pobre entre los pobres, creció en los márgenes de la sociedad de Londres, donde se sobrevivía atendiendo a los instintos basales de la clase media y alta. Así y todo, su virtud prevaleció sostenida por furiosa voluntad y ocasional protección paterna.

-¡Beth, maldita seas…! ¡Vuelve… Vuelve aquí!

Los gritos detrás, enredados con accesos de tos, insuflaron poder a su resolución, y aceleró, su pecho ardiendo. Él se cansaría… Si lograba perderlo…

Torció la dirección en una esquina, pero con tanta mala suerte que tropezó con un barril y trastabilló mientras las manzanas rodaban. Una de ellas fue trampa que la llevó al piso.

-¡Ay!

El golpe la dejó sin aire. Desesperada, pugnó por incorporarse y seguir, pero su instinto la hizo remediar el mal causado. El tendero no tenía la culpa de tu torpeza, y las frutas eran su pan diario. Estas giraban, escapando como si se burlaran.

Un comerciante gritó desde la puerta de su tienda:

—¡Ladrona! ¡Perdida! ¡No la ayuden!

No había robado nada, pero el grito bastó. Las miradas la atravesaron: mujeres con los labios apretados, hombres que se apartaban. Era una leprosa indigna de contacto. No encontraría ayuda en ellos.

Beth se arrodilló, tratando de juntar las manzanas antes de que las pisaran. Le temblaban las manos. Quería llorar, pero el orgullo se

le atragantó.

Un carruaje frenó de golpe. Los caballos bufaron por el tirón repentino de las bridas.

-¡Soo! ¡Alto, cuidado!

El cochero lanzó maldiciones, pugnando por el control de las bestias, y Beth gateó hacia atrás, escapando de sus patas.

Parpadeó, temblorosa. Era un vehículo fino, de esos de Mayfair. Debía transportar alguna pareja de nobles, tal vez algún duque o marqués. Oh, Dios, y ella estaba estorbando el paso.

Los Bobbies estarían aquí en un instante, y no sería para ayudarla. Desorden público, intento de robo, quién sabe qué acusación pesaría sobre ella si…

—¡No la ayuden! Es de los burdeles, se le nota… Una pecadora sin remedio—gritó una voz femenina alta e histérica, y la garganta se le cerró.

Lágrimas que ya no deberían existir se le formaron. ¿Cuántas, cuántas veces había sido repudiada, denostada e insultada? ¿Cómo era posible que todavía dolieran?

Trató de incorporarse, frenética, justo cuando alguien bajaba del carruaje. Las botas limpias de un hombre estuvieron a su lado de inmediato, y se agachó a su lado. Su sombra la cubrió del sol.

Para su estupefacción, el hombre comenzó a ayudarla. Sus manos grandes y rápidas tomaron la fruta y colocaron en el hueco de su delantal. Manos de hombre acostumbrado al sol, algo callosas, pero no como las de los estibadores.

El traje que vestía, del que en principio solo vio las mangas, y las botas, mostraban su clase, denotaba dinero. Beth levantó la vista. El rostro de un hombre joven, buen mozo, limpio, y sonriente la dejó muda.

Su sonrisa tenía dientes completos. Sus ojos parecían danzar con buen humor. *No es de aquí*. Su expresión abierta, la falta de formalidad, el hecho de que no había asco ni desdén en su mirada lo mostraban.

—Gracias—susurró.

—De nada, señorita—Se quitó el sombrero en un gesto cortés—. Hamish MacLaren, para servirla.

Su voz era grave, y su acento y su nombre reafirmaron que no era de Londres. O de Inglaterra, vamos.

—Beth Moreland—susurró, identificándose con el apellido de su madre.

El único que quería. El de la mujer que añoraba cada noche, con fiera nostalgia del forzado adiós que la muerte había impuesto cuando era una niña.

Una mujer en la vereda masculló:

—Milord, deje a esa mujer, no se acerque, no la toque. Está más allá de la salvación.

Beth enrojeció y su temperamento hirvió, pero él pretendió no oír, y no miró a la que la exponía con desprecio. Una de tantos que hablaban de su destino de perdición.

Esta era una de esas ocasiones en las cuáles Beth deseaba tener fuerzas para golpear, lastimar, herir a los que juzgaban y humillaban hoy, pero no la habían ayudado cuando era una niña que mendigaba y a la que golpeaban para sacar del paso.

—Quien esté libre de pecado…—contestó el hombre que la miraba con una semi sonrisa, desdeñando las advertencias.

Beth tragó saliva, confundida por la piedad demostrada en gestos y palabras por este desconocido que tenía amabilidad en la mirada y una sonrisa permanente. Debía ser bonito ser así de feliz, pensó.

—Nadie lo está—contestó en voz baja a la mitad de la frase bíblica—. Pero ellos creen que sí. ¿A qué nadie me ha defendido nunca?—susurró Beth, recogiendo la última manzana. Lo miró—. Usted… habla raro.

Él la observó con más atención, y Beth fantaseó, por un segundo, que veía más que su exterior, que leía su alma.

—Soy escocés. Del clan MacLaren, y a mucha honra.

—Escocia…—murmuró.

—Tierra de bruma y libertad, señorita. Lindo lugar para vivir—dijo Hamish.

Ella asintió.

—El Infierno sería mejor que este—murmuró.

Como convocado, este pareció desatarse en forma de gritos y la amenazante llegada de su hermano. El ruido del mercado volvió,

rompiendo la burbuja. Voces, cascos, pregones.

Beth lanzó un gemido, maldiciendo la tontería de demorarse y perder la ventaja que había cobrado. Echó a correr calle abajo. *Tonta, tonta, ¿qué sentido tenía recoger esas manzanas*? Detrás, los pasos sonaron más y más cerca.

¿Qué pensaría ese agradable hombre de ella? ¿Daría la razón a los que le contaran que era una furcia perseguida por su jefe? Le dolió pensarlo. Él había sido amable.

El empujón violento en la espalda la tiró al suelo. ¡La había atrapado! Thomas la alcanzó. Sollozó, desesperada. Había tenido una chance, y la arruinó intentando recoger manzanas y hablando con un desconocido que olía a cuero y madera, que miraba a los ojos sin juzgar y hablaba de una tierra de libertad.

Estaba perdida. Perdida.

Capítulo 2



—¿Creíste que podías largarte, zorra? ¡Estúpida!

Thomas la sacudió, y luego le asestó un puñetazo en su estómago. Beth se dobló sobre sí misma, sin aire, boqueando. Su hermano no se detuvo, enfurecido. La tomó por la base de su cuello y la levantó con crueldad para luego tirarla hacia adelante.

Beth gateó, aterrorizada, y se incorporó con dificultad, tragando el aire malsano que corría por el callejón sucio al que la había arrastrado para sacarla del mercado.

—Eres más idiota de lo que pensé si pensaste que podrías escapar.

—Thomas…

La bofetada hizo que su rostro girara, y el metálico sabor de la sangre se coló a su boca desde el labio partido.

—No vuelvas a hacerlo, Beth, ¿me escuchas?

Ella asintió, frenética, y no osó decir nada más. Hablar solo empeoraría las cosas. *Invisible, tienes que ser invisible para que no te mate o adelante tu castigo. Tienes que plegarte a las sombras, obedecer*.

Thomas la empujó por un corredor estrecho donde las ventanas eran ojos sin vidrio. Los gatos se apartaban, los niños la miraban un segundo antes de bajar la vista. Nadie intervenía; en esta parte de Whitechapel cada cual cargaba su propia miseria.

La vuelta se sintió el camino al cadalso. Su rostro ardía, su estómago punzaba, y su corazón… ¡Ah, latía por mero milagro! Lo había intentado, había hecho el esfuerzo de escapar, y falló. Estaba condenada.

La visión de la casa donde vivían reforzó su desaliento. La vivienda se alzaba torcida sobre la calle, como una anciana que había olvidado su dignidad. Había sido, un siglo atrás, una residencia georgiana. De aquellas que los comerciantes prósperos construyeron cuando Spitalfields era barrio de seda y de manufactura, no de miseria.

Tenía la fachada de ladrillo rojo ennegrecido por el hollín, las cornisas de yeso agrietadas, y, sobre la puerta principal, un frontón de piedra con las iniciales de un dueño desaparecido. De las ventanas arqueadas colgaban cortinas remendadas con sacos; los postigos, podridos por la humedad, apenas se mantenían sujetos.

Los vecinos murmuraban que en sus salones había bailado gente de dinero, que hubo espejos franceses, lámparas de gas recién instaladas cuando el progreso aún era promesa. Que se brindaba con vino importado y el brillo de las joyas podía dejar ciego a cualquiera.

Tal vez. Nada de eso quedaba. En la planta baja funcionaba un burdel de mala muerte y hábitos inmorales en la que corría la cerveza rancia y otras sustancias. En los pisos superiores, los salones se habían dividido con tablones para alojar familias enteras, cada una con su fogón y su miseria.

Desde la calle se oía el latido constante de las máquinas del distrito: los telares y talleres de calzado, el murmullo de los obreros que entraban y salían, la tos húmeda de los niños que vendían periódicos.

El aire olía a carbón, sudor y leche agria. En las noches, la niebla del río mezclaba su aliento con el humo de las fábricas, cubriéndolo todo de una penumbra amarillenta.

La Revolución Industrial había hecho de Londres un cuerpo enfermo. El rostro brillaba en Mayfair, en los lugares donde los burgueses vivían su riqueza. Pero había pústulas en los sitios menos expuestos, contra el río, en los slums. Las viejas casas como esta en la que Beth malvivía eran huesos descarnados.

Tironeada por un Thomas furibundo fue engullida por la realidad. Trepó las escaleras a gatas, empujada con saña, pateada en las

posaderas, rociada de epítetos. Mas nada hería como la desesperanza que la consumía.

—Si alguien más pudiera encargarse del viejo… ¡Comenzarías a ganarte el pan esta noche! Carne fresca es lo que necesita el burdel —indicó, cruel, mirando a su otra hermana con desprecio. Lucy ni se inmutó. Su espíritu había sido quebrado hacía varios años—. Pero nadie quiere acercarse al viejo y su cuerpo putrefacto—masculló—. Si por mí fuera…—susurró, pero se cortó de decir más. El padre todavía tenía influencia sobre los otros dos hermanos, y Thomas no podía ir contra ellos—. Le toca cambio de vendas, anda, hazlo. ¡Y no se te ocurra intentar esta jugarreta otra vez, o te mataré!

Beth cerró los ojos, aterrada. Lo creía. Vaya si lo creía. Inspiró despacio, buscando filtrar el aire viciado que llenaba la habitación. El olor era agrio, espeso, una mezcla de sudor rancio, sangre vieja y ungüento barato.

Cada paso hacia el catre lo intensificaba. Su padre yacía bajo una manta de lana que no disimulaba los temblores. La piel grisácea tenía zonas más oscuras en los brazos y el cuello, manchadas por la fiebre y los ungüentos que su cuñada Nell preparaba.

Los labios agrietados, la lengua inflamada; entre las costillas, la respiración subía con dificultad, como si el aire no encontrara camino. Beth lo observó. *¡Por favor, por favor, no mueras!* No la empujaba el amor o la piedad. Había sido un mal padre en lo que contaba, pero…

Por alguna razón había evitado que su destino fuese el de su hermana. Si hubiese estado sano, si no la necesitara, ¿habría sido otra su actitud? No podía asegurarlo, aunque lo sospechaba. No era un hombre honorable.

—Padre, las vendas…

Él abrió los ojos. Las pupilas eran dos puntos negros sobre un fondo amarillento. Beth se contrajo levemente. A pesar del deterioro, la malicia seguía intacta; aquella mirada podía herir.

Una violenta tos lo sacudió y él se incorporó a medias. El movimiento le arrancó un quejido; y su columna se arqueó como una cuerda tensa. Escupió sangre en el jarro de hojalata.

—Llegas tarde —gruñó—. ¿Qué mierda estabas haciendo?

Beth bajó la cabeza. No tenía sentido contestar. *No puede hacerte nada. Depende de tu cuidado. Y mientras respire, tienes esperanza. Thomas le teme, todavía, a pesar de su estado.*

Se arremangó y preparó el agua. Las vendas, lavadas la noche anterior, se habían secado duras; las ablandó entre los dedos antes de acercarse. El olor metálico de las heridas se le coló por las narinas cuando levantó la manta, y sus ojos se humedecieron ante la acritud.

La pierna derecha estaba vendada hasta la rodilla, pero la tela estaba húmeda y teñida de un tono oscuro. Desató el primer nudo con cuidado. Debajo, la piel estaba ulcerada, con manchas violáceas que se abrían como flores muertas. Beth cubrió sus manos con trapos limpio antes de tocar la venda, como hacía cada vez, el estómago encogido del asco. El olor metálico fue más pronunciado, y trató de respirar llano, por la boca.

—Maldita seas, hazlo rápido —gruñó él.

La sangre seca se quebró en el paño de la venda como si fuese herrumbre antigua. Beth apretó los dientes. El rostro masculino, visto de tan cerca, era una máscara de huesos filosos.

La sífilis lo devoraba con paciencia. Su voz, antes grave, salía en un hilo ronco, gastado por la parálisis que avanzaba desde la garganta. Había días en que deliraba, insultando a la nada, recordando mujeres que ya no existían.

Otros, como este, conservaba lucidez suficiente para odiar.

—No me mires así—escupió—. Si esa francesa zorra no me hubiera traído la peste, estaría entero. ¡Maldita, bien muerta está!

Beth sintió el insulto, como siempre, pero su faz no lo demostró. A este hombre todavía le quedaba hiel para regodearse en el viejo dolor de la muerte de su madre. No valía la pena discutir, gritar que había sido él quien la había llevado a la tumba temprana. Él con su destrato, su violencia, su crueldad.

Se concentró en la tarea: limpiar, cubrir, anudar. El agua del cuenco se tiñó de púrpura fiero; cambió el paño, repitió el gesto. Cada vez que la tela rozaba la carne, él gemía entre dientes.

Si ella apretó más de lo necesario, rozó impiadosa, era una venganza tan pequeña que no alcanzaba a ser cobro por lo sufrido

desde niña. Cuando terminó, vertió las vendas sucias en el cubo, separó las telas que usaba para proteger sus manos, y lavó estas con agua clara que reservaba.

Tomó el cuenco con agua casi negra. *Como mi vida*, pensó. *¡Qué poco vale*! Si fuese valiente… Si fuese astuta… Sacudió la cabeza ahuyentando ideas. Su instinto de supervivencia era absurdo, pero implacable.

—¿Qué miras?—gruñó él, tratando de enderezarse.

—Nada.

—Eres igual que ella. Inútil. Sin valor…—la respiración sibilante cortó los insultos.

Beth no respondió. Su tarea con él estaba hecha. Se aseguró de que sus manos estuviesen limpias, restregándolas una y otra vez. Se le ponía la piel roja, sensible, pero olía a limpio. Sana.

Fue hacia la ventana que estaba al otro extremo del catre y se sentó para mirar afuera. Apretó los labios. Poco era lo que se veía. El cristal estaba sucio. Maldita Nell. Le prometió ayuda con la limpieza, pero nada. ¿Cómo no se preocupaba para adecentar el espacio en el que sobrevivían como ganado? Tenía hijos, debería…

Suspiró, y recostó su cabeza contra el marco. El ruido de los carros y de las máquinas le llegó amortiguado. Afuera, la ciudad seguía viva, como si la miseria no existiera.

El padre volvió a toser; esta vez el sonido fue hueco, más profundo. Beth se giró para asegurarse de que seguía respirando. Dormía con la boca entreabierta, un hilo de aire corto y ruidoso.

Por un instante se permitió una idea que la asustó. Sería tan fácil taparle la cara con la almohada y terminar con todo. Vengar dolores, afrentas viejas, propias y ajenas. Pero no lo haría. Como en un juego cruel, dependía de su padre tanto como él de ella. Sería por corto lapso. Esta era la fase final de la enfermedad.

La noche empezaba a caer. Se deslizó hacia su rincón, y volvió a mirar sus manos. Toscas, callosas. Sus muñecas finas y los antebrazos huesudos estaban marcados por las manchas moradas que dejaban los apretones.

Llevó su mano a la mejilla, que dolía. Masajeó suave, muy suave. Era joven, pero su cuerpo golpeado, mal alimentado, era el de una

mujer agotada. Cerró los ojos y convocó imágenes buenas.

Pensó en la cinta azul que tenía escondida bajo la tabla suelta del suelo. Lo único que le quedaba de su madre. El objeto convocaba a la memoria infantil, cuando aquella la peinaba con cuidado y le hacía una coleta alta, y luego besaba su mejilla y cantaba bajito.

Fue a su camastro y se tendió, metiendo la mano bajo la jerga para buscar la tela que tenía memoria y calmaba. La alisó entre los dedos, recordando su voz, o intentándolo, porque el tiempo tragaba pedacitos de recuerdos sin piedad.

<<Un día veremos los campos del norte, donde el aire no apesta, Beth. Ya lo verás. Te llevaré allá… Iremos, y reiremos y miraremos el cielo. Respiraremos el aire y reiremos. Será hermoso>>.

Escocia. Esa era la tierra que su madre soñaba visitar. *<<Tierras de bruma y libertad>>*, dijo el hombre guapo y gentil que la ayudó.

Libertad. Una palabra que parecía pertenecer a otro mundo. Se movió sobre el jergón, mirando el techo ennegrecido. La madera goteaba con la humedad del piso superior. Repasó la escena del mercado: el escocés, su acento, su amabilidad. La mirada que no juzgaba.

Tierra de bruma y libertad. Repitió esas palabras en la mente, una y otra vez, hasta que se volvieron arrullo. Escocia… El nombre tenía algo de sueño.

En los barrios bajos de Londres esa región se describía como un lugar remoto, mitad leyenda y mitad ruinas. Montañas peladas, hombres feroces, viento que partía la cara.

Pero también decían que allí los pobres no morían solos, que había pueblos donde la gente se ayudaba, donde se podía ver el cielo y el viento olía a gloria. Beth no sabía si creerlo. Apretó la cinta azul contra el pecho.

—Bruma y libertad… —susurró.

Fuera, la noche olía a carbón y lluvia. El padre volvió a toser. Thomas roncaba en la pared contigua, aprovechando las horas antes de que el tugurio tuviese máxima concurrencia.

Lucy, medio dormida, murmuró sin sentido. Su hermana vivía en el limbo de la realidad, el opio un amigo cuando lo conseguía. Rota,

desconectada, sin voluntad. ¿Sería ese su mismo destino? La perspectiva era horrenda. Apretó párpados y labios, y tembló.

En la oscuridad, la voz del escocés volvió, limpia, firme, de otro mundo. Mundo que era estrella del norte, guía, sirena. Uno donde tal vez, alguien como ella, podría empezar de nuevo.

Capítulo 3



El amanecer llegó con ruidos y gritos. Beth abrió los ojos con la sensación de no haber dormido, pero se incorporó alerta. Desde abajo subía el sonido de risas agudas, de sillas arrastradas, y golpes sordos que eran probablemente puñetazos. Una pelea. No era poco habitual.

El burdel y fumadero no cerraba nunca; los hombres entraban a cualquier hora, buscando bebida, sexo, u opio.

El padre murmuró algo, y ella miró hacia la cama, aguzando su oído. ¿Desvariaba?

—A… Aguaa—musitó.

Ella se incorporó con lentitud y se colocó un chal de lana. Luego fue a llenar el jarro. Cuando se lo acercó a la boca, él la sorprendió sujetándola del brazo con más fuerza de la que lo creía capaz.

—¿Qué hacías ayer…? Thomas dijo…

Había escuchado los gritos, tal vez, y ahora lo recordaba. Nunca se sabía con él.

—Nada—murmuró, pugnando por desprenderse.

—Mientes. Dijo que escapaste… Insensata…—su voz se deshilachó, extenuada—. ¿No entiendes que no tienes esperanza? Ninguno la tiene. Thomas… Él sabrá qué hacer contigo.

El aliento le golpeó la cara, y sus palabras fueron latigazos. Beth se soltó con rabia, pero no dijo nada.

—Duerma. No puede hacer más—dijo con ira mal contenida.

Los pasos pesados anticiparon la llegada de Thomas, que irrumpió sin llamar, vestido con chaleco y con las mangas de la camisa arremangadas. Las horas en el burdel se pegaban a su

apariencia. Cabello aplastado por el sudor, los ojos turbios, la piel amarilla. Olía a perfume barato, a alcohol, a humo.

Dejó de respirar. Él olía y se veía como lo que Beth odiaba más. Thomas era la representación de su desgracia.

—Ve abajo. Hay que limpiar la sala de atrás. Y no quiero verte hablando con nadie.

—Nunca hablo con nadie.

Odiaba ese lugar; era la razón para que cortara su cabello y vistiera como un muchacho. La idea de que la atacaran allí dentro, de ser sorprendida mientras limpiaba era aterradora.

—No intentes nada. La próxima vez no será lindo.

La siguió con la mirada mientras bajaba. Beth buscó los implementos y se dirigió a la sala. La pelea había sido aquí. Había salpicaduras de sangre, sillas derrumbadas, platos con restos de comida, velas consumidas hasta la cera.

Recogió vasos, limpió cenizas, fregó el piso hasta que el agua del cubo se volvió turbia, y fue por más, su cabeza gacha. Los hombres que quedaban de la noche la miraron sin interés.

Ordenó las pipas, el carbón, los vasos y los barriles de ginebra. Lucy bajó poco después, con el cabello suelto y la piel pálida.

—Dios, te la dio buena esta vez. Tienes que ponerte algo en ese ojo—le dijo en voz baja—. ¿Dormiste algo?

—No.

—Yo tampoco—rio, pero la risa se le quebró en la garganta—. Maldita vida. Entiendo que quieras escapar—suspiró, su gesto torcido—. Alguna vez también soñé con salir de aquí. Tonta de mí. No hay salida. Es mejor si lo aceptas, Beth. No hay otra vida distinta a esta para nosotros.

La miró y sintió un tirón en el pecho. Recordó cuando eran niñas, cuando Lucy trenzaba flores de trapo y las vendía en el mercado.

—Madre decía que las flores crecen hasta en el barro—murmuró.

Lucy se encogió de hombros.

—Mira bien. Estás rodeada de barro. Tu madre está muerta. Y no hay una flor en kilómetros.

El brutal recordatorio no dolió menos a pesar de ser real.

El día avanzó sin cambios. Cada hora se confundía con la siguiente: limpiar, servir, recoger.

Al caer la noche, su cuñada Nell apareció corriendo.

—Te llama. Ese viejo está que parte al infierno de un momento a otro.

No le hizo caso, y fue hasta el catre. Miró a su padre sin expresión.

—Me duele el pecho—dijo. Su respiración hacía un ruido como un silbido continuo, y era irregular. Se ahogaba, parecía que no podía filtrar el preciado oxígeno. Graznó—. ¡No… No quiero… morir…—jadeó—. Beth…

Sus ojos muy grandes y la expresión de terror fueron lo que la puso en alerta. Empeoraba. Repitió el proceso con las vendas, su mente un caos de miedo y resolución.

Cuando todo quedó en silencio, se sentó junto al ventanuco. Nell había limpiado, luego de que se lo pidió con acritud. Podía ver un trozo del callejón y una franja de cielo sucio.

Tierra de bruma y libertad. Las palabras regresaban una y otra vez, como un rezo tonto. Debería estar orando por salvación, no repitiendo una frase al pasar de un hombre gentil.

Su padre pareció calmarse, y entró en un sueño pesado.

—Es como una hierba muy mala, de esas que no puedes arrancar y no muere nunca—gruñó Nell, que se asomó para observar. No le contestó, aunque concordaba.

Así pasaron varios días. Era como vivir en suspenso. Beth lavaba los jarros, limpiaba los restos de comida, cambiaba vendas, daba calmantes. El tiempo se había vuelto una cosa viscosa, sin horas.

El único momento en el que podía respirar hondo era cuando llegaba la tarde e iba con Nell y los niños hasta el comedor de la misión de St. Mary, donde los pobres recibían sopa y pan.

Thomas le advertía a diario sobre huir, y uno de los otros hermanos las acompañaba. Ella caminaba con la cabeza baja, las manos escondidas en el abrigo, mirando vidas que eran similares.

Mujeres con niños en brazos, tironeando faldas, siguiéndolas. Viejos con las ropas en jirones. Obreros sin trabajo. Nadie hablaba de mañanas. El hoy era casi imposible de sobrellevar.

En la puerta de la misión un joven con alzacuello repartía tazones.

—Dios bendiga tus pasos, hermano—decía.

Beth asentía y tomaba su porción, sin sentirse bendecida. La sopa era aguachenta, pero sabía bien y estaba tibia. El pedazo de pan era abundante. Ella solía repartirlo con sus sobrinos.

Ese día, no obstante, fue distinto. Los encargados de la caridad parecían distraídos, y expectantes. Hoy la comida era mejor. Nell lo dijo, y Beth asintió.

—¡Atención! Todos, presten atención. Ha llegado un importante señor de visita. Quiere ver nuestra labor. Compórtense, esto podría ser bueno—dijo el remilgado hombre que solía controlar el reparto desde un escritorio en el rincón del salón.

—¿Quién será?—murmuró Nell—. ¿Alguno de esos políticos, tal vez?

Un murmullo hizo que los asistentes callaran. Un hombre de abrigo oscuro y cravat ingresó, su sombrero en la mano y un pañuelo en la otra que llevó a su rostro sin disimulo. Era atildado, elegante. Rico.

—Lord Henry Ashcroft, milord. Su presencia nos honra—lo saludó el principal con entusiasmo—. ¡Demos la bienvenida al mayor benefactor de la misión!-dio la vuelta y aplaudió, forzando a los asistentes a copiar el gesto. La mayoría lo hizo con desgano

-¡Lady Cecile, adelante, miladi!

La mujer que ingresó detrás miró en derredor con frialdad. Llevaba un vaporoso vestido de terciopelo azul y un elegante sombrero cubría su cabello. El contraste entre esos dos y el resto de los asistentes era obsceno. Beth no podía quitarle los ojos de encima.

La señora del pastor los recibió con reverencia.

—Es un honor tenerlos aquí. Cualquier palabra que puedan dirigirnos será un consuelo para estas almas fatigadas a las que su caridad mantiene.

Lady Eleanor sonrió, pero no había calidez en ella. Se la veía rígida, forzada. Beth no la culpaba. Mirar el mar de rostros apáticos y desnutridos que la observaban no debía ser tranquilizador.

—Estamos encantados de colaborar. Mi esposo y yo creemos que la filantropía es el deber moral de quienes tienen la posibilidad de… —miró alrededor, buscando la palabra adecuada— …aliviar.

Lord Ashcroft asintió, juntando las manos detrás de la espalda, y su voz resonó en el espacio.

—Inglaterra atraviesa tiempos de cambio —dijo—. La miseria no puede resolverse en un día, pero podemos *guiar* a quienes lo necesitan. Ofrecerles disciplina, propósito y esperanza. Me complace estar en la vanguardia, liderando a los que quieren un país mejor.

—Por supuesto, por supuesto-alabó el principal.

Algunas cabezas se inclinaron, otros se callaron. Una mujer mayor levantó la mano con timidez.

—Milord… ¿podrán ayudarnos con carbón para este invierno? La misión hace lo que puede, pero…

—Tomaré nota —respondió él, cortés, sin prometer nada.

Otro hombre murmuró:

—Mi hijo necesita trabajo, señor. Es fuerte, no teme al esfuerzo.

Lord Ashcroft sonrió y asintió.

—El esfuerzo es virtud. Dígale que vaya a la fábrica de telas.

Todo sonaba correcto. Medido. Benevolente. Beth entrecerró sus párpados. No había calidez en él. Aparecía cercano, pero sus ojos secos miraban con interés calculado, como observando piezas en un tablero.

Y esa mirada se posaba una y otra vez en el grupo de mujeres jóvenes, entre quienes estaba ella. Insistente, mientras conversaba con el pastor, su esposa y el administrador de la misión, el lord clavaba su vista.

Beth había hecho el esfuerzo de ponerse su único vestido, peinarse mejor que de costumbre, y la cinta celeste adornaba su cabello mal cortado. La esposa del pastor había pedido ayer que vinieran con sus galas, y hoy entendieron por qué.

Deseó no haberlo hecho. La mirada masculina se posó en ella y no fue gentil, ni piadosa. Fue una exploración lenta, precisa, que la recorrió como dedos invisibles. Beth apartó los ojos con rapidez. Algo dentro de ella se encogió de un modo antiguo, aprendido: la certeza del peligro disfrazado de amabilidad.

—Oh, pero mira al lord… Tal parece que tiene gustos… Plebeyos —rio Nell bajito.

Como ella, reconocía al chacal debajo de la apariencia de cordero. Y no dudó que su esposa lo intuía, porque aparecía cada vez más incómoda. Su sonrisa era tensa como la cuerda de un violín.

—Deberíamos continuar, querido. Su Excelencia nos espera—dijo en voz alta, rígida.

Ashcroft no respondió de inmediato, tomándose su tiempo antes de atenderla.

—Por supuesto.

—Milord, no hay palabras para agradecer su gesto, su apoyo. Estamos agradecidos.

—Está bien, lo entiendo—dijo, magnánimo con el pastor que se deshacía en agradecimiento—. Es mi placer asegurarme que su rebaño esté atendido como debe.

Cuando la pareja salió, el rumor volvió a levantarse. Alguien comentó que Lord Ashcroft donaba sumas generosas a la misión; otro dijo que visitaba los barrios pobres para *ver la realidad con sus propios ojos.*

La esposa del pastor habló de la nobleza de personas como estos dos, y de la importancia de su ayuda para mantener a la misión funcionando, y a ellos alimentados.

Beth no prestó más atención. Todavía podía sentir el peso de aquella mirada en su piel. El tipo de mirada que la hacía sentir sucia.

Capítulo 4



Dos días más pasaron y Beth se sentía en un limbo. El final era inminente, y cada persona en la casa lo sabía. El compás de espera que a los demás aparecía interminable, era el que mantenía los últimos hilos de su esperanza.

No mueras, aguanta, maldito, rogaba, observando el pecho que se abombaba e indicada respiración. Sus ojos y oídos espiaban, esperaban el momento en que la vigilancia que Thomas había impuesto sobre ella se aflojara. Esta era una prisión en el completo sentido de la palabra.

Para su desasosiego, su hermano le ordenó estar a su orden en el burdel, lista para limpiar y servir ginebra aguada cuando se le requería. Y como la Providencia parecía complacerse en desafiarla, esa noche las cosas cambiaron.

Beth arrastraba los pies, agotada, sin mirar a los ojos. Toda precaución era poca. Las manos y las lenguas eran rápidas y aviesas en el tugurio, y cada movimiento y acción tenía precio.

Su ropa amplia, el pañuelo en la cabeza, la ceniza que aplicaba en su rostro como maquillaje, y su silencio porfiado funcionaban; los hombres eran atraídos por pieles expuestas y movimientos sensuales que invitaban.

Esto hasta que se dio de bruces con un hombre bien vestido que apareció de improviso en su apurado paso.

—Perdón—dijo, sin levantar la cabeza, intentando rodearlo.

—No hay nada que perdonar, querida—respondió él.

La voz le sonó conocida, como un eco. Alzó la vista y lo reconoció al instante. El impacto hizo que abriese sus ojos muy grandes, y

retrocediera. Su faz se volvió del color de la grana, y su vergüenza se sintió en su estómago.

Era Lord Ashcroft, el benefactor de la misión.

—Yo…

—Tú estabas en la iglesia, ¿no es verdad? ¿Trabajas aquí?—preguntó, elevando una ceja, y Beth se sintió sucia.

—No trabajo. ¡Limpio, solo eso hago!—dijo, temblando ante la perspectiva de que el noble denunciara su presencia en el tugurio frente al pastor, o peor, a su mujer.

Perdería acceso al lugar donde podía comer caliente. No podía permitirlo.

—No te inquietes—dijo él, su voz calma, baja.

Sosegado. Demasiado tranquilo, tal vez. Beth frunció el ceño; la sensación de indignidad no la dejaba pensar bien.

—Limpiar está bien. Respeto el trabajo.

Él le sonrió. Demasiado amplio. Sus ojos vagaban por encima suyo. El desagrado la invadió, la instó a retroceder.

—Eres bonita, aunque estás sucia. Mm, eres joven, y fresca. Tienes algo diferente al resto de las mujeres aquí.

Beth parpadeó, entre inquieta y molesta, y le miró. Claro que tenía diferencias. Ropa, para comenzar. Esa mirada y la expresión… Definitivamente no eran las de un hombre probo.

Pasó de sentirse atrapada en un acto inmoral a cuestionar la presencia del noble aquí. Ningún hombre santo ni digno vendría a este sitio, cueva que vendía sexo y adicciones. No, los que venían aquí tenían muy claro lo que querían.

—No debería estar aquí, milord—susurró.

—Ni tú —dijo él, despacio—. Pero todos tenemos hambre, ¿no? Y llamo a esta una divina coincidencia, que podría ser una excelente transacción. Eres bonita. Apuesto a que tu piel es suave y tu boca puede hacer maravillas.

Ella palideció, tragó saliva y se movió para alejarse, retrocediendo a trompicones. Él le sonrió, como si buscara aplacarla, y sacó una libra de su bolsillo, que dejó sobre la mesa, a modo de carnada.

Debía estar habituado a que funcionara. Desechar dinero que podía significar carbón, pan, carne, y más, era idiota en la pobreza que habitaban. Muchas no dejarían pasar este regalo, que no era más que una trampa.

Beth se alejó en el sentido opuesto, y se dirigió escaleras arriba, sin importar que Thomas la golpeara luego por abandonar su sitio. En su litera, en posición fetal, rezó. No lo solía hacer, pero ¿a quién más podía recurrir sino a la entidad que decían habitaba el Cielo?

Si la estaba mirando, si la podía ver… *Ayuda, ayuda, isácame de aquí, te lo imploro!*

Tal vez por ello, porque su rezo era un último recurso, uno desesperado, producto del terror y no de la fe, no alcanzó los oídos del Eterno. Los días siguientes no hicieron más que profundizar su desazón.

El noble no faltó una noche, como si nadie lo esperase en su casa. ¿Qué pensaría su esposa en su mansión de la ausencia nocturna? Debía estar habituada. La manera en que el noble la rodeaba y rondaba, ya con sus ojos o su mirada, con sus palabras y sus limosnas no tomadas, mostraban que era un cazador entrenado.

Era verlo y ponerse casi enferma de asco y miedo. Thomas se percató del interés del caballero, a pesar de que beber lo volvía más lento. El noble no era sutil, y de seguro le hizo saber su… interés.

<<Ese caballero es rico y generoso. Gasta como si su bolsillo no tuviese fondo, y vaya a saber por qué, está interesado en ti. Cuando sea el momento, lo complacerás. No será hoy o mañana, claro. Tengo que cebarlo, procurar que afloje su cinto todavía más. Sonríe, Beth, hazte desear. Y ponte un vestido más ajustado, pídele a Lucy.>>

Beth tembló, pero no lo demostró. Estaba al final de la cuerda y su mente estaba en blanco. El padre tosía sin parar; el dinero era más escaso que nunca. Lucy bebía más. El mundo se encogía: la misión, el burdel, el infierno que eran los espacios compartidos. Todo se cerraba sobre ella.

Lord Ashcroft era una presencia imposible de esquivar. Aparecía al caer la tarde, justo cuando el burdel se llenaba. Thomas se

mostraba servicial, atento; lo recibía en persona, le traía la bebida reservada, sonreía y hacía desfilar a las mujeres para él.

Mas la mirada del lord venía a ella, que estaba expuesta con una bandeja en el rincón, donde Thomas la colocaba. Carnada, presa.

Esa noche, Thomas la esperó al pie de la escalera.

—El señor Ashcroft es inflexible. Te quiere a ti.

Beth se detuvo, pero no habló.

—Está forrado, y estoy por alcanzar un buen trato. Harás lo que te diga, ¿oyes? Una oportunidad así no ocurre todos los días.

—Tiene esposa. Van a la iglesia.

Las carcajadas de Thomas arreciaron.

—¡Eres tan tonta! Es lo que hacen esos hombres. Rezan y se cagan sobre eso.

—No quiero…

Thomas la abofeteó con crueldad. Su aliento atroz le golpeó el rostro cuando lo acercó.

—No seas idiota. No sé por qué ese lord se fijó en ti, pero no me importa. Vas a ponerte a su disposición, y en cada posición que te pida.

Enrojeció y dio vuelta su rostro. Había visto mucho, demasiado, pero nunca había sido confrontada de esta manera, cada palabra vil como una palada de lodo que la cubría y la hundía.

—Un favor suyo puede mantenernos a todos cuando el viejo reviente. Nos traerá buen dinero, hasta que se canse de ti. Un disgusto, por otra parte…—Su hermano trajo tormenta a sus ojos—. Nos causaría muchos problemas. No quieres eso, Beth. No quiero eso.

Beth sintió la garganta seca.

—No quiero verlo-insistió, desesperada-. No quiero nada con él…

Thomas se inclinó, su expresión iracunda.

—No vas a desobedecerme, ¿oíste?—dijo, su voz como un cuchillo—. Te estrangularé yo mismo si no haces lo que te ordeno.

Subió temblando. En su cuarto, Lucy la esperaba, envuelta en un chal. Sus ojos la miraron fijos.

—Beth… No te resistas—susurró—. Thomas te va a matar si lo desobedeces, no tengas dudas. Ese Lord… Está encandilado por ti, y

te mira como si fueras un plato nuevo. No es tan terrible…

Beth se sentó en el borde del jergón y la miró con descrédito.

—No me mientas, Lucy. Veo cómo te disuelves día a día.

Lucy rio sin voz.

—¿Qué más da? Pero escúchame: con hombres así no se grita. Se sobrevive.

Beth la miró.

—¿Y eso qué significa?

—Una vez que te use… La necesidad va a desaparecer. No te molestará más. Así ocurre. Cedes, y la presión cesa—susurró.

Beth tembló en disgusto y pena. Su pobre hermana… Forzada, sin salida, sin opciones, como no fuera perderse en la niebla del opio, cuando lo conseguía. ¡Esa no quería ser ella!

—No, no—negó, desesperada.

Lucy suspiró muy largo, y meneó su cabeza.

—A veces, cuando te veo… Recuerdo como era yo… Lo que soñaba…—De pronto, su mirada fue más intensa, menos ida—. Si puedes escapar, hazlo sin demora. De lo contrario…—elevó sus hombros y señaló sus magras posesiones con la barbilla.

—Thomas… Me vigila.

—No puede hacerlo de continuo, querida—susurró Lucy, que la tomó de los hombros—. Cuando la oportunidad se presente, corre.

Luego, como si el consejo la hubiese agotado, cerró los ojos y posó su cabeza en la mesa. En minutos dormía, con un suave ronquido. Beth, por el contrario, estaba más despierta y decidida que nunca.

Capítulo 5



El día siguiente llovió desde el amanecer, pero eso no detuvo a Ashcroft, que llegó al atardecer. Pidió verla, y Thomas la arrastró a pesar de su negativa.

—No vine a ofenderte. Solo a hablar—le dijo el lord, y Beth se resguardó detrás de una mesa, en silencio—. Eres distinta a las otras —prosiguió él—. Lo noté en la misión, lo he visto estos días. Tu hermano me lo ha explicado, estás dedicada a tu padre—sonrió—. Valoro eso. Por eso creo que hay en ti algo que pide ser salvado.

—No necesito salvación.

¿Él iba a hacerlo? ¿Usándola? No solo atentaba contra sus votos matrimoniales, sino contra la naturaleza. Debía tener el triple de su edad.

—Todos necesitamos ser salvados.

La voz era suave, melosa, pero sus ojos no. Este era un hombre acostumbrado a tomar. Dio un paso hacia ella. Quiso retroceder, pero la mano de Thomas la mantuvo en su sitio.

—No te haré daño, Beth—El noble apartó la mesa y vino a ella. Rozó su rostro, y ella movió su cara para alejarse—. Puedo ser muy bueno para ti. Debes razonar. No me gusta forzar las cosas, no es mi estilo. Entiende que puedo cuidarte.

La amenaza no se le pasó por alto, pero lo miró con fiereza.

—¿Como cuida a su esposa? —preguntó—. ¿Sabe ella lo que hace? ¿Qué diría si se entera?

Thomas la sacudió, y por un instante creyó que había ido lejos, pero Ashcroft desplegó una sonrisa sin humor.

—Tienes carácter. Eso me gusta. Pero deberías tener cuidado con lo que dices. Nadie creería a una… mujer como tú sobre la palabra

de un lord.

Ella mordió sus labios, y la invadió el deseo de gritar su infinita frustración. Él se encogió de hombros.

—Volveré mañana. Pero no esperaré mucho. Mi paciencia tiene un límite.

Sacó una bolsa con monedas y la dejó caer con ruido sobre una de las mesas. Thomas corrió a tomarla apenas salió del lugar, y contó el dinero con satisfacción.

—Solo por esto no te dejo morada a golpes. ¡Hablarle así a un caballero! Siéntete afortunada. Mañana… Mañana vas a debutar. Dile a Lucy que te instruya.

Esa noche Beth no durmió. Envolvió la cinta azul en su muñeca. Tembló sin remedio. Pensó en el escocés, en su voz limpia, en la palabra *libertad*. En el patio, el agua caía de los aleros como un llanto constante. Su mente maquinaba, decidía.

Antes del amanecer, con el corazón en la garganta, se levantó y se movió con el mayor de los sigilos. Quienes no estaban en el burdel, dormían. Se dirigió al escondite en el que Thomas guardaba el dinero, y tomó un puñado de monedas que envolvió en una tela para no hacer ruido.

Era dinero manchado, pero no podía darse lujos. Tenía una única misión y se le iba el futuro en ella. *La próxima vez que corra, no miraré atrás, y me tiraré delante de corceles antes de que me atrape.*

El sonido desde el lecho la convocó. Su padre llevaba días sin despertar, pero parecía que quería hablar. Hizo unos ruidos raros y su mano tembleque fue al pecho. Su rostro se contorsionó de pronto, y abrió sus ojos, enormes. Los dedos huesudos parecieron querer clavarse en el torso.

Luego escuchó un ronquido ahogado: trataba de respirar. Se inclinó; los ojos la buscaron, pero no parecía ver. El aire se le escapó como un suspiro largo, y entonces hubo silencio.

Beth observó, entre horrorizada y fascinada, cómo la respiración se detenía. El pecho se hundió, la piel comenzó a volverse de un gris uniforme. Beth se quedó inmóvil, observando. Esperando.

Tal vez pasaron segundos, o minutos, pero no había retorno. Él había fallecido. Se mordió los labios con fiereza, pensando en su suerte y no en la del que acababa de morir. Era más que justo que este mal hombre enfrentara el juicio eterno. Le deseaba el peor de los destinos en el Más allá.

Pero esto tenía implicancias prácticas para ella. Acababa de quedar sin protección. Lento, le cerró los párpados y le cubrió hasta el cuello. Luego, fue a su cama y se sentó. Pensó. Calculó. No debía decir que murió. No. Parecía que dormía. Nadie se fijaría en un buen rato. Los demás se habían habituado a ignorar al viejo.

Los minutos pasaron y la estrategia se presentó clara. Este era el instante, el último y único, no habría otro. El silencio reinaba. Si demoraba, Thomas o Lucy subirían, y sería cuestión de dos o tres horas para que su destino se sellara. No podía perder tiempo.

Entonces se levantó. La pila de ropa que Nell había doblado estaba en un rincón, y de allí tomó unos pantalones de Ned, el hermano que apenas hablaba y aceptaba cada palabra de Thomas. Ajustó la cintura con un trozo de cuerda.

Camisa, abrigo raído gris, gorra vieja en la que escondió su cabello, sujetándolo con cuidado para que no la delatara. Se frotó hollín en las mejillas, se miró en el espejo roto.

El reflejo le devolvió un rostro ajeno: ni mujer ni hombre, solo alguien dispuesto a desaparecer. Guardó las monedas envueltas con cuidado en uno de los bolsillos. Cruzó el cuarto y bajó las escaleras sin hacer ruido.

El sonido de la música y las risas se colaban desde el burdel. Se deslizó como una sombra para llegar a la puerta principal. El aire frío la golpeó en la cara. Respiró hondo y miró a todos lados.

No corrió. Salió despacio, como si estuviese abandonando el sitio, tal como haría un cliente habitual. Hasta que no estuvo lejos, no pudo respirar. Sus pies ganaron velocidad e intención.

Conocía los horarios, las esquinas seguras, los pasajes. Cruzó los patios traseros, evitando la luz de los faroles. Las calles de Whitechapel aparecían extrañas a esta hora, mal iluminadas, brumosas. Peligrosas.

Pasó frente a un grupo de mujeres que discutían, y fingió no oír. Se peleaban por despojos. Siguió recto hasta que el ruido de la ciudad cambió de tono, y lo que predominaba era el zumbido de ruedas y silbatos metálicos.

King's Cross se alzaba delante, enorme, respirando vapor por las bocas de los trenes. Por un instante se detuvo. El mundo más allá de su barrio era tan distinto. El reloj de la estación marcaba las seis.

Se coló con temor; no pertenecía aquí, pero era su salida. Dentro, hombres con sombreros y maletas caminaban deprisa. Se recostó a una pared, observando el movimiento, acostumbrándose a los sonidos. Olores distintos la rodeaban. El corazón palpitaba fuerte.

Pensó en Escocia. En la voz del escocés que la había defendido sin conocerla. *Tierra de bruma y libertad.* Las palabras volvieron, suaves y firmes.

No sabía cómo era aquella bruma, pero le sonaba que no era la maloliente niebla que envolvía su hogar de continuo, hecha de humo negro y tizne. La libertad era una utopía, una fantasía, pero la guiaría. No podía volver atrás. Apretó las monedas en su bolsillo. Dio un paso, luego otro.

El ruido del tren la envolvió, un rugido que parecía decir su nombre, el que se había impuesto aquel día entre manzanas y barro. Beth Moreland.

Avanzó por la estación sin mirar atrás. El aire pesaba con minúsculas trazas de carbón y vapor omnipresente. El sitio ya hervía de voces. Pasajeros apurados. Beth no podía dejar de mirar a todos lados, azorada y maravillada, temerosa, pero con un hilito de esperanza que crecía.

Esperó junto a los vagones de carga. Los mozos gritaban, empujaban carros, y cada tanto alguno tropezaba con ella. Intentó levantar un saco, pero el hombro le dolió; un hombre la apartó con un empujón.

—Fuera de ahí, crío. Esto no es juego.

Se alejó. Volvió a intentarlo más tarde, cuando los hombres ya estaban cansados y faltaban brazos. Nadie preguntó nada; le hicieron una seña para que subiera los paquetes pequeños. No la

trataron bien, pero le pagaron con peniques suficientes para un bocadillo.

No podía malgastar lo poco con lo que contaba. Tenía brazos fuertes, estaba acostumbrada a la labor constante. No la asustaba el trabajo.

Miró con cuidado, escuchó, y copió lo que hacían los viajeros. Esta fue la primera vez que lamentó no saber leer, porque la información aparecía en cartelería que no entendía. Preguntó horarios, destinos, hasta que se atrevió a comprar el boleto de tercera clase.

Ingresó al vagón con piernas tembleques. La posibilidad de que se escuchara el grito que la detuviera le atenazó la garganta. Pero no pasó. El tren resopló y empezó a moverse. Beth se sentó junto a la ventana, las rodillas juntas, el gorro hundido hasta las cejas.

El boletero gritó *York, Edinburgh*, y eso la alivió. Estaba donde debía. El vagón se llenó de jornaleros, soldados de permiso, madres con niños dormidos. Nadie la miró dos veces.

Se fue relajando a medida que la bestia de metal avanzó. No podía dejar de mirar afuera, maravillada. El gris, la niebla, comenzaron a quedar atrás. Verdes distintos y tonos pasteles comenzaron a aparecer en prados y el cielo.

Hermoso. Era tan bonito. Respiró hondo. El aire se viciaba rápido porque había mucha gente, pero no importaba. *Era libre. Libre. Libre.* Su frente estaba pegada al vidrio, sus ojos hipnotizados con el paisaje, y su corazón daba saltos, liberado.

Lo había logrado. Pasaron minutos, horas, y no se le volvió viejo. ¿Cómo podría, si de esto habían estado hechos sus sueños? De a ratos, el traqueteo la adormeció. Pero en general, escuchaba.

Las palabras de orientación eran faros. Las repetía en silencio para no olvidarlas. No se atrevió a bajar en la primer parada, pero a medida que Londres quedó atrás, su ánimo comenzó a elevarse. Se asomó afuera en la siguiente. Bajó a estirar las piernas en las otras.

—El tren sigue a York…

Los pasajeros bajaban, otros subían.

—Cambio en la siguiente…

Compró pan, una fruta, bebió agua, no habló con nadie, excepto para asegurarse de dónde ir a aliviarse o para subir al tren correcto, que se le confundían.

—Norte hasta Perth…

En las siguientes estaciones ayudó a algunos pasajeros con cajas y bolsos, y recibió monedas que cambió por pan. Una vez se equivocó, se perdió en la contemplación del paisaje salvaje y vibrante, y no alcanzó al tren.

Pasó la noche en un banco, fingiendo dormir como los obreros ebrios. Por la mañana, un pastor joven la despertó.

—¿Hacia dónde vas, chico?

—Escocia.

—Sigue a esos, los que están cargando los costales de harina. Van a cambiar de línea en la próxima parada.

Siguió el consejo. En la siguiente estación, oyó el grito:

—¡Edinburgh! ¡Cambio aquí para el norte!

Subió detrás de los granjeros que hablaban con acento áspero. Este tren parecía más lento. Uno de los hombres, de barba rojiza, le ofreció agua.

—¿A qué parte vas, muchacho?

—A donde están los MacLaren—respondió sin pensar.

El hombre rio.

—En Perthshire hay MacLaren de sobra. Si bajas en la siguiente, alguno encontrarás.

Eso bastó. Cuando la locomotora anunció la llegada con un silbido largo, bajó detrás de los hombres. La estación era pequeña, rodeada de campiña salpicada de flores. Elevaciones a lo lejos se llevaron su vista sorprendida.

Preguntó a un cochero que preparaba su carro.

—¿Por dónde se va a Breadalbane?

—Al oeste. Vas tarde para la diligencia, pero si no te importa el polvo, puedes subir atrás con la carga.

Asintió, agradeciendo su suerte. La gente era parca pero amable. Se acomodó entre sacos de avena y cajas, las manos bajo la chaqueta. El carruaje avanzó lento, y los caminos se estrecharon hasta ser solo trazos entre colinas.

A veces dormía; otras, miraba. Las piedras se volvían más grandes, las casas más raras. Al atardecer, el conductor señaló hacia el horizonte.

—Eso es Kenmore. Más allá, el Loch Tay

Beth bajó del carro cuando el sol se hundía. Caminó hasta que vio agua entre la niebla. No sabía si ese era el lago mencionado, pero el sonido del viento sobre el agua le bastó.

Se sentó en una roca, los pies fríos, el cuerpo temblando. Por primera vez desde que huyó, los gritos en su cabeza se acallaron. No podían alcanzarla aquí.

Respiró hondo, sonrió y se incorporó, ojos cerrados y brazos extendidos. ¡Era libre! Era libre, y estaba sola. Sola por primera vez.

Capítulo 6



Castillo MacLaren

Hamish descendió los últimos peldaños y avanzó por el patio con paso tranquilo, tarareando una melodía que se le había pegado dos noches atrás en la taberna cuando una pequeña banda hizo las delicias de los asistentes. Uno de los perros lo siguió, moviendo la cola, y le acarició la cabeza.

-Buen chico, Watt.

Se detuvo para observar a los mozos que preparaban los caballos y cargaban los sacos vacíos que al atardecer volverían llenos de avena, lino, papas, hierbas, y todo lo necesario para mantener la vida del castillo funcionando.

Miró arriba, cerrando los ojos, disfrutando los rayos del sol que se filtraban entre nubes bajas e iluminaban el castillo en franjas. El castillo era como un gigante dormido sobre una colina que dominaba el valle y daba excelente visión de las tierras.

Hogar ancestral. Sede del clan. Orgullo de los MacLaren. Lugar que compartía con sus hermanos, y con la familia que crecía por causas románticas. Mm. Esa era una buena forma de describir cómo el amor puso de rodillas a Callum, el mayor; pero también a Ewan y a Malcolm.

Ewan vivía millas más allá de estas murallas, en las contiguas tierras Carlisle, y su primo en Edimburgo, pero sus corazones latían aquí, en el lugar que les convocaba y al que venían una y otra vez.

Heather, Isabella, Eleanor. Mujeres que tenían a los otros MacLaren enredados en sus puños, pero que tenían tal corazón que no se podía más que quererlas. Eran buenas para su familia.

Por supuesto que con ellas bastaba. Las chanzas que pretendía involucrarlo a él con dramas románticos estaban erradas. Hamish estaba más que bien disfrutando de libar en flores varias. Su primo Alec podía quedarse con la oferta femenina que soñaba con boda.

Chasqueó su lengua al pensar en el sufrimiento de este allá en Londres, con solo un oído bueno y debiendo custodiar a Gwen, a la que sabían imparable, e imposible. Su primo merecía un monumento por obedecer a Callum a pies juntillas:

<<Asegúrate de que nada le pase, Alec>>, le había pedido el laird*. <<Gwen cree saberlo todo y que hará lo que se le ocurra. Londres la devorará si no la vigilamos>>.* Así que en la ciudad cumbre de la civilización estaba el pobre Alec, y sin fecha de retorno.

Se movió en el lugar, piernas abiertas, manos en los bolsillos, atendiendo a los que bromeaban mientras trabajaban.

—¿Estás inspeccionando ahí parado, o finges hacerlo mientras sueñas despierto?—dijo Callum, que avanzó desde el área de la caballeriza.

Probablemente había estado revisando su montura; su hermano no era sino celoso de ella. Hamish se giró por completo para mirarlo con una sonrisa abierta.

—Hermano, verifico que no sobrecarguen los caballos, pero no es necesario. Saben qué hacer, por supuesto. Además, no me prestarían atención. No todos tenemos tu talento para mandar y que parezca justicia.

Hubo risas entre los jóvenes, y Callum sonrió, palmeando su hombro.

—Subestimas tu valor, hermano. Pero alguien tiene que mantener en pie este lugar mientras juegas al trovador y te distraes mirando nubes.

—Versos, Callum. Poesía—respondió Hamish—. Alguien tiene que escribir y dejar constancia de nuestro paso. Claro que esta generación podría quedar mal parada. Soy un aficionado con ínfulas de poeta.

—El día que nos dejes leer tus escritos será el que podremos darte opinión—dijo el laird.

Hamish negó. No. Sus letras eran enredadas, no le satisfacían. Tal vez algún día lograría que fluyeran. Por ahora, se complacía con intentarlo.

Callum se acercó al carro y Hamish fue con él.

—Asegúrate de traer todo. La última vez faltaron las patatas. La cocinera estuvo enojada por días. Echa de menos a Gwen, ¡y cómo no! Cuando esta se ocupaba de las provisiones, estas llegaban en tiempo y forma.

Hamish asintió con solemnidad. Su cuñada Heather era la que tomó la posta de la gestión del castillo, pero este era como un animal hambriento a perpetuidad, siempre demandando. Por ello se ofreció a supervisar la tarea en persona.

—¿Cómo es que nuestra hermana se ha convertido en una dama de Londres y se rehúsa a volver? ¿Qué hicimos mal que huyó despavorida a la menor oportunidad?

Callum resopló, exasperado por su dramatismo, pero también porque era un tema que le tocaba la fibra. Era protector en exceso, y le molestaba que su única hermana estuviese lejos y en un lugar al que consideraba una jungla de ambiciosos.

Hamish era más pragmático al respecto. Una mujer joven como Gwen, brillante, bonita, necesitaba abrir sus alas y volar en busca de lo que su espíritu exigía. No sabía bien qué corriente emocional subterránea la inquietaba, pero la había visto distinta los pasados meses.

Había sido afortunado que Malcolm aceptase su compañía cuando fue a Londres a buscar a Eleanor. La tutela de una de las familias más importantes de la nobleza inglesa, la del duque de Elywood, garantizaba su seguridad.

A esto, Callum había agregado la guardia de Alec. Gwen volvería cuando lo sintiera. Claro que se la echaba de menos, mucho, pero se las arreglaban.

—Gwen está bien, lo sé. El que me ha escrito es Alec.

—¿Oh? Esa si es una sorpresa. ¿Sobrevive?

—Apenas—Calum rio—. El pobre odia la ciudad, no oye la mitad de lo que le dicen. Me da un parte somero de lo que está pasando allá, pero se asegura de hacerme saber que estoy en deuda con él.

—Imagínate en su lugar, debiendo sonreír sin saber si la dama le ha preguntado la hora o le ha declarado amor—Hamish soltó una carcajada—. Me encantaría verlo en un salón, pisando vestidos aquí y allá.

Ambos rieron, aunque sin malicia. Alec era un soldado, un hombre que dedicó su vida a la lucha y perdió en el proceso. Su sordera era producto de la guerra, y esta le había dejado sombrío, sin mayores expectativas. Al menos cuidar a Gwen le daba una misión.

Callum se puso serio.

—Pasa por las tierras Carlisle. Isabella mencionó que tienen lino de sobra, y Ewan ordenó separar la que no venderán al mejor postor.

—Bien—asintió, y sonrió—. Aprovecharé para visitar a la viuda Campbell. Sus telas son incomparables.

—Sí, no tengo duda de que tu interés por estas es lo que te guía.

—Soy un hombre dedicado.

Calum sopló con impaciencia.

—Hamish, tienes que sentar cabeza. Vas a enfurecer al hombre equivocado uno de estos días, y nos traerás problemas.

—No lo creo, no miento, y me fijo bien con quién comparto mi tiempo y mi cuerpo.

Hizo un gesto divertido ante la exasperación de Callum, no exenta de cariño, también resignación.

—Tienes más suerte que juicio. Anda, llévate al mozo nuevo y procura no regresar con otra historia de la que Heather tenga algo que decir.

Hamish inclinó la cabeza, casi solemne.

—Te doy mi palabra.

—Tu palabra no vale un penique en cuestiones de faldas.

—Por eso no la vendo—dijo, y rio alto, el sonido elevándose y envolviendo y superando el resoplido de su hermano.

Callum ingresó al castillo, y Hamish se enfocó en la tarea.

—¡Sid, vas conmigo!

El jovencito vino rápido y se subió al pescante. Hamish trepó con agilidad e hizo un gesto para avanzar. Pronto marchaban con

cadencia, los caballos arrastrando con solvencia el carromato.

—Despacio. No queremos cansar a los brutos. Tienen pesada carga a la vuelta.

El mozo asintió, y Hamish se regodeó en la contemplación de su entorno. El paisaje, conocido, familiar, no dejaba de conmoverlo. No había colores iguales. Día a día mutaban, la naturaleza generosa en matices que explotaban en bosques, flores, piedras, cielos, sembradíos, cursos de agua, caseríos.

El aire no estaba quieto, pero era brisa suave que traía el zumbido de la novedad inserta en el horizonte. El ferrocarril podía escucharse a pesar de la lejanía, monstruo negro que vomitaba blanco y que comía la distancia.

Una novedad que los aldeanos aún miraban con recelo, aunque más y más se veían sus beneficios. Concesiones al futuro. Tradición y modernidad se enlazaban en la tierra que sostenía los rieles.

Bruma y hierro. Eso… Sonaba bien. Sacó de su bolsillo un cuaderno de tapas de cuero y el lápiz de grafito, cuya punta afiló con su cuchillo.

—¿No se cansa de escribir, milord?

Sonrió y negó. Ya no escondía su afición, como antes. Sabían que escribía, pero nadie lo tomaba demasiado en serio.

—Nunca. ¿Te cansas tú de trenzar cuero?—El muchacho, un entusiasta artesano, negó, y no dijo más.

Hamish apoyó el cuaderno en la rodilla, pensativo, y luego anotó con letra firme:

El hierro ruge donde antes callaba el río.
La tierra espera un verso que la redima.

Ensayó otras frases, que tachó, y finalmente guardó el cuaderno. La inspiración venía a veces por largas tiradas, y otras era una bocanada corta.

Se abocó a cantar entre dientes, echado atrás, observando. El camino descendía entre brezales, húmedo y brillante por la lluvia de la mañana. A lo lejos, las colinas del Perthshire se perdían en la neblina.

El camino hacia Kenmore seguía el curso del río Tay, brillante bajo un cielo pálido. A medida que descendía, el sonido del agua se

mezclaba con el de las ruedas del tren, mucho más audible al otro lado del valle.

—¿Ha subido al tren, milord?

—Hamish, dime Hamish. Deja la formalidad para mi hermano— Corrigió, distraído—. Sí, lo hice, hasta Londres. Es impresionante. Rápido. Congestionado, claro, pero depende de con quién te toque en suerte viajar.

—Mi padre dice que ofende la tierra—agregó el muchacho.

—Algo de razón ha de tener, pero, dime… ¿Nos bajamos del mundo y su girar, o nos mantenemos arriba, con las reglas que podemos conservar?

Había sido la gran pregunta que Callum, él y los demás se habían hecho. El cambio no vino sin resistencias, pero se había realizado lo mejor para todos, Hamish estaba convencido.

—Creo que eso último.

—No tengas dudas, muchacho.

Les llevó un rato llegar al poblado, donde el mercado estaba en plena actividad. Puestos con barriles de avena, sacos de harina, quesos envueltos en tela, mermeladas, cueros.

Mujeres que discutían precios con tenderos exasperados, hombres que hablaban de ganado, whiskey y confrontaciones. Los niños corrían, algunos descalzos, jugando y gritando, seguidos por perros que les ladraban sin descanso. La fragancia del pan tibio, de la carne asada, de flores y hierbas, se mezclaban.

El mozo detuvo el carro en una de las tiendas, y le dio la orden de levantar avena, trigo y cebada. Una anciana lo vio desde su puesto de legumbres y agitó la mano.

—¡Hamish MacLaren! Tengo la mejor fruta y buenas patatas, mi señor. No se puede vivir solo de carne y whiskey, joven.

—Las buenas almas como usted me mantienen sano, señora Fraser—contestó, inclinando la cabeza con un gesto galante—. Asegúrese de reservar las dos mejores bolsas de patatas, zanahorias, huevos, nabos. Sid se hará cargo.

—Dios le bendiga, joven lord—dijo ella, sonriendo—. ¡Le deseo una mujer fina y bonita que le haga sentar cabeza!

—¡Atrás, Satanás!—contestó con ironía, haciendo un gesto de vade retro que le ganó murmullos y risas femeninas.

No le molestaba el comentario, antes bien, lo abonaba. A esas alturas, la fama de picaflor lo precedía, pero también le abría puertas. Sabían que esperar de él: coqueteaba sin malicia, tenía palabras amables para todas y un poema a medio escribir para ninguna.

En la tienda del boticario, recogió las medicinas que Heather había encargado. El hombre, un inglés meticuloso, se las entregó envueltas en papel.

—¿Cómo va el negocio, señor Clark?

Este suspiró.

—Su hermano paga puntual—dijo—. No así la mitad de este pueblo.

—Hoy es un buen día entonces—le dijo, pagando la suma adeudada sin chistar.

Para su deleite, frente a la plaza, la viuda Campbell inspeccionaba rollos de lino en el porche de su tienda. Se le extendió una sonrisa satisfecha al observarla mientras se acercaba.

Estaba de muy buen ver a sus treinta y cinco años. Belleza firme, y con apetito por la vida, por lo que no se privaba de los placeres de la carne. Al menos con él, que había logrado convencerla meses atrás, de que el muerto, que en paz descansara, era su esposo, no ella. Se acercó con paso ligero.

—Señora Campbell—saludó—. ¡Mis ojos se llenan de gozo, y no solo por las excelentes telas! El negocio florece. Hay suficiente como para vestir a todos los MacLaren.

Ella lo miró por encima del hombro, sin sonreír.

—Depende de qué parte del clan quiera cubrir.

—Solo las decentes, se lo prometo—Él inclinó la cabeza—. Unas piezas para los telares del castillo.

—Muy bien. Le haré buen precio.

—Justa en los negocios, y de corazón compasivo—dijo él, su voz más suave, acercándose, imponiendo seducción en su expresión—. Razón por la que la mitad del pueblo suspira al verla pasar.

Ella soltó una risa discreta.

—Y la otra mitad suspira cuando usted pasa. Sería justo llamarlo empate.

Trataron el precio, sellaron el trato con un apretón de manos, y la viuda le ofreció una taza de té. Hamish aceptó al instante. Mientras bebía, escuchó los rumores del pueblo: un nuevo puente que planeaban construir sobre el río, el mal estado de las calles, los comentarios sobre la joven maestra inglesa que enseñaba en la escuela parroquial.

—Dicen que la señorita Reed ha encontrado quien le lea a Burns en voz alta—comentó la viuda, con una sonrisa.

Ups, pensó, pero no perdió su sonrisa. La viuda sabía que él no era sino un amante de ocasión. No tocaba mujer sin dejar esto bien claro. *El amor gobierna campamentos, cortes y bosques, pero apenas se posa en los corazones errantes,* decía el admirado poeta Walter Scott, y esto describía a Hamish de cuerpo entero. El suyo era un corazón que se negaba a asentarse.

—Entonces temo por mi libertad—contestó él, dejando la taza—. Cada vez que un verso de Burns se cruza en mi camino, algo cambia para siempre.

—Me encantaría escucharle recitándolo—dijo ella.

—Su deseo es una orden—indicó, risueño, encantado.

Sid sabía qué hacer, no necesitaba que él le supervisase. Hamish se tomaría apenas un rato. Un maravilloso, disfrutable rato.

Capítulo 7



Un rato más tarde, Hamish se acercó a Sid, quien ya tenía la carreta cargada de sacos.

—Muy buen trabajo, y en buena hora—dijo Hamish—. Esta nos deja el tiempo perfecto para hacer una parada en el Stag´s Rest antes de pasar por las tierras Carlisle.

El mozo abrió los ojos como si le hubieran ofrecido un tesoro. Era probable que su madre diese la tabarra a Hamish cuando se enterara, pero ¡qué diablos! Ya era un adulto, o casi, y la resistencia al ale se cultivaba.

—¿De veras, mi…?

—Hamish —lo corrigió, firme pero cálido—. Guárdate los milord para Calum. Si me llamas así ahí dentro no van a parar pidiéndome que les resuelva problemas, como hacen con Callum.

Sid sonrió, nervioso.

—Sí, mi… Hamish. Aunque el laird lo hace con gusto… Es un hombre formidable.

Hamish asintió, y le dio otro golpecito, divertido.

—Así es. Callum es el mejor para el puesto. Por ello me toca a mi ayudar a su rebaño a soltarse un poco. ¿Hecho?

—Sí, Hamish—dijo, más seguro, con una sonrisa.

—¡Ese es mi muchacho! Ahora, ven. Si nos vamos con esta carga de provisiones y sin mojarnos el gaznate, la posadera dirá que no contribuimos a sostener a su familia. No podemos hacer eso.

—No, Hamish.

—Tú serás un gran compañero de salidas, Sid. Aunque no le digas a tu madre que te dije esto. No me dejaría en paz, y no dudo

que me escondería libros y plumas—suspiró y sonrió, y el muchacho también.

—Será nuestro secreto, Hamish.

El Stag's Rest emergió enfrente. Piedra gris, techo bajo, humo escapando por la chimenea, el ciervo del letrero bamboleándose con un chirrido familiar. Hamish se detuvo un segundo, nostálgico.

—Aquí fue donde Ewan me hizo beber mi primera pinta —murmuró—. Tenía catorce. Canté una balada tan espantosa que hasta las gallinas dejaron de poner huevos al día siguiente.

Sid lo miró risueño.

—¿Tan mal canta, mi… Hamish?

Hamish soltó una carcajada.

—No soy un trovador, lo sé. Pero este pueblo ha visto gritos peores. Anda, abre la puerta antes de que me arrepienta y te mande directo al castillo con la carreta.

La taberna los envolvió: calor, conversaciones, aromas, como un abrazo. Luz ámbar, pan tostado y carne guisada, un violín, risas que subían y bajaban como olas. Era media tarde, pero estaba animado.

—¡Hamish MacLaren! —bramó un granjero desde una mesa larga —. ¡Ven aquí, que necesitamos alguien que nos haga olvidar que el invierno se acerca! ¡Cuéntanos alguna de tus mentiras heroicas!

—Ned, Ned, no hay falsedad en mis relatos. Un poco de picante, otro poco de detalles, pero la espina… Puros relatos de pasado glorioso, insensatos—respondió Hamish, estrechando manos, recibiendo palmadas en la espalda.

—Es buena cosa que alguien en estas tierras lea tanto como usted, milord—dijo un larguirucho del que no recordaba el nombre. Uno de los doce hijos de Mac, eso sí lo sabía.

—Alguien debe usar la cabeza y la mano para algo que no sea el cuchillo o la guadaña—contestó, sonriente.

Un hombre joven se acercó a la mesa con una pinta en la mano, su sonrisa enorme.

—Hamish, milord. Mi esposa parió ayer. Un niño, fuerte como un toro.

Hamish lanzó una carcajada y se levantó para palmearle la espalda.

—¡Un MacLaren más para llenar estas tierras! Dale mis felicitaciones. Y dile a tu mujer que pasaremos a conocerlo en unos días. Callum va a querer felicitarles en persona.

El joven rio, orgulloso. Otro granjero intervino:

—¡Brindemos por eso!

Hamish tomó la bebida que le ofrecían y pidió otra para Sid, que la miró con sospecha, pero bebió un largo sorbo. Se atoró, provocando risas, pero Hamish le hizo un gesto de estímulo y quitó la atención de él con preguntas a los presentes.

—¡Las cosas han mejorado desde que trajeron el tren, Hamish!—aseguró uno—. Mi hermano consiguió vender su lana en Perth sin que se arruinara viajando por caminos embarrados. El laird negoció como un zorro con esos jodidos ingleses.

Hamish asintió con vehemencia.

—Ya conocen a Callum, pero no olviden a nuestro buen Malcolm, que es un abogado como no hay otro. Esos nobles y leguleyos ingleses creyeron que vendrían y nos explotarían, y nos encontraron firmes. Déjenme decir esto—se inclinó adelante, concitando la atención de los reunidos en la mesa, pero también de otros en el mostrador—. Mi presencia fue fundamental: conté cada botella que se abría durante la conversación, y tal vez, solo tal vez, nuestro whiskey embotó algunas mentes sassenach.

Hubo carcajadas cascadas, otras como rugidos, pero en general, la respuesta que Hamish solía obtener: divertida camaradería.

—¡Hamish, no te quites mérito!—dijo uno, más serio—. Tus hermanos confían en ti a ojos cerrados.

Sonrió. Así era, lo que no quería decir que él fuese el hombre importante del castillo, ni aquel al que recurrían o en el que confiaban para resolver los enredos. Su papel era ser el nexo, el sostén, el segundo, y bien contento que estaba con eso.

Él no era el conductor de gente, no era el guerrero o lanzador de troncos estrella, como sus hermanos, pero se congratulaba de ser el que estaba atento a las necesidades y problemas de la gente de estas tierras.

—Me alegra escuchar que la estación sirve a los nuestros y no solo a los comerciantes gordos de Londres.

Las carcajadas aprobaron el comentario. La música subió; el violín se animó. Hamish dio cuenta de la jarra ofrecida con lentitud, degustando el sabor del ale en su garganta, que quitaba sed y encendía un poco el pecho.

Observó a Sid, con las mejillas encendidas, y rio entre dientes. Más valía que se asegurara que el muchacho no tomaba más que esto, o debería cargar el lino solo en las tierras Carlisle.

La posadera, la señora MacDour, una mujer robusta, de brazos fuertes y sonrisa permanente, se acercó decidida.

—Hamish, muchacho. ¿Vas a preguntarme por mi marido o ya se te olvidó?

Él se volvió al instante.

—¡De ningún modo! Estaba avivando la conversación aquí. ¿Cómo está ese testarudo? ¿Todavía se queja del brazo?

—Está mucho mejor—respondió ella, agradecida—. Si no lo hubieras encontrado y traído con el doctor, lo habría perdido, eso es seguro. No hace caso ni a Dios ni al diablo, pero a ti sí te escuchó.

Hamish levantó la jarra.

—Solo porque le prometí que si seguía gritando lo ataría al lomo del caballo como un saco de avena. Puede ser que también le amenazara con cantar.

Hubo risas y chanzas.

—¡Y lo habría merecido!—dijo la mujer—. Anda, ven, tengo pan recién hecho y carne. Te dará fuerzas para reponerte de tus *esfuerzos*.

Le guiñó un ojo y Hamish suspiró. No había secretos en este sitio, y menos cuando sus actividades extras se hacían a la luz del día.

Hamish avanzó hacia el mostrador, y se distrajo saludando a otro de los granjeros. Justo entonces sintió el golpe leve en su costado. Se detuvo y giró.

Un mozo menudo había intentado pasar con una bandeja rebosante de platos, y al parecer Hamish se interpuso en el camino.

—Perdona, muchacho—dijo.

Joder, sí que era esmirriado; apenas sí podía sostener la bandeja, que temblaba.

—¡Perdón, milord, perdón!—dijo en un hilo de voz.

No le vio la cara ya que no levantó la vista y tenía puesta una capucha, como queriendo hacerse invisible. *Pobre desgraciado*. Hamish le sostuvo la bandeja para evitar que cayera.

—Tranquilo, muchacho. No pasa nada—Sonrió—. Deberías cargar menos esta bandeja, o comer un poco más. El viento de las Highlands te llevaría cuesta abajo sin esfuerzo.

La figura se tensó más; fue algo casi imperceptible, pero Hamish lo vio, y arrugó el entrecejo.

—Lleva eso atrás. Está todo bien, querida.

¿*Querida*? ¿*Qué cojones*? La figura se movió rápido, y por un instante Hamish temió que todo cayera, pero no pasó. La silueta se perdió en la trastienda. Se acercó a la posadera, que observaba desde detrás de la barra.

-Señora MacDour, ¿quién…?

—Es una muchacha, pero entiendo que te confundieras. Me pasó —Suspiró y se inclinó apenas hacia él—. Es una inglesita flaca como un junco, y más callada que un día sin pan. No sé de dónde viene, pero trabaja sin descanso. Come poco. Duerme menos. Tiene esos ojos…-la buena mujer sacudió la cabeza-. Es como si cargara el peso del mundo en esa mirada.

Hamish arrugó la frente.

—¿De dónde salió?

—Apareció aquí hace una semana, rogando trabajo. Estaba en los huesos. No tuve corazón para negarle comida caliente y un sitio para dormir. No tenemos mucho, lo sabes, pero… Esa pobre criatura…—murmuró—. Me rogó trabajo, y llegó en una época donde este sobra. Tiene manos de oro, no hay una queja, pero no he oído su risa ni una vez desde que llegó.

Hamish entrecerró los ojos, pensativo.

—La vida pesa distinto en cada espalda… —dijo, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Eh? —preguntó la posadera.

Hamish sonrió, quitándole importancia.

—Nada. Pensamientos de poeta.

Ella se rio.

—Come—le acercó un plato y otro vaso repleto—. Y bebe, antes de que te pongas profundo.

Hamish sonrió también, pero su mirada volvió a la puerta de la trastienda. Había seres desahuciados en el mundo, muchos de estos. Al menos esta había llegado a un lugar de piedad.

La posadera tenía a sus hijos grandes y con familias formadas, por lo que tenía sitio y buen trato para una mujer que parecía a punto de desaparecer de tan minúscula.

Capítulo 8



Beth dejó la bandeja sobre la mesa al lado del gran cubo con agua que usaba para lavar vasos y platos. Su corazón era un tambor que no se detenía, fuerte y tan claro que sonaba en sus oídos, aturdiéndola.

Se apoyó contra la pared unos segundos, tratando de recuperar el aliento. El ruido del salón llegaba amortiguado, pero bastaba para hacerle revivir el instante: era él. ¡Era él! Lo había encontrado.

El hombre que le había dado una luz de esperanza en Londres. El que con apenas segundos encendió una chispa que permaneció encendida a pesar de las miserias, y con ello la alentó a venir aquí.

Su voz… La había reconocido de inmediato. Parecía adueñarse de los espacios que alcanzaba. Había ingresado a la taberna como si la poseyera, pero no porque se impusiera o hablase con autoridad o desdén No. Hablaba llano, atendiendo a cada uno que llamaba su atención, con camaradería, con diversión. E iban a él como moscas al dulce.

Su risa era limpia, desinhibida. Estaba en su elemento, era conocido y admirado. Importante, si atendía a cómo le contaban sus cosas, y las referencias que hacían al castillo y a su hermano. El laird, Callum MacLaren, el hombre del que tanto había escuchado con admiración, reverencia y respeto, era su hermano. Un noble.

Apenas podía creerlo. El escocés del carruaje, aquel que la había ayudado en Londres, estaba allí, a unos pasos, igual y distinto al recuerdo. Atractivo, centro, importante, pero también cercano. Cortés: felicitó a un padre por el nacimiento de su hijo, a otro por su cosecha.

Él era quien había ayudado al esposo de la señora MacDour con su accidente. Había escuchado a la mujer agradecer en plegaria quieta.

Se llevó una mano al pecho, justo donde guardaba la cinta azul de su madre. Durante meses había pensado en él, en su tono calmo, en la esperanza que sus palabras casuales habían encendido en ella.

Ahora, lo tenía cerca. Tan cerca que, en su afán de desaparecer, había chocado con él, torpe, y la confundió con un muchacho. No la reconoció, por supuesto. Él la olvidó al momento de subir a aquel carruaje en Londres, sin saber lo que su rostro y su frase habían significado en su huida.

Apoyó la frente en la pared fría. *Calma, Beth. Debes tranquilizarte. ¿A qué vienen estas emociones? Verle debería alegrarte, tan simple como eso. Fue un faro en tu vida atroz, y te sirvió. No te va a reconocer, y aunque lo hiciera, ¿qué problema habría con ello? No va a acusarte de nada, no va a devolverte a Londres. Nadie aquí va a hacerlo.*

Cuando había llegado a esta región, la vida no había sido sencilla. Los primeros días los pasó durmiendo en establos, pidiendo trabajo a los granjeros, lavando cubos, barriendo patios. Algún plato de comida caliente y un rincón bajo techo le bastaban.

Pero no le pesaba. Por el contrario, se sentía viva y libre, envuelta en sensaciones de novedad. El aire, por ejemplo, aquí era afilado, limpio, cortaba las mejillas como un cuchillo amable. El frío que la mordía al amanecer era distinto del húmedo de Londres que calaba los huesos. Este frío tenía propósito: despejaba la mente, la hacía sentir despierta, real.

Cuando la escarcha cubría los pastos, brillaban como si el sol les hubiera regalado pedacitos de vidrio. Beth los miraba con un asombro infantil que creía muerto.

Por las tardes se detenía a mirar la bruma que subía desde los campos. No era la niebla sucia del East End; esta era una bruma suave, plateada, como un suspiro que envolvía todo sin asfixiarlo.

El silencio era otro desconocido en su vida. En Londres, la noche tenía ruido: ruedas chirriando, gritos, discusiones, portazos, alguien que lloraba, alguien que reía demasiado fuerte, botellas

rompiéndose, el chirrido de las ratas que asomaban entre los tablones.

Aquí la noche respiraba. El aire olía distinto. A tierra húmeda. A musgo que se despierta al amanecer. A leña recién encendida que no apestaba a carbón barato, sino que dejaba un rastro casi dulce.

¡Y el cielo! Nunca había visto tantas estrellas. La primera vez que levantó la vista, creyó que el cielo estaba agujereado, como un telón viejo salpicado de luz. En realidad, era la primera noche en su vida sin humo negro cubriendo el mundo.

Rezó a su madre, sus ojos húmedos. Había llegado, había logrado hacer realidad lo que soñaron en las sombras del slum.

También descubrió el sonido de los árboles. En el bosque cercano al pueblo, un remanente del antiguo bosque caledonio, el viento no silbaba: susurraba. Las hojas hablaban entre sí, como si guardaran secretos milenarios.

El suelo crujía bajo sus botas prestadas: blando, vivo, sin los restos de vidrio, clavos y barro gris que formaban el piso de su calle natal. A veces se detenía a mitad del sendero, el corazón latiendo rápido, y pensaba.

Aquí nadie gritaba su nombre. No había amenazas. Nadie sabía quién era, por lo que podía reinventarse. Renacer. Aquí no la juzgaban, no la querían de espaldas o de rodillas.

Los primeros días habían sido duros: dormía donde podía, comía lo que le daban, trabajaba hasta que los brazos le temblaban. Pero, por primera vez en su vida, el dolor no era humillación, sino cansancio. Un cansancio limpio, que podía lavarse en el arroyo y se esfumaba luego de horas de sueño completo.

Cada noche, antes de quedarse dormida, escuchaba el viento entre las ramas y se decía: *Aquí, por fin, el mundo me da una oportunidad.*

El día en que se aventuró al poblado llegó a la taberna y posada de la señora MacDour, dueña del Stag’s Rest. Con timidez y temblando le ofreció trabajar por algo de pan y avena, pero esta la había mirado con ojo clínico, y le ofreció más: una pequeña habitación a cambio de ayudarla con la limpieza de su casa y de la taberna.

¡Sin preguntarle más que el nombre, y corroborar que era inglesa! Así, con generosidad inusitada que le puso liviano el corazón. Había aceptado sin pensarlo. La buena mujer Incluso le pagaba algunas monedas.

Aquí no había manos que la golpearan ni voces que la maldijeran. Cada noche, antes de dormir, miraba el cielo desde la ventanita y a las montañas que apenas empezaba a conocer. No entendía muchas de las palabras del dialecto local, pero era rápida para comprender los gestos.

En las Highlands, la gente no hablaba mucho; se ayudaba en silencio, y eso le bastaba.

Vez tras vez había oído la voz en su memoria, la que acababa de escuchar ahí afuera. La voz que le había hablado de la tierra donde la bruma no escondía horrores, sino libertad. Era verdad. Lo estaba comprobando.

Pero verlo entrar así, riendo, vivo, con esa fuerza tranquila, la había desarmado. Necesitaba mirarlo. Se acercó al hueco de la puerta y atisbó, buscando la visión. Allí estaba, comiendo en calma mientras conversaba con un muchachito muy joven, al que le quitaba un vaso de la mano. Siempre riendo.

Su boca se estiró también, contagiada. Era un gesto tan ajeno. Se llevó las yemas de los dedos a una de las comisuras. No solía tener motivos para reír, e incluso aquí, el gesto se había reservado.

Las emociones se le escapaban con lágrimas, con inmovilidad azorada, con ojos desorbitados, con exhalaciones quietas.

-¡Beth, necesitamos esos vasos para hoy, querida!

Se había distraído, y ruborizada se movió para lavar, secar y llevar al mostrador lo solicitado, a unos metros de donde él terminaba su comida. Beth le miró de reojo, y encontró sus ojos claros. Él sonrió, y ella parpadeó, sus mejillas rojas, y bajó su vista.

Volvió a mirar cuando escuchó que se marchaba. Se colocó su boina y palmeó la espalda del muchacho, que se tambaleó levemente, provocando hilaridad.

—¡Tu madre va a darte azotes, Sid!—gritó alguien, y Hamish elevó una carcajada.

—¡Temo que serán para mí! Vamos, Sid, camina. Podrás dormir sobre los sacos.

Ahora sí, quitados los ojos masculinos de ella y con la atención de los asistentes sobre los dos que salían, Beth pudo mirar a gusto.

Hamish MacLaren, repitió su mente. Cabello un poco ensortijado y caoba, espalda y hombros anchos, piernas poderosas emergiendo del kilt. Era muy atractivo. El hombre más atractivo que había conocido jamás.

—Hamish. *Am fear òg*, el menor de los hermanos del laird Callum —dijo la posadera con una gran sonrisa—. *Latha math air*, ¿verdad? Cálido y encantador, como un rayo de sol en invierno.

Beth parpadeó, bajando la cabeza para ocultar su rubor mientras recogía platos. No entendía cada palabra, pero la entonación amable le bastaba.

—Esa familia es una bendición, niña, créelo. El laird siempre ha sido gentil, pero sobre todo listo. *Slàn agus sona*, dicen los viejos: sano y próspero. Y lo ha logrado. Trajo bienestar con esas ideas suyas.

Soltó una risita mientras tomaba una jarra para secarla.

—Pero Hamish… Hamish es el *cridhe*, el corazón. Pura sonrisa y lengua de miel. Tiene ese don con las palabras… Como un caballero inglés, ya me entiendes. *Labhairt bog* —añadió, tocándose la lengua —. Habla suave, de esos que convencen a una roca de que cante.

Beth no pudo evitar mirarla un segundo. La posadera guiñó un ojo.

—Y claro, *tha mnathan às dèidh*, hay mujeres que suspiran por él. Bastantes.

Beth bajó de nuevo la mirada, fingiendo fregar un plato con más atención de la necesaria. Algunas palabras se le escapaban, pero entendía el sentido.

Tomó los platos con cuidado y los llevó con ella a la trastienda. Donde pertenecía.

Capítulo 9



El canto de los pájaros la despertó. Durante un momento no supo dónde estaba, pero como cada mañana desde que había llegado, fueron las sensaciones las que la amarraron a la realidad.

El silencio amable, las sábanas limpias bajo los dedos, suaves, sin humedad. El colchón de lana suave, la luz que entraba por la ventana, clara, tamizada por cortinas floreadas.

Se incorporó despacio. La habitación era pequeña, pero ordenada: una mesa, una silla, una jarra y jofaina, un baúl de madera. Mientras trabajara aquí era suyo, no tenía que compartirlo con nadie. Miró afuera, al campo de flores silvestres que descendía hasta un arroyo.

Estaba aquí, no era un sueño. Aspiró el aire que traía olor a jabón de lavanda y a madera encerada: la casa de la posadera siempre olía así. La señora MacDour era obsesiva con limpiar, airear, adornar.

Como cada despertar maravillado, Beth bajó su cabeza y musitó una plegaria para que la mujer no se arrepintiese de ayudarla, para no perder esto, que era un pedacito de cielo.

<<Trabaja con dedicación y tendrás mi ayuda, jovencita. Nadie debería tener tan poca carne en los huesos, ni mirar tan dolida>>. Beth no olvidaría la gratitud que sintió al ver la habitación con la lámpara encendida junto a la cama, la jarra de agua limpia, la taza de porcelana. Eran pequeños lujos que parecían milagros.

Se vistió con el único vestido decente que tenía y bajó las escaleras. El olor del desayuno llenaba la cocina: pan recién hecho, tocino crujiente, té fuerte. La señora MacDour, redonda y sonriente,

servía platos para su esposo, para ella, y había uno dispuesto para Beth.

Se había sorprendido la primera mañana, sin saber qué hacer, pero la calidez con la que la llamó a sentarse con ellos había sido una declaración de bondad. Su esposo, un hombre parco que comía de la mano de la mujer, había asentido, indicando el lugar a su frente. Así había sido los siguientes días, sin falta.

—Buenos días, querida—Le acercó su plato—. Come.

—Gracias. Es demasiado—murmuró—. No tengo mucha hambre.

Era un banquete. Beth solía tener suerte si podía masticar pan y beber sopa a diario, y eso las tardes que podía ir a la misión y Thomas no le demandaba limpiar o quedarse con su padre. Sacudió la imagen ofensiva. Thomas pertenecía a su otra vida, no la quería en esta.

—Pues come por cortesía —replicó la mujer, con tono que no admitía discusión.

El plato tenía porridge con miel, pan de avena y un huevo frito con los bordes dorados. Beth masticó despacio, disfrutando del sabor y el calor, de los sabores que se mezclaban en su boca, del alimento que la ponía más fuerte. Había ganado algo de peso, lo notaba en la ropa que parecía llenarse un poco más.

Cuando terminó, se levantó para recolectar los platos, pero la mujer le tocó el brazo, y le señaló un cesto con ropa.

—Llévala al arroyo y lávala bien. Hay jabón envuelto en la tela, frótalo con la piedra. El agua está fría, pero se calentará a medida que el sol se eleve. No hay prisa, querida.

Beth asintió y recogió el cesto. Olió el jabón, y la fragancia del limón le llegó rápido a la nariz. Era una barra casera de color gris claro, y la reconoció como la responsable del bonito aroma de las sábanas en las que dormía.

Con la cesta entre sus brazos, salió por la puerta trasera, cruzó el huerto y bajó por el sendero. Cada tanto paraba para reposicionar la carga. El arroyo no estaba lejos. La cinta de agua corría entre piedras cubiertas de musgo, claro y rápido.

Cuando llegó, se quitó la cofia, y su cabello se derramó por la espalda, exasperado por la constante represión. Luego, se descalzó,

arremangó la falda y hundió los pies en el agua. El frío la golpeó en los tobillos, como agujetas, y movió los dedos. Sonrió, deleitada, y giró un poco, evitando los guijarros del fondo.

Elevó su cabeza para recibir los rayos tibios, sus manos sosteniendo la falda elevada por los costados, inmóvil, en paz. Esto había ganado por atreverse, por jugarse ante la desesperación.

Con calma, se aprestó a trabajar. Mojó la primer prenda, frotó con la piedra lisa, y el jabón se deshizo en burbujas. Así con cada una, que restregó con esmero quitando grima, enjuagando. Luego las estiró sobre el pasto grueso y limpio para que el sol comenzara a secarlas.

Tocaba esperar, por lo que dejó el cesto a un lado y, tentada, volvió a adentrarse en el arroyo, esta vez hasta sus rodillas. El agua acarició la piel de sus pantorrillas y salpicó levemente su falda. Se meció y luego pateó la superficie, que se desarmó en gotas que el sol golpeó e hizo brillar.

—Cuidado, ninfa del arroyo—dijo una voz masculina, divertida, detrás de ella—. Los poetas advierten que quien baila así puede hacer perder la cabeza a un mortal.

Beth dio un grito de susto, y se giró, sobresaltada y en alerta, para quedar inmóvil. Hamish MacLaren estaba sobre su caballo y la miraba con una sonrisa que era mezcla de ironía y encanto.

Estaba aquí. Beth tragó saliva, consciente de que se veían sus piernas y estaba sin su cofia. Con nerviosidad, se acercó más a la orilla.

—No pretendía asustarla—dijo él mientras bajaba del caballo con un salto suave—. La vi tan ensimismada que me dio pena interrumpirla, pero al verla sonreír pensé que debía advertirla. Va a hacer que el arroyo cante en vez de correr, *mo thruaighe*, y si sigue así, los duendes saldrán a tirarle del cabello.

Beth abrió los ojos de par en par.

—¿D-duendes?—miró alrededor, inquieta.

Él rio alto, sonoro, como el mismo arroyo, y volvió a convocar su mirada. Su pecho y garganta temblaban con la carcajada, como si todo el cuerpo se rindiera a la diversión.

Beth no sabía que se podía reír así. Rabia sacudiendo un cuerpo, la conocía. Enfermedad, también. Incluso cuando el cuerpo vibraba con la pasión, lo conocía, porque Thomas la había obligado a ver, anunciando lo que le esperaba. Pero esto… Sus ojos bebían del espectáculo de Hamish MacLaren.

Pero entonces, parpadeó. ¡Duendes! Volvió a mirar a su alrededor, inquieta, y tomó el cesto como si fuese un arma con la que defenderse.

—¡*Aye, clann-sìth*—respondió, acomodándose el sombrero—! Son pequeños, traviesos, miladi. Si les gusta alguien, le tiran del cabello para llamar su atención—Levantó las manos, divertido, y ella le observó seria. ¿Miladi? Este hombre no tenía idea del agujero del que ella reptó afuera—. No son tan terribles. Solo juguetones. Se esconden en las piedras.

Ella dio un paso hacia el pasto, nerviosa. Había oído historias en la taberna: fantasmas que caminaban en la neblina, sombras en los bosques, y ahora duendes que tiraban del pelo.

Hamish suavizó su sonrisa.

—Tranquila, muchacha—dijo, con una voz más baja, más cálida —. No hacen daño. Y no se acercan a quien no quiere verlos.

++++

Hamish había tomado el sendero que cruzaba el bosque de abedules con el pequeño envoltorio de hierbas en la mano. La herborista que vivía a la vera del poblado, Mairi Dunan, las había envuelto en un retazo de lino, y le miró con severidad.

Una mujer bella y solitaria, e inmune a sus encantos. Decían que su sabiduría era añeja, a pesar de que no tenía más de treinta años. Tal vez menos, no estaba seguro. Había llegado aquí hacía poco, y venía del norte más profundo, allá donde las Highlands se hacían mar helado e islas.

Hamish había aprendido que estaba fuera de su alcance, y bien estaba. Sus conocimientos eran invalorables, y la hacían un tesoro para la comunidad. Hoy quitaría dolor a su pequeño sobrino, Scott,

luz de los ojos de cada persona en el castillo. El heredero de Callum, del clan.

<<Machaca esto con agua caliente. No usen demasiado. Y dile a tu cuñada que el pequeño debería dormir con menos mantas o se cocerá como un nabo>>. Vería de repetir las palabras a Heather.

El murmullo del arroyo lo había atraído como un imán, y trotó a su vera, de vuelta. Y fue entonces que la vio. Primero, fue un movimiento suave entre las sombras. Luego, luz.

Una mujer pequeña con las faldas recogidas hasta la rodilla, los pies descalzos en el agua, girando como si probara el sabor del viento. Hamish se había detenido, suspendido el movimiento del caballo.

El cabello de la joven brillaba al atrapar a los rayos de sol que caían y el de los que subían cuando la luz impactaba el agua. La mata, no muy larga, tenía un color peculiar, entre hierba tostada por el sol y pelaje de liebre de las colinas en verano, ese tono que se confunde con la piedra y la maleza.

Perfecto para desaparecer. Perfecto para vivir alerta. Ella levantó la cara hacia el cielo, sonriendo. Un sonido leve salió de su garganta, algo entre una risa contenida y un suspiro feliz.

Hamish sintió que la respiración se le enredaba un instante. ¿Quién era esta pequeña aparición que reía sola? Como una liebre de pradera, olía el aire, inclinaba la cabeza, valoraba el entorno. Una liebre que por un momento olvidaba el halcón que planeaba alto y tenía ojo aguzado.

Esta mujercita tenía su completa atención, y Hamish se inclinó sobre la montura, magnetizado. Ella extendió los brazos, inhalando profundamente, con gula, con necesidad, como si el aire fuese algo precioso.

Las narinas se movieron apenas. Sí, decidió, igual que una liebre que prueba el aire antes de decidir si huir o permanecer. Hamish dio un paso deliberadamente ruidoso sobre una rama.

—Cuidado, ninfa del arroyo—dijo, acudiendo a una metáfora más bonita y probablemente menos lesiva que la de la liebre—. Los poetas advierten que quien baila así puede hacer perder la cabeza a un mortal.

Como dictado por algún viejo reflejo animal, ella se quedó inmóvil. Dos grandes ojos oscuros se fijaron en él. Mm, las palabras no hicieron más que aumentar la rigidez de su rostro, y su sonrisa desapareció como un fantasma, quitando luz a la mañana.

—No pretendía asustarla—agregó, descendiendo de un salto, pero quedándose quieto por un momento. No quería espantarla, ella tenía su atención indivisa—. La vi tan ensimismada que me dio pena interrumpirla. Pero cuando la oí reír… —sonrió con suavidad— pensé que debía advertirla. Va a hacer que el arroyo cante en vez de correr, mo thruaighe, y si sigue así, los duendes saldrán a tirar del cabello de quien se deje.

—¿D-duendes? —susurró, mirando alrededor con inquietud real.

Hamish contuvo la risa. *Dios santo, iqué criatura tan encantadora, y más fácil de asustar!*

—Aye, clann-sìth —respondió—. Son pequeños, traviesos. Si les gusta alguien, tiran del cabello para llamar la atención.

Ella se tensó, tocándose la cabeza como si ya sintiera algún tirón fantasmal.

—No se preocupe tanto —añadió él, divertido—. Si quisieran molestarla, los habría espantado yo al llegar. No soy tan mal guardián.

Se dio cuenta de que ella atendía a sus palabras con cuidado, hacía esfuerzo por entenderle, y algunas expresiones se le perdían. Pero su lenguaje corporal era inequívoco. Ella estaba intranquila, miraba el agua y el bosque con desconfianza, como si se alistase para ver emerger criaturas diabólicas o burlonas.

Hamish ladeó la cabeza, evaluándola. No la conocía. Esbeltez extrema, delicados planos en una faz de un blanco delicado. Naricilla recta, labios que parecían un dibujo, barbilla redondeada, clavículas que saltaban y hablaban de una imposible fragilidad. Podría desvanecerse en el aire y no le extrañaría.

—Así está mejor —dijo él, suavizando la voz—. No tema mis cuentos. Me gusta inventar historias.

Ella desvió la mirada, ahora con un cesto contra su pecho, cual armadura. Sus ojos iban y venían, y dos o tres veces lo vio sobre él, grandes y confundidos, para de inmediato abandonarlo.

Su primera impresión era adecuada. Una encantadora liebrecilla, lista para huir. Pero ¿de dónde venía?, ¿quién era? Su mirada fue a la ropa tendida en el pasto. Confuso, buscó en su memoria algún dato que le permitiese ubicarla.

—Debo volver a la casa—murmuró ella.

—Claro. ¿Puedo saber dónde vive, miladi?—preguntó, y le dio la impresión que la palabra la desconcertaba.

Ella no respondió, como si hubiese olvidado su presencia, abocada a guardar la ropa oreada con esmero. Luego se incorporó y se inclinó en una suerte de saludo torpe antes de girar hacia el sendero.

Hamish la observó alejarse. La melena danzaba en lo alto de su espalda y sus brazos flacos aferraban el canasto con fuerza, pero su caminar era apurado rumbo al poblado.

Hamish se colocó el sombrero y montó, tocando las hierbas en su bolsillo. Tenía que llegar al castillo; por un instante había olvidado su misión. Silbó una melodía, apretando el trote camino al castillo.

Quienquiera que fuese esa muchacha, no era parte del clan, ni de las Highlands, eso era seguro.

Capítulo 10



Beth fue sacando la ropa del cesto con cuidado. Alguna estaba escurrida, otra necesitaba ser retorcida, y eso hizo, prenda a prenda. El sol de la mitad de la mañana entibiaba el aire y terminaría de secarlas en la explanada trasera de la casa.

Las fue tendiendo con cuidado, alisándolas con las manos, y las sujetó con piedras redondeadas. Las telas húmedas brillaban como si estuvieran recién nacidas.

Mientras trabajaba, sonrió leve al recordar al hombre junto al arroyo. El modo en que le había hablado, con esa mezcla de ironía y dulzura, no tenía nada que ver con las voces masculinas de su pasado.

Había sido gentil, a la vez que calmo, sin cuestionar quién era, por qué estaba allá. Su mirada apreciativa era sincera y limpia. *Ninfa*, había dicho. *Duendes*. ¡Qué tonta asustarse por fantasías! Ella, que conocía de horrores verdaderos.

Escuchó golpeteo colándose desde la ventana trasera de la taberna, contigua a la casa, y se dirigió allá con rapidez. No quería que la señora MacDour creyera que holgazaneaba.

De pasada por la cocina tomó la escoba y se unió a la tabernera, que trabajaba con las mangas arremangadas hasta el codo lustrando mesas.

—Bien, muchacha, ¿todo limpio?—preguntó sin dejar de limpiar.

—Sí, señora. El jabón saca toda la grima, y el arroyo corre limpia y enjuaga rápido.

—Así debe ser. El Tay no se detiene nunca. Mira al mundo pasar y a santos y pecadores transitar—dijo, sonriendo.

Beth empezó a barrer el piso, cuidando de no levantar polvo.

—Vi… El señor MacLaren estaba en el arroyo—contó, como al pasar—. El que estuvo aquí ayer.

La mujer levantó la vista con una ceja divertida.

—¿Hamish? Pues claro que sí. Si hay sol, hay un MacLaren cabalgando. ¿Y te habló?

Beth bajó la mirada, sintiendo el calor en las mejillas.

—Un poco. Fue amable. Me habló de duendes.

La posadera se echó a reír.

—Le gustan las historias a ese chico. Amable es su segundo nombre. Y peligroso el tercero.

Beth la miró, confusa. No era una palabra que usaría para describirlo. A sus ojos y en su corazón, era… perfecto.

—¿Peligroso?

—En asuntos del corazón, *cridhe*. Ese hombre podría hacer suspirar a una estatua. Muchas se han rendido a sus encantos con la esperanza de cazarlo—suspiró, y se encogió de hombros—. No, no es porque prometa nada, pero las tontas quieren un trozo de él. Son sus ojos, la sonrisa, y para algunas, el poder que representa.

La mujer se enderezó y le hizo un guiño.

—A Hamish le sobran versos y le faltan anillos. Ninguna ha logrado atarlo todavía.

Beth trató de reír, aunque no lo consiguió. La posadera siguió hablando, con ese tono entre orgulloso y protector que adoptaban los highlanders cuando hablaban de los suyos.

—Son buena gente, los MacLaren. Callum, el laird, se parte el lomo por estas tierras. Fue él quien presionó para que el ferrocarril pasara por aquí, no por las rutas inglesas de los gordos de sombrero. Para el pueblo, dijo. Y cumplió.

Beth escuchaba cada palabra, guardándolas como si fueran pequeñas joyas. Su mente estaba rebelde, y volvía una y otra vez al hombre en el arroyo. A la expresión irónica, a su diversión ante su inquietud, al cabello revuelto por el viento, al cuerpo sólido, ancho de hombros.

Tenía los ojos del color de la niebla que se posa sobre el lago, una voz grave que parecía nacer de la tierra, y labios gruesos que se curvaban en una sonrisa franca.

No había en él la mirada lujuriosa ni el cálculo de los hombres que conocía en Londres. Solo una atención tranquila. La posadera la observó de reojo.

—Te quedaste pensando.

—No… Solo escuchaba. Y pensaba. No estoy habituada… Los nobles en Londres… Son distintos.

Su pensamiento fue el vil lord que la había perseguido y al cual Thomas había pretendido venderla sin escrúpulos. Se estremeció, abrazándose. La tabernera percibió que su cabeza ingresaba a zonas oscuras, y la trajo a la realidad con práctico sermón:

—Pues escucha esto, muchacha: aquí la vida puede ser dura, pero es honesta y sencilla. La gente se gana el pan sin vergüenza, y los más poderosos responden protegiendo y agradeciendo. El laird y los suyos nos ayudan, y al revés. Tú tienes mirada de quien ha sufrido demasiado.

Asintió, mordiéndose el labio inferior, fiera, pero sin palabras para describir su pasado.

—Esta tierra será buena contigo, y encontrarás lo que necesitas, ya verás.

Beth asintió, y siguió barriendo. Eso esperaba, confiaba en ello. Se sentía limpia, estaba bien alimentada, vivía con justeza, pero con dignidad. No podía pedir mucho: no era la miladi que Hamish había pronunciado.

No sabía leer ni escribir; sus manos estaban ásperas, su cuerpo flaco, su pasado lleno de sombras. Y, sin embargo, aquí el paisaje y la gente le hacían creer que merecía la simple dicha de existir: mirar el sol sobre el valle, soñar sin miedo, caminar sin que nadie la llamara con desprecio.

++++

El cielo estaba encapotado, pero el poblado entero parecía decidido a ignorarlo. Era día de Acción de Gracias por la cosecha, la celebración anual con la que la parroquia agradecía la abundancia que la naturaleza proveía.

Las mesas de madera estaban repletas con panes trenzados y cestas de frutas tempranas, el espacio adornado con guirnaldas de brezo extendidas. Una multitud bulliciosa llenaba el espacio de la pequeña iglesia.

Los MacLaren llegaron justo cuando las campanas sonaban para anunciar el inicio de las ofrendas. Hamish había acompañado a Callum, Heather y el pequeño Scott, pero se escabulló con la excusa de resguardar la carreta en el establo del poblado.

La verdad era que le gustaba disfrutar del festejo con naturalidad, y permanecer con Callum era sinónimo de estar rodeado de gente que iba y venía agradeciendo, pidiendo, sugiriendo.

Cuando localizó a Ewan se acercó a saludarle y hablar con Isabella y su tía Margaret, y por un rato se reconcentró en hablar de libros con su cuñada. Nunca faltaba la charla entre él y la inglesita que se había ganado el corazón de Ewan.

—Esto es maravilloso. No me canso de disfrutarlo—dijo Isa, soñadora.

Adoraba esa faceta de ella, porque por momentos conectaban como dos almas que se perdían entre páginas y letras.

—Tampoco yo, y eso que lo vivo desde que tengo memoria. Estos años, no obstante, son los mejores que recuerdo.

—Hay que reconocer que más conexión ferroviaria trajo más comercio y los precios nos ayudan—dijo Ewan—. Echo de menos a Gwen y a nuestros primos, sin embargo. Sabe Dios que busca Gwen en Londres—gruñó.

—Conocer un poco más de mundo. Encontrar su camino—musitó Isabella, pensativa, y tanto Hamish como Ewan la miraron, esperando una explicación más amplia, pero ella se encogió de hombros—. Solo digo que ella vivió muy resguardada.

La miraron con ojos entrecerrados y algo de indignación.

—Isabella, quien crea que Gwen estaba encerrada en un torreón del castillo se equivoca. Gwen tiene más temple del que crees, y no permitiría que lo olvidáramos.

—Sí, pero una mujer debe hacer lo que debe. Ella tiene… aspiraciones—concluyó, y su expresión determinó que no diría más.

Ewan le miró, y Hamish suspiró. Tenía alguna idea de lo que pasaba; si no se equivocaba, esas aspiraciones tenían título de nobleza. No que Gwen aspirara al poder que esto implicaba, no. Era el hombre…

No, no iba a decir nada. Solo faltaría que Callum estallase en alguno de sus exabruptos protectores y demandara la vuelta. Gwen se levantaría en pie de guerra, no tenía dudas. Su hermana haría lo que quisiera, como siempre.

En fin, no era algo para entretenerse a pensar en este momento. Era ese tiempo del año donde tocaba agradecer, compartir con la comunidad. Se abocó a disfrutar del encuentro. Los niños corrían entre los puestos de comida, los ancianos conversaban sobre la cosecha, y un pequeño grupo de músicos afinaba violines bajo un toldo.

Hamish sonrió. La vida rural tenía un ritmo que acomodaba el alma, y esta tierra y su gente eran imán fundamental. Su hermana volvería, y con ella el pobre Alec. Tal vez era momento de sugerir a Callum que le liberase de la tarea de perseguir a Gwen como un mastín. El primo debía estar sufriendo allá.

—Ewan, tenemos que hacer que Callum entienda que Gwen se cuida sola, pero además tiene el respaldo de la duquesa viuda de Elywood. Londres no es buen ambiente para Alec.

—Mm. Sí, nuestro primo ha de estar al borde de volverse feral en la campiña inglesa.

Sonrió y asintió. Justo entonces la vio. La muchacha del arroyo. Estaba distinta, pero era ella. Con un vestido azul claro, sencillo, y el cabello debajo de una cofia, pegada a la posadera. Parecía retraída, pero no desdichada.

Miraba el ir y venir de la gente, el baile improvisado, las matronas que venían con dulces y panes varios, compitiendo por la atención de los asistentes y sus halagos por el sabor, la apariencia, el color.

Sus ojos oscuros no dejaban hueco sin valorar. Sin involucrarse, como una flor que aún no sabía que podía abrirse. Hamish se quedó un instante quieto, sorprendido por el tirón en el pecho. Le

provocaba… algo. Curiosidad, interés genuino, ese que surge de lo inesperado, de lo incomprendido.

¿Quién era? ¿Qué hacía aquí? Iba acercarse cuando el pastor MacNeill se le adelantó, y optó por ponerse en un costado. No escuchó el comienzo de la charla, pero vio la torpeza de la muchacha al intentar hacer una reverencia al hombre.

—Señorita, temo que no la he visto. ¿Asiste usted a los oficios? —preguntó él con su habitual tono amable.

Beth levantó la vista, nerviosa.

—Mm, no, señor. Temo que estoy ocupada—murmuró.

Su voz era un poco áspera, no dulce, como si brotara con dificultad.

—Es importante hacerse un tiempo para escuchar al Señor—dijo el pastor—. Estoy seguro de que la señora MacDour vería bien que fuese a la iglesia.

La tabernera estaba atendiendo a una charla intensa entre las dos matronas más competitivas del clan que le querían hacer elegir entre sus creaciones, por lo que no se percató de la charla ni de que la joven se le acercaba más, como buscando protección.

Hamish notó que las manos de la jovencita iban a su espalda, y se apretaban una a la otra, tembleques. Frunció el ceño. El pastor no estaba siendo grosero ni confrontativo. ¿Por qué ella se retraía así?

No respondió, pero eso no amedrentó al pastor. Hamish suspiró, y vino más cerca.

—Al menos, ¿lee usted la Biblia?

A ella se le tensaron los hombros y su rostro estuvo rojo de inmediato. La conversación atrajo la atención de algunos más cercanos, y ella lo detectó , lo que la puso en modo huida.

Dos veces de verla y ya reconocía esa actitud de presa pequeña que busca el claro por dónde escapar. Justo entonces la señora MacDour volvió su mirada a la situación.

—Pastor, ella…

La joven levantó la vista y con fiereza ceñuda miró al religioso.

—No, señor—susurró—. No sé leer.

Un murmullo leve se extendió. Nada malicioso, solo de sorpresa. El pastor, quizá sin entender la grieta que acababa de tocar, fiel a su vocación de extender la Palabra, insistió:

—Siempre se puede aprender. Dios ayuda a quien se esfuerza. En la parroquia podemos…

Hamish vio de inmediato el bonito rostro ganar filo, y sus ojos resguardarse, a la defensiva. Con fascinación creyó interpretar una miríada de emociones pasar por la faz femenina, y sus hombros bajar con el peso de un cansancio que no era justo que perteneciera a una mujer tan joven.

—Si Dios hubiera querido ayudarme—musitó, con voz grave, firme—, lo habría hecho antes.

La señora MacNeill, rígida como un poste, lanzó una exclamación ahogada. El pastor parpadeó, desconcertado. La tabernera quiso tomar de la mano a la joven, y la llamó, serena:

—Beth…

El nombre le sentaba, decidió, aunque no supo por qué. Beth dio un paso atrás demasiado rápido y tropezó con una piedra. Hamish, que se había puesto en marcha desde su costado, la atrapó por los codos antes de que cayera.

Ella alzó la vista, y sus ojos se encontraron. Fue apenas un instante, pero apreció las emociones en las pupilas. Probablemente temor, vergüenza, ira, arrepentimiento. El leve temblor de sus manos y las narinas levemente distendidas volvieron a traer su cabeza la imagen de una pequeña liebre en fuga.

—Lo… Lo siento —balbuceó Beth—. Discúlpenme…

—No tiene que disculparse—respondió Hamish con suavidad, soltándola despacio.

Ella apartó la mirada en cuanto recuperó el equilibrio. Luego se volvió rápido, demasiado rápido, y desapareció entre la gente mientras la música se hacía más sonora.

Hamish quedó mirando el lugar vacío que ella dejaba atrás. Sintió un nudo extraño en el estómago. La reacción desmedida tenía razones que no conocía, pero el dolor viejo era palpable en cada movimiento, en cada mirar de esta mujer. De Beth.

Era una desconocida portadora de una historia igual de ignorada, pero lo compelía, le hacía querer saber, entender.

—… No es grosería, no. Beth es muy tímida, como un pajarillo— decía la señora MacDour al pastor, disculpándola—. Veré de ayudarla e incentivarla a acercarse, pastor. Pero por lo que he visto, funciona mejor si no se la expone.

—Es inglesa. ¿Familiar de alguien?—preguntó el hombre, y Hamish aguzó el oído.

—Con franqueza, creo que vino aquí escapando de algo. Tiene pesadillas, y estaba tan flaca que creí se quebraría.

—Un alma agobiada. Encontró el lugar perfecto para asentarse— dijo el pastor, pensativo, y la tabernera asintió.

Hamish se acercó más.

—Es la muchacha que confundí con un chico, ¿no es así?

Recién entonces ataba cabos.

—Sí, así es. Me dijo que lo había visto en el arroyo.

—Así es. Se llama Beth, ¿y su apellido?

—Lo ignoro, solo sé que trae el miedo pegado a la piel. Como si hubiese dormido años con él. Se ha abierto un poco, pero todavía es impensable que se acerque a otros.

—Pareció muy mortificada por no saber leer.

—Mm.

—Una pena. Los libros son compañía, máxime si es una mujer tan solitaria.

La mujer lo miró divertida.

—¿Y desde cuándo a usted le preocupan los libros más que las mujeres, señor MacLaren?

Él sonrió.

—Me apena. No saber leer es como vivir con los ojos cerrados.

—Estoy segura de que, con el tiempo, si ella así lo quiere, podrá aprender. Primero necesita confiar.

La idea le apareció de pronto, fruto de la pena y de la curiosidad.

—Mañana pasaré por el arroyo. Si la veo, tal vez intente convencerla de que el alfabeto no muerde.

—Buena suerte con eso —rio la mujer—. Pero no le rompa el corazón, ¿me oye? Beth no es de esas.

Hamish asintió, conmovido por la lealtad y cariño que adivinaba en la tabernera. Esta era una mujer astuta que no se dejaba impresionar, pero la inglesita ya era alguien bajo su ala.

—No pienso romper nada, señora MacDour. Solo abrirle una puerta.

La música subió, la gente comenzó a bailar, y la voz de Callum lo llamó desde la iglesia. Hamish fue con los suyos. Cantó con su sobrino, bromeó, comió, bailó, pero no dejó de buscar a la inglesita con la vista.

En dos ocasiones la vio, sentada, observando, y sus ojos chocaron, y Hamish reforzó su compromiso de buscarla. Él estaba convencido de que el conocimiento salvaba, y esta mujercita parecía gritar en silencio por salvación.

Capítulo 11



Era día de celebración, un momento especial del año, y el sonido de las campanas había convocado, rasgando el aire y extendiéndose por la comarca.

La gente había comenzado a aparecer al poblado como si brotara de la tierra. Con sus mejores atuendos, racimos de familias, parejas o individuos aislados, en carruajes o caballos, ingresaban con cestas trenzadas con confituras, panes, carnes, que depositaban en la mesa comunal.

Eran ofrendas de abundancia, de agradecimiento, de celebración. Beth estaba azorada y miraba a todos lados, su cabeza y su corazón oscilando entre la excitación alegre y la tensión.

No había participado en algo así antes. Su noción de muchedumbre era la que se arracimaba alrededor de una pelea o la que se congregaba en la misión por sopa y pan.

Pero aquí… Esto era muy distinto. La ocasión, la gente, las actitudes. Highlanders tradicionales vestían sus kilts, plaids, cintos y botas, ostentando con orgullo las trazas del pasado clánico. Otros, menos conspicuos o atados al pasado, con pantalones y camisas limpias, sin tartanes.

Y las mujeres… Con vestidos diversos, sombreros y pañuelos en cabezas y cuellos, portando sonrisas, comida, niños. A Beth le dolían los ojos de apreciar, pero observaba especialmente los gestos y las actitudes.

No había cálculo, no había amenazas, no había malas intenciones. Este era un día de encuentro y celebración, y no faltaba nada. Olores que le volvían la boca agua, fiesta de colores, música y risas, todo convergía en la explanada contigua a la iglesia en la que

había mesas largas y bancos, adornos de papel y flores. Todo organizado por el pastor y su esposa, que dirigían a la gente con cortesía.

—Vamos, niña—le dijo la posadera con una sonrisa enorme, y haciendo gestos para avanzar al centro de la convocatoria—. Nadie te va a morder. Estamos celebrando la cosecha. Es un día de alegría, para agradecer la abundancia. Y es para todos, porque cada uno se beneficia, de manera directa o no. Mis clientes comen y beben más cuando tienen los bolsillos llenos.

Beth asintió, y la siguió, obediente, porque la mujerona era su único vínculo con los demás. Bueno, no, allá estaba el granjero Sam y su esposa, que la saludaron sonrientes. Había dormido en su pajar una semana, y fueron buenos.

Oh, también la señora Maude, a la que ayudó con los cerdos y las gallinas. Le hizo un saludo tímido, y la mujer sonrió y respondió. Bien, la veían, no les llamaba la atención que estuviera aquí, aunque no estaba segura de que eso significara que era parte de la comunidad.

Se miró con ansiedad. Se sentía encantada y ridícula a la vez en el vestido azul claro recién terminado por la costurera. La tela era tan suave; no podía dejar de pasar las manos por ella, y a la vez le parecía demasiado.

Si la vieran… Lucy la miraría con ojos enormes, Thomas se enfurecería y le gritaría que se quitara ese disfraz, que era una… *No, no, no*. Ellos no pertenecían aquí. Quedaron atrás, en su otra vida, donde la perdición era la norma.

Se pasó la mano por el cabello, que su cinta ataba con simpleza, como había visto que lo hacían algunas muchachas del poblado. Respiró hondo y caminó más rápido para no quedarse atrás.

Sentía que la miraban con curiosidad. Cada paso era una batalla entre avanzar y echar a correr. Para su alivio, a mitad del camino, les dieron tarea: repartir los panes calientes de la cesta. Eso le dio propósito y algo en que enterrar sus dedos vacilantes.

La posadera había insistido: *<<Es bueno que la gente te vea, Beth. Aquí no se muerde a nadie, y aceptamos a quien trabaja duro>>.*

Beth quería creerle. Con furiosa necesidad, quería hacerlo, pero costaba. Mientras se acercaban a la mesa de ofrendas, oyó música suave: un violín afinando, el golpe rítmico de una bota marcando el compás. Con su cabeza gacha se movió lento y ofreció los panes.

—Buen día—decía a los aldeanos, apenas un susurro—. ¿Desea uno?

Algunos sonreían. Otros solo asentían. Nadie la cuestionaba ni preguntaba. De forma progresiva se relajó, siempre cerca de su patrona y casera.

—Señorita —llamó de pronto una voz masculina.

Beth giró y encontró al pastor MacNeill frente a ella.

—Me temo que no la conozco, querida. ¿Asiste usted a los oficios?

Ella abrió la boca y luego la cerró. Se le secó la garganta. *Esto es*, pensó, *este es el momento en que notan quién soy, lo que soy.* Una parte de sí misma quería responder que sí, que asistía, que era devota, pero…

¿Qué sentido tenía mentir?

—Mm, no, señor. No he tenido oportunidad. Temo que estoy ocupada—murmuró.

Tragó saliva, su pánico aumentando. Beth miró de reojo a la tabernera, pero esta estaba charlando. Volvió a hacer foco en el pastor, que la medía con ojos curiosos. Su voz no subió ni su tono cambió:

—Es importante hacerse un tiempo para escuchar al Señor—dijo el pastor—. Estoy seguro de que la señora MacDour vería bien que asistiese a la iglesia, aunque ella misma no sea tan devota.

Su mente se cerraba, sentía las miradas.

—…¿Lee usted la Biblia?

La pregunta le cayó encima como un baldazo de agua helada. Leer. Leer… Beth tragó saliva.

El pasado le apretó la garganta como una mano invisible. No, no sabía. ¿Cómo…? ¿Quién le enseñaría? En el Londres que vivió, leer no aportaba nada. No había tiempo, no servía.

Aquí, sin embargo… Beth había comprobado que tan remoto y alejado como estaban de la llamada civilización, la mayoría de los

pobladores sabían leer y escribir.

Ella no. Había llegado aquí a duras penas, confiando en los gritos de los pasajeros, de los cargadores, de los boleteros. Sin poder descifrar carteles, boletos, apenas distinguiendo los billetes y su valor, por pura necesidad.

Era estúpida, estúpida.

—No, señor. No sé leer—susurró.

Un silencio se desplegó alrededor, seguido de murmullos. No eran muchos los que escuchaban, pero la juzgaban. Miró de soslayo, y le pareció ver a la esposa del pastor apretando los labios.

—Pastor, ella …—la señora MacDour quiso intervenir a su favor.

—Siempre se puede aprender. Dios ayuda a quien se esfuerza.

Beth sintió que veía rojo, y sus manos fueron puños. ¿De verdad? ¿Cuándo la había ayudado a ella? Lo que logró fue con esfuerzo personal, con terror, sacando fuerzas de flaqueza.

—Si Dios hubiera querido ayudarme—musitó, con voz grave, firme—, lo habría hecho antes.

Cerró sus sentidos a lo que no fuesen sus emociones, blindándose de comentarios, y retrocedió tan rápido que tropezó con una piedra. Estaba por caer cuando unas manos fuertes la sujetaron por los codos.

Beth alzó la vista y el mundo se le encogió. Hamish MacLaren. ¿Por qué tenía que estar hoy aquí y ser testigo de su inadecuación? De su estupidez e ignorancia.

Farfulló una disculpa, agobiada, queriendo escapar.

—No tiene que disculparse—respondió él, con una voz suave.

En su angustia, no dejó de ver su mirada compasiva, y esto la entibió tanto como la rebeló en dramático contraste. Porque no la juzgaba, y volvía a mostrar que era un hombre perfecto, pero a sus ojos…

Beth debía verse como una pobre mujer quebrada y sin nada para ofrecer. Sintió que, si seguía allí un segundo más, se rompería al medio. Se apartó rápido y bajó la cabeza, ocultándola bajo el pañuelo. Echó a andar entre la gente, sin rumbo claro.

La música subió. Las risas también. Pero para ella todo sonaba distante. Se detuvo detrás de una carreta de verduras y apoyó la

frente en la madera. Respiró hondo, y el olor a tierra húmeda la calmó un poco. De a poco, volvió a centrarse.

Nadie la miraba. A nadie llamaba la atención. Metros más allá el pastor y su esposa recorrían el lugar conversando como si nada. Tal parecía que su estallido no había provocado olas fuertes. Esto la fue calmando. Tal vez no había arruinado las cosas.

Un niño le ofreció frutas de una canasta, y tomó una, que mordió, pensativa. Miró hacia donde estaba la figura más buscada: el laird MacLaren. Tenía a su hijo en brazos y abrazaba a su esposa por la cintura. Junto a él, Hamish se balanceaba sobre sus piernas.

Sus miradas se encontraron, para su sobresalto, pero él hizo un gesto de saludo con un vaso, y esbozó una sonrisa. Beth parpadeó, y sus ojos fueron a otro lado. Su mente y su corazón estaban confundidos, aunque aliviados.

No habría consecuencias ni revanchas por su exabrupto exaltado e irreflexivo. El alivio fue inconmensurable.

Capítulo 12



Si se aguzaba el oído se podía escuchar cantar al agua, Hamish estaba convencido. A él le encantaba pensar en cada detalle del paisaje como un color, un sonido, o una textura.

El arroyo era canto lírico, el bosque susurro de hojas, las flores manchas de color, las piedras de las montañas rugosa piel del mundo antiguo. Sí, digresiones de su mente que pensaba en verso y prosa, qué se le iba a hacer.

Por fortuna, distinguía bien entre la realidad y la abstracción del mundo, y la primera lo había traído hoy al arroyo. La situación de la que fue testigo ayer se había repetido en su cabeza sin cesar, perturbando su momento de lectura y las primeras horas de la noche.

La pequeña perdiz… *Beth*, se corrigió, *su nombre es Beth*… Ella se había mostrado tan vulnerable y a la defensiva, a las claras avergonzada de su falencia.

Leer, una habilidad que en el pasado era una rareza dominada por eruditos, políticos, literatos y filósofos, se había ido haciendo común. O eso era así en su tierra, y Aleluya por ello, pensaba él.

Entre los sassenach la alfabetización era un lujo, una moneda más que se repartía según cuna y conveniencia. Los niños pobres aprendían a leer solo si no interfería con el trabajo en la fábrica o las minas; sus manos y sus espaldas valían más que sus mentes. Lo había visto, lo había leído.

En cambio, aquí, en estas colinas ásperas, la Reforma religiosa había dejado una huella profunda: *cada hombre y cada mujer debía poder leer la Palabra*, no por obediencia, sino por dignidad.

En Escocia nadie era demasiado pobre para aprender su nombre, ni demasiado insignificante para tomar un libro. Era un orgullo silencioso que llenaba las parroquias y las escuelas locales: la idea de que el alma de un pueblo se alimenta de pensamiento, no de manufactura.

Hamish sabía que los ingleses llamaban a su gente ruda, atrasada, primitiva. Pero él, que había visto las ciudades inglesas convertidas en máquinas, y a sus pobres encadenados al humo y al metal, sabía la verdad: los Sassenach habían cambiado educación por producción, y humanidad por eficiencia.

Pero en las Tierras Altas sobrevivía la convicción obstinada de que un ser humano es más que el engranaje de un patrón.

Beth debía haber sufrido mucho como parte de ese sistema; habría vivido con carencias y faltas, habría sufrido, estaba seguro. Se le notaba en el andar, en esos ojos que miraban y querían. Hamish lo percibía, porque podía ser un seductor empedernido, pero era sensible al dolor ajeno. Siempre había sido así.

Cuando niños y luego jóvenes, deambulaban por los bosques con arco y flecha en mano. Ewan, Callum y Alec (este en especial) eran cazadores natos. Detrás, iban él y Malcolm, siguiendo con desgano. No pocas veces alertaron presas con deliberada intención, ganándose reprimendas y empujones de los mayores.

A sus ojos, la belleza del faisán o del cervatillo justificaban su vida. Había sido tema de charlas agitadas o de explicaciones pausadas de sus padres, y Hamish había aprendido que comer implicaba cazar, y había sacrificios que debían hacerse. El balance de la vida lo demandaba.

Hoy, un hombre hecho y derecho, todavía era parcial en favor de los desvalidos, y Beth le impresionaba como una en necesidad. ¿Podía hacer algo? Creía que sí. Su instrumento de preferencia era la palabra: la que su lengua sobaba para animar, alentar y seducir, y la que su mano dibujaba sobre la hoja o decodificaba desde una.

Podía enseñarle a leer, si ella lo quería. No entendía bien por qué, pero lo sentía como una necesidad, como una misión que *tenía* que asumir. Por ello le dijo a la tabernera que vendría aquí, y sugirió que se lo hiciera saber a Beth.

Dejó al caballo atado bajo un roble, se remangó la camisa y bajó por la pendiente. No era costumbre de los hombres acercarse al lugar donde las mujeres lavaban, pero poco importaba: cuando lo movía una idea, la seguía hasta el final.

¡Ahí estaba! Se detuvo, complacido al verla. De rodillas sobre el pasto, el cabello suelto al viento. El sol acariciaba la piel de su rostro y antebrazos, y sus manos restregaban con fuerza.

—Veo que me has hecho caso y ya no le sonríes al agua—dijo, y Beth se sobresaltó, empujando el cesto al moverse.

Le gustó ver que su inquietud se transformaba al descubrirle. No era un desconocido al que temiera. Bien. Pero decidió ser cauto al aproximarse. Las presas tímidas se asustaban de lo más nimio. *Quita la palabra presa de tu mente, so bruto. Es una mujer*.

—¿Usted otra vez? —murmuró ella.

—Otra vez yo. Prometí venir. ¿No te lo dijo la señora MacDour?—preguntó, acercándose más a la orilla, pero a unos metros de ella, pretendiendo mirar el agua.

Ella negó. Sí, la tabernera tal vez fue astuta. Era poco probable que Beth viniera si le anticipaba que habría un hombre del castillo esperando aquí. Por un instante le entibió la idea de que la mujerona MacDour le tuviese tal confianza a pesar de su fama bien ganada de seductor.

Tal vez era sabia, y lo veía como era en verdad: un pobre hombre seducido por la belleza, pero incapaz de disfrutar de ella más allá del instante. Disgregaba. No haría daño a una mujer, ni la tocaría, sin mutuo interés.

—Tengo trabajo que hacer, milord.

—Sé que sabes mi nombre, y que soy hermano del laird.

Ella asintió, despacio, y volvió a su tarea de inmediato, probablemente apostando a que se fuera ante su silencio. Eso no iba a pasar. Hamish era persistente con aquello que le interesaba.

—Pero no debes saber que mi pasión es escribir. Leer y escribir, en realidad. Soy muy bueno, al menos en la parte que importa para este caso—Ella le miró con una adorable expresión de confusión—. Que sería enseñarte.

Ella parpadeó y abrió su boquita en una forma cuasi cómica, pero también encantadora. Sus ojos oscuros brillaron más, y el batir de unas pestañas espesas jugaron a cubrir-descubrir con rapidez. Ella estaba asombrada.

—¿En… Enseñarme? Pero ¿por qué lo haría?

Parecía que la posibilidad fuese impensable. Como si nunca alguien le hubiese ofrecido algo bueno, y por ello no lo entendiese. Probablemente fuera así, decidió.

Pero también sonaba como si ella no se creyese digna. ¿No creía poder aprender? ¿No creía merecerlo? Cualquiera de las dos explicaciones era inaceptable.

Hamish se acuclilló, tomó una piedra y la tiró rápido, haciéndola rebotar varias veces en el agua. Sonrió, y la miró.

—¿Por qué no?

—¿Qué gana usted?—preguntó con rapidez, y el trasfondo le entristeció.

Pobrecilla. Venía de un mundo de transacciones. ¿Cómo entender que su gesto era gratis, una oferta nacida de su corazón?

Eso se hacía con ejemplos. Con hechos. Con un gesto rápido tomó una ramita y se inclinó para dibujar una letra en el barro de la orilla.

—¿Sabe qué es esto?

Ella miró el trazo, estirando el cuello, sin acercarse. Atendiendo, pero desconfiada. Negó con la cabeza.

—Es la A. La primera de las letras. Está en muchas, muchas palabras—Ahora usó la rama para dibujar más—. Y esta es la B. Dos letras. A, y B. ¿Qué dices? ¿Sigo?

Beth parpadeó, y se hizo para atrás, sentándose sobre sus talones. Le miró con desafío, y vaya si no le produjo placer verla más abierta. No defensiva, sino evaluando.

—No necesito eso para limpiar.

—No. Pero puede servirte para leer los nombres de los caminos, para leer y tal vez escribir cartas.

—¿A quién se las enviaría?

Hamish se encogió de hombros en un gesto de indiferencia fingido, porque la pregunta era una declaración de soledad y

desprotección.

—A ti misma. A veces es bueno dejar que las emociones se plasmen en el papel. Mirarlas con ojos evaluadores. Cuando están dentro nuestro son salvajes, poco controlables, pero si las entendemos tanto como para escribirlas, podemos comenzar a domarlas.

Ella arrugó la naricilla, pensativa, e hizo un gesto de lenta aceptación.

—Podrías leer libros. Hay mucho encerrado en ellos, Beth. ¿Puedo llamarte Beth? O puedo llamarte por tu apellido, señorita…

—Moreland. Pero Beth… Así está bien.

Asintió, secretamente regocijado. Pasos pequeños, victorias diminutas, pero lo acercaban. Ella se veía más relajada, sus hombros sin tensión, sus manos enredadas colocadas en la falda, abandonado el lavado.

—Beth, leer es… Puedes conocer el mundo, viajar con tu mente y con tu espíritu cuando te sumerges en descripciones. Puedes averiguar lo que necesitas para resolver algún problema, generar ideas para crear cosas, distraerte…

Ella lo observó, entre desconfiada y fascinada.

—¿Por qué le importa?

Hamish sonrió.

—Porque me gusta compartir lo bueno. Porque me gusta hacerlo, porque creo que te sería útil. ¿Por qué no, además? ¿Tiene que haber razones para todo?

—Siempre las hay, y de habitual no son buenas. No para mí—musitó.

—Me gustaría enseñarte que eso no es real todas las veces. El mundo tiene más palabras que las que hieren.

Beth se mordió el labio.

—No tengo tiempo. Tengo que…

—El tiempo se hace para lo que importa—replicó él—. No tienes que dedicar mucho. Esto es un proceso. Ya ves, hoy te vas de aquí conociendo dos letras que no sabías. Puedes mirar carteles, buscar en la Biblia en la casa, verás que están por todos lados. Estaré aquí

mañana, a esta hora. Te puedo continuar mostrando, y dime, ¿qué tienes para perder?

Se levantó, se sacudió las manos y añadió con tono más ligero:

—No te preocupes, no cobro por las clases. Piénsalo así: esta es una experiencia interesante para mí.

Ella parpadeó, y no respondió. Hamish hizo una inclinación de cabeza y se dirigió pendiente arriba con paso tranquilo.

Al llegar giró su cabeza y la vio arrodillada junto a los trazos que había dibujado. Sonrió. A y B serían semilla en tierra fértil.

Capítulo 13



Las letras seguían allí, en el barro. Una A, curva y frágil a la que el agua del arroyo casi lamía, a punto de llevársela. Beth se agachó y rozó la línea con la punta de los dedos. Un cosquilleo le subió por el brazo. Como si tocara algo vivo. La muestra de una intención.

—A —susurró.

La voz le sonó rara, como si emitiera un sonido nuevo, a pesar de que lo reconocía, sonoro. Era de lo que estaban hechas la mayoría de las palabras que usaba, dijo, y tenía razón.

<<Volveré mañana>>, dijo él. Hamish MacLaren, hermano del laird, nobleza del lugar, le había hablado con franqueza, enseñando sin grandilocuencia, con emoción en su voz cuando hablaba de leer y de libros, de posibilidades.

Como si fuese magia. Tal vez lo era. ¿Qué sabía ella? *B*, repitió. Tomó un guijarro y copió las dos letras. Luego, se lavó las manos y retomó su tarea, su mente con el peso de dudas y preguntas.

¿Por qué a él le importaba que ella, una muchacha desconocida, supiera leer? ¿Eran reales sus razones? Intuía que sí, quería creerle.

De regreso, miró carteles, como le sugirió, y se congratuló de reconocer los trazos. Un avance, y no era difícil. ¿Serían muchas letras? Tal vez lo eran. ¿Podría ella aprenderlas todos?

En la taberna, mientras fregaba jarras, la posadera la observó con una ceja levantada.

—Estás distinta hoy, niña. ¿Qué te ronda en esa cabecita?

Beth subió la vista.

—Nada. Es que… —tomó aire—. Hamish MacLaren quiere enseñarme a leer.

La mujer asintió.

—Me lo dijo ayer, sí.

—No sé por qué.

—¿Por qué?—contra preguntó la señora MacDour.

—¿Por qué él querría…?

La tabernera dejó la jarra sobre el mostrador y puso sus manos en las caderas.

—Porque hay gente que es simplemente buena, Beth. Gente que da sin esperar. Gente que ve el mundo y quiere mejorarlo, aunque sea un poquito.

Beth tragó saliva.

—No he tenido muchos ejemplos así—murmuró.

La mujer suavizó la expresión y le tocó la mejilla con el dorso de la mano.

—Entonces empieza a mirar con ojos nuevos, niña. Lo que viviste no es lo único que existe. Dale una oportunidad a la vida de mostrarte otra cara. Te aseguro que los hermanos MacLaren son hombres enteros, honestos, y Hamish no es distinto.

Beth quiso responder, pero un nudo de miedo y esperanza mezclados le cerró la garganta. Esta mujer, Hamish, no entendían… Esperar era peligroso. Uno podía pasarse años soñando y en el proceso, la vida dolía.

Pero, le dijo una vocecita, *¿no estás aquí porque esperaste y esperanzaste?* Se quedó quieta, pensando. Que las cosas no pasaran a velocidad, que los cambios se arrastraran y en el proceso parecieran no ocurrir, era una falsa impresión, concluyó.

Y tal vez estaba transitando a velocidad ahora, por los buenos caminos de la vida. ¿Por qué no aceptarlo? El miedo *no podía* frenarla. El miedo *no iba* a frenarla, decidió.

Por ello al día siguiente se dirigió al arroyo a la misma hora, con el cesto a medio llenar, para diversión de su patrona, que le dijo que no tenía que ir si no quería, pero le hizo un gesto de aliento al despedirla.

Hamish la esperaba sentado en una roca plana, escribiendo en un cuaderno de tapas de cuero, reconcentrado. Le miró unos minutos antes de avanzar desde el bosque, y a él le tomó tiempo percatarse de su presencia.

—Me sorprendiste, Beth.

—Parecía ido, solo su mano moviéndose—le dijo.

—Hay momentos en que la inspiración me llega y si no anoto mis ideas, se pierden, vuelan como pájaros traviesos.

Se acercó más. Él la miró con seriedad.

—¿Qué has decidido?

Ella dejó el cesto y le miró.

—Creo que puedo aprender, si no son muchas letras.

Él sonrió. Su boca era grande, decidió, mirando como los dientes alineados, blancos, contrastaban con su piel tostada y sus ojos claros. Sonrisa de hombre sano, sin adicciones, que comía bien. Pero también sonrisa abierta que mostraba satisfacción.

—¿A usted le gusta enseñar, milord?

—Hamish—dijo él—. Dime Hamish. Y sí, me gusta, lo disfruto. No tengo muchas oportunidades. No sé si soy bueno, tú juzgarás.

Asintió, y se inclinó para ver lo que la mano trazaba, esta vez con la punta de un cuchillo.

—Muy bien, aquí vamos, con dos letras nuevas —dijo Hamish, dibujando en el barro—. C… y D. Hoy aprenderemos éstas—dijo.

Beth observó cómo él formaba los sonidos con la boca, despacio, exagerando un poco para que ella pudiera imitarlo. Sintió que el mundo se reducía a la curva suave de una letra y al golpe seco de la otra.

—Repítelas —pidió él.

Ella lo hizo. Hamish sonrió.

—Muy bien. Ahora verás cómo estas dos letras se escuchan en palabras. Fíjate cómo suenan, cómo se sienten en la lengua. Ya las escribiremos, no hay prisa. Hazte amiga de los sonidos, Beth.

En eso estaba, y se le hacía sencillo con su guía, su voz adquiría cuerpo bajo su supervisión. Que él asintiera y sonriera satisfecho era aliciente, vaya que sí.

—Exacto. Cuando las veas al comienzo de una palabra, piensa que estás cruzando una puerta hacia un significado nuevo. Así es como la lectura empieza a volverse magia. Muy bien —sonrió—. Aprendes rápido, Beth.

El elogio le calentó las mejillas más que el sol.

Las mañanas que siguieron fueron similares, y mejores. Beth acudía a la cita liviana, y volvía de ellas con ropa limpia y la cabeza más llena, además de su confianza reforzada. Si debajo de la superficie de su cuerpo el calor de sentimientos poderosos aumentaba, era su secreto.

Era imposible no apreciar y suspirar por el que enseñaba con gentileza y liviana guía. Hamish no solo le enseñaba letras; le enseñaba que era digna de aprenderlas. Él creía en ella con una fe tan serena que era imposible no creer también. Beth comenzaba a verse con otra luz, y por las noches, se miraba en el espejo de su vanity, y comenzaba a vislumbrar que mutaba. Se sentía arcilla, no barro.

Aprendió que el mundo de los libros se sostenía en veintiséis letras, y que con ellas nacían las palabras que la gente hablaba y escribía. Hamish, que gustaba de perderse en detalles e historias, le explicó que el gaélico antiguo, la lengua de sus abuelos, tenía dieciocho letras tradicionales, cada una asociada a un árbol: un modo poético de nombrar el sonido del mundo.

—Hoy nuestra lengua solo permanece en frases y dichos —le dijo —, pero un idioma se guarda en las raíces, y no solo en los libros.

+++

Hamish tomó su cuadernito y escribió en una hoja limpia con letra grande: *La luz cae en el agua.*

—Intenta leerlo —pidió.

Beth frunció el ceño. Apretó sus labios, y miró las letras. Habían estado haciendo esto hacía varios días, y no siempre lograba que sonaran bien al deletrear.

—L… a… La. Luz… Ca… ca-e… cae… En… E—el… A… a… agua.

Cuando terminó, lo miró incrédula. Entendía lo que leía. Tenía sentido. Él sonrió.

—¿Ves? El mundo se abre cuando uno puede nombrarlo.

A Beth se le llenaron los ojos de agua. Lo estaba logrando. De verdad lo estaba logrando.

+++

Otro día le encontró hojeando una Biblia gastada.

—Ah, Beth, ahí estás. Mira esta joya, una edición antigua. La encontré en la biblioteca del castillo. Hay un versículo que me gustó —dijo—. Mateo 7:7. *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá*-leyó-. Me parece alentador, ¿qué dices tú?

Beth lo escuchó como si oyera una música nueva.

—No me parece que sea real, o no tan fácil para la mayoría de las personas. Si fuese solo cuestión de pedir que nos den lo que no tenemos, nadie viviría mal, o pasaría hambre, por ejemplo

—No, tienes razón-dijo él, asintiendo-. Esto tiene más significados, claro, pero… En lo básico, tienes razón.

—Las puertas tienden a cerrarse cuando no se tiene dinero, educación, poder—murmuró.

—Bien, es una visión oscura, pero real, lo entiendo—Hamish ladeó la cabeza—. Quizá porque no has tenido a nadie que sostenga la puerta—La miró con ternura—. ¿A que estás aprendiendo que nuestra gente lo hace?

Asintió, pensativa. Sí, así era.

—La Biblia está bien—dijo Hamish—, pero te mostraré algo que me gusta más. Algo que habla del mundo y de nosotros. Esto es de Wordsworth—carraspeó, y ella lo miró largamente, aprovechando su concentración. Más de la mitad del tiempo no tenía idea de lo que Hamish decía, pero le gustaba oírlo—. *Aunque el mundo esté lleno de dolor y de ansiedad, muchos son los que en él encuentran alegría y quietud.*

Beth cerró los ojos un instante. Alegría y quietud. Dos palabras que no habían pertenecido a su vida. Hasta el presente.

—¿Usted cree eso? —preguntó.

—Creo—dijo Hamish— que algunos encuentran la alegría cuando alguien les muestra dónde buscarla.

A veces, después de la lección, Hamish la acompañaba un tramo por el bosque. Su voz cadenciosa y grave le contaba del mundo. De las constelaciones que se veían mejor en invierno, o de su hermana

Gwen, a la que echaba de menos y le escribía desde Londres diciendo que extrañaba el olor a lluvia.

También hablaba del laird Callum con admiración y amor, de cómo negociaba con ingleses testarudos para traer progreso sin destruir a su gente. Un día, cuando él mencionó Londres, ella le dijo:

—La Londres donde Gwen está es la cara bonita de la ciudad. No la de sombras y pobreza.

Él la miró con una calma profunda.

—Sé que existe—dijo—. ¿De ahí vienes, Beth?

Ella asintió. Él no la miró distinto, no hubo juicio en sus ojos. Era fascinante. Él lo era. Cuando ella se frustraba y se equivocaba, Hamish se inclinaba más cerca, y ella sentía el olor suave de cuero calentado por el sol, de la tela limpia y algo inequívocamente masculino que identificaba en él como una marca de identidad.

El corazón le daba pequeños brincos cuando estaba cerca, y Beth rogaba poder contener la creciente obsesión que había desarrollado. Se instruía, por las noches, para no dejar crecer sentimientos diferentes al agradecimiento. Pero había momentos en que la voluntad se le escapaba de las manos.

Sentía que algo blando y peligroso le florecía dentro del pecho. Una suerte de esperanza temblorosa, como si cada lección le enseñara más que a leer. Como si le enseñara, sin querer, que podía mirar a un hombre a los ojos sin miedo. Que podía acercarse sin huir. Que podía existir sin esconderse. Y todo lo que veía cuando creía esto era a Hamish.

Ese descubrimiento, ese latido nuevo la preocupaba. El agradecimiento era seguro. Era correcto. Pero lo otro… Lo otro podía romperla en mil pedazos si se permitía sentirlo. Así que se aferró a la idea de que era gratitud. Si a diario y en cada lección volvía a dudarlo, era otra historia. Era *su* fallo.

Hamish gozaba de enseñarle, no había nada más que talento e interés pedagógico, pasión por las letras, en su tarea. Pero la tabernera lo había dicho bien: él era peligroso.

Lo que Beth nunca imaginó era solazarse en el fulgor de ese peligro, contrariando su instinto de supervivencia.

Capítulo 14



Los días se le pasaban rápido y con un entusiasmo novedoso. El leer y el escribir tenían un sentido distinto estos días, porque lo hacía para encontrar inspiración pedagógica.

Lejos estaba de considerarse Pigmalión; él no era un hombre sabio ni tenía altura filosófica o espiritual para moldear a alguien, pero… Enseñar a Beth era una tarea a la que quería entregar lo mejor de sí mismo.

Si lograba que la bonita inglesa pudiera leer y escribir con soltura, le habría ayudado a descubrir una parte del mundo de la que carecía. Por experiencia, Hamish sabía que esto era removedor, asombroso, y podía convertirse en una herramienta fundamental.

Era independencia y apertura a trabajos con los que ahora solo podría soñar. La educación daba brillo, y una gema en bruto resplandecía cuando era pulida. Ese era su objetivo, pero no podía apurarlo.

Beth tenía luces y sombras, y estas la absorbían a veces, nublándola, haciéndole creer que no podía, que no lo merecía. Le dejaba sin aliento esa dicotomía, porque él veía a la mujer grácil, tímida, inteligente y rápida que entendía y absorbía como una esponja cada fragmento de información que dejaba caer como miguita de pan.

Era sorprendente en su determinación, fascinante. Lo tenía pensando en ella mientras las tardes caían sobre el Loch. En cómo fruncía la nariz al concentrarse. En la forma temblorosa en que estiraba las sílabas, desconfiando de su capacidad para armar las palabras.

Vivía cada progreso con alegría, porque con cada uno se iluminaba. Era pródigo en halagos, porque ella los devoraba, sus pupilas agrandadas y sus mejillas sonrojadas por el gusto de ser felicitada.

Él, que había aprendido a leer cuando muy niño, encontraba conmovedora esa sed frenética, casi desesperada, que veía en Beth. Una mujer que intuía sufrida y sometida y que se asombraba descubriéndose capaz, hábil.

La víspera de cada encuentro, Hamish revisaba mentalmente qué letras enseñaría, qué palabras y frases usaría para hacerlo, qué temas abordaría. Quería alfabetizar, pero también nutrir, alimentar de información, de conocimientos sólidos, que además fueran positivos.

Esto era fundamental por la fragilidad que intuía bajo su compostura, y por la sospecha creciente de que su pasado era negro, profundo y lleno de heridas.

El lado b del asunto era que sus emociones estaban desatadas, y se le mezclaban. Había instantes en los que le costaba reconocerse. Maduraba, se decía. Pero no estaba seguro de que eso lo explicara. Algo más instintivo se le colaba.

Ella lo llamaba a protegerla, y lo inquietaba lo intensa que esa necesidad se le tornaba a veces. Hamish MacLaren, el hombre que no se tomaba nada demasiado en serio, cabalgaba hacia el arroyo con el corazón acelerado.

Ella lo esperaba sentada en una piedra, las faldas acomodadas, los dedos entrelazados.

Cuando lo veía llegar, se ponía de pie, y él alcanzaba a ver el destello en sus ojos. Alivio de verlo otra vez, y esperanza. ¿Cómo no alimentar esa emoción con tiempo y conocimiento?

+++

—Hoy… —dijo, aclarándose la garganta— vamos a intentar leer frases completas.

Beth asintió. Él le había mostrado cómo unir sonidos: como una consonante sostenía a una vocal, cómo formaban algo vivo. Mientras

ella repetía, él se encontró observando:

Los labios que se humedecían al pronunciar mientras su mano escribía en la hoja del cuaderno que le había obsequiado. El temblor leve en su respiración cuando se equivocaba. La determinación feroz con la que volvía a intentarlo.

—Lo estás haciendo muy bien, Beth —murmuró.

Ella frunció el ceño y negó, y volvió a escribir, la letra grande y despareja, pero mejorando. Hamish sonrió, asintiendo en silencio.

Beth no quería halagos vacíos, no se conformaba, y eso decía mucho de su personalidad resiliente.

+++

—Mi hermana Gwen está en Londres hace varios meses. La echamos mucho de menos, pero suponemos que está disfrutando de la gran ciudad, de la belleza de su arquitectura, del arte, de los salones.

Ella quedó en silencio, pensativa.

—Ese no es el Londres en el que yo viví. Una ciudad puede contener mundos distintos.

Hamish supo que en la frase vivían heridas profundas, un pasado gris que la empujó al exilio, y si detestaba que así fuera, le alegraba que la hubiese traído aquí.

No para darle propósito, por supuesto, o para llenar su tiempo, aunque esto sucedía. Tanto así que se sorprendió un día en que se percató de que hacía un mes que no sentía la urgencia del desfogue físico.

Esto le dejó sorprendido, y algo inquieto, con honestidad. Luego, lo pensó mejor. Estaba más grande, la urgencia corporal no le enceguecía, disfrutaba de los momentos en familia, con su gente, a solas con un libro o su cuaderno y su mente.

Y una tarea nueva, enseñar, se demostraba más y más interesante. Malcolm tenía razón cuando le dijo que estaba más centrado. Eso era.

Capítulo 15



El salón del castillo, lugar de recepciones y cenas familiares desde el siglo XIV, rebosaba luz y movimiento. Estas viejas piedras que habían visto tanto, que guardaban historia de generaciones, envolvían y acogían, pensó Hamish, haciéndose atrás en su silla.

Afuera lloviznaba, pero dentro los braseros ardían y la madera crepitaba con un calor que envolvía la estancia. El aroma de pan recién horneado, la carne guisada, y las especias cruzaba el aire junto con las risas.

Heather reprendía en ese momento al pequeño Scott, que había estado haciendo muecas exageradas a la recién llegada: la pequeña Malvina, que Eleanor sostenía en un arrullo firme.

La niña tenía ya casi el año, y profesaba su admiración a Scott con brazos agitados y gorjeos. El niño miró que su madre se distraía y volvió a la carga, esta vez hundiendo su dedito en la mejilla regordeta. Hamish rio bajito, y Eleanor también.

La observó. Sentía agradecimiento y creciente afecto por la inglesa que había conquistado al estoico Malcolm. La viuda a la que su primo había representado en ese juicio delirante en Edimburgo era su esposa, y la madre de la niña.

Sí, aquel había pasado mal cuando Eleanor se esfumó, amenazada y vencida. Mas su primo la ubicó, y Hamish estaba orgulloso de recordar que había estado con él en ese viaje. Hoy se estaban resarciendo del tiempo perdido, y se notaba en cada gesto.

El carraspeo del abogado, precisamente, lo sacó de sus pensamientos. Malcolm había salido por un momento y volvía cargando un barril pequeño.

—Antes de que todos se lancen sobre la comida—anunció—, traigo un regalo de Edimburgo. Una ale nueva… No, me corrijo, es una vieja receta familiar que un cliente comenzó a producir en su cervecería. Es buena… ¿Qué digo? Es excelente. Pretende competir a mayor escala, pero necesita un empujón de capital. Yo voy a invertir, y tal vez lo consideres tú también, Callum. Puede ser un gran negocio.

Callum se frotó las manos y se hizo adelante para ojear el barril.

—La inversión la consideraremos después—dijo—. Primero debemos asegurarnos de que la bebida no nos arranque la lengua.

—Si hace ver doble—interrumpió Ewan, riendo mientras alcanzaba su jarra para que la llenara, y lo mismo hacían los demás —, sabremos que es adecuada.

Isabella, sentada junto a él, meneó la cabeza.

—Ewan, tal vez es el momento …

Su hermano sonrió y asintió, y luego se incorporó. Caray, ¡su rostro! El peso que se había quitado de encima al confrontar su pasado ayudó, pero la responsable primera de la felicidad de Ewan era Isabella. Estas inglesas, joder, habían dado vuelta todo.

—Tienes razón, mi querida. Con este ale…—Miró a Malcolm—. No me decepciones, Malcolm, que esto es grande—Infló el pecho y volvió a sonreír. La expectación era general—. ¡Isabella está encinta!

—¡¿Qué?! ¡Es… ¡Es maravilloso!—dijo Heather, llevándose las manos al pecho, y de inmediato abrazó a su prima y ambas lloraron bajito.

Su tía Margaret las miraba arrobada, y por un momento solo ellas tres parecieron existir en una burbuja, tomadas de la mano.

Hamish dio dos palmadas cortas en la espalda de Ewan, y esperó a que Callum le soltara el cuello y dejara de murmurar felicidades para hacerlo él. Malcolm hizo lo propio.

—¡Cómo se pondrá Gwen cuando se entere!—dijo Heather—. Hemos de escribirle mañana mismo.

—Celebremos—dijo Callum—. La nueva generación crece, es una bendición.

Las manos fueron a los vasos y se elevaron y hubo gritos y contento. Solo luego de unos minutos de beber y menear la cabeza

y sonreír, volvió el diálogo.

—Es buena, es muy buena—dijo Ewan—. Perfecta para la novedad.

—Lo es—asintió Callum—. Creo que tenemos una nueva apuesta comercial en marcha. ¿Te encargarás, Malcolm?

Este asintió. La cena avanzó en un crescendo de anécdotas, risas y ruido de cubiertos. Heather estaba pensativa, y luego se inclinó para susurrar algo a Callum, que asintió. Luego se volteó a su derecha, e hizo lo mismo con Isabella.

Esta abrió la boca sorprendida, y abrazó a su prima. La curiosidad le embargó, y pronto tuvo la respuesta cuando Heather habló:

—Malcolm, quiero que hagas efectivo el traspaso de la propiedad Carlisle a Isabella.

—Es tu herencia, Heather—musitó Isabella, pero esta sonrió con dulzura.

Estas dos mujeres eran como hermanas, habían crecido juntas.

—Pues será tuya, y de tus hijos, querida mía. Tú, Ewan y la querida tía la tienen resplandeciente, y muy productiva. Es mi regalo para ti.

Noche de emociones y de novedades, vaya. Lo orgulloso que se sentía de ser un MacLaren. El corazón se le salía del pecho, y la mano se le iba para registrar las emociones, pero se contuvo.

Su lugar esta noche era en la mesa, compartiendo, disfrutando. Ya llegaría el momento de la soledad creativa.

Eleanor tomó la palabra con un suspiro divertido.

—Malcolm tuvo un caso extraño en Edimburgo hace poco, un asunto de reputación mancillada.

Heather fingió temblar.

—Uf, eso es tremendo, tenemos experiencia con cotilleo cruel y sátira en panfletos.

Eleanor asintió.

—Pero por una vez, es risible—explicó—. Alguien publicó una caricatura de un comerciante local, diciéndole comadreja avara y asegurando que usaba pesas adulteradas.

—¿Eran ciertas las acusaciones?—preguntó Callum.

—No —respondió Malcolm, aunque ladeó la cabeza—. O… no del todo. Las pesas estaban dentro del margen legal, por más que el hombre fuera tacaño de verdad. El problema era que el panfleto corría por todas partes: cafés, tabernas, barberías. La caricatura era especialmente poco favorecedora.

—Tenía colmillos —añadió Eleanor, incapaz de contener la risa—. Y lo habían dibujado aferrado a una moneda como si fuera una cría a su madre.

La mesa entera soltó carcajadas.

—El pobre hombre estaba desesperado —continuó Malcolm, aunque su tono tenía un dejo de compasión—. Dijo que desde que apareció el panfleto, la gente en el mercado lo llamaba "la comadreja", y un niño incluso le llevó un trozo de queso para comprar dulces. Pedía una indemnización por daño moral.

—¿Y quién era el autor? —preguntó Isabella.

—Ah, ahí está lo divertido—respondió Malcolm—. El autor resultó ser un aprendiz de impresor de diecisiete años que usaba el taller por las noches para "practicar retratos". Dijo que no quería ofenderlo, pero necesitaba promocionar sus habilidades y ¿qué mejor que caricaturizando a un hombre tan ilustre en Edimburgo?

—Un bribón, eso es—dijo Ewan, y Hamish asintió, divertido.

—¿Qué dijo el comerciante cuando vio al muchacho? —preguntó, ya adivinando el desastre.

Malcolm se recostó en la silla.

—Primero exigió que lo metieran preso por difamación. Luego exigió una disculpa pública. Y al final… —hizo una pausa para dar dramatismo— terminó contratándolo.

—¿Qué? —preguntaron varios a la vez.

—El chico tiene talento—dijo Malcolm, con una sonrisa torcida—. El comerciante decidió que si la gente iba a burlarse, más valía controlar la narrativa. Y le verían como un hombre magnánimo. El muchacho le diseña los anuncios y panfletos que distribuye para promover su tienda. Sin colmillos, claro.

La carcajada que estalló en la mesa fue unánime. La conversación estaba en su punto más animado cuando Ewan giró hacia Hamish, y su expresión anunciaba que tenía algo en la manga.

—Ah, hablando de trabajos inusuales… No creeréis el rumor que he oído.

—No empieces—advirtió Hamish, sin convicción.

—Dicen que nuestro Hamish ha sido visto restregando ropa en el arroyo. A diario.

La mesa estalló en carcajadas. Malvina gorjeó y Scott se acercó a Hamish y le mostró la mancha en su camisa. Esto provocó más risas. Hamish meneó la cabeza.

—Ah, búrlense del hermano menor. Si Gwen estuviera aquí me defendería.

—Oh, pero falta lo mejor —insistió Ewan, y Hamish concluyó que el ale era bueno y fuerte de verdad, porque de habitual su hermano mediano no hablaba tanto—. Las malas lenguas aseguran que también tiene un interés romántico

Las cabezas femeninas se dieron vuelta, todas hacia él. Hamish tragó saliva, mirando a Ewan con reproche, y luego dejó los cubiertos con un chasquido seco.

—Beth no es eso—dijo, levantar la voz, con normalidad dando información creíble que calmara la emoción que veía latir en algunos ojos—. Le estoy enseñando a leer. Nada más.

Las mujeres intercambiaron miradas. Isabella mordió una sonrisa. Heather ladeó la cabeza. Eleanor frunció la naricilla, evaluando.

—Beth. No ubico quién es. ¿Alguna muchacha de la aldea? Pero no, todas han de saber leer. El pastor y su esposa son incansables con ese tema—dijo Heather.

Hamish se adelantó para contestar.

—Beth es inglesa, hace poco que vino, desde Londres—dijo al fin —. Vive con la señora MacDour, y trabaja para ella.

—Tal vez la conocemos—dijo Isabella con curiosidad—. La tía Margaret tiene muchísima memoria para los nombres.

Negó.

—No, no pertenece al círculo que ustedes frecuentaban, eso es seguro.

—Pero de seguro tiene apellido—intervino Malcolm, práctico.

—Moreland. No me pregunten más, no sé mucho de su pasado, ella no dice mucho. Le ofrecí enseñarle a leer porque la noté triste por el tema, cuando el pastor…

—Ah, claro, recuerdo a la muchacha siendo bastante cáustica con el pastor—dijo Callum, y Hamish apretó los labios.

—Se sintió expuesta.

—Y tú acudiste en su ayuda—dijo Ewan, risueño.

Lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Y sientes algo por ella?—inquirió Heather, y él la miró y negó con énfasis.

—No. Como dije, le enseño.

—¿Por qué no va a la parroquia? Allí están habituados a instruir—preguntó Callum, sin dejar de mirarlo.

—No se siente cómoda.

Malcolm soltó una risa incrédula, y Ewan lo imitó. Callum no aflojó la presión de su mirada.

—¿Y sí se siente cómoda contigo?

—¡No! Es decir, sí, pero no en el sentido que piensan…—argumentó con calor.

—Tu reputación…

—Uno no puede tener algunas experiencias que ya le llaman reputación—gruñó—. Pero este caso no tiene nada que ver.

—Interesante. Sueles encogerte de hombros o reír cuando te hablamos de esto. No te había escuchado tan enfático o preocupado por una *reputación*—sentenció Malcolm, y Hamish lo fulminó con la mirada.

Malcolm, encantado con el efecto, sirvió más ale en su copa y recitó con voz profunda y provocadora:

No sabe el corazón cuándo empieza
lo que luego llama amor.
Solo siente un leve temblor,
como de rama que quiere brotar.

Joder, el cínico, batallándolo en su terreno. Hamish torció el gesto y se recostó en la silla. Incómodo, expuesto, y sin su habitual armadura de ironía, así se sentía.

—Creo que lo quebraste, primo—dijo Ewan, que disfrutaba de esto.

—Cuídate, Hamish—dijo Callum, pensativo—. Los sentimientos tienen su propio camino, y rara vez piden permiso. No es malo, si la mujer es buena y tú estás preparado.

—Están dando mucha importancia a algo que no lo tiene, lo aseguro—atinó a decir al final.

No era la respuesta ingeniosa de costumbre, pero sirvió para quitarse los ojos de encima.

Capítulo 16



La llovizna fina dejaba un brillo húmedo sobre el sendero mientras los caballos avanzaban. Callum había insistido en revisar los límites del valle, aunque ambos sabían que no era urgente y no era el mejor clima. Se traía algo entre manos. El silencio cómodo les acompañó por un rato hasta que su hermano habló:

—Ten cuidado, Hamish.

Hamish entrecerró sus ojos y miró a Callum, tomado por sorpresa.

—¿Con qué, exactamente?

Callum mantuvo la vista en el camino.

—Te he visto más distraído, pero lo atribuí a tu escritura. Lo que dijiste anoche me generó inquietud. Estás viendo a diario a una mujer desconocida que parece que se te está metiendo bajo la piel.

—Pero ¡¿qué dices?! Creí que tu desconfianza en contra de los ingleses se había moderado al llegar Heather y las demás.

—No es porque sea inglesa—aclaró—, sino porque… Tú lo dijiste… Esa mujer, su origen es incierto. No sabemos quién fue, qué dejó atrás o qué la dejó a ella. Y tú… El entusiasmo te ciega, entiendo que así sea, porque las letras son tu debilidad.

—No es una debilidad, es una pasión.

Trató de controlar su fastidio. Callum era un metomentodo, controlador. No conocía a Beth.

—No lo dije mal, Hamish, ¡vamos, me conoces! Pero tengo razón, admítelo.

Hamish apretó la mandíbula. No le gustaba el rumbo de esa conversación.

—No necesito advertencias—respondió—. Mucho menos sobre una mujer.

—No es advertencia—replicó Callum, con paciencia agotada—. Es una observación. El cambio no lo noté solo yo…

—¡Increíble! Suelen enrostrarme mi fama de mujeriego, pero cuando no me comporto como uno, también me encuentran falto.

—Nadie en esta familia piensa así de ti, hermano—dijo Callum, frenando su caballo, su ceño muy fruncido, y Hamish tiró de las riendas, irritado.

—No soy un niño. Sé lo que hago. Distingo el bien del mal.

Callum lo miró de frente, serio, sin hostilidad.

—No es tu juicio lo que pongo en duda. Eres mi hombre de confianza, mi familia, mi hermano. También un sentimental y apasionado, lo que te hace perder perspectiva. Has encontrado una misión y un propósito, lo que te enaltece y te muestra como el hombre solidario y bueno que eres. Me inquieta la otra persona. Nada sabemos de ella.

Hamish sopló, y movió su cabeza con porfía.

—No conoces a Beth, no dirías nada si lo hicieras. Es una mujercita tímida, retraída, y es evidente que ha tenido una vida dura. No la voy a juzgar.

—Tampoco yo. Y creo que pedirte mesura no es juzgar, sino aconsejar.

—Porque soy un hombre inmaduro, sin experiencias ni recorrido…

—Porque eres mi hermano—estalló Callum, impaciente—. Porque el clan te necesita. Necesita tu don de gentes, tus dotes de componedor. Dependo de ti, Hamish. Eres el que trae la información, los detalles, las soluciones a los asuntos diarios. Porque nuestra gente confía en ti, te respetan. Eres el puente que mantiene unida la vida cotidiana del clan.

—Suena épico-dijo, sarcástico.

—¿Quién necesita épico? Deja eso, no estoy comparándote conmigo o con Ewan, o con nuestros primos. Cada uno con su rol. Deja la tontería, solo ten cuidado y ya, *amadan mòr*.

Hamish sopló y se puso en marcha, taloneando a su caballo. Callum le alcanzó de inmediato. En silencio hosco, revisaron la cerca. Esto le dio tiempo para enfriarse. Había exagerado, lo sabía. Callum no era rápido para juzgar, analizaba.

—Beth es una buena mujer. Trabaja con denuedo, no pide nada, se nota que no cree merecerlo. La tabernera puede decirte lo mismo, si no confías en mi juicio…—cortó a Callum cuando este quiso esbozar una queja—. Tendré cuidado, estaré atento—Levantó sus manos en actitud contemporizadora—. Le he enseñado ya bastante, y es rápida, lista. Unas lecciones más y terminaré, y no hay apuro con estas. Te aseguro que no tengo más interés que ese.

—Está bien, es todo lo que pido. Además, también es bueno para ella. No querrías que esa chica se haga ideas equivocadas.

—Claro que no—contestó.

Aunque no lo había tenido en cuenta. No creía que eso estuviese ocurriendo. Ella no le miraba como las mozas del poblado, o la viuda. De hecho, le miraba poco, en general estaba con su cabeza gacha y miraba de soslayo. Una pena, con esos ojazos.

Se reprendió. No tenía que pensar en ella en esos términos. Callum podía tener razón. Tal vez en su afán por enseñar, por llevar el placer de leer a otros, confundía.

—Hamish, ¿sabes que puedes publicar tus escritos si quisieras? Es decir, ¿lo has considerado?—Callum estaba de pie contra la cerca, y le miraba—. Lamento no haberlo ofrecido antes, de verdad, pero… Mi cabeza pasa metida en urgencias, y estos años, en Heather, y Scott…—se rascó la cabeza—. Pero si algún día quieres hacerlo, te respaldo.

Hamish sonrió y asintió. No tenía duda de que así sería, pero si algún día se decidía a mostrar al mundo sus poemas, sería porque estaba seguro de su valor. No era el caso.

—Anda, ya me has soltado el rollo que querías, y la cerca está perfecta. Te reto a una carrera hasta el castillo. Todo vale.

Sin esperarlo, se lanzó a la carrera por el valle, decidido a ganar. El galopar de Callum atrás redobló su energía y pronto volaban sobre los pastos y el brezo, bordeando la pared de roca que se orientaba al Loch.

Por un rato fueron jóvenes con solo un interés: cabalgar, atravesar las tierras donde sus ancestros habían sudado y sangrado, y ganar la primera posición al castillo.

—¡Reconoce que te gané en buena ley, Callum!—gritó, mirando atrás antes de entrar, y el otro resopló, encabronado. Hamish rio con gusto. Su hermano detestaba perder—. Pierdes facultades, laird.

Callum gruñó al pasar, y Hamish sonrió, pero ofreció ayuda con el caballo cuando vio que Scott venía decidido al encuentro de su padre con una espada de madera en la mano y ojos llorosos.

—Papá, no me dejan combatir—gritó, y Callum sonrió y lo tomó de la mano para ir con Heather, que les esperaba con las manos en las caderas.

Hamish dejó los dos corceles en manos del palafrenero, y se estiró, pasando una mano por el rostro. Recorrió el patio para ingresar por la cocina, y allí bromeó con la cocinera hasta convencerla de darle un bocado que anticipara el almuerzo.

Escaleras arriba, la voz de su hermano seguía rebotando en su mente:

<<No querrías que esa chica se haga ideas equivocadas.

No quería eso, no.

+++

Había pasado tres días evitando ir al arroyo, decisión que tomó luego de cuidadoso pensar. Había impuesto su presencia en la pobre chica, intenso y apasionado en la idea de enseñar. Tenía que darle aire, y ya. Se evitarían malentendidos.

Además, esto venía bien para retomar tareas que tenía pendientes. Necesarias, Callum lo había reconocido, y lo agradecía. Así que se dedicó a visitar arrendatarios, a supervisar la forja, a visitar a Isabella para llevarle una talla de regalo por su embarazo y libros, a dar a Scott gusto con combates ficticios.

La lluvia fue otro obstáculo, y también pesó en su cabeza el que la gente hablase tonterías. Ewan se enteró por rumores, así que estos existían. A él nada le hacían, pero a Beth… Era diferente.

Nada de eso evitó que se sintiera fastidiado. Cada vez que pensaba en ver a Beth, algo se apretaba en su pecho. La mujercita le alegraba la mañana, le gustaba compartir su tiempo y su conocimiento con ella. Le provocaba ternura, eso era.

El tercer día, empero, no estaba tan seguro de si la estaba protegiendo a ella o se protegía él. Se sentía exasperado e inquieto. Quería verla, y no podía adjudicarlo a las letras.

Cuando recordaba a Beth lo primero que se le venía a la cabeza eran los ojos, los labios, y la curva de su cuello. Esto que sentía era más que muestra de dedicación pedagógica.

Por ello, intentó distraerse con mayor denuedo. Esa tarde se abocó a organizar los registros de provisiones del castillo con un inventario. En la décima parte de la tarea falló, para fastidio de las mujeres que le ayudaban y que no fueron clementes.

Pasó por la herrería, intentó colaborar en la doma de un caballo, y nada funcionó. Al anochecer, caminaba inquieto de un extremo al otro del patio interior, como un hombre que no sabe si debe marcharse o quedarse.

Finalmente murmuró algo entre dientes:

—Mañana iré al arroyo y hablaré con ella. Esto es ridículo. Es simple. Cuando me quiero poner límites, mi mente rebelde busca quebrarlos. Nada más.

Se lo demostraría a sí mismo: iría, vería a Beth a los ojos, y recuperarían la amable cordialidad que el ser maestro y aprendiz conllevaba.

Con este plan, pudo dormir más calmado. Callum le había hecho ver lo que no existía, y su mente fantasiosa llenó espacios y creo historias. Eso era.

Capítulo 17



Beth llegó temprano, como era su costumbre. Esta era la parte del día que más disfrutaba y no era solo porque el bosque parecía respirar en calma y encantaba con su placidez. La neblina suave que dormía entre los árboles comenzaba a evaporarse, el aire olía a tierra húmeda y a hojas trituradas, y las personas estaban inmersas en su labor ya en la aldea, en las granjas o el castillo.

Sostenía el cuadernillo abrazado al pecho y repasaba mentalmente lo que Hamish le había enseñado día tras día con dedicación y amabilidad. Había estado practicando con esmero y si su trazo todavía era desprolijo, se notaba que mejoraba.

Se acomodó contra el tronco de un abedul y aguardó. Aguzó el oído para anticipar el arribo del caballo. Escuchó pájaros. El correr de agua entre las piedras. Le pareció oír pisadas una vez, pero era el aleteo de dos urogallos que competían por frutitos de los arbustos.

La espera se alargó y cabeceó en varios momentos. Restregó sus ojos, se movió hacia la piedra junto al arroyo, y se lavó las manos y el rostro. Suspiró y caminó para tomar el cuaderno que había quedado sobre la raíz pronunciada.

Tenía que volver a la casa. La tabernera debía estar esperándola para que la ayudara a acomodar sillas, mesas, vasos. Era extraño no ver al menor de los MacLaren aquí ya que la rutina se había repetido por semanas, mas no se alarmó. *Es un hombre ocupado. Todos dicen que es la mano derecha del laird. Lo increíble es que no haya faltado antes*.

Emprendió el retorno con desgano cuando el sol ya trepaba por encima de los árboles. No tuvo tiempo para pensar demasiado porque el trabajo la esperaba. Era como si buena parte de la

población de la región hubiera decidido ir a la taberna a beber y charlar.

Cayó rendida esa noche, y al comenzar el nuevo día la esperanza se renovó. Hoy de seguro se encontrarían. Se incorporó y caminó hasta donde estaban la jarra y el aguamanil. Vertió el agua y hundió sus manos en ella para luego refrescar su rostro y ahuyentar el sueño de sus ojos.

Demoró unos segundos en comenzar a vestirse, bostezando y desperezándose. Colocó la falda sobre la camisa larga, la chaqueta, y calzó las botas. Caminó rápido para dejar atrás su dormitorio y aspiró con fruición el olor que permeaba el espacio. Dulce y tibio, anunciando el abundante desayuno.

Seguramente hoy habría gachas endulzadas con un poquito de miel, tortas planas de avena con un toque de mantequilla, tiras finas y crujientes de tocino, y huevos fritos en grasa de cerdo.

La comida sabrosa y abundante era la razón fundamental de que sus huesos hubiesen ganado carne y de que su piel y cabellera se viesen brillantes. La versión de Beth que había llegado a Escocia era pálida, reseca, esmirriada. Había cambiado: Beth se sentía saludable y el espejo lo mostraba.

—Buenos días, Beth—dijo la tabernera—. Llena tu plato, mi querida, sin demora. El señor está con mucho apetito hoy.

El hombrón rio sacudiéndose todo y meneó su cabeza. El comentario era casi el mismo todas las mañanas, pero no fallaba en provocar la risa del buen esposo y la sonrisa en Beth.

El sabor de la yema cremosa en el pan tibio y saladito se esparció en su lengua, y masticó lento. Luego fue el dulzor de la miel el que deleitó su boca y suspiró de gusto al dar cuenta de las gachas. Bebió el té negro fragante y caliente con pequeños sorbos.

—¿No vas a probar los bannocks, querida? Están hechas con la avena del molino MacLaren.

—No, es suficiente, señora. Aunque me llevaré una para el trayecto—respondió, y sonrió ante el enfático asentimiento de la mujer.

—Lleva también un puñado de nueces. Necesitarás la fuerza porque hoy hay más para lavar, Beth.

—Está bien.

Se incorporó y envolvió la torta y las nueces en un trozo de tela que guardó en su pequeño morral de cuero. Tomó el cesto de ropa y lo colocó contra su cadera para salir al sendero y emprender camino al arroyo.

—¡Dile a Hamish que pase a visitarnos, Beth! Se le echa de menos—gritó la señora MacDour desde la puerta.

Dio vuelta su cabeza y asintió sin dejar de avanzar. La premura ya la empujaba. Miró arriba. El cielo estaba salpicado de nubes grisáceas, pero la lluvia no parecía inminente.

Caminó con ritmo, parando de tanto en tanto para reacomodar el cesto, y cuando estuvo en la orilla se arrodilló en la parte con más pasto y comenzó a lavar. Maniobró con dos grandes manteles, que jabonó y restregó con energía hasta que sintió sus brazos arder. Enjuagó, retorció para quitar el exceso de agua y tendió al sol.

Entonces se permitió un respiro con las manos en las caderas. Volvió su vista al sendero y escuchó, pero al igual que la anterior jornada, solo la naturaleza respondió con ruidos. Apretó sus labios con desilusión, y comenzó a temer que no vendría. Otra vez.

Demoró el resto del lavado cuanto pudo y se sentó en la piedra en la que él solía hacerlo para explicarle sonidos, letras o leerle un fragmento de alguna página interesante.

«Escucha esto, Beth, mira qué historia tan interesante de los primeros cristianos. En el año 200 de nuestro Señor…»

Aun cuando el sol ganó la lucha entre las nubes y sus rayos picaron en su rostro y templaron el aire, Beth esperó un poco más. Con renuencia y desilusión juntó y dobló las prendas y caminó lento para regresar.

El desencanto se sentía en la garganta y el pecho, la primera constreñida y el segundo con una sensación de peso. *Ha de estar ocupado. Todos dicen que el castillo es el lugar al que acudir si hay problemas o se busca ayuda. Muchos lo hacen. Hay demasiado trabajo allá*.

El día se le hizo lento luego de almorzar. La taberna no abriría sus puertas porque el matrimonio había decidido visitar a su familia en una granja cercana, por lo que quedó sola.

Se enfocó en practicar trazos e intentar leer. Costaba, pero día a día encontraba sentido a las palabras e hilaba frases. Ya podía leer párrafos enteros, y con cada hora en la tarea se hacía más fácil.

Entonces cayó en la cuenta de que Hamish le había enseñado lo necesario y no tenía más que hacer al respecto, como no fuera contarle sobre el mundo y su funcionamiento.

Hamish se ofreció a enseñarte por la bondad de su corazón y porque disfruta enseñar. Ya lo hizo. No puedes ser egoísta, Beth, el tiempo es valioso y él ya te dedicó suficiente.

Que se sintiera triste y desalentada, como si le arrancaran algo muy querido, hablaba de su ingenuidad y de deseos que no tenía derecho a alentar. ¡Qué tontería de su corazón latir acelerado por un hombre gentil que la veía con pena y como una misión!

La tarde y la nochecita transcurrieron lentas y cuando apagó su vela para dormir, el sueño demoró en llegar y, cuando pudo conciliarlo, fue cortado. Despertó más temprano que nunca, decidida a enfocarse en trabajar.

Ese día se adelantó a la señora MacDour y preparó los ingredientes que esta usaría. Con atención la miró cocinar y la ayudó un poco.

—Cuidado con la grasa, Beth.

—Sí, señora—dijo, poniendo dos grandes trozos en el sartén, que comenzó a chisporrotear sobre el fuego.

Luego tomó la hogaza de pan y cortó rodajas gruesas que colocó en un plato de madera.

—La mermelada de moras que traje de la granja va muy bien con el pan, querida. Unta un poco y prueba, ya verás.

Obedeció, dejando que la dulzura un pelín ácida de la jalea le impregnara lengua y paladar. Esta mañana solo bebió unos tragos de té y comió una manzana. Con calma, solicitó:

—Señora, ¿está bien si me tomo la mañana?

—Claro que sí, mi querida.

Sus pasos la llevaron por la callecita principal y luego por el sendero que bordeaba el bosque y moría en la barranca desde la que se veía el Loch. Allí se sentó, mirando el castillo, preguntándose qué estaría haciendo él.

Ensimismada en pensamientos caóticos que traían malas memorias y las enredaban con sus emociones exaltadas, no reparó en que el cielo se encapotaba y el viento se volvía agresivo y cortante hasta que su piel reaccionó y su cuerpo tembló.

El frío mordía y las primeras gotas parecieron piedritas en la piel expuesta. Se incorporó y se arrebujó en el chal de lana, pero ya era tarde. Una lluvia hostil la empapó en metros y le hizo difícil el retorno, que se sintió como una lucha. No veía bien, el barro volvía resbaladizo el sendero, y la ropa pesaba.

El frío la envolvía desde adentro hacia afuera y al revés. Tal vez lloró, pero sus lágrimas no eran nada al lado de los goterones que el cielo descolgaba. El alivio la invadió al cubrir los últimos metros a la casa.

Empapada, con las mangas chorreando y las botas llenas de barro, se detuvo en la puerta, que la señora MacDour abrió de golpe.

—¡Beth! ¡Estaba muy preocupada, querida! ¡Mira cómo estás! Quítate eso, está empapado. Deja las botas allí y ven a la cocina que está caliente.

La siguió sin hablar, temblando como una hoja, abrazándose, como si con ello pudiera evitar los sacudones. Para su alivio, la señora le puso una manta sobre los hombros y le secó el cabello. Mientras lo hacía, la reprendió duramente, y se sintió bien. Como lo haría una madre, pensó.

—¡Tienes que atender a tu entorno, Beth! Aquí cuando llueve, lo hace con fuerza y el viento es fiero. Esto no es Londres, querida. Pudiste resbalar por la pendiente, o perder la orientación—rezongó sin esperar respuesta.

Asintió, aceptando el rosario, y bebió el té que le ofrecía. Estornudó una vez, otra y otra. La señora rezongó más, y la envió a cambiarse la ropa empapada. Así lo hizo, pero eso no logró que el frío le saliera de los huesos.

Un rato más tarde comenzó a toser, y en dos horas temblaba por distintas razones. Su cuerpo ahora hervía. Al parecer era más delicada de lo que creía. Extraño, considerando lo que había pasado

en Londres en los bajos fondos, mal alimentada y trabajando como un burro de carga.

—¡Dios mío, querida, estás ardiendo!—le dijo MacDour, tocando su frente—. Recuéstate, Beth. Eso.

Cerró los ojos, asintiendo con debilidad. Se dejó caer, y el cansancio la devoró tan rápido que no supo si era sueño o fiebre lo que la arrastraba.

—Está ardiendo…

—Este preparado le hará bien.

—Que no se destape.

Las voces de la tabernera y de su esposo parecían venir desde muy lejos. Beth escuchaba murmullos y sentía, sentía. Calor, frío, el cuerpo temblando, el sudor corriendo por su rostro y cuello.

Su mente era caos, y en ella se mezclaban en danza extrañas imágenes que no correspondían. La grisácea neblina que intoxicaba por las noches de Londres se sacudía y esfumaba por el viento que venía de las montañas.

El agua turbia del Támesis en la que flotaba la basura invadía el arroyo claro y cantarín en el que lavaba. El rostro gentil y atractivo de Hamish se contorsionaba y en su lugar aparecía Thomas con sus muecas crueles.

Sus manos limpias que olían al jabón de hierbas se tornaban rojas con la sangre de heridas purulentas.

—No, no… No quiero, no—se escuchaba decir en susurros que eran lamentos y pedidos de ayuda—. No quiero volver…

—Querida, estás segura aquí. Te cuidaremos, ¿está bien? Bebe esto, Beth, te hará bien.

Su conciencia fue y vino. Despertaba con paños en su cabeza. La mirada amable y apenada de la señora no falló en emocionarla. Un líquido de sabor terrible cruzó su garganta varias veces. Volvió a dormir.

Cuando despertó más lúcida, intentó incorporarse, pero un dolor pesado en la frente la obligó a cerrar los ojos otra vez. Se acurrucó bajo las mantas, sintiendo que la respiración costaba un poco menos.

—Es una gripe fuerte, Beth. Esa mojadura terrible te afectó muchísimo—murmuró la tabernera al acomodar otra manta sobre ella—. Pero lo peor ya pasó. Estarás bien.

Intentó hablar para agradecer, pero la garganta dolía como si hubiese tragado vidrio, así que extendió su mano y apretó la de la señora. Ella sonrió y asintió.

—Duerme, querida. No te preocupes por nada.

Capítulo 18



Esto era extraño. Beth no estaba aquí, por segundo día consecutivo. Hamish bajó del caballo y caminó por la orilla, pateando el pasto, tirando piedras al agua, hasta que se cansó. Ella ya no vendría. Decidido, caminó hasta su caballo y tomó el sendero hacia el poblado.

Taloneó al equino con suavidad y palmeó su cuello, pensativo. No es que creyera que ella debería estar allí esperándolo, pero Beth venía aquí a lavar y suponía que no dejaría que se acumulara la ropa.

Sin embargo, la ausencia repetida lo había dejado con una punzada absurda en el pecho, un fastidio pueril que intentó sacudirse. *Hipócrita,* masculló para sí. *Tú faltaste casi una semana entera.*

Sí, y lo había hecho con esfuerzo, porque echó de menos los momentos compartidos. Cada día que dejó de ir, transcurrió más lento, menos interesante. Así que había concluido que los demás tenían razón al sospechar que algo más que las lecciones lo atraían a Beth.

Entró al poblado con el sol alto, y al pasar por la calle principal se cruzó con Morag Kerr, la hermana del talabartero, con la que había tenido encuentros en el depósito de cueros de su casa el invierno pasado. Le sonrió con cortesía, pero ignoró la mirada ardiente y el movimiento de caderas de la atrevida.

Unos metros después se topó con la hija del molinero, Aileen McNab, que le detuvo para saludarle.

—Hamish, ¿cómo es que no has venido al pueblo por días? Tengo lista una sopa y pan tibio en casa. Mis padres no están—mencionó,

expectante.

—Aileen, estás resplandeciente. Lamentablemente tengo asuntos entre manos. Estoy seguro que Neil agradecerá la comida, sin embargo—declaró, señalando al hombretón que estaba recostado contra la puerta de su pequeño taller.

Hamish sabía que él bebía los vientos por ella, razón por la cual esquivaba a la coqueta. Tampoco es que su cuerpo reaccionara, para ser honesto. Comenzaba a preocuparlo.

—¿Qué demonios me pasa?—murmuró, rascándose la incipiente barba.

Su humor solía ser estable, pero no así su sangre. Su deseo había sido, desde siempre, una fuerza mandatoria, casi biológica. Ahora… Nada. Se la pasaba pensando, recordando. Beth arrodillada lavando, con su cuello expuesto y su cabello al viento.

Ella trazando letras en el barro o caminando con decisión a su lado, con el rostro expresivo denotando cuánto le intrigaba alguna de sus historias o lecturas. La sonrisa tímida, los ojos que bajaban rápido, pero que a veces descubría sobre él.

Sí, sus pensamientos se repetían y eran circulares, para su sobresalto. Apretó los dedos alrededor del pequeño libro que llevaba en la alforja. Un ejemplar sencillo, *Historias para jóvenes lectores*, una serie de cuentos breves con frases claras.

Lo había elegido especialmente para que pudiese practicar, pero sabía que lo disfrutaría. Quería también contarle que Gwen, ¡por fin!, regresaba de Londres en unos días con su primo Alec y toda una comitiva de nobles que venían a concretar negocios. Quería verla sonrojarse, escuchar cómo decía su nombre en voz baja para preguntar algo.

La taberna apareció al doblar la esquina, humeante y cálida incluso desde afuera. Hamish desmontó, respiró hondo, ridículamente nervioso, y entró. Deliciosos aromas llegaron a él y le recordaron a su estómago que había comido poco esta mañana.

—¡Pero míralo!—exclamó la posadera, encantada—. Si es el señor Hamish. Pase, pase, ¡le hemos echado en falta!

—Hola, señora MacDour ¡Qué bien huele aquí!—dijo, sonriente, desplegando ese encanto fácil al que estaba acostumbrado.

—Le sirvo de inmediato. ¿Carne con patatas? Tengo torta de avena con miel y nueces.

—Una porción de torta, si no es molestia.

—Para nada, para nada—dijo, y cortó un trozo con habilidad, que colocó enfrente a él—. Aquí tiene, querido.

Él atacó la torta con gusto, disfrutando con placer de la textura y el sabor.

—¿Cómo está su esposo? Hace un tiempo que no le veo.

—En la casa, gruñendo porque la carne no está tan tierna como debería—se inclinó hacia él con tono conspiratorio—. El granjero Todd le vendió el animal más viejo del rebaño, me temo. Pero sé bien cómo lograr sacar el mejor partido para los platos.

Asintió. Su estofado era legendario. Saludó a dos jóvenes que entraron a beber y con los que conversó sobre el clima. Luego escuchó al doctor, que entró para hablar con la señora MacDour en tono bajo y de pasada aprovechó para echar quejas a Hamish porque la gente iba a esa herborista recién llegada y no a su consulta.

Asintió con seriedad, aunque tuvo ganas de explicarle que la mujer era muy buena en dolencias simples. Lo comprobó con las hierbas que ayudaron a Scott, pero también cicatrizaron las heridas del joven herrero del castillo.

Masticó un poco más, mirando en derredor. Beth no estaba por ningún lado. Era extraño pues ella ayudaba en la casa y en la taberna. Eso lo había inquietado, pero la muchacha le aseguró que la tabernera y su esposo eran personas amables, no abusivas, y la trataban como si fuera parte de su familia.

—Hamish, ¿necesita algo? ¿O espera a alguien?—le preguntó la mujer, que se acercó para tomar su plato.

—¿Beth no trabaja hoy? —preguntó al fin, manteniendo la voz casual.

La tabernera negó y suspiró.

—Todavía no está bien.

Parpadeó, alerta, y se hizo adelante en su taburete.

—¿Cómo es eso? ¿Está enferma?

—La pobrecilla… La tormenta de hace cinco días le cayó encima. Volvió aterida de frío, empapada, y la puso en cama. Mucha fiebre, tos, resfrío. La ha pasado mal, desvariando. Mis remedios caseros funcionaron, pero hice que el doctor la viera, por las dudas. Una neumonía en una mujercita tan frágil es peligrosa.

—¿Pero está bien ahora?—preguntó, ansioso.

—Está más recuperada, así es.

Tenía que verla, comprobar con sus ojos que…

—Quisiera visitarla, si no es molestia. Usted sabe que nos hemos hecho amigos.

—Oh, sé que le ha enseñado bien, Hamish, ella venía contenta con sus avances y practicaba por las tardes. Me ha leído pasajes de la Biblia. Venga conmigo. ¡Ron, ven aquí, hombre!—gritó, sobresaltando a Hamish.

El esposo demoró unos minutos en llegar y se le tornaron eternos. Luego, siguió a la tabernera hasta la casa, y luego por la escalera estrecha.

—¿Beth, cariño? ¿Estás decente? El señor Hamish MacLaren quiere verte.

La voz que contestó era apagada y la señora MacDour abrió la puerta para comprobar la respuesta.

—¿Está bien si pasa, Beth?

—Mm, sí, está bien, señora.

La posadera le hizo sitio y Hamish ingresó a la pequeña habitación. Le impactó el aspecto de Beth de inmediato. Ella se estaba sentando con dificultad en el lecho. Llevaba una bata sencilla de lino pálido, limpia pero ajada, que resaltaba la palidez de su piel. Un mechón suelto le caía sobre la frente. Sus mejillas estaban sonrojadas, y la posibilidad de que fuese por la fiebre le alertó.

Miró a la posadera y luego a Beth.

—¿Todavía tiene fiebre?

—Ya no.

—Señor Hamish—dijo ella, bajito—. Estoy bien.

—Mejor, querida. No estás bien, recuérdalo. Háblele usted. Ha querido bajar a hacer tareas, y eso no va a pasar.

Hamish asintió con vehemencia. Vería de ser muy claro con esta mujercita que probablemente quería anteponer obligaciones a necesidades. La posadera no era una mujer cruel ni una negrera, eso ya estaba comprobado.

—Le dejo a cargo, Hamish. No puedo confiar mucho en mi esposo en la taberna. Su brazo todavía le molesta. Además, conversa demasiado y pone de malas a los clientes.

La mujer les dejó solos, y él miró alrededor para buscar un asiento. Trajo más cerca de la cama la silla y se sentó, mirando a Beth con calma, ahora que la comprobaba entera. Y frágil. Había perdido peso, otra vez.

—¿Cómo te sientes?—preguntó, su voz gentil, colocando sus codos sobre las rodillas.

Ella parpadeó y pasó la lengua por su boca, que aparecía con líneas.

—¿Necesitas agua?

—No, no. Me siento… mejor. Un poquito débil.

Asintió, y se enderezó para buscar el libro que había colocado en un bolsillo de su chaqueta.

—Te traje esto —murmuró—. Es un libro sencillo que te va a gustar, estoy seguro.

Ella sonrió, y algo en el pecho de Hamish se asentó. La observó tomarlo con delicadeza y llevar un dedo al título:

—Hist… Histori…as para j… jove… jóvenes lec… lecto… lectores… —leyó, titubeando mucho menos que la última vez que practicaron juntos, lo que lo puso jodidamente orgulloso.

La posadera tenía razón, había mejorado, mucho. Se le daba natural aprender.

—Muy bien, muy bien—dijo, su cabeza asintiendo enfática—. Beth, ya lo tienes.

—Soy lenta. Demasiado.

—¿Cómo dices eso? Lento no importa—dijo él—. Importa que puedes entender lo que está escrito, Beth. Y cuanto más libros leas, más rápido decodificarás las frases.

Ella se sonrojó, y sus ojos fueron eco de la sonrisa de su bonita boca. Hamish sintió tibieza en su garganta que era mezcla de

orgullo, ternura y sensación de logro.

Había contribuido a desarrollar una habilidad que sería fundamental, estaba seguro de eso. Mas no se envanecía, pues el esfuerzo y el resultado era todo de la mujercita. Bonita Beth, que era más fuerte y decidida de lo que su apariencia mostraba.

Un silencio suave cayó sobre los dos, que se rompió con un acceso de tos que le hizo ir a servir un vaso de agua y traerlo con apuro. Ella bebió dos sorbos y carraspeó.

—Le debo mucho, milord.

—Hamish. Dime Hamish, y acepta que nos hablemos con menos formalidad.

Ella parpadeó y pareció pensarlo, pero asintió.

—Hamish, muchas gracias por… Por enseñarme, por dedicarme su tiempo. Lamento si no fui la alumna más vivaz…

—Oh, pero lo fuiste—la interrumpió antes de que dijera algo impropio de sí misma—. Eres la única a la que he enseñado, y te considero destacadísima. Mi tiempo contigo estuvo muy bien invertido.

—Estos días antes del aguacero, esperé que fuera al bosque. No me había percatado hasta entonces de que era egoísta de mi parte monopolizar sus mañanas. Me disculpo por mi comportamiento impropio, Hamish.

Lo había esperado esos días en los cuales él se obligó a no ir. Ella había usado esos días para llegar a la conclusión de que era egoísta y que se imponía en él. ¡Qué absurdo!

En su atónita comprensión del efecto real de su ausencia, demoró en contestar, y ella bajó la mirada. La había herido al no ir al río, y lo hacía al no desechar sus disculpas de inmediato.

—Beth, disfruté de cada una de esas mañanas. Si acaso, fui yo quien se impuso con su charla constante, las lecturas, la insistencia…

Ella negó.

—Sé mucho más del mundo y se lo debo, Hamish. No voy a sentirme excluida, perdida o solitaria porque podré leer carteles, cartas, libros y mapas. Me ha hecho un regalo extraordinario.

La posibilidad de que los encuentros terminaran, dado que habían tenido éxito, le supo mal. No quería dejar de verla, no quería privarse de su compañía, ni de su visión. Beth Moreland se le había metido en la cabeza y en el pecho. De golpe vino a él la memoria del poema de Lord Byron:

Ella camina en belleza, como la noche
de climas sin nubes y cielos estrellados;
y todo lo mejor de la oscuridad y la luz
se encuentra en su aspecto y en sus ojos

—¿Ocurre algo, Hamish?—inquirió ella, curiosa e inquieta.

Claro, si a él pareció que le había impactado un rayo de tan quieto que estaba ante la revelación. Reaccionó con torpeza, desplegando una sonrisa tensa, y negó.

—No, Beth, para nada. Estaba pensando en mi hermana, en Gwen—mintió. Respiró hondo—. Regresa pronto—dijo, para darle aire a la emoción—. Viene con nuestro primo Alec y con unos nobles que quieren hacer negocios en la región. Estaré ocupado, supongo, pero me haré un tiempo para venir, si deseas recibirme.

Beth asintió.

—Entiendo que es un hombre ocupado y que su trabajo y el de su hermano ayudan a muchos aquí.

—Callum es el importante, yo le ayudo en lo que puedo. Estoy muy feliz por la vuelta de los míos, lo confieso. Gwen nos ha hecho falta. Ya la conocerás.

Ella desmesuró los ojos.

—¿Qué interés podría tener su hermana en mí, Hamish?—sentenció—. Me la imagino hermosa, educada, habituada a la vida en la ciudad a estas alturas. No tenemos nada en común.

—Pues no coincido. Gwen es una mujer que ve el valor de los demás sin fijarse en títulos o posiciones. Y es una solitaria, como tú. Este viaje suyo a Londres fue la primera vez que abrió sus alas.

—La describe con amor y orgullo, y eso lo dice todo.

—Eres mi amiga. Es natural que Gwen quiera conocerte.

Ella abrió sus ojos muy grandes.

—¿Amiga?—Se sonrojó, y por un momento pareció casi horrorizada—. Yo no tengo nada que hacer al lado de Gwen, o

cualquiera en su familia. Vengo de lo más bajo de Londres, Hamish. No tiene idea, no imagina qué terrible lugar es ese donde la pobreza se vuelve corrupta y la vida de una persona no vale nada.

Había una serenidad tan terrible en la declaración que le partió el corazón. Ella creía que el lugar de nacimiento y crianza la definía, aun a pesar de que se arrancó de él y a diario daba pasos para elevarse.

Hamish era un soñador y gustaba de la literatura, pero también era un hombre que conocía la realidad y la cultura en la que vivía. Por ello entendía que una considerable parte de la sociedad señalaría a Beth solo por existir, de enterarse de su origen, que ella misma sugería como bajo, probablemente indecente.

Él, Hamish MacLaren, jamás podría levantar un dedo para sindicarla como menos que un adorable ángel caído que buscaba redención. Sintió una punzada de tristeza, pero también una resolución nueva, firme.

—Puedo intentar imaginarlo, pero no me interesa. Yo te veo con claridad, lo que eres. Bella, empeñosa, valiente y luchadora. Y tenga esto muy claro: puedes conocer a los míos, y lo harás en el momento indicado. Quiero que me prometas que no volverás a hablar de tí misma como si valieras menos.

Beth pareció no entender, su sorpresa obvia en el confuso arrugar de su entrecejo o la O que sus labios dibujaron.

—Lo… intentaré.

Capítulo 19



Beth se sentía un poco mejor esa mañana. La fiebre estaba en remisión, y si su cabeza estaba lenta para pensar y su cuerpo se sentía blando, ya no parecía que iba a morir.

Era de no creer que no recordara un solo momento de enfermedad en Londres, rodeada de pestilencia, hacinada y hambrienta, y se enfermaba cuando más abrigada y mejor alimentada estaba.

Era factible que tuviera que ver con el hecho de que su cuerpo no estaba a la defensiva. Allá en el East End no había opciones. Enfermarse era un lujo que no podía permitirse.

Aquí era diferente. Era una persona a la que veían, apreciaban, y se preocupaban por ella. Al menos el matrimonio MacDour lo hacía. Para ellos no era un peso; la cuidaron sin reproches ni exigencias.

Y le habían traído saludos y buenos deseos de los que inquirían por ella al no verla. Los clientes habituales de la taberna, el panadero, la costurera, el pastor y su señora. Esta había venido a verla y le leyó una oración. Se estaba ganando un lugarcito en este rincón de las Tierras Altas.

Eso era bueno, conmovedor. Pero la hacía sentir también un poco culpable. La señora MacDour necesitaba descansar. Debía levantarse y retomar tareas, aunque fuera lento. Tal vez podría hacerlo ahora que la mujer estaba en la taberna y no podía detenerla. La cuidaba como una gallina a un pollito, y se lo agradecía, pero quería aliviarle trabajo cuanto antes.

Escuchó el murmullo de voces debajo y suspiró. Ahí estaba, seguro por darse una vuelta por su dormitorio. Bendita mujer. El

crujido en la escalera le indicó que subía, y prestó más atención cuando escuchó un timbre masculino.

Se incorporó, curiosa, pero el movimiento la hizo toser. El sonido se mezcló con el golpe en la puerta, y la pregunta:

—¿Estás ….? El señor …. Mac… está aquí.

¿Qué? ¿Quién?

—¿Qué pasa, señora?—preguntó, pero su voz salió ahogada por un nuevo acceso de tos. La tabernera abrió la puerta con una sonrisa:

—¿Está bien si pasa, querida?

—Mm, sí, sí.

Desorientada y expectante, con el corazón encogido, le miró entrar a su dormitorio. ¡Hamish! ¡Estaba aquí! ¡Había venido a verla! Parpadeó. Tragó saliva. Sentada en la cama observó al sujeto de su pensar y sentir venir a ella, y un abanico de emociones la permeó.

Beth se encontró aliviada y alegre. No esperaba verlo aquí, tan pronto. Sí había pensado que eventualmente lo cruzaría en el poblado, como hacía con otros, que la saludaría con gentileza, casual.

Y entre las cosas que tenía claro estaba el que ella anhelaba no ser una más para Hamish. Fantasías que hilaba en su cabeza, como una rueca incansable que convertía deseos en hilos para otras vidas posibles.

Pero él había venido, y eso tiraba por la borda su interpretación de que lo que les unía había finalizado, que él había decidido terminar las lecciones. Que había entrado en razón y comprendido lo absurdo que era dedicar tiempo a una muchacha como ella.

La señora MacDour habló, regañándola con cariño. Beth intentó protestar, asegurarle que ya no tenía fiebre, que podía retomar la labor, pero su voz salió débil.

La corriente de acuerdo entre ambos fue expresa y final: no debía levantarse del lecho hasta no recuperarse. Esto la desconcertó por una milésima de momento, mas luego la calma la alcanzó. Ella y su salud eran importantes para estos dos.

Cuando se quedaron solos, Beth sintió el silencio cambiar de naturaleza. Hamish buscó una silla, la acercó y se sentó con los

codos en las rodillas. La observó. Beth sintió ese examen silencioso con el que él registraba sus mejillas pálidas, su boca reseca, la tensión bajo los ojos.

Debería haberse sentido más inquieta: había un hombre en su habitación, ella estaba vulnerable en su debilidad y la ropa que vestía era de cama, a pesar de que la cubría toda.

Pero la cortedad o la desconfianza estuvieron ausentes; ella confiaba en Hamish, y en la señora MacDour. Esta era una mujer íntegra que no se doblaba ante nadie, y a la que no influía autoridad o dinero.

Si hubiese pensado por un minúsculo instante que esto era peligroso o impropio, Hamish estaría de patitas en la calle. Lo había demostrado varias veces manejando su taberna; no toleraba tonterías o irrespeto.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él, con esa voz tan tranquila que la desarmaba.

Ella quería hablarle con soltura, parecer interesante o fuerte, pero en verdad estaba débil, así que su charla fue insustancial. Él no cambió su semblante plácido, como si estar aquí fuera su objetivo del día. Buscó algo en su chaqueta y le entregó un libro.

Lo había seleccionado con cuidado para ella, para que continuara practicando. Lo tomó con los dedos temblorosos. Ya antes había sentido esa alegría infantil cuando él traía algún texto sencillo que buscó solo para ella, pero hoy era más vívido.

Había temido que él no volvería, que su vínculo había terminado. Comprobar que había pensado en ella, que había rebuscado en la biblioteca del castillo, que imaginó enorme, en procura de un libro que estuviese a su nivel y fuese entretenido… Que hubiese llegado hasta aquí para verla… Se le llenó el pecho de calidez.

Leyó el título en voz alta, despacio, tropezando con las palabras, y él asintió y la congratuló como si hubiese leído páginas de corrido. Sus palabras la confortaron y estimularon, le hicieron creer lo que ella pensaba de a ratos: mejoraba.

No era estúpida, era capaz. Sus brazos y sus piernas no eran su único valor; su mente aprendía cuando se le daba el tiempo y la

oportunidad. Y él se enorgullecía de eso como si fuese el mayor de los logros. Tenía fe en ella.

¿Cómo no sentirse atraída, hambrienta de más halagos, incentivos, si los mendrugos que habían alimentado su vida habían sido golpes, amenazas y miedo? Tragó saliva, asustada de su propia intensidad, de los sentimientos brutales hacia Hamish MacLaren, pero sin poder dejar de sentirlos.

Se atoró, la tos arreció, y él reaccionó al instante, buscando agua para calmarla. La confundía. Parecía tan enfocado en ella. ¿Por qué la cuidaba así? ¿Por qué se tomaba tantas molestias? ¿Podía ser que…? *No. Te tiene pena, eso es. No cometas la suprema tontería de pensar que le gustas.*

Entonces él le pidió que lo tratara con menos formalidad, y esto arruinó la sensatez. Decir su nombre en voz alta alentaba la cercanía. Intentó decir algo amable o correcto. Le habló de las lecciones. De su agradecimiento.

Incluso se disculpó por haberlo esperado esos días antes de la tormenta, por haber sido "egoísta", por haberse impuesto en él. Él quedó quieto, pero luego fue firme al decir que se equivocaba, que había disfrutado de cada mañana, que había sido él quien insistió, quien habló demasiado, quien importunó.

Beth no pudo sostenerle la mirada. Le ardían los ojos. No sabía qué hacer con tantas idas y venidas de sus pensamientos y sentimientos. Él no venía, ella lo esperaba y se fustigaba por hacerlo. Él regresaba, se mostraba atento, preocupado, la elogiaba, y ella se derretía.

Beth se sentía como un péndulo entre voraces deseos de más (tiempo compartido, miradas, sonrisas), y su lógica que gritaba por contención y no equivocarse. No tenía herramientas para interpretar ese amasijo que era su interior. De dónde venía, no se pensaba: se hacía, o se perecía.

Era increíble que su boca hablase en medio de la confusión mental, pero decía la verdad: comprendía más a su entorno, y estaba en deuda por ello. Podía leer carteles, con práctica, leer y escribir cartas (a quién, sería asunto del mañana), podría leer un mapa si la vida se lo exigía. Era una libertad que no imaginó tener.

Decirlo en voz alta la hizo sentir expuesta y valiente a la vez. Él cayó en un silencio extraño. Lo vio quedarse quieto como si un pensamiento lo atravesara. Sus ojos, normalmente atentos, parecieron perderse un instante. Ella se inclinó un poco, inquieta. ¿Qué había dicho para inquietarlo?

—¿Ocurre algo?

Él sonrió, para su alivio, y le contó que pensaba en su hermana, en Gwen, en su regreso. Eso le iluminó el rostro, y Beth se quedó tiesa. Quien repartía dones se había cebado en él: era guapo, inteligente, poderoso, de buenos sentimientos, y era parte de una familia que se cuidaba y quería.

Era como apreciar la otra cara de la moneda: habitaban el mismo espacio, con suertes diferentes.

Le siguió hablando sobre Gwen, su primo Alec, un grupo de nobles que venían en misión de comercio, e imaginó que le contaba que estaría muy ocupado para regresar. Antes de que le dijera que lo entendía, él habló de presentarle a Gwen, y quedó muda por segundos. Imposible.

Una cosa era Hamish siendo Hamish: gentil, rebelde, entusiasta. Mas estaba segura de que su familia no vería su amistad con buenos ojos. ¿Ella conociendo a Gwen MacLaren, que volvía del Londres señorial de mansiones, vals y dinero?

El contraste sería ridículo. Una joven noble y una mujer criada entre los rincones más oscuros de Londres no tenían nada en común.

Había que poner freno a la insania, o la arrastraría. Así que le habló de su pasado, a grandes rasgos. No detalles, pero si realidad. No para victimizarse, sino para que Hamish entendiera: Beth venía de un lugar donde la vida valía tan poco que casi parecía un accidente que siguiera ilesa.

Lo que él respondió la dejó sin aire. La llamó bella. Valiente. Luchadora. Dijo que la veía con claridad. Que merecía un lugar en el mundo. Que era su amiga. Que no volvería a permitir que hablara de sí misma como si valiera menos.

Las palabras resonaron, acariciaron, pero no supo qué hacer con ellas en ese instante. Sintió que se le encogía el corazón y se le

expandía a la vez, como si esas frases no cupieran en su pecho y aun así quisieran quedarse.

Lo miró intentando entender, confundida, vulnerable, sorprendida de que un hombre así la mirase con esa luz en los ojos.

—Lo… intentaré —fue lo único que pudo decir, apenas un susurro.

Capítulo 20



La estación estaba animada. El silbato de un tren acercándose anunciaba movimiento en tierras donde, siglos atrás, el único estruendo provenía del viento y de los cascos de los caballos.

Costaba habituarse a la era de las máquinas, pero era la que les había tocado vivir. Hamish respiró hondo. Su estómago hacía movimientos extraños que denotaban la ansiedad que lo carcomía.

Tantos meses sin ver a su hermana, habituándose a su ausencia, llegaban a su fin, y estaba feliz. Era como si la recuperasen.

—¿Ya viene? ¿Ya viene?

Scott tironeaba la mano de Heather, saltando en el andén como una ardilla. Hamish sonrió y miró a Callum, que resopló divertido. Era la sexta o séptima vez que el niño preguntaba.

—Cuando el tren se acerque, no tendrás dudas, Scott. Es enorme, ya lo sabes, y hace mucho ruido—respondió Heather, fingiendo impaciencia, aunque la sonrisa la traicionaba—. Baja el tono, cielo. No querrás que tu tía Gwen te vea gritando como un fauno salvaje.

Hamish y Callum rieron al unísono.

—Scott, falta poco. Recuerda lo que hablamos—dijo el laird, removiendo el cabello de su hijo—. Gwen viene con gente importante que a veces puede ser impaciente y esperar que se las trate de manera especial.

—¡La tía Gwen es especial!—protestó el niño.

Más risas.

—La más especial, pero tenemos que ser cordiales y respetuosos con los ingleses que la acompañan. Su Excelencia, el duque de Elywood…

—Él está bien, lo recuerdo, es amable.

—Lo es. Pero con él vienen otros a los que no conocemos, y son personas que pueden traer buenos negocios para nuestra gente.

—Nuestra gente merece lo mejor—afirmó Scott.

Hamish observaba el intercambio con seriedad. Callum era un líder comprensivo, aunque firme, pero como padre… Impecable. Frenando cuando debía la exuberancia de Scott, y alentándola cuando podía.

Scott, Malvina, el o la futura descendiente de Ewan, vivirían en un mundo de dicotomías, y darle herramientas era básico. Se proponía colaborar con esto tanto como fuese posible. Ahora que había comprobado que podía alentar la curiosidad por el conocimiento y enseñar a leer y escribir, pretendía extender el ejemplo.

No sería una experiencia tan dulce como con Beth, o tan impactante, con seguridad. Beth… Su boca se extendió en una sonrisa solo de pensarla. Estaba mucho mejor, se recuperaba.

Ayer mismo la había acompañado en su primera salida al arroyo, llevando el cesto por ella, ignorando las miradas curiosas y algunos murmullos. El mundo hablaba siempre alrededor. Ella pareció tensa, pero fue estar a solas y la naturalidad volvió.

—Tío Hamish, te ríes tonto—dijo Scott.

Resopló y miró al pequeñajo con una ceja levantada.

—Tú te ríes tonto.

—¡No, tú!

—¡Tú!

—Niños, haya paz—dijo Heather, y no hubo necesidad de más reconvenciones, porque el silbato del tren les calló.

Cuando la locomotora emergió en el paisaje como una boca negra que escupía velos de vapor, Scott abrió los ojos como si contemplara un dragón de acero. Heather apretó la mano de su hijo, conteniendo la emoción.

Se hicieron atrás para esperar que la máquina se detuviera, pero antes de que ocurriera, una figura se asomó por la ventanilla y les gritó, saludando a los gritos.

—¡Aquí están! ¡Oh, queridos, cuánto los eché de menos! ¡Scottie, cariño!

—¡Tía Gwen!—El niño saltó como un gamo, la mayor sonrisa de felicidad en su faz—. ¡Volviste!

Las puertas se abrieron y varios pasajeros descendieron antes que Gwen, pero cuando esta apareció, descendió de un salto, y abrazó a Scott con fiereza, besándolo en el rostro una y otra vez.

—Uff, tía, para, para. ¡Contrólate!

Hamish y los demás rugieron de risa. Esa palabra era la habitual de Callum para calmar al niño.

—¿Cómo? ¿Cómo voy a controlarme si tienes unas mejillas comestibles?—Lo abrazó contra su cuerpo y los miró, suspirando—. Estoy en casa.

—Lo estás, hermana—Callum se acercó y la abrazó, luego Heather.

Su hermana estaba radiante, como si su belleza hubiese florecido en Londres. Hamish sintió un pinchazo fraternal de orgullo y nostalgia. Esta Gwen que volvía era la misma, y a la vez ya la notaba distinta.

Llevaba un vestido demasiado elegante para las colinas de Perthshire, de un azul profundo que realzaba el brillo rojizo de su cabello. Su sonrisa iluminaba el andén entero.

—¡Hamish! —gritó, sin ninguna dignidad, y corrió hacia él.

Lo abrazó con tal fuerza que casi lo tiró al suelo. Él la alzó en el aire un poco, como cuando eran niños.

—¿Estos son los modales que usabas en Londres? —dijo él, riendo.

—Soy como el camaleón, zopenco—susurró ella bajito, pinchándole la costilla—. ¿A que me echaste de menos?

—¡No tienes idea! Nadie desorganizaba mi escritorio ni mezclaba mis apuntes.

—Pff, y eso que dejé orden expresa de que lo hicieran—Su sonrisa se hizo más quieta—. ¿Sigues escribiendo o ya te has olvidado?

—Sigo.

—¿Así que la única a la que la familia saluda es a la dama bonita?—la voz grave y la figura ancha y alta dominó el andén.

—¡Alec!, ven aquí, ¡primo!—dijo Callum, que se adelantó para saludarlo con una gran sonrisa—. ¡Has sobrevivido!

—A duras penas—gruñó.

—¡Ey, compórtate Alec MacLaren! Te saqué a cabalgar, te enseñé a bailar, te rodearon las damas más bellas… ¿Qué más podrías pedir?

—Un buen caballo que me lleve al corazón del bosque, y horas de soledad-gruñó, acercándose.

—Oh, lo tendrás—aseguró Hamish, palmeando su espalda con afecto—. Nos aseguraremos de consentirte, Alec. Sabemos que las has pasado negras.

—Me conmueve su confianza en mi hospitalidad.

La voz educada, firme y varonil convocó la atención de los presentes. El duque de Elywood sonreía con ironía tranquila, impecable en su atuendo escocés que denotaba su ascendencia.

Este era un noble que podía moverse como pez en el agua tanto en un salón inglés como en la campiña escocesa. Su mitad highlander era fuerte, sostenida por su madre, del clan de los Campbell.

—Su Gracia, descontamos que su hospitalidad fue remarcable, y estamos en deuda por ello—dijo Callum, que se acercó a saludar al noble.

Hubo calor en el contacto entre ambos, dos figuras de autoridad que se respetaban.

—El tipo es buena gente y fuimos muy bien tratados—masculló Alec—. Nada más que respeto para el duque… Pero esa vida… No tienes idea de cuánto anhelaba volver.

—Estás aquí, y nosotros no podemos estar más agradecidos—murmuró Hamish, que miraba a Gwen.

Ella sonreía y tenía a Scott de la mano, pero sus ojos volvían al duque. No tenía ángulo para ver su expresión, pero esperaba que solo brillase con candor agradecido por la recepción en Londres y el tiempo vivido en su mansión.

—Tendremos tiempo de charlar, pero me admira cómo ha cambiado la región desde la última vez que estuve—dijo el duque, extendiendo la mano a Hamish ahora—. Muestra que tuvimos razón desde el principio.

—Lo dice bien, y Callum está tranquilo con eso. La población está comenzando a ver los beneficios.

El duque asintió.

—Estoy al tanto. Por ello invité a algunos inversores a acompañarme. Es importante que vean con sus ojos cómo sus inversiones florecen, y qué posibilidades se abren. Les presentaré.

Callum y Hamish le siguieron hasta el grupito de tres que se afanaba con el equipaje a unos metros mientras miraba alrededor.

—Señores—el duque les llamó la atención—. Les presento a Callum MacLaren, laird del clan y propietario de buena parte de las tierras que atravesamos al final del trayecto. Su hermano Hamish.

—Encantado, bienvenidos a las Tierras Altas, y a esta porción MacLaren.

Callum saludó con un gesto de su cabeza, su postura firme y su voz comandante. Hamish sintió el orgullo extenderse en él. Su hermano era un líder instintivo y sagaz, pero podía ser encantador y no carecía de formas. Los recién llegados le evaluaron con seriedad.

—El señor Archibald Potter—anunció el duque—. Un inversionista diligente.

El hombre era un burgués de baja estatura con mirada nerviosa y con un bigote minuciosamente encerado. Se podía adivinar su incomodidad en su entusiasmo excesivo.

—Señor MacLaren, ¡qué gusto! Hemos escuchado de usted. No tuve el placer de conocerlo cuando estuvo en Londres, pero no quise perder la oportunidad de venir y comprobar esas magníficas oportunidades que su Excelencia describe.

—Veremos si podemos convencerlo—dijo Callum.

—Es mi placer presentar a lord Ashcroft y su encantadora esposa —dijo el duque.

La pareja había concitado la atención de Hamish, que les evaluó mientras Archibald hablaba. Lady Ashcroft era el prototipo de la dama madura inglesa: falda impecable, corsé, y una expresión tan

compuesta que desalentaba a la espontaneidad. Observaba la estación y a la gente local como quien inspeccionaba una sala recién decorada y ya la encontraba en falta.

Lord Ashcroft era un caballero alto, de abrigo bien cortado y guantes sin una arruga con un bigote impecable y una sonrisa condescendiente. El típico sassenach engreído que creía venir a la salvaje Escocia portando la llama de la civilización, consideró.

—Milord, miladi, bienvenidos—dijo Callum, y recibió un cabeceo de ambos.

—Gracias, señor MacLaren. Entiendo que seremos huéspedes en su castillo—dijo Ashcroft—. Nos congratula. Siempre hemos querido disfrutar de la… estadía.

¡Idiota engreído! El tono, la expresión, como si ya anticipara que viviría una experiencia trascendente.

—Lo que te imagines, duplícalo—masculló Alec, acercándose a su oreja—. La dama no dejó de quejarse durante el viaje. Frío, calor, la comida sin sabor…

Callum hizo una seña para llamar a Heather, que vino a él con su sonrisa más formal y fue saludada con calor por el duque, que la introdujo a los tres.

—Señorita Carlisle, conocí a su familia—dijo lady Ashcroft con un poco más de entusiasmo.

—Es señora MacLaren. Lady Heather, con justicia—corrigió el duque, deferente, y la mujer parpadeó y se encarnó levemente.

—Por supuesto.

—Lord y lady Ashcroft, haremos lo necesario para que su estadía sea cómoda—dijo Heather, disolviendo el momento con naturalidad.

—Estoy seguro de ello —replicó Ashcroft, y que alzó la mirada para observar los carros, el personal, la comitiva.

Sus ojos evaluaban, ponderaban, clasificaban. En ese examen meticuloso que Hamish observó, la vista del noble se posó en Gwen. La mirada no fue rápida ni accidental. Fue lenta, precisa; intencional, más osada de lo que debería.

Gwen se había agachado para escuchar a Scott, y la naturalidad de su charla se expresaba en exclamaciones y voces altas. La mirada

del lord era desagradable, predatoria. Hamish se mordió por decir algo, pero se contuvo.

Justo entonces el duque de Elywood dio un pequeño paso hacia adelante, ubicándose para tapar la visual que Ashcroft tenía de Gwen. Hamish parpadeó. No tenía idea de si lo hizo a propósito o fue casualidad, pero protegió a Gwen de ojos desagradables. Esta, ajena a la situación, saludaba a la gente conocida con efusividad.

—¡Cuánto entusiasmo y vitalidad!—dijo lady Ashcroft, que elevó la barbilla, probablemente herida por la falta de etiqueta.

Heather sonrió, entre divertida y fastidiada.

—Oh, esta no es Londres, miladi. Encontrará que somos más libres aquí. Espero que le resulte refrescante.

—Mi esposa y yo hemos viajado bastante, sabemos adaptarnos—dijo Ashcroft, y los tres MacLaren se miraron y contuvieron los deseos de sonreír.

Verían cuánto se adaptaban estos estirados a las Highlands. Aquí se vivía bien y se gozaba de la simpleza, no había lujos o extravagancias.

—Los carruajes nos esperan—dijo Heather.

Hubo movimiento extenso para trasladar la carga que los pasajeros traían, pero de eso se encargó el séquito de criados, que llenó el ambiente de un aire más rígido, más artificioso.

Hamish abrió la puerta del primer vehículo para Gwen y Heather, y tras ellas subió Scott, y luego Callum.

El duque iría con los demás en el segundo carruaje, y había un tercero para los criados. Gwen había enviado un telegrama con los detalles precisos para organizar el arribo, número de personas y bultos aproximados incluidos.

Mientras Hamish observaba el movimiento, un pensamiento fugaz arribó a su cabeza: *¿Cómo se sentiría Beth aquí? Con un vestido adecuado se vería perfecta, a su juicio. Estaría p*robablemente incómoda, tonto, *porque sentir que perteneces tiene que ver con más que con la ropa.*

Sí, de seguro se sentiría miserable, rodeada de sedas y de miradas altivas que juzgaban sin escuchar. Las mismas Heather y

Gwen, habituadas ya a esto, no estaban cómodas. Joder, él no estaba contento con la fría formalidad.

Cien veces prefería el arroyo, el olor del jabón casero, la timidez de Beth al sonreír cuando lograba leer una frase entera. *Pero ella estaría bien entre los míos, en el comedor o la sala de juegos, charlando y riendo*.

Encajaría a la perfección, lo sabía. Le costaría habituarse porque se limitaba, porque no se consideraba a la altura, pero eso se eliminaba con el contacto, con la rutina…

¿Hamish, qué locas ideas trazas? ¿Por qué estás pensando en eso? Ella es una amiga, así se lo dijiste. Valoras su candor, su crecimiento, su… Mejor dejarlo ahí, suponía. Se obligó a focalizar en el presente.

Los carruajes partían. Retrocedió y se unió a Alec, que ajustaba la montura de uno de los caballos. Callum había dado la orden de que los trajeran, y en buena hora.

—Sabía que te escaparías a la primera oportunidad —dijo Hamish.

Alec resopló.

—Si vuelvo a escuchar un vals, sangraré por los oídos.

—Al menos por el bueno—bromeó Hamish, tocándole el hombro.

Alec sonrió, con ese gesto que era pura honestidad.

—Créeme que hubo momentos en que agradecí que solo uno escuche. Londres no es para mí. Mi sordera me aísla, y eso era bueno, pero también malo. El duque y su madre sí son interesantes, créeme. Buena gente.

—Lo sabemos. Han sido apoyo invaluable. Gwen…

—Por ella valió la pena. Lo disfrutó, créeme. Por ello no me vine, ni le dije que mis jaquecas empeoraron. La gente habla demasiado— Hizo una pausa—. Pero volver a galopar por estas colinas… eso sí vale vivir.

Cabalgaron juntos hacia el castillo en silencio ameno, cortado por alguna pregunta, risas, referencias.

—Heather nos dijo que Ewan se quedó a cuidar a Isabella.

—Sí, está pasando las molestias de los primeros meses.

—Ewan padre, también—Silbó—. Todo está cambiando.

Sí, así era. El rostro de Beth con una sonrisa tímida y los ojos brillantes le vino clarísimo.

Capítulo 21



—… y entonces demandó una habitación extra para que su equipaje respirase. ¿Qué trajo, seres vivos en las maletas?—Hamish suspiró—. Te lo juro, Beth, ¡una señora agotadora! Nuestra gente camina de puntillas para no alertarla. Su criada no tiene descanso.

—¿Y el duque ese? ¿Es tan importante como dicen?

—Sí, podría comprar nuestro castillo y las tierras que ves—dijo, señalando con el mentón la silueta de piedra que se recortaba contra el cielo—. O media Escocia, a no dudar. Pero es un hombre sencillo y amable.

Estaban en una zona rocosa, una especie de balcón natural desde donde las torres del castillo parecían brotar entre árboles y niebla. Hamish la había encontrado aquí por indicación de la señora MacDour, y le sorprendió que se animara a explorar más de lo habitual.

Ella le dijo que había querido conocer el lugar porque le habían contado que desde aquí se podía ver el esplendor de las montañas, las llanuras y el castillo. La escuchó describir la tierra que él amaba con admiración, y le gustó. Pero las referencias a los dolores de cabeza que la comitiva inglesa trajo eran inevitables.

—¿Y vinieron a negociar?

—Son gente de mucho dinero. Inversores—dijo él, moviendo las manos como si espantara moscas invisibles—. El más modesto, que es un hombre aburridísimo, llegó con tres baúles. ¡Tres! ¿Para qué traería un hombre tanta carga? Ni las Carlisle trajeron tanto cuando se mudaron aquí, y eran tres damas finas—suspiró con drama, y ella rio bajito.

La observó con ojos entrecerrados, y luego volvió su mirada al horizonte. Le gustaba divertirla y lograr que el gesto serio se disolviera en una sonrisa liviana.

—Scott se está divirtiendo, el gamberro. Puso piedritas en la escalera y casi logra que una de las pobres criadas no cuente el cuento.

—¿Es muy travieso?

—Muy activo. La cocinera le recuerda a Callum que él era exactamente así, y le calla con ese argumento. En fin… No envidio a mi hermano. Imagina que tiene que equilibrar reuniones entre ellos y algunos de los criadores de ovejas.

—No me imagino al señor O'Hara lidiando con esas tonterías.

Ambos rieron. Pete O'Hara era bruto, directo, sin atajos, y el mayor criador de la zona. También asiduo a la taberna y por ello Beth lo conocía.

Hamish torció la cabeza para apreciar cómo la brisa jugaba con su cabello. Lo tenía más largo, con ondas sutiles en las que sus dedos podrían deslizarse con placidez. Seguro era sedoso y…

Deja eso. Hamish se llamó a abandonar ideas peligrosas que se componían de necesidad y deseo.

—¿Y Gwen? —preguntó ella—. ¿Cómo está ella?

A Hamish se le suavizó la expresión, agradeciendo la distracción hacia un tema del que le gustaba charlar.

—Radiante. Con más ideas, energía e historias que nunca. Ha recorrido media región en dos días. Apenas llegó al castillo y saludó a cada trabajador, montó para ver a Ewan e Isabella.

—Tu otro hermano.

Asintió.

—Isabella está encinta, y ha tenido molestias, por ello no fue a la estación.

—Oh, ¿es algo grave?—dijo, poniéndose seria.

—No, las típicas de los primeros meses, eso dijo Ewan, que repitió lo que la herborista le dijo.

—Dicen que esa mujer es muy buena, aunque el doctor está que trina con ella.

—Sí, bueno, cada uno tiene sus clientes. La mujer no se mete en su camino, y es clara al explicar que solo atiende dolencias menores con sus conocimientos de hierbas. Volviendo a Gwen, visitó al herrero, a la familia Morrison...

Beth abrió los ojos, divertida.

—¡Es incansable! O echó a su gente mucho de menos.

—Eso dice. De todos modos, entiendo que disfrutó en Londres. Estuvo en buenas manos.

—¿Y volverá allá?

Hamish frunció el ceño. No sabía. Ni lo había pensado. En su cabeza, Gwen había vuelto a casa y ya. Pero tal vez… Era algo que tenía que preguntar. No creía que Callum hubiese tenido tiempo de charlar con ella.

—No lo sé, pero espero que no—dijo—. Alec dijo que se adaptó bien allá. Ella vivió muy protegida, con pocas oportunidades reales. Mi hermana no es de las que aceptan órdenes, y creo que tomó la tarea de llevar el castillo como su tarea. Cuando Callum se casó con Heather…

—Oh…—Con ojos grandes condolidos, preguntó—. ¿Ellas dos se enfrentaron por …?

—¡Nada de eso! Gwen la dejó asumir el control con gusto, y a Heather no le encanta, pero tampoco le molesta o no le pesa.

—Gwen se sintió libre—resumió ella, bajito, mirando a lo lejos—. Esa es una sensación poderosa, más cuando se siente luego de años de estar atado.

—Espero que Gwen no haya sentido eso. Me entristecería pensar que se sintió prisionera de una situación—dijo él.

Beth asintió.

—No me hagas caso. Me dejé llevar, por supuesto que tu hermana no sintió eso. Tú y los tuyos son personas maravillosas. Todos lo dicen.

—¿Todos?—preguntó.

—Oh, sí. Admiran al laird, lo quieren. Y a ti también. En especial algunas mujeres—agregó, y levantó la barbilla, ruborizada.

Él trató de contener la risa, pero la agitación de su pecho y hombros lo previno. Ella le miró con un gesto más huraño. Uno que

parecía desnudar celos, a su juicio.

—No hagas caso a eso. Es agua pasada—aseguró.

—¿Lo es?

Asintió con solemnidad. Lo había aceptado, ¿por qué no expresarlo? No había ninguna que captara su atención, excepto ella. No sabía bien qué hacer con eso, pero… Era real. Beth pareció distenderse con su gesto.

—Debe ser muy hermosa.

Volvían a Gwen, entonces. Terreno más seguro entre ambos.

—Lo es, con un genio importante y una voluntad de hierro cuando se le pone algo entre ceja y ceja—respondió con tono fraternal—. Pero no te preocupes, es gentil y encantadora con los que le caen bien. Tú lo harás.

Beth se ruborizó suavemente, pero no lo negó de plano. Avance.

Hamish iba a decir algo más cuando fue interrumpida por la misma de la que hablaban, como si la hubiesen convocado.

—¡Hamish MacLaren! Dichosos los ojos, hermanito. Creí que tenías asuntos impostergables que atender. ¿No fue eso lo que me dijiste?

Hamish suspiró, y su mirada fue a Beth, que parecía haber sido inmovilizada por un hechizo potente. Pálida, casi frenética, sus ojos lo único que se movía, buscando por dónde escapar.

—Tranquila, Beth—le dijo con dulzura—. Es solo Gwen. Te prometo que estás a salvo.

Bueno, eran Ewan y Gwen. Esto era obra del jodido, se le veía en la cara risueña. Había estado dando la tabarra desde que escuchó rumores, y seguro fue de las primeras cosas que le dijo a Gwen.

Esta se acercó a ellos al paso de su caballo, vestida como la amazona escocesa que era, aunque para fastidio de él y otros, ahora montaba de lado, su cabello en una trenza floja y su rostro con una sonrisa extensa.

—Te dije lo que era Gwen. ¿Qué haces por este camino? Es un largo arco desde las tierras Carlisle.

Los miró serio para mostrar que no estaba impresionado, y ellos percibieron que no estaba cómodo.

—Estoy poniéndome al día, hermano. Ewan aceptó acompañarme.

Gwen bajó de lado con elegancia inusitada, y Ewan sopló.

—Me mata que montes así—dijo.

Ella rodó los ojos.

—Necesitaba cabalgar y la duquesa Elywood me dijo que evitaría murmuraciones si evitaba mi estilo de amazona salvaje en Hyde Park.

—Creí que esa mujer era muy abierta—rezongó Ewan—. Su hijo lo es.

—El duque y su madre son lo mejor de Londres y, como ellos, entiendo que no voy a cambiar mi ser por montar de lado o a horcajadas. En Roma, haz lo que los romanos—dijo Gwen, acercándose con ese desparpajo encantador suyo—. Pero no seas grosero, estamos hablando como si esta dama encantadora no existiera.

Beth se puso tan roja que pareció que la fiebre hubiera vuelto. Su garganta se movió al tragar, su pecho oscilaba por la respiración más rápida, y las manos se apretaban una con otra.

—Esta es Beth. Beth Moreland. Beth, esta es mi hermana Gwen, y aquel es Ewan.

—Encantada—susurró, y su voz apenas traspasó la distancia.

—Beth, ¡qué bonito nombre! Siempre quise algo así, dulce, sonoro—dijo Gwen, su voz más baja, percibiendo la timidez de la muchacha.

—Gwen es… lindo—murmuró Beth, tiesa, pero siguiendo la conversación. Luego, como si se percatara de su error, se incorporó e hizo una reverencia torpe—. Perdón… Es un honor, señorita MacLaren.

—Oh, por favor —dijo Gwen, dando un paso adelante para tomarle las manos—. No vuelvas a hacer algo así, no necesitas ser formal conmigo. Dime Gwen.

Beth soltó un sonido que podría haber sido cualquier cosa entre una risa nerviosa ahogada o un gemido adolorido.

Ewan se acercó a paso firme.

—Encantado, señorita Moreland. Tenía pendiente conocerla, aunque había escuchado de usted.

Beth parpadeó, y luego movió su cabeza a un lado.

—¿Había escuchado?

—Hay un rumor instalado sobre una mujercita que logró que Hamish lavara sus propias camisas y calzoncillos largos.

Beth se encarnó, pero llevó una mano a la boca y escondió la sonrisa. Hamish se distendió, y sus ojos encontraron los de Gwen. Curiosos, muy curiosos. Tendría un interrogatorio más tarde.

—Hamish estuvo enseñándome a leer—dijo Beth, más firme su voz, como si quisiera limpiar su honor anunciando la razón de sus encuentros.

—¿De verdad?—Gwen llevó sus manos al pecho y le miró con orgullo—. Bien hecho, Hamish. Beth, espero que haya sido un buen maestro.

—El mejor, paciente y tenaz.

—Estoy segura de que has sido la mejor alumna.

Beth se encogió de hombros, y negó.

—Regular, pero mejoro.

—¿Te ha leído algunos de sus poemas?—dijo Ewan, curioso, y Beth asintió.

Hamish miró a otro lado para evitar la mirada intensa de su hermano. Pero el gesto no evitó el comentario.

—Es intrigante. ¿Sabes que ninguno de nosotros ha leído o escuchado recitar alguno de los que escribió en los últimos años?

—¿No? Oh…—dijo ella, y sonó confundida.

—¿No tienen que volver ya?—les preguntó Hamish—. Isabella se debe aburrir sola.

—Oh, es verdad—dijo Gwen, aunque movió sus cejas en claro gesto de que no la engañaba con la distracción—. Beth, me gustaría hablar largo y tendido contigo.

—Ah, ¿sí?—respondió esta, azorada.

Gwen asintió con énfasis.

—Sí, totalmente. Me gusta conocer bien a las personas que están cerca de la familia. ¿Dónde puedo verte alguna vez?

—Vivo en la casa de la señora MacDour.

—¡Perfecto! Te visitaré alguno de estos días. Por cierto, ¿de qué parte de Inglaterra vienes?

—Londres—dijo, más resguardada su expresión.

—Estuve allí hasta hace pocos días. ¿De qué zona de Londres? —preguntó Gwen, curiosa, sin mala intención.

Beth tragó saliva. Antes de hablar, Hamish sintió cómo se tensaba, como si soltar una palabra indebida fuese peligroso.

—Del… East End —dijo finalmente.

Gwen asintió con despreocupación.

—Me temo que no lo conocí. Mayfair, la zona comercial, los parques, la calle Piccadilly… Un rango limitado.

—Sí, así es. Está bien, West End es la zona limpia y segura.

—Beth, disculpa mi atrevimiento, pero… Mi esposa, Isabella, está encinta y en reposo.

—Lo felicito, señor, y espero que ella esté bien—dijo con rapidez, y Ewan asintió.

—Sí, sí. Pero dado que mi hermano Hamish aprecia tu compañía, no dudo que Isabella sentiría igual. Se aburre. ¿Crees que la señora MacDour tendría problema con eso?

—A Isabella le encanta leer y escribe también—aclaró Hamish, un poco perplejo por la oferta.

Beth quedó en silencio, pensativa, pero luego de unos segundos, respondió:

—Es posible que pueda hacerlo, sí. ¿Es lejos del poblado?

—Un poco—dijo Gwen—. Nada que un caballo no pueda recorrer.

Beth se mordió el labio.

—No sé montar.

—¿De verdad? ¡Puedo enseñarte, Beth!—se ofreció Gwen, extasiada, y Hamish supo que su hermana había encontrado el hueco por el que colarse—. Y no acepto un no por respuesta. Una mujer debe tener habilidades distintas, y montar es útil y necesario.

—Yo…—Beth aclaró su garganta, turbada—. Me aterran los caballos.

—Soy buena enseñando. No creas que Hamish es el único que puede hacerlo. Seré gentil, no te inquietes. Mañana pasaré por ti

con un carruaje e iremos a ver a Isa. Allí, Ewan tiene varios jamelgos, podremos practicar. Isa estará extasiada.

Beth estaba pálida y la energía de Gwen la tenía sin respiro.

—Gwen, debes retornar. Dejaste a Beth sin aire.

Su hermana llevó las manos al pecho e hizo gesto de disculpa.

—Beth, todo estará bien, lo prometo.

Ewan hizo un gesto hacia los caballos y saludó para despedirse.

Por un ratito solo hubo mirar hacia donde ambos desaparecían tras los árboles.

—¿Estás bien?

Ella le miró con grandes ojos.

—Creo… Creo que sí. ¿Hablará en serio del caballo?

—Muy en serio.

Capítulo 22



Nunca pensó que los hermanos de Hamish serían tan… normales. La abrumaron, sí, eso no se cuestionaba; casi muere de los nervios y la cortedad al tener a metros a Gwen y Ewan.

Ella era hermosísima y se veía elegante y sofisticada; él parecía impositivo, mas sus ojos la enfocaron sin crueldad, con curiosidad.

Lo que aflojó su postura fue que no focalizaron en ella de entrada, sino que se mostraron más interesados en provocar a Hamish para que reaccionara; sin maldad, con cariño fraternal. Mirarlos interactuar con chanzas, risas e insinuaciones la distendió y le arrancó sonrisas.

Gwen era un torbellino de lengua rápida, risa fácil y calidez en su mirar. En minutos logró la información que buscaba sobre su origen y por qué Hamish se interesaba en ella. Su sorpresa al descubrir que Hamish le había hecho escuchar sus poemas fue cómica, pero a ella la descolocó.

Y la emocionó. La hizo sentir especial, porque Hamish adoraba las letras y escribía con sentimiento: lo había escuchado. Vertía sus sensaciones y emociones en versos que resguardaba de los demás; de su familia, a la que adoraba. Pero con ella se revelaba.

Si de Beth hubiera dependido, habría estado muy lejos de estos dos, por pura protección y vergüenza. Formalidad defensiva, distancia desconfiada, frialdad, eso era lo que habría esperado. Pero no. Eran corteses, divertidos, curiosos, y abiertos.

¡Gwen dijo que le enseñaría a cabalgar! ¡Ewan le pidió que visitara a su esposa que estaba en quietud! La lección de equitación no era una invitación: Gwen lo estableció como necesario y perentorio.

Estaba aterrada solo de pensarlo, y no tuvo duda alguna de que la vería llegar a la casa de la señora MacDour.

El pedido de Ewan era distinto: le abría su casa para que acompañara a su esposa. *Si él supiera de dónde vengo, se apresuraría a cerrarme los caminos a sus tierras. El que Hamish me tomara bajo su ala pareció bastar como garantía de carácter.*

Quería gustarles, acercarse, integrarse, porque eran los afectos de Hamish, y ella… Hamish era… Hamish era especial en tantos sentidos. Sentía…

Hamish era la persona dueña de su corazón. Simple y complicado a la vez, la convicción estaba en su cabeza y en su cuerpo. No era una verdad que abandonaría sus labios. Sería su secreto, que crecía regado por la amabilidad y la generosidad de Hamish.

Cuando la acompañó de regreso, se disculpó con creces por la impetuosidad arrolladora de Gwen y dijo que le haría saber que ella no estaba cómoda con la idea de montar, pero Beth le prometió que la idea no era mala.

Las distancias eran amplias por aquí, y aprender a montar parecía una habilidad que la ayudaría. <<Tal vez algún día tenga mi propio caballo. Podría recorrer la campiña, conocer lugares hermosos>>.

Él había sonreído. <<Si lo crees de verdad…>> le había dicho, mirándola como si quisiera leer sus pensamientos. Ella había asentido.

<<La idea de Ewan tiene mérito. Isabella es encantadora y una lectora incansable.>>

<<¿Qué podría aportar yo a su tiempo?>> preguntó, con genuina curiosidad.

<<Compañía, Beth. Tu eres una personita encantadora, que escucha con interés, que tiene curiosidad por saber, por instruirse. Eso es algo precioso, créelo>>

Eso cimentó su seguridad al respecto y, charla con la señora MacDour mediante, era la razón por la cual hoy marchaba rumbo a las tierras Carlisle en un carruaje con Gwen en el pescante,

Beth intentaba ordenar sus pensamientos. La energía de la mujer la envolvía como una ráfaga de aire alegre, arrastrándola a un

mundo que jamás había soñado pisar.

Ni en sus fantasías más extremas se había imaginado discurriendo por colinas y praderas verdes, blancas, lilas, disfrutando de fragancias y el viento en la cara.

—Tú que eres de Londres me entenderás cuando digo que por fin respiro profundo. Esa ciudad…—se cortó, y pareció buscar adjetivos —. Es lo que está bien y mal al mismo tiempo. Modernidad y progreso que enriquece y consume.

—No sabía que el aire podía oler divino hasta que llegué—dijo Beth con timidez—. Londres es sucio, cruel y hostil cuando se la ve desde el ojo de los que sufren.

La mirada pensativa de la dama se posó en ella.

—Sabes de eso—afirmó, y Beth asintió.

Tanto como quería gustarle a Gwen y a la familia de Hamish, no lo haría con falacias y fingiendo lo que no era. No estaba dispuesta a la confesión de su crudo vivir en el East End, pero tampoco a dejarles pensar que venía del Londres señorial.

—Mi tiempo allá fue en la casa de un duque. Un hombre formidable—susurró Gwen y sonrió con levedad—. Su madre me atendió con exquisita hospitalidad, y disfruté mucho de las fiestas, los paseos, de conocer gente. No toda fue interesante, una parte importante fue agotadora en su limitada visión del mundo, del país, de los demás—Resopló—. Y diré esto: varios políticos e importantes negociantes son… Me enfurecieron. Uno se pregunta con qué derecho conducen el destino de los demás. El caso es…—Hizo un gesto de disculpa—. Conocí personas despreciables y de corazón negro y pies de barro vestidas con impecable levita o espectacular vestido. De donde somos no nos define.

—Quizás no siempre—argumentó, elevando la barbilla, mirando lejos—. Pero estoy segura de que esas personas tienen más espacio para elegir qué ser, o cómo comportarse.

—Tal vez, tal vez—Su tono pensativo hizo lugar a uno más alegre —. ¡Eres el tipo de oyente que Isabella adorará, Beth! Y una de las razones de que Hamish esté cautivado.

Parpadeó, roja, pero por fortuna ya llegaban. Gwen detuvo el carruaje delante de un gran galpón, y de él salió un hombre maduro

que se quitó el sombrero para saludar.

—Buenos días, señorita Gwen.

—Rory, ¡dichosos los ojos! ¿Dónde has estado que no te vi antes?

—En las colinas, señorita. Las majadas no se cuidan solas—guiño un ojo y rio, extendiendo el brazo para ayudarla a descender, y luego hizo lo mismo con ella.

—Ella es Beth, del poblado.

Beth bajó con cuidado e hizo un gesto rápido de saludo, y Rory la miró con una sonrisa.

—Bienvenida, Beth del poblado. Penny dijo que vendrían. La vieja gruñona está más quejosa estos días, la humedad la está afectando.

—Si te llega a oír…

—Pondrá clavos en mi cama, eso es seguro—lanzó una carcajada.

Gwen rio.

—Rory, Penny y Harriet llevan esta casa desde que tengo memoria—indicó mientras guiaba a Beth hacia la entrada—. Heather los heredó con las tierras, y ahora Isabella.

—¿Así que las tierras son de las dos?

—Serán de Isabella y Ewan muy pronto. Heather decidió que es lo mejor. Es… removedor, ¿sabes? Estas solían ser nuestras tierras.

—Oh, no tenía idea.

—Fueron vendidas en tiempos difíciles. A un inglés. George Carlisle. Un hombre con secretos.—Gwen se puso más seria—. Algunos de ellos sin revelar, me temo. Bien, aquí estamos. ¡Penny, querida!

La criada debía tener estar cerca de los sesenta y las miró entrar con las manos en las caderas, ceño fruncido y mirada que escrutaba con severidad. Beth se puso en guardia, ya que entre el comentario del llamado Rory y el aspecto de la mujer, su ansiedad se despertó.

—Señorita Gwen… ¿Quién es esa a su lado?

Gwen susurró:

—Está perdiendo la vista.

—Pero no el oído, muchachita ruda—dijo Penny, y Gwen lanzó una carcajada.

—¡No pierdes las mañas, viejita!

—Pff, claro que no—Su ceño desapareció, y la miró otra vez—. ¿Bien?

—Esta es Beth. Seguramente Ewan contó que…

—Ah, la chica del poblado, sí, la que tiene a Hamish dando vueltas.

Beth sintió que sus mejillas ardían como si se quemaran. ¿Qué quería decir esa frase? ¿Que estaba abusando de Hamish, de su tiempo y su buena voluntad? La risa alta de Gwen pareció desmentir la idea. Seguramente ella no sería tan amable y cándida si considerara que hacía mal a su hermano.

Penny se acercó, y Beth se hizo más pequeña. Era una mujer aterradora, decidió.

—Penny, estás siendo deliberadamente grosera—dijo una voz femenina suave pero firme. Esa tenía que ser Isabella, pensó—. Beth, bienvenida. No tomes en cuenta la rudeza de Penny. Entre nosotros, es pura pose—sonrió, y Gwen rio bajito. Penny arrugó el entrecejo y murmuró algo ininteligible y en gaélico—. Lo hace como modo de presentación para que no le pidas nada. Ya hemos descubierto que es una holgazana con estrategias. Nos hizo lo mismo al llegar.

—¡Holgazana yo!—resopló Penny, los brazos al aire—. ¡Injurias! Sabe el Altísimo cómo tolero el abuso… *Sasannaich uaibhreach* —gruñó.

—Penny, te necesito en la cocina, querida—la voz vino de una mujer asomada desde otra habitación, que tenía un delantal colocado y masa en una de sus manos—. Si la disculpan…

—Esa es Harriet, la cocinera. ¿Nos podrías enviar té y scones? Tenemos que agasajar a Beth, que ha sido tan gentil de venir a charlar.

—Claro que sí, tengo natillas listas también. Bienvenida, señorita.

—Gracias.

—¡Qué fallo de etiqueta de mi parte!—dijo Isabella, sacudiendo su cabeza, y se acercó a ella para tomarle las manos, con una sonrisa gentil—. Beth, no tienes idea de lo mucho que valoro tu presencia. Hamish no tiene más que halagos hacia ti.

Parpadeó. ¿Había hablado de ella?

—Gracias por recibirme. Verá que soy más de escuchar que de hablar, en realidad—dijo, pensando que habían puesto demasiadas expectativas en ella, y se desengañarían pronto.

—Tonterías. Además, Isabella necesita una amiga. Heather está muy ocupada, Eleanor está lejos y viene de tanto en tanto…

—Pero ahora volviste—dijo Isabella.

—No sé si me quedaré, con franqueza.

Isabella se sorprendió, y Beth pensó que cuando Hamish se enterara, sentiría igual. Era extraño, Gwen le había hablado de lo mucho que echaba de menos sus tierras y a la familia, de lo que no le gustó de Londres… ¿Por qué volver?

Solo entonces se percató de lo que no se había dicho: lo que sí la ataba a Londres. ¿Sería alguien? La miró con más atención, pero la mujercita MacLaren había puesto un rostro impermeable, y hacía gestos para ir a la sala.

—Hala, sentémonos y charlemos. Y luego…—miró a Beth con una sonrisa—. Comenzaremos las lecciones. Isabella, pide a Rory que prepare algún caballo manso. Beth nunca ha subido a uno, y prometí enseñarle.

Amenazó, pensó ella, y se removió nerviosa.

—Eso ya está hablado. Hamish pasó por aquí temprano y además de contarme sobre las lecciones, sugerirme que buscara libros que podrían interesarte y servirte, me sugirió que tuviera listo a Peanut.

—Figúrate—dijo Gwen, con ojos entrecerrados—. ¡Cuánta preocupación! Este es un Hamish desconocido. Me gusta—sonrió, y Beth creyó que se incendiaría.

La mano de Isabella se colocó en su antebrazo, y cuando la miró, ella tenía un gesto abierto y gentil que le estrujó el pecho.

—Gwen quiere decir que su hermano está pendiente de ti y de tu bienestar. Eso es bueno.

—Hamish es bueno—susurró.

—Lo es, lo es—asintió Gwen—. Merece una mujer que lo valore, lo impulse, lo entienda.

—No es que…—se atragantó—. Somos… amigos.

—Es un inicio. Dejemos esto, Gwen—Isabella miró a la otra con exasperación—. Quiero que me cuenten lo que ha pasado en el

poblado estos días. Me dijo Penny que hubo una pelea terrible.

De eso podía hablar, porque la señora MacDour le había contado todo con pelos y señales. Se abocó a desarrollar la anécdota, y con el pasar de los minutos, su cuerpo se aflojó. Se encontró cómoda, e incluso Penny se le antojó más abordable.

Luego del cotilleo, la charla derivó hacia el embarazo, las molestias diarias, y los nombres posibles.

—Pensé en Laura, o en Lucy—dijo Isabella—. Me gusta cómo suena. Dulce, fresco.

Beth tragó saliva. El fantasmal recuerdo de su hermana cruzó por su cabeza. ¿Qué sería de ella? ¿Seguiría sobreviviendo en la bruma del opio? Quiso sentir culpa por no echarla de menos, por dejarla allá.

Mas no podía. Era terrible, quizás eso la hacía una persona mala, pero… Lucy había estado más allá de la salvación, y cada vez que pudo eligió mal y a favor de Thomas. Por miedo, porque Beth era su hermanastra, por lo que fuera, pero no habían sido más que dos desgraciadas hacinadas bajo el comando de hombres sin moral, crueles.

—No tienes que apurarte con los nombres. Tal vez hay alguno recurrente en tu familia.

—Eso le digo yo—una mujer mayor elegante y sonriente, también inglesa, vino a ellas, y directo a Beth, a la que saludó—. Gracias por venir, Beth. Confieso que estoy de los nervios con Isabella quieta en casa.

—¡Tía!

Las tres rieron y Beth las imitó. La mujer se sentó.

—Estoy segura de que va a terminar eligiendo alguno de esos nombres dramáticos de las tragedias que lee. Penélope, Cleopatra, Helena.

—¡Me encanta Helena!—dijo Isabella, sus ojos brillantes.

—Si es varón, podría llamarse Héctor o Ulises, entonces—intervino Beth con timidez, que había escuchado a Hamish hablar de las historias de Ulises de Ítaca y la tragedia de Troya.

Que lo recordara a la perfección y pudiese mencionarlo en una conversación era… Perfecto. Sonrió, más confiada.

—¡Eso pondría a Ewan de malas! Él me lanza nombres de lairds de su familia que datan de la Edad Media.

—No lo dudo. En fin, creo que es momento de ir afuera y enseñar a Beth lo básico de montar a caballo.

—Esto será interesante—dijo Margaret, que le tomó la mano y apretó—. Peanut es nuestro caballo más dulce, Beth, estarás bien. Gwen parece salvaje, pero es gentil.

—¡Ey!—fingió mosquearse Gwen—. Vamos, empezaremos lento.

Afuera, Beth y Peanut se transformaron en el centro de atención. Bajo las indicaciones de Gwen, y con la ayuda gentil de Rory, se acercó al animal y tocó la crin con dedos temblorosos. Era suave. Su mano tocó la cabeza, el cuello, el lomo.

El bruto estaba como clavado en el piso, y eso le dio confianza. Gwen hablaba y reía, moviéndose con gracia sobre el césped, explicándole con entusiasmo lo que debía hacer. Lo siguiente fue subir, y lo hizo con ayuda.

Encima del animal, de costado, tembló, sus manos blancas apretando las bridas. La voz calma de Gwen la instó a relajarse, y luego Rory tironeó con suavidad de otra cuerda para que el caballo caminara en círculo por el patio. Primero sintió terror, luego la ganó más confianza, y en la última vuelta, que hizo sola, estaba aliviada.

—¡Muy bien, lo hiciste bien! En unas semanas podrás trotar por las laderas.

Capítulo 23



Los días en las Tierras Altas siempre habían tenido ese aire de libertad que a Gwen le faltaba en Londres. Inspiró hondo mientras el viento del norte le deshacía la trenza imperfecta que había intentado domar antes de salir.

Se respira mejor, pensó, y no sólo por el aire. La vida aquí discurría de otro modo. Menos ceremonia, menos máscaras. O eso había pensado hasta hacía bien poco. Los secretos, vino a enterarse, no dependían del lugar sino de las personas, y no tenían nacionalidad.

Había ido a Londres para tomar distancia, para adquirir perspectiva, para buscar pistas de algo que la carcomía, pero estuvo lejos de avanzar. Todo eran muros cuando las verdades eran incómodas. ¿Qué esperar de desconocidos cuando su familia le ocultaba datos?

Adoraba a los suyos, mas intuía que le escondían información vital, probablemente para no herirla. De algún modo los sacudiría cuando el momento fuese oportuno y les arrancaría lo que quería saber.

No hoy, no mañana. Isabella estaba encinta y Ewan estaba preocupado por el reposo luego de un susto. Heather tenía las manos llenas con Scott, y Callum estaba inmerso en las negociaciones.

Estaba segura de que Hamish no tenía idea de nada. Había momentos en que incluso ella dudaba y creía estar persiguiendo una sombra. Suspiró mientras caminaba acercándose a la sala principal. Desde la puerta, miró la reunión.

Callum estaba parado, firme, los hombros rectos, la atención repartida con precisión entre los hombres que tenía delante. Las negociaciones con los tozudos laneros escoceses y los tres inversores ingleses avanzaban como un río después de la tormenta: con tramos mansos y remolinos traicioneros.

Se podía identificar la diferencia entre su gente y los ingleses por las manos. Toscas, nudosas, fuertes las de los productores. Suaves, sin callos, sin manchas, las de los visitantes. Los primeros acostumbrados a medir el tiempo en estaciones, no en contratos.

Desconfiaban de los plazos propuestos por los ingleses, y con razón. Los inviernos no esperaban a nadie. La palabra valía. Los ingleses, en cambio, desconfiaban de lo que no viniera sellado, firmado y duplicado.

—Excelencia, los plazos son imposibles—protestó uno de los laneros—. Los caminos no están listos y no vamos a arriesgar a nuestros hombres.

El duque no se movió. No elevó la voz.

—Nadie pide eso —respondió con calma—. Estamos definiendo expectativas, no imponiendo exigencias.

Gwen percibió el murmullo inmediato entre lord Ashcroft y Archibald Potter. Ellos esperaban firmeza, imposición de términos, no percibían esta como una negociación real. *Creen que tener autoridad es ser vano, gritar y menospreciar,* pensó, con una sonrisa interior. El duque de Elywood era muy distinto. Un hombre seguro, equilibrado, que estaba en control incluso cuando cedía.

Retrocedió para dirigirse escaleras arriba hacia su habitación, y pasó por la biblioteca. Hamish estaba sentado delante del escritorio frente a un libro, pero su mirada se perdía por la ventana y hacia las cumbres montañosas.

Pensativo y callado. Había detectado el cambio en él a las pocas horas de estar en el castillo. En principio, salía a diario y escribía menos. En la cocina se había enterado de que iba mucho menos por el poblado y había mozas muy disgustadas por eso. El brillo en la mirada y su enfoque eran otros, y señalaban en una dirección.

Claro que fue Ewan el que señaló cuál era esta. El mediano la acompañó al bosque <<*porque eres imposible y terca, insistente*>>.

Él quería conocer a la muchacha también, por supuesto, no engañaba a Gwen con su aparente indiferencia.

Beth Moreland. La joven inglesa de ojos enormes que parecía pedir permiso para dar un paso y ocupar espacio. Lo primero en que pensó al verla fue que no parecía el tipo de Hamish, que solía cortejar jóvenes pulposas y desinhibidas.

Beth era tan esbelta que el viento escocés podría volarla como una hoja fina. Su mirada tenía sombras y medía cada gesto, cada palabra, haciéndose más pequeña cuando se sentía amenazada.

Lo había visto al conocer a Penny, la gruñona de corazón de oro que trabajaba en la casa Carlisle. La novedad la ponía ansiosa, y era como si cargara con el miedo constante a errar, a molestar.

Recordó la conversación al volver al poblado luego de la visita a Isabella.

<<Has despertado el instinto de protección de Hamish, que parece una mamá gallina. No conocíamos esa faceta de él… Me corrijo, no fuera de la familia. >>, le dijo.

Beth parpadeó y pareció sopesar sus palabras, ruborizada. Luego le contestó con brevedad.

<<Él cree que ayudarme a aprender a leer y escribir me hará sentir segura y tendré más posibilidades>>.

<<Sí, ese es Hamish. Cree que la pluma vence a la espada al largo plazo. Creo que eres más que una aprendiz para él, Beth. La forma en que te mira y te cuida…>>.

Exploraba con sus frases buscando conocer qué pensaba y sentía Beth, y no esperó que se abriera con ella como lo hizo.

<<No… no puede ser. Yo no soy… No soy digna de su atención, pero lo agradezco>>. Tragó saliva. <<Entiendo mi lugar, se lo aseguro. Sé que mi procedencia, mi crianza y mi vida pasada me hacen poco valiosa…>>

Gwen se quedó sin palabras por unos segundos, alelada ante la enormidad de la frase, de lo que implicaba. La tristeza con la que brotaron se sentía casi física, dolía como un puñetazo.

<<¡Beth Moreland, no vuelvas a decir algo así en mi presencia!>> le dijo, y la mujercita se encorvó a su lado. <<Eres tan valiosa como el que más, querida>>.

<<Hamish me suele decir eso>>, musitó, mirando a lo lejos. <<Quiero creerlo, pero… No soy una mujer buena>>.

Gwen suspiró. Que lo pensara y lo admitiera así ya le parecía dato suficiente. Beth se juzgaba sola, sin apelación, como si en su mente no existiera otra voz que la acusadora.

<<¿Eso por qué?>> preguntó, con una ternura que no admitía condescendencia. <<¿Acaso robaste? ¿Mataste? ¿Hiciste daño a alguien?>>

Beth negó de inmediato, horrorizada, y Gwen sonrió. Ese espanto era propio de personas honradas que no concebían hacer el mal a otros.

<<¡No! Claro que no. Nací y viví en un sitio terrible. Se lo dije la primera vez, nací en la parte más mísera y vil de Londres>> dijo, y la voz se le quebró. <<Rodeada de pobreza y de gente que… De personas crueles que creen que todo se puede vender para sobrevivir>>. Se detuvo, miró hacia otro lado.

¿Cuántos horrores se guardaban en esa cabeza? Gwen no necesitaba oír mucho más para comprender. Le apretó el brazo, firme.

<<Beth, tu origen no importa. Eso no te define, créeme. Te fuiste de allá, lo dejaste atrás y estás superándote. La señora MacDour y su esposo, Hamish, Isabella, yo misma, lo vemos. Los que sabemos reconocer el valor de las personas más allá de títulos y dinero>>.

<<¿Valor…?>>

<<Todos lo tenemos>> respondió Gwen. <<No te enseñaron a percibir tu valor porque te querían sujeta, prisionera de sus intereses. ¿Crees que la miseria es privilegio de los pobres? La peor es la que se esconde en el corazón y el tuyo no me parece contaminado por ella>>.

Beth no respondió, pero Gwen vio que se relajaba. Su hermano le debería varias, porque su decisión de ayudar a Beth era irreversible. En silencio siguieron al poblado, y fue entonces cuando Gwen advirtió que Beth tenía detractores. La hija del molinero y la panadera cuchichearon mientras descendía, y luego elevaron el tono.

<<Cuidado, Gwen. Esa es una astuta mosquita muerta. Muy lista con su papel santurrón. ¡Cómo se pega a los MacLaren! ¡Qué talento para trepar, algunas>>!

Las risas fueron breves, satisfechas de herir, de poner la tez de Beth pálida y sus ojos brillosos de humedad. Gwen se volvió hacia las dos descaradas, despacio. Su voz fue gélida:

<<Yo que tú mediría mis palabras, Ayleen. La estupidez malintencionada suele caer sobre quien la pronuncia>>.

Las dos mujeres retrocedieron, desconcertadas, y luego siguieron camino. Gwen miró a la joven.

<<No hagas caso. Son envidiosas y celosas. No les debes nada. No permitas que te humillen>>. Beth había asentido sin levantar la vista.

Gwen dejó el recuerdo y pensó si sería conveniente decirle a Hamish que Ayléen se complacía en molestar a Beth. No sabía si alguien más lo hacía, si esto era moneda corriente en el poblado.

No lo creía; la señora MacDour hubiera tomado cartas en el asunto. Era una mujer temible cuando se enfadaba. Pero no se necesitaría mucho para herir a alguien tan tímido como Beth, y esas dos lagartas crueles y celosas tenían una lengua viperina que buscaba molestar y humillar.

¿Entendería su hermano lo frágil que era Beth? ¿Lo susceptible a la mirada del otro que la juzgaba? Esperaba que sí. Confiaba en que así fuera. Hamish era sensible y no le haría daño de forma intencional.

Capítulo 24



El carruaje avanzaba con un ritmo contenido, ceremonioso, el cochero avisado de no exigir trote o carrera a los caballos. Dejar atrás la vía principal era internarse en el camino que conducía al poblado, amplio pero irregular, marcado por las lluvias recientes y el paso constante de carros de carga.

Las ruedas protestaban al caer en los desniveles, no con estridencia, sino con ese crujido grave de la madera que ha aprendido a resistir. Gwen apoyó un instante la cabeza contra el respaldo y disfrutó del aire que entraba sin filtros por la ventanilla entreabierta.

No olía a ciudad ni a interiores cerrados. Traía humedad de brezo, resina de pino, turba removida. Un fondo mineral, terroso, atravesado por el aliento frío de las colinas. El tipo de aire que despejaba la mente.

Claro que eso solo lo pensaban ella y el duque, pues los otros pasajeros se quejaban del movimiento, del barro visible, del frío cortante… En fin, de que no era Londres.

La tenían agotada con tanta tontería, y si viajaba en este carruaje era por dos razones: una, complacer a Callum, que les había soportado demasiado y necesitaba respiro. Otra, porque el duque de Elywood también venía.

Iba sentado a su lado, tranquilo, observando el paisaje con una atención genuina. No intentaba impresionarla ni reclamar conversación. Gwen apreciaba eso. Su presencia era un contrapeso silencioso, una garantía tácita de que no tendría que soportar ni las miradas demasiado largas de Lord Ashcroft ni el parloteo afectado de su esposa.

De no haber sido por él, habría encontrado cualquier excusa para ir en otro carruaje. Lady Ashcroft, frente a ellos, se acomodaba el chal con un gesto delicado, visiblemente incómoda con el traqueteo. Cada sacudida parecía una afrenta personal. Suspiró, molesta, y lanzó una mirada reprobatoria al suelo embarrado que se extendía ante ellos.

—No entiendo cómo pueden vivir tan lejos de la civilización—murmuró, más para sí que para los demás.

Gwen no respondió. No valía la pena. Lord Ashcroft, en cambio, permanecía inclinado hacia la ventanilla opuesta, observando el exterior con una atención que no era curiosidad ni interés paisajístico. Probablemente poniendo precio a todo lo que veía.

—Confieso que echo de menos esta serenidad y colorido cuando estoy en Londres. Las tierras de la familia de mi madre son similares, salvando la distancia que las separa—dijo el duque.

Gwen sonrió.

—Su señora madre me contó mucho sobre su hogar. Ella y su hermana Nessa tienen tantas anécdotas de su vida allá. La ciudad no les hizo olvidar sus orígenes.

—Por supuesto que no. Son Campbell hasta la médula. Solo el amor a sus esposos las retuvo en Londres—agregó él.

El poblado apareció entre las curvas suaves del terreno, primero insinuado por los tejados bajos, luego por el movimiento: personas, carros, voces lejanas. El carruaje redujo la marcha y se detuvo por completo en el límite del mercado.

El ruido llegó antes que la imagen: voces superpuestas, el golpe seco de cajas al apoyarse en el suelo, el balido inquieto de algunas ovejas sujetas con cuerdas cortas. Un murmullo vivo, orgánico, conocido.

Gwen abrió la puerta antes de que el cochero lo hiciera, y descendió con cuidado. Creyó escuchar que lady Ashcroft se quejaba de sus modales, pero la tenía sin cuidado. El suelo estaba húmedo, irregular, por lo que agradeció la precaución de las botas cerradas.

El aire aquí cambiaba: menos abierto que en el camino, más cargado, atravesado por olores humanos mezclados con los de la

tierra. Brezo pisoteado, cuero curtido, estiércol reciente. Vida en movimiento.

El duque bajó inmediatamente después y se colocó a su lado con naturalidad, sin invadir, pero lo bastante cerca como para marcar presencia. Gwen notó el gesto y, sin mirarlo, lo agradeció.

—Hay más puestos de los que recordaba—señaló.

—El ferrocarril trajo más movimiento, y la población creció un poco. Algunos obreros se instalaron y trajeron sus familias. Eso genera más necesidades.

Lady Ashcroft fue la última en descender, justo detrás de su esposo, aunque fue el cochero que la ayudó. Para tentación de Gwen, uno de sus finos zapatos se metió en un charco y enlodó su atuendo, con lo que sus quejas se volvieron gruñidos.

Eso sí, no pasó más de un minuto que estaba rodeada por las telas de un mercader local que había reconocido el carruaje y olido la oportunidad. Él y su ayudante desplegaron paños con rapidez, señalando colores, cortes. La señora observó con atención, torciendo el gesto ante las texturas más rústicas.

—Este es demasiado tosco —dijo—. Y este… No, definitivamente no.

Lord Ashcroft miraba alrededor, unos pasos más adelante, indiferente a los gritos que desde los distintos puestos le lanzaban para atraerlo. Su expresión era de un disgusto feroz.

—Lord Ashcroft no está cómodo—dijo bajito.

—Lógico. Está fuera de su zona de confort, que es en un club con un puro y un vaso de whiskey en la mano, en reuniones de sociedad o juntas económicas. Por ello insistí en que vinieran, para que vean la tierra que multiplica sus riquezas, a su gente.

—¿Cree que eso logrará que no nos vea como a unos salvajes?

—No creo que eso le quite a usted el sueño, Gwen. Sé que lord Ashcroft y su señora esposa no cuentan con su aprobación—le dijo, sonriendo, y ella le devolvió el gesto.

—¿Tienen la suya?—lo desafió.

—Aprendí a navegar entre la fauna de la Ton desde mis tiernos años, y mis visitas largas a Escocia me dieron perspectiva. Acá se aprende a valorar el carácter y menos el dinero. No lo romantizo,

hay buenos y malos en todos lados. Ashcroft es codicioso, aunque dicen que aporta buen dinero a misiones de caridad.

—Eso no quita que sienta escalofríos cuando me mira—dijo ella bajito.

—Usted y mi madre tienen ojo clínico, Gwen.

Gwen observaba al lord, que no miraba el paisaje o los productos. Su atención se desplazaba por el mercado con lentitud calculada, deteniéndose en las mujeres jóvenes, recorriéndolas con ojos lentos. No había prisa en él. Tampoco disimulo. Como si su esposa no estuviese a unos pasos, como si los demás fuesen ciegos. ¡Desagradable!

Desvió la vista y buscó a Callum y a Hamish. Los vio a lo lejos, junto a uno de los puestos más grandes, conversando con dos hombres del poblado. Iba a dirigirse a ellos cuando vio que Beth aparecía en el frente de la casa MacDour con un cesto de ropa apoyado en su cadera.

—Su Gracia, con su permiso…

—Te he dicho que no necesitas la formalidad conmigo, Gwen.

—No quiero parecer una atrevida en público. ¿Qué diría lady Ashcroft? Bromeo—cortó la respuesta, sonriente—. Adelántese, lleve a esta gente con Callum. Saludaré a una amiga.

Justo entonces Beth elevó su rostro y la vio, y Gwen levantó la mano para saludarla.

—¡Beth! Hola—saludó.

La joven quedó inmóvil, como si alguien le hubiese arrancado el aire del pecho, y su rostro perdió color mientras su boca se abría amplia. Gwen arrugó el entrecejo, extrañada.

—¡No puede ser!

Lord Ashcroft masculló a su lado, y cuando Gwen le miró, lo vio con su mirada fija en Beth y una expresión atónita que de inmediato se convirtió en calculadora. Parecía como si el resto del mercado hubiera dejado de existir.

La cesta resbaló de las manos de Beth y cayó al suelo, la ropa desparramándose sobre lodo fresco. Incluso a diez metros de distancia, Gwen percibió que los ojos de Beth habían perdido luz y su rostro se contorsionaba con miedo.

Luego, giró sobre sí misma y corrió. No hacia la calle principal. No hacia las casas. Hacia el bosque. Gwen no entendía qué ocurría, pero era malo, muy malo, y tenía que ver con el lord.

—¿Quién es esa joven?—preguntó Ashcroft, con una voz ligera, pero su cuerpo tenso y sus ojos pegados a la silueta que se perdía lejos eran inexorables.

—Una amiga—respondió Gwen al instante—. Milord, Callum y el duque le esperan, por allá—le indicó, y caminó en la dirección señalada con prisa.

Tomó a Hamish del brazo y su rostro urgido hizo que él la siguiera sin una palabra.

—Hamish —dijo en voz baja—. Acaba de pasar algo.

Él la miró, alerta.

—Beth tiró la cesta de ropa y huyó despavorida hacia el bosque tras ver a lord Ashcroft. Esos dos se conocen, no hay otra explicación—continuó—. Su reacción no fue normal. No fue timidez. Fue terror.

Hamish no preguntó nada, simplemente giró y se dirigió al bosque en persecución. Gwen giró la cabeza y no vio a Ashcroft con Callum, por lo que agrandó sus ojos.

Entonces le vio, junto a la cesta caída, hablaba con un niño del mercado y le tendía una moneda mientras señalaba la ropa desparramada.

Gwen sintió frío. El duque se acercó a ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con la voz baja, seria.

Gwen no apartó la vista del lord.

—Quiero que me cuente todo lo que sabe de Lord Ashcroft —dijo —. Todo.

Porque lo supo entonces, con una claridad dolorosa: la libertad que Beth le dijo que tanto adoraba y estaba empezado a respirar se había roto en un solo cruce de miradas.

El peligro vino a ella envuelto en lana fina y seda importada. El destino acababa de dar un golpe a la dulce Beth, y Gwen, sin entender el panorama completo, se dijo que vería de averiguar qué ocurría aquí.

Capítulo 25



—Volveré con tiempo suficiente para ayudarla a amasar el pan, señora—dijo Beth, levantando el cesto de ropa.

—Beth, querida, no es necesario que lo hagas todo en la casa, ¿oyes? Tengo dos manos y dos piernas muy fuertes.

—Sí, señora, pero me gusta ayudarle.

—Eres una buena chica, cariño. Anda, ve, sé cuánto disfrutas el aire libre. Cuidado con los charcos y la tierra floja, busca zona firme. La lluvia pone la roca resbaladiza y lo enfanga todo.

Salió de la casa con paso animado, con el libro que Isabella le prestó entre la ropa. Había comenzado a leerlo y llevaba ya tres páginas. Eso era un adelanto, y suponía que lo interesante de su relato era lo que hacía que se esforzara por entender.

Miró alrededor, confundida por el alboroto. El mercado era ruidoso, pero hoy había una efervescencia desconocida.

—¡Esa vieja trae buen billete, te lo digo! ¡Anda, ve y ofrécele nuestro queso!

—¡Que no, mujer! Mira la cara de fastidio que tiene. Ese tonto de Jonah con sus telas la tiene ya cansada.

Curiosa, miró hacia donde señalaban, y en el mismo momento en que sus ojos encontraban a Gwen entre la gente, una figura del fondo se convirtió en una aparición del pasado del que escapó.

A metros de donde Beth quedó clavada, justo detrás de Gwen, que la saludaba, estaba… ¿Cómo podía ser? Lord Ashcroft. El mundo se estrechó de golpe, como si alguien le apretara el pecho desde dentro.

El ruido del mercado se apagó, sustituido por un zumbido espeso. La sangre le abandonó las manos, los pies. El frío subió por

las piernas como agua negra. *No. No aquí. ¿Por qué?*

Ideas e imágenes poblaron su mente en los escasos segundos en que lo miró, y él la observó de vuelta. Vio sus ojos juntarse, su cabeza torcerse levemente, y entonces el brillo del reconocimiento apareció en su mirada fija.

El pasado no llegó a Beth en imágenes ordenadas, sino en fragmentos violentos: ella en la misión, comiendo el ensopado que mantenía algo de carne en su cuerpo. Él observando como un halcón, recorriendo su cuerpo con esa mirada lobuna.

Luego, su presencia en el burdel, hostigándola con invitaciones lascivas que odiaba. Él, hablando con Thomas, pretendiendo tomarla, usarla. Su hermano intentando forzarla a yacer con él.

Se estremeció y sintió que los dedos ya no le respondían. La cesta resbaló y la ropa blanca de la señora MacDour fue al barro. No podía respirar. Él la había reconocido. El terror se apoderó de su cuerpo antes que el pensamiento. Giró sobre sí misma y corrió. Corrió.

Las piernas le ardían, los pulmones le quemaban, el corazón golpeaba tan fuerte que creyó que se le rompería el pecho. Oyó su propia respiración, rota, animal. *No mires. No mires.*

El mercado quedó atrás. La calle se volvió tierra suelta. El bosque la recibió con ramas bajas, con raíces traicioneras. Tropezó. Se raspó las manos. No sintió dolor. Sólo miedo.

Se internó entre los árboles hasta que la luz se volvió verde y oscura. Se apoyó contra un tronco, doblada sobre sí misma, jadeando. El aire olía a musgo y humedad, pero no la calmó.

Está acá, me reconoció. Debe ser uno de los nobles que se hospeda en el castillo. Va a contar quién soy, va a quitarme lo que logré, mi libertad, mi vida.

La idea le atravesó la mente como un cuchillo. *Va a decir quién soy. Va a contar su versión. Va a mentir. Y le creerán.*

Los MacLaren estaban con él. Gwen. Hamish. Callum. Todos. Gente respetable. Él era un lord. Ella… ¿qué era ella? Una muchacha sin nombre. Sin pasado limpio. Sin testigos.

Se llevó las manos a la cabeza. Negó, una y otra vez, como si pudiera borrar la imagen. *No debí quedarme. No debí creer que*

podía empezar de nuevo. Las ideas se atropellaban, desesperadas.

Me iré.

Esa fue la primera.

Esta misma noche. Sin decir nada.

Pero no, ¿por qué? La señora MacDour le creería, si le contaba. Creía que sí.

Pero si los MacLaren no la querían aquí al descubrir su oscuro origen, la señora poco podía hacer.

Hamish. Oh, Hamish, ¿qué pensaría? Sentiría que lo traicionó al mentirle, al abusar de su generosidad. El dolor en su pecho fue sordo al considerar el perder la posibilidad de verlo, su mirada amable, su voz…

Si hablo yo primero. Si les cuento… La voz de su mente se quebró.

¿Contar qué? ¿Quién soy? ¿Qué pretendía ese noble de mí? La voz de un pobre no tenía peso ni sustancia.

El miedo mutó en algo peor: vergüenza. Culpa. Una vieja costumbre.

Se abrazó el torso, intentando contener el temblor. Un sollozo le subió desde el estómago.

¿Qué hacer? ¿Qué decir?

No estaba a salvo, ese hombre era implacable. El bosque guardaba silencio. No había consuelo allí, no había consejo, solo refugio momentáneo.

Beth apretó los dientes. Si se quedaba, la verdad la alcanzaría. Si huía, confirmaría todas las sospechas.

El carruaje había llegado con el pasado atado a sus ruedas, y no había escondite suficiente. ¡Qué ilusa, creyó escapar de su sino al venir a la tierra de bruma y libertad!

Resulta que no se podía eludir al destino, y el suyo era de miseria. Tal vez se reía de ella y de su absoluta ingenuidad.

+++

Hamish corría con el eco de la voz de Gwen en la cabeza. No fue lo que dijo: *<<algo ha pasado con Beth>>,* sino cómo lo dijo. Gwen

no exageraba. No dramatizaba. Su urgencia tenía una base.

Algo estaba mal e involucraba a Beth.

Las botas golpearon el suelo húmedo del poblado, chapoteando en el barro que se colaba entre las piedras. Oyó su propia respiración volverse áspera, el latido en los oídos. Pasó entre dos carros sin pedir paso, esquivó a un hombre que descargaba sacos.

—¡Eh! ¡Hamish! —le gritaron a su espalda—. ¿Qué ocurre?

No respondió.

—¡Hamish! —insistió otra voz, más lejana—. ¿Adónde vas?

No miró atrás. Saltó sobre una zanja baja, resbaló apenas, recuperó el equilibrio, sin frenar. El mercado se esfumó en una maraña de ruidos que ya no le importaban. Sólo avanzaba, guiado por una certeza muda: *Beth está en problemas*.

El camino se estrechó. La tierra adelante estaba marcada por huellas recientes. Se internó en el sendero que llevaba al bosque. Las ramas bajas le arañaron los brazos. El aire cambió: más frío, más húmedo, cargado del olor a musgo y hojas podridas. El suelo cedía bajo las botas, traicionero.

—Beth—gritó.

Nada. Aceleró. Cada paso era una pregunta sin respuesta. *¿Qué ocurrió? ¿Qué pudo hacer que huyera?*

La imagen del lord Ashcroft se le cruzó, incómoda, insistente. *¿Por qué Gwen lo nombró?* No tenía sentido.

El bosque se cerraba alrededor, los sonidos del poblado dejados atrás. Se instó a calmarse y escuchar. No podía haber ido lejos. Avanzó un poco más, y entonces oyó un jadeo irregular, una suerte de murmullo roto.

Frenó en seco y giró la cabeza, buscando el origen del sonido. Dio unos pasos más despacio, atento a cada detalle: una rama partida, huellas desordenadas en el barro. Seguirlas fue sencillo para alguien que había cazado en este bosque con Alec como maestro.

Cuando la vio, el alivio se hizo uno con la pena y la necesidad de contener. Beth estaba apoyada contra un tronco, doblada sobre sí misma, las manos enredadas en el cabello como si intentara sujetar algo que se le escapaba por dentro.

—No… no… no… —repetía cual cantinela mientras se balanceaba adelante y atrás.

Hamish sintió que se le partía en el pecho al contemplar a su tímida perdiz casi en estado catatónico. Se acercó despacio. No quería asustarla. No quería ser otro ruido más en su cabeza.

—Beth —dijo, con la voz baja, firme—. Soy yo.

Ella negó con la cabeza, desesperada, los párpados apretados escondiendo sus pupilas noche.

—Mírame —pidió, y se arrodilló frente a ella—. Por favor. Soy Hamish.

No lo hizo.

—¿Qué ha pasado? No tengas miedo, estoy contigo, dime qué ocurre para que pueda ayudarte. Juro que lo haré, Beth—prometió, ya desesperado.

Ella tomó algunas bocanadas más de aire y pareció que pugnaba por calmarse.

—Ese hombre… —logró decir—. Ese hombre…

La voz se le quebró. Se llevó una mano al pecho, buscando aire.

—Lo que tengo… Lo que logré…—susurró— se va a desmoronar. Lo poco bueno… Nunca dura…

Hamish estaba siendo presa de emociones violentas y apenas si podía procesarlas: dolor al verla sin fuerzas, quebrada; frustración, porque no podía calmarla y hacer que le mirara, y convicción feroz de que fuera lo que fuera, él vería de arreglarlo para ella.

Quería a la joven tímida que sonreía y le miraba con ternura, a la mujer ansiosa que se abría a aprender con él y con la que no pesaba ni aburría estar. Quería a su Beth feliz, no esta versión amarga y rota, desesperada.

La rodeó con los brazos y la atrajo contra sí. El cuerpo esbelto se tensó, como si el contacto la sorprendiera, pero luego se derrumbó en su pecho, y el sollozo que explotó le empapó la camisa. Sus manos se aferraron a él con una fuerza desesperada.

Ah, esa tibieza contra él, su fragancia envolviéndolo… Se sintió perfección, y Hamish respiró con alivio al entender que Beth lo veía refugio, contención. Eso quería.

—Respira —murmuró contra su oreja, acariciando su cabello—. Estoy aquí, nada va a ocurrirte.

Mientras la sostenía, una sola idea se fijó en su mente con claridad brutal: no sabía qué había hecho ese hombre del que hablaba, probablemente lord Ashcroft, pero acababa de convertirse en su enemigo.

Iba a pagar por este terror, por los temblores, por el llanto. La ira no llegó como un estallido, sino como una marea oscura que le subió por el cuerpo, imparable.

—Eso es, Beth, toma aire, hondo.

Le marcó el ritmo con el propio pecho, lento, firme. Sintió cómo, de a poco, el temblor cedía. Cuando pudo moverse sin que ella se desplomara, la alzó. Beth no protestó. No ayudó. Estaba agotada, vacía.

Capítulo 26



La llevó por un sendero lateral que salía atrás del poblado, y avanzó hasta el patio de la casa MacDour. Ella era tan liviana en sus brazos que Hamish apenas sintió su peso. Cuando llegó a la puerta trasera de la casa, golpeó, y una atribulada señora MacDour abrió.

—¡Santo cielo! —exclamó la posadera—. ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé bien, pero la afectó mucho. Tenemos que acostarla, hacer que tome un té caliente y dejar que descanse—dijo Hamish.

—Pase, pase, Hamish.

Lo condujo escaleras arriba y le abrió la puerta del dormitorio. Hamish colocó a Beth en el lecho y le ayudó con las botas. Luego, se incorporó.

—Beth, la señora MacDour va a ayudarte. Tienes la ropa húmeda y fangosa. Por favor, no pienses en nada, salvo esto: voy a arreglar cualquier problema que te acucie. Estarás bien, me encargaré de que así sea.

—Hamish, voy por agua caliente y té. ¿Aguarda unos minutos?

—Por supuesto.

Cuando la tabernera salió, Hamish se arrodilló para quedar a la altura de los ojos femeninos.

—Necesito solo una respuesta, Beth. ¿Fue lord Ashcroft el que te puso en este estado?

Ella cerró los ojos y asintió, agitándose otra vez.

—No te inquietes. Me encargaré de la situación.

—Es… poderoso—susurró—. Usa el dinero para satisfacer sus instintos… Sucio, es…

—Shh, no digas más, no es necesario.

—Va a mentir, va a intentar… Otra vez.

Era casi inaudible, pero Hamish le entendió, y una sospecha terrible lo acució e hizo que viera rojo. Si ese maldito había abusado de Beth… Si se atrevió a…

Respiró muy hondo, y se dijo que no podía demostrar su furia con ella, porque la interpretaría mal.

—No te preocupes por nada, Beth.

Ella lo miró con los ojos anegados, rotos.

—Lo siento… —susurró—. Arruinaré todo.

Hamish negó con una certeza que no admitía réplica.

—No arruinarás nada. ¿Cómo podrías?—Acarició su mejilla con ternura—. ¿Recuerdas el libro del que te leí dos capítulos? ¿Ivanhoe?

—El caballero…—dijo ella bajito.

—Ese mismo. Wilfred protege a Rebecca contra todo y todos. Ese voy a ser yo para ti, Beth, no dudes de mí.

—Mi vida en Londres… Fue tan miserable. La vida de los pobres es difícil, pero en mi caso… Nuestra casa eran dos habitaciones para diez personas. Mi padre… Estaba enfermo, y yo lo cuidaba. Sífilis—dijo, y tragó saliva, mirándolo en busca de su reacción.

Hamish solo asintió, alentándola a seguir. Ella tenía veneno dentro: un pasado oscuro que la lastimaba, y al parecer hoy una parte de él vino al poblado.

Cuanta más información tuviese, mejor. Actuar ciego, por impulso, no iría bien.

—Mi hermano Thomas es cruel y codicioso. Él se hizo cargo del burdel…—se sonrojó y miró a la pared—. Mi hermana mayor comenzó a trabajar allí desde muy joven. Yo pude evitarlo porque nadie más quería cuidar a mi padre, o limpiar. Me cortaba el pelo, me vestía de muchacho, eso ayudó. Mi madre… Ella me hizo prometer que sería fuerte y no me dejaría quebrar… Pero fue difícil.

—Lo imagino—contestó, y tomó su mano entre las suyas. Mano de mujer trabajadora, enrojecida y algo callosa, pequeña—. Pero tú eres muy valiente.

—Cuando Thomas me dijo que cuando nuestra padre muriera no tendría más opción que… Que vender mi cuerpo… Enloquecí. Intenté escapar. Ahí te conocí.

La miró confuso, sin entender.

—Corría desesperada. Huía, y tropecé. Tiré un cajón de manzanas y un carruaje casi me atropella. Traté de juntar la fruta, y tú bajaste del vehículo—Beth lo miró fijo—. Muchos gritaban que no me ayudaras, que era una perdida, pero tú… Tú los ignoraste, me ayudaste, me sonreíste, y me dijiste que eras un MacLaren, y venías de un tierra de bruma y libertad.

Hamish había entrecerrado los ojos y buscaba el recuerdo en su mente. Asintió a medida que ella desglosaba datos, retrotrayéndose a sus últimos días en Londres, cuando habían ido a buscar a Eleanor.

La escena apareció brumosa, pero ahí estaba. ¡Increíble!

—Beth… ¿Cómo no lo mencionaste?—preguntó, sin comprender.

—¿Y decirte que escapé y no tenía otro lugar al que ir que el que un desconocido me mencionó alguna vez? No, no. No intentaba buscarte. Quería esa libertad de la que hablaste, La encontré. Y luego apareciste.

—Pero ¿cómo entra lord Ashcroft en todo esto?

—Cuando mi padre murió, no tenía escapatoria. Mi única opción era aceptar que Thomas vendiera mi primera vez a lord Ashcroft—Su garganta se movió con angustia y sus ojos se humedecieron—. Ese maldito hombre y su esposa aparecieron un día en la misión de caridad en la que comíamos. Muchas veces era la única comida del día—Suspiró—. Noté su mirada sobre las mujeres jóvenes, y no fui la única. Luego, me vio mientras limpiaba el burdel. Al parecer era un habitué…—Hizo una mueca de desprecio—. Se sorprendió al verme, pero luego se obsesionó conmigo. Me rondaba como un ave de presa, y mi hermano Thomas me iba a entregar. No podía permitirlo, no. Escapé hacia aquí, buscando mi tierra prometida.

Hamish estaba alelado, sin palabras. Sí, el relato mostraba que Beth había nacido y vivido en el fango, rodeada de los peores ejemplos y con hombres que solo la veían como una herramienta a usar: para limpiar, para cuidar, para hacer dinero.

Pero también dejaba entrever un espíritu indomable que buscaba salvarse. Beth era como el lirio de agua que abre sus pétalos blancos sobre un pantano oscuro, sin que el barro logre mancharlos.

Pero que él hubiese tenido un impacto en su vida antes de su llegada a Escocia era… increíble y perfecto.

—Perdóname… Debí decirte… Debí contarte… Ahora parece que lo hago porque ese hombre está aquí, y …

—¿Crees que soy un hombre pobre de espíritu, Beth?—Ella negó, y él asintió—. Haces bien, porque yo te veo. Veo lo que eres. No soy fácil de impresionar, pero tú lo hiciste, cada día. Esto que me cuentas es terrible, doloroso, injusto. Pero lo creo sin dudar. Te creo. No dejaría que un mal hombre con dinero me convenza de que no eres digna. ¡Qué lo intente!

—Va a arruinar los negocios para ustedes si lo confrontas—murmuró—. No valgo tanto, Hamish.

—No podrías estar más equivocada. Ahora, descansa, toma el té, que yo haré lo que pueda para ver qué se trae ese bastardo entre manos. No te inquietes, soy astuto, y tengo a mi familia como respaldo.

—Van a juzgarme.

—¿Por qué lo harían? No los conoces bien. Tú deja esa cabecita quieta, que volveré, y lo haré con buenas noticias, ya verás.

Soltó sus manos, que entre las suyas parecían ínfimas, y se inclinó para dar un casto beso en su frente. Ella cerró sus ojos y asintió.

Se cruzó con la señora MacDour en la escalera.

—Cuídela bien. Está asustada y triste. Vio a alguien de su pasado que le hizo daño. Me encargaré del asunto.

—Hágalo bien, Hamish. Nuestra Beth necesita tranquilidad para abrirse y crecer. Es una mujer sufrida, con cicatrices en su corazón.

Sanarían. Se encargaría de eso también, pensó, decidido. Sus piernas aceleraron a medida que se acercó a las caballerizas a buscar a su caballo.

El carruaje ya no estaba, tampoco la montura de Callum, lo que le hizo ver que habían retornado al castillo. Hacia allá partió a la carrera, la idea fija.

Ese lord tenía que irse de Escocia, pero no sin consecuencias por lo que intentó. Ya vería cómo hacerlo.

Capítulo 27



La biblioteca del castillo era bañada por esa luz de tarde que volvía el polvo casi dorado. Callum estaba de pie junto a la mesa larga, brazos cruzados; Gwen, girando un anillo entre los dedos; y Hamish, aún sin aliento, sin haberse quitado el abrigo. El silencio era una cuerda tensa.

—Bien —dijo Callum, con voz grave—. ¿Qué demonios ha pasado? No has estado tan alterado en años.

Hamish respiró para calmarse. Había llegado aquí furioso, y solo el sentido común, que primó a pesar de lo emocional que estaba, evitó que fuera por el noble y lo atizara a puñetazos.

Fue Gwen quien habló primero, y la dejó.

—Callum, no te había contado porque esperé a que Hamish llegara. Beth huyó del mercado al ver a lord Ashcroft, como si la persiguiera el demonio.

—¿Quién es Beth?

Su hermano tenía demasiado en la cabeza.

—Beth es la muchacha inglesa a la que he estado enseñando a leer.

Callum entrecerró sus ojos.

—Ah, sí, perdona, ahora la recuerdo. Estoy hasta la coronilla de información. Explícate.

—¿Cómo está? Me tenía muy preocupada—intervino Gwen, urgida.

—La encontré en el bosque, aterrada. Ese hombre es un malnacido. Parece que la conoció y que la hostigó en Londres.

—¿Qué?—Gwen gritó con ultraje.

—¿Quién?—Callum resopló con fastidio—. Claridad, por favor.

—Lord Ashcroft. Beth lo conoce, y le provoca pavor.

—Ese lascivo hijo de perra… Se le nota en el mirar, pura perversión—Gwen se estremeció—. Razón por la que esquivo estar a solas con él.

—¿Te insinuó algo?—Callum endureció su mirada.

—No, no se atrevería. El duque se ha encargado de dejar en claro que estoy bajo su protección.

—Pero Beth no tuvo ninguna allá en Londres. Me contó su historia… Es desgarradora, y me provoca caerle a golpes a ese inmundo sujeto.

El laird frunció el ceño.

—Ashcroft es un noble importante. El duque lo trajo porque es uno de los inversores. No podemos ofenderlo sin entender…

—No creo que al duque le importe un comino si Ashcroft se ofende —interrumpió Gwen, firme—. No le tiene simpatía. Lo nota cualquiera que sepa mirar. Y deberíamos ponerlo al tanto.

Callum asintió despacio, sin terminar de convencerse.

—La encontré en el bosque —dijo—. Estaba… —la imagen regresó, hiriente— doblada sobre sí misma, sin respirar, murmurando como si quisiera desaparecer. Le temblaban las manos. No podía decir mi nombre. Nunca la vi así.

Gwen puso una mano sobre la mesa, como anclándose.

—Cuéntanos lo que te dijo, Hamish.

Hamish apretó los puños.

—Que ese hombre… Ashcroft… Que él… —el aire se le tensó—. Que lo conoció en una misión de caridad, y luego lo vio en el burdel —Levantó sus manos—. Tienen que escucharme con atención y prometer que esto no saldrá de aquí.

Callum se sentó y Gwen asintió con énfasis. Hamish continuó, despacio. Esperaba que Beth no considerara esta una traición, pero tenía que poner en antecedentes a Callum para que entendiera la seriedad de esto.

—Su confesión fue como una catarsis, y le creí cada palabra— dijo, firme—. Me contó que vivía en un sitio inmundo, diez en un espacio reducido. Que su padre estaba enfermo de sífilis y ella lo cuidaba, además de limpiar la casa y un tugurio.

—¡Dios, pobre Beth!—susurró Gwen.

—Uno de sus hermanos regentea el burdel y prostituyó a la hermana mayor. Amenazaba con hacer lo mismo cuando no la necesitaran como sirvienta y enfermera del padre, que estaba moribundo. Al parecer, iban a comer a la misión religiosa, y allí apareció el matrimonio Ashcroft.

—Caridad con los pobres para pretender ante los demás de su clase—dijo Gwen.

—Ashcroft apareció en el burdel, la vio limpiando, y comenzó a perseguirla. Su hermano le dijo que… La quiso forzar a aceptarlo, y entonces huyó.

—¡Ese bastardo!—gruñó Callum.

—Pobrecilla. ¿Y cómo vino a dar aquí?

—No lo vas a creer, Gwen. ¿Recuerdas en Londres, cuando volvíamos de un notario en el vehículo del duque, y casi atropellamos a una muchacha que juntaba manzanas?

Gwen parpadeó, luego asintió, y finalmente abrió los ojos y la boca en descrédito.

—Esa… ¿Esa chica a la que perseguía aquel hombre horrible era Beth?

—Sí. Y como le hablé y le dije que Escocia era tierra de libertad, cuando huyó solo pudo pensar en venir aquí.

—¡Madre mía, es increíble!

—Mm. Un poco conveniente también—masculló Callum, y tanto Hamish como Gwen se volvieron hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero ser la voz de la desconfianza y la razón, pero… Podría estarte engañando. Podría ser que es una pájara de cuidado y el lord la conoce bien, y ella se adelanta a los acontecimientos.

—¿Me crees tonto, hermano?—dijo Hamish con frialdad.

—No, Hamish. Te creo un hombre entero, que detesta el sufrimiento ajeno, en especial el femenino. Y…

—No, no. Conozco a Beth. Ella no miente. Ese terror no se finge —Levantó sus brazos al aire y paseó delante del escritorio muy irritado. Luego, se paró y lo señaló con el dedo—. Tu reacción… Ella dijo que no le iban a creer, está acostumbrada a que no la vean, no

la consideren, a que la juzguen por dónde nació y se crio. Por su entorno.

—No digo eso—Callum se incorporó y lo miró con seriedad—. Frena. Piensa. No juzgo, quiero entender sin sombra de dudas.

—¿Y si hubiera sido Heather? ¡Le hubieras creído al momento! Otro origen, credibilidad completa.

—Hamish…—intentó Gwen calmarlo.

—¡Hamish, deja de comportarte como un obtuso! Sabes que voy a apoyarte, pero tenemos que ser prudentes.

—Datos, hechos, quieres. No los tengo de primera mano, pero confío en Beth. Sé que no miente.

—Que conste que creo lo mismo. Yo la vi, Callum, su expresión de espanto absoluto. No fue solo sorpresa, no fingía cuando huyó. Y no dudo un momento que ese hombre es un predador: su mirada no miente.

—Yo no necesito más que lo que Beth me contó. Voy a hacer lo necesario para protegerla—interrumpió Hamish, su tono frio—. Si él intenta acercarse otra vez a Beth, yo…

Callum lo detuvo con un gesto.

—Entiendo.

Hamish respiró hondo, como si le ardiera el pecho.

—Cuando ella terminó de hablar, me miró como si creyera que yo me avergonzaría de ella. Como si su historia fuera a apartarme. Cree que la paz y la libertad que encontró aquí se van a esfumar. Piensa que él va a hablar, que le van a creer y la tratarán como a un paria.

Callum se frotó la mandíbula, pensando.

—Gwen, dijiste algo de poner al duque sobre aviso.

—Sí —respondió ella, avanzando un paso—. Creo que podría ayudarnos sin comprometer tratos. El duque no pone negocios por encima de la decencia.

Hamish se giró lentamente hacia ella.

—¿Qué propones?

Gwen no dijo nada enseguida. Miró a Hamish y a Callum, paseó un poco por la sala, y finalmente dijo:

—Si Beth está sola, Ashcroft avanzará —dijo finalmente—. Si Beth tiene un MacLaren detrás, no se atreverá.

Callum levantó una ceja. Gwen sostuvo la mirada. Hamish comprendió antes de que ella lo dijera.

—¿Quieres que la presentemos como…? —Callum empezó la frase, incrédulo.

—Como su prometida —concluyó Gwen.

El silencio se volvió espeso.

Hamish no habló. No podía. Una parte de él quería negarse. Otra… otra anhelaba.

Callum lo evaluó, serio.

—No lo decidiré yo —dijo—. Hamish, es tu vida. Me parece extremo, innecesario. Ashcroft se irá en un par de días. No será tan tonto como para intentar acercarse a Beth, ¿qué ganaría con eso, o con hablar mal de ella?

—Cuando Beth corrió, tiró un cesto de ropa. En segundos Ashcroft estaba dando unas monedas a un chico y preguntando por esa ropa. Apuesto a que averiguaba dónde vivía Beth. Eso no lo hace alguien que quiere dejar la situación entre algodones.

—Si va a Beth…

—Lo vigilaremos—dijo Callum—. Apenas pida el carruaje, lo sabré. Nada pasará hoy. Ve a comer algo, piensa bien lo que harás, y mañana volvemos a hablar.

+++

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por el resplandor débil del fuego que agonizaba en la chimenea. Hamish cerró la puerta detrás de sí, apoyó la espalda contra la madera unos segundos y dejó que el silencio lo golpeara de frente.

Este había sido un día de emociones brutales en conflicto, de ruptura. Tenía que pensar, y para ello debía descansar. Fue hacia la cama y se dejó caer en el borde, inclinado hacia adelante, los codos sobre las rodillas. La camisa seguía puesta, manchada aún con rastros del bosque, de las lágrimas de Beth, de su miedo.

Cerró los ojos. La vio otra vez. No como la había visto esa tarde, destrozada, temblando, buscando aire, sino como la había visto

desde el primer día sin admitirlo: frágil y fuerte al mismo tiempo, como una rama joven que se dobla sin quebrarse.

Beth, con sus ojos oscuros brillantes, sus manos pequeñas, su talle fino y casi etéreo. Mirada curiosa y a veces resguardada, brazos fuertes que no temían al trabajo, pies firmes para caminar lo que hiciera falta y para huir cuando se sentía en peligro.

Beth, sintiéndose siempre juzgada, menospreciada, y que parecía abrirse ante el calor de la atención ajena. Beth, que merecía más señoras MacDour, Gwen, Isabella, y Hamish en su vida. *No, no. Solo él. Solo él*.

Se pasó las manos por el rostro, respirando hondo. ¿Por qué había pasado tanto tiempo fingiendo que solo la ayudaba? Su humor cambiaba por completo dependiendo de si la veía o no, de si ella le sonreía, de si lloraba o se enfermaba.

Te importa como mujer, no solo como amiga. La quieres, y es tarde para volver atrás. Solo queda adelante. Hamish apretó los dientes.

Recordó la primera vez que notó su risa. Breve, suave, como si temiera llamar la atención. Ella bajaba la vista cuando él la elogiaba por cualquier cosa, desde su lectura hasta cómo doblaba prendas con precisión.

Sus mejillas se encendían cuando él se acercaba demasiado. Su voz se volvía más firme cuando hablaba de cosas pequeñas: sus tareas, la gente del poblado, la taberna, pero se quebraba apenas cuando hablaba de sí misma.

Esos son datos de la realidad, Callum, pensó, resoplando. Se había alterado con su hermano, aunque sabía que aquel hacía de abogado del diablo. Pero Hamish estaba convencido.

Ella no mentía, no le salía. Su rostro era un espejo de su corazón. Su mente la recordó entre sus brazos, apretada contra su pecho. El temblor de su cuerpo.

El olor de su piel: mezcla de bosque y algo dulce, suyo. La manera en que se aferró a él, no para seducirlo, no para manipularlo, sino porque lo necesitaba.

Porque él era, en ese instante, su única orilla. Hamish abrió los ojos, sintiendo que algo se le apretaba en el pecho hasta doler.

Prometida.

La palabra había surgido en la reunión como una estrategia, como un escudo. Pero ahora, aquí, en la oscuridad, se volvía otra cosa.

No era un deber. No era un sacrificio. No era un gesto caballeresco para proteger a la indefensa. Era… lo que él quería. Lo que había querido sin admitirlo. Lo que llevaba queriendo desde antes de darse cuenta.

Quería hablar con ella en las tardes. Quería verla sonreír sin miedo. Quería caminar con ella por los prados, verla levantar la mirada hacia las colinas. Quería escuchar su voz contándole cosas triviales que nadie más escucharía con interés. Quería que ella se quedara. Con él.

Y, Dios santo, también la deseaba. No como se desea una mujer cualquiera; no como el impulso feroz que conocía bien. La deseaba entera: su compañía, su silencio, sus dudas, su fuerza escondida. Deseaba la calidez de su cuerpo pequeño cuando lo abrazó desesperada.

Deseaba el roce de sus dedos, la piel fina de su cuello, el temblor mínimo cuando él estaba cerca.

Mas debía ser cauto. No podía convertir su miedo en una jaula, ni ponerla contra una pared emocional para que aceptara. Ella estaba quebrada, asustada, vulnerable.

Hamish quería ser su salida, pero no forzada. Quería ser elegido con libertad, y no sería uno más de los que aplastaban su voluntad.

Si le ofrecía ser su prometida, tenía que ser por ella, no por él. Para protegerla. Para darle un nombre seguro. Para borrar la sombra de Ashcroft de su vida.

No sabía qué sentía Beth. No sabía si lo quería, si podía quererlo. Pero sí sabía esto: La quería a salvo. A salvo, y libre. A salvo, y con él.

Dejó que la verdad, finalmente, tomara forma sin miedo: *Estoy enamorado de ella.*

No era un descubrimiento. No era una epifanía. Era una confesión. Una verdad que había estado allí.

Capítulo 28



A la mañana siguiente, Hamish bajó con el pensamiento fijo en una sola cosa: ir a hablar con Beth. Había pasado la noche entera ordenando palabras, imaginando cómo decirlo sin convertir su miedo en presión.

No sería una escena grandilocuente. No habría urgencias ni exigencias. Le propondría protección, sí, pero también verdad. Y después, dejaría que ella decidiera.

Atravesaba el patio cuando Gwen lo interceptó.

—Hamish. ¿Como has dormido? ¿Has pensado en lo que propuse?—le dijo—. Yo le he dado vueltas, y creo que exageré, te presioné…

—No, nada de eso—la interrumpió—. Lo he pensado bien y creo que es lo mejor. Voy a hablar con Beth y pedirle que sea mi prometida.

Gwen asintió con lentitud, y se mordió el labio, demostrando inseguridad. Hamish frunció el entrecejo. ¿Había cambiado de idea?

—Es… Fui imprudente al sugerirlo. Pensé en la seguridad de Beth y no en su corazón. ¿Qué pasará con ella cuando Ashcroft se vaya y tú disuelvas el compromiso? Será el hazmerreír, la humillarán. Te dije hace unos días que algunas de tus conquistas eran groseras con ella.

—Eso no va a pasar. La idea de que sea mi prometida es más que estrategia, Gwen. Esa mujer me ha cambiado de maneras indecibles, y lo acepto, Me gusta. No voy a fingir algo que no siento.

—¡Hamish, eso es maravilloso!—Lo abrazó, y suspiró largo—. Se notaba, pero como eres terco e inmaduro…

—Hermanita, gracias—ironizó.

—Sabes lo que quiero decir. No has sido serio.

—Hasta ahora. Pero escucha bien, tampoco voy a forzar nada. Ella está asustada. No puedo pedirle que decida desde el miedo, así que evitaré ponerme emocional o las declaraciones románticas.

Gwen asintió lentamente.

—Bien. Entonces escúchame. Esa promesa la protege mientras ese bastardo lord esté aquí, pero debemos ir más allá.

—¿Qué quieres decir?

Gwen apretó los labios.

—Ashcroft no es sólo un aristócrata desagradable. Hay algo en él que no me cierra. La manera en que mira. La forma en que se mueve. Si ha usado su dinero y sus supuestas misiones caritativas para acercarse a muchachas jóvenes y pobres, eso es algo que debe investigarse.

Hamish frunció el ceño.

—Por la forma como Beth lo describió, eso pareció.

—No podemos permitirlo, hay que frenarlo—Bajó la voz—. El duque tiene contactos en Londres. En Scotland Yard. Si alguien puede poner ese nombre bajo observación sin levantar polvo, es él.

Hamish asintió. Sentía la urgencia creciendo, pero aún contenida.

—Después del almuerzo —dijo—. Hablaremos con él.

No llegaron a moverse. El sonido de cascos entrando al patio los hizo girar. El duque de Elywood desmontaba con tranquilidad, entregando las riendas a un criado. Su expresión era relajada, incluso de buen humor.

—Buenos días —saludó—. Hermosa mañana para montar.

—Excelencia —respondió Gwen, cordial.

El duque sonrió.

—Me crucé hace un rato con Lord Ashcroft —comentó, como quien menciona una anécdota menor—. Salía del camino del poblado. Parece que el lugar le ha despertado curiosidad.

Hamish sintió cómo algo se le cerraba en el pecho.

—¿Cabalgaba solo? —preguntó, procurando que la voz no lo traicionara.

—Así es —respondió el duque—. Dijo que quería conocer mejor la zona. Supongo que el entusiasmo por los negocios también despierta interés por el entorno.

Eso fue todo. No hubo alarma en la voz del duque. No hubo sospecha. Sólo una observación inocente, pero encendió todas las alarmas en Hamish. Ese maldito depredador se movía rápido y no estaba dispuesto a dejar a Beth tranquila. El rostro se le vació de color.

—Discúlpenme —dijo, ya retrocediendo—. Debo ocuparme de algo.

No esperó respuesta; giró y echó a andar hacia las caballerizas, el paso primero rápido, luego decidido. Cada segundo contaba. Cada minuto que Ashcroft pasara en el poblado era una amenaza.

Detrás de él, Gwen dio un paso hacia el duque.

—Excelencia —dijo, esta vez con una seriedad que no admitía distracciones—. Necesito hablar con usted. Ahora.

El duque la miró con atención. La expresión ligera desapareció.

—Por supuesto.

Mientras Hamish montaba su caballo con un movimiento brusco y salía del patio al galope, Gwen se quedaba atrás, lista para hacer lo que Hamish no podía en ese momento: encender las alarmas en el más poderoso aliado para contener, denunciar y aplastar, de ser necesario, a lord Ashcroft.

Hamish llegó al poblado casi sin aliento. Había montado como un hombre perseguido, y la urgencia tenía nombre de mujer. *Beth, Beth*. Ese maldito noble creía que podía venir a estas tierras e imponer sus formas y su impudicia.

Compensó el tiempo en contra por atajos que sólo conocían los lugareños. Cruzó tramos de brezo alto donde el caballo dudó un segundo antes de lanzarse, y descendió por una pendiente pedregosa sin aflojar el paso.

El viento le cortaba la cara, el tartán se le pegaba a las piernas, y cada golpe de los cascos contra la tierra húmeda era una orden: *más rápido*.

El poblado apareció de golpe y en metros estuvo en la caballeriza, dando un grito al muchacho para que atendiera al corcel, del que desmontó de un salto. Avanzó con paso largo, firme, el cuerpo aun vibrando por la carrera.

Tal y como sospechaba, Ashcroft estaba frente a la taberna, hablando con la señora MacDour, inclinado apenas hacia ella con una cortesía estudiada, señalando con gesto amable el interior. Sonreía. Una sonrisa correcta, ensayada, que no llegaba a los ojos.

La posadera lo escuchaba con los brazos cruzados. Incómoda, pero atenta. Probablemente desconfiando, pero no queriendo ofender a un hombre importante que los MacLaren alojaban en su castillo. La voz había corrido en el pueblo: estos hombres traían propuestas comerciales, eran importantes.

Hamish viró del alivio de haber llegado a tiempo a considerar la mejor estrategia para espantar al bastardo lejos de aquí. Tal parecía que no tendría tiempo de consultar a Beth, como había considerado. Esperaba que ella le perdonara, pero esto debía hacerse.

La alternativa era moler a golpes a este hombre, y Hamish podía hacerlo, pero tendría consecuencias incómodas para la economía de algunos en la región. Un acuerdo comercial no se sostendría si uno de los directivos volvía con medio cuerpo roto.

—Lord Ashcroft. ¡Qué sorpresa encontrarlo aquí!

La voz no fue elevada. No hizo falta.

Ashcroft tardó un segundo en girarse, pero fue suficiente para que Hamish viera el parpadeo rápido, el cálculo inmediato.

—Oh… Hamish —dijo al fin—. Qué coincidencia.

Palideció apenas, lo justo para quien sabía esconderse detrás de las formas.

—Estaba hablando con la señora…

-MacDour—dijo la posadera.

—La señora MacDour, sobre lo acontecido ayer. Me preocupó la salud de una chica que corrió y pareció afectada por algún lapso de locura. Eso es triste, lo hemos visto con mi esposa en parroquias y misiones de caridad. La mala alimentación, la mala vida, contaminan la mente.

¡Hijo de perra! Sembrando ideas sobre Beth de manera subrepticia. ¿Creía que era astuto? No conocía de esto.

—¡Oh, esa fue mi Beth!—dijo, y sonrió como lo haría un lobo dispuesto a comerse a quien tuviese enfrente. El idiota no tenía idea

del esfuerzo que le implicaba controlarse—. Se disgustó un poco, pero no pasa nada.

—¿Su… Beth?—dijo Ashcroft, elevando una ceja.

—Mi prometida.

El pequeño sonido de la señora MacDour se apagó con la mirada de Hamish, que ella leyó a la perfección. La astuta tabernera entendió.

—Oh, se refería a Beth, no lo hubiera imaginado. Ella está muy bien. De hecho, le espera, Hamish.

Este se acercó y se interpuso entre ambos, reclamando el espacio y obligando al noble a retroceder.

—Agradezco su preocupación, lord Ashcroft, pero ya me encargo yo. Es extraño verlo por el poblado y solo. ¿Explorando?

La mirada de Hamish no se movió ni un centímetro del rostro de Ashcroft. Era una mirada abierta, sin amenaza explícita, pero cargada de algo primitivo, territorial. De esas que no prometen palabras, sino consecuencias.

Ashcroft inclinó la cabeza con lentitud, ocultando la tensión bajo un barniz impecable.

—Me gusta ver los lugares que conozco con tiempo y hablar con la gente—dijo—. Me da más perspectiva. Les dejo, me alegro que todo esté bien.

Se dio media vuelta y se marchó, el paso tranquilo, la espalda recta, como si nada hubiera ocurrido. Como si no acabara de perder terreno.

Hamish no lo siguió con la vista cuando se fue. Esperó. Contó hasta tres. Recién entonces sintió que el aire volvía a entrarle en los pulmones.

—¿Prometida? —susurró la señora MacDour, mirándolo con una mezcla de sorpresa y alivio.

—Aún no —respondió él—. Pero lo será—Se giró hacia ella—. ¿Está aquí Beth?

La mujer negó despacio.

—En la casa. Ayer quedó muy afectada. Pálida como la leche, la pobre. Me dijo que le dolía la cabeza y el alma, diría yo.

Hamish apretó la mandíbula.

—¿Le contó algo?

La señora MacDour dudó un segundo.

—No detalles —admitió—. Pero no es miedo común, Hamish. Eso lo sé. Hay cosas que una mujer reconoce en otra-Bajó la voz—. Dijo que ese hombre era perverso, que iba a arruinar su vida. ¿Se refería a ese sassenach?

Hamish asintió.

—Ese hombre no puede acercarse a Beth. En ninguna circunstancia.

La señora MacDour sostuvo su mirada. Asintió.

—No lo hará—dijo.

Hamish inclinó la cabeza, agradecido.

—Gracias.

Miró hacia la calle por donde Ashcroft había desaparecido. El peligro no se había ido. Sólo había retrocedido un paso. Y Hamish sabía que ahora debía dar el siguiente.

Capítulo 29



—Beth, hay té listo en la cocina.

Ella levantó la vista al oírlo.

—Gracias, señor MacDour. ¿Está seguro de que no necesita que le ayude en la huerta?—le dijo y él negó.

—Para nada, muchachita. Es mi lugar y tengo una misión: atrapar a los pícaros que comen mis vegetales. Sospecho de conejos o algún pájaro astuto. .

El golpe en la puerta sonó firme y ella se sobresaltó, pero luego, cuando la voz de masculina saludó y preguntó por ella, se calmó. Hamish estaba allí, de pie, con el cabello revuelto y los ojos encendidos fijos en ella, sonriente.

Su presencia llenaba la habitación. Cálido, seguro, inevitable, atemperando la ansiedad que la carcomía. Beth llevaba horas repitiéndose que debía hacer un esfuerzo por no pensar solo en negro. Que el miedo no podía gobernarla. Que ya había sobrevivido a cosas peores.

No obstante, ¿cómo calmarse por completo cuando ese maldito lord estaba cerca y la había visto?

—¿Hamish…?

En el nombre conjugó alivio de verlo, necesidad de saber qué había ocurrido y curiosidad, porque la expresión compuesta en la faz masculina le aceleraron la respiración.

¿Traía malas nuevas? ¿Ashcroft había conseguido convencerlo de que era indigna? ¿Qué decía su familia? En segundos su corazón galopaba.

—No te inquietes, Beth. Tengo algunas cosas que contarte y una propuesta. Quiero que escuches con atención, ¿está bien?—Su voz

no fue imperativa, pero tampoco ligera.

Asintió y mantuvo su mirada en él, a pesar de que sus ojos estaban enrojecidos de tanto derramar lágrimas de frustración, enojo, y miedo. Hamish se arrodilló frente a ella, y aquel gesto, tan impropio, tan innecesario, le provocó un nudo en el pecho.

—Ashcroft estuvo cerca esta mañana. Cabalgó solo hasta aquí, y le alcancé cuando estaba intentando sacar información a la señora MacDour—dijo Hamish, y ella palideció. De inmediato Hamish tomó sus manos—. Shh, no pasa nada. El maldito cree ser muy astuto, pero no tiene idea de lo rodeada, de lo protegida que estás.

—¿Por qué no puede dejarme en paz?—musitó, bajando la vista —. Soy solo una mujer sin valor…

—¡No digas eso!—No levantó la voz, pero su tono fue suficiente para que Beth le mirara, aturdida—. No quiero escuchar cómo te denigras y faltas a la verdad. Eres una de las mujeres más valientes y valiosas que conozco. La escoria como él reconoce las gemas, y tú eres una. No te percibes como él te ve: alguien puro y hermoso a la que poseer. Pero no va a pasar, te lo prometo.

Beth tragó saliva. Sus manos entre las de Hamish se sentían como toda ella junto a él: segura. Pero ¿era justo endilgarle la tarea de cuidarla? ¿Traer a su vida la miseria que la perseguía?

—No quiero ponerte en una situación imposible —murmuró—. No quiero comprometerte. Ni a ti ni a tu familia—Hamish abrió la boca, pero ella levantó la mano un instante, necesitaba terminar—. No saben de dónde vengo. No saben quién he sido. Es normal que piensen que te engaño, que busco beneficiarme… Y no quiero que cargues con…

Entonces la mano de Hamish se alzó y apoyó un dedo contra sus labios. Beth se quedó inmóvil, azorada por la ternura del delicado toque. Hamish se inclinó lo justo para verla mejor. Sus ojos bucearon en los suyos con una devoción tranquila que la desarmó.

—Estoy cansado de escucharte hablar así de ti misma —dijo, en un susurro que la estremeció—. Como si fueras algo indigno. Como si el miedo fuera lo único que te corresponde.

Beth desvió la mirada. Si lo miraba de frente, no podría contener el temblor que nacía en su pecho.

—No quiero ser tu obra de caridad, Hamish—alcanzó a decir—. No quiero que un día despiertes, te des cuenta de que tus expectativas excedían quien o cómo soy, y te arrepientas.

—No lo hago por caridad o bondad simplona—respondió—. Es necesario, es justo, es lo que debe hacer un hombre para resguardar a una mujer amenazada. Quiero hacerlo, no tienes idea de cuánto— Hamish entrelazó sus dedos con los de ella—. Mi familia no conoce todos los detalles, pero saben lo suficiente —continuó él—. Gwen está que trina, y certifica que ese lord es desagradable. Callum lo entiende, y confía en mi criterio. No te juzgarán. Nadie que te conozca podría hacerlo.

Beth tenía lágrimas acumulándose en los bordes de los ojos. No caían. No todavía.

—No puedo creer que alguien… —la voz se le quebró—. No puedo aceptar algo que no merezco.

Hamish sonrió con una ternura que la atravesó entera.

—Déjame decidir qué es demasiado para mí.

Levantó una mano y apartó con un dedo un mechón rebelde de su sien. El roce fue leve, pero para Beth, cuya existencia había estado exenta de toques cariñosos desde que su madre murió, se sintió especial.

—Beth, le dije a Ashcroft que eres mi prometida.

Ella parpadeó, sorprendida. ¿Prometida? Pero…

—¿Por qué?

—Porque ese hombre necesitaba entender que no eres una jovencita sola y aterrada a la que puede perseguir. Tienes a un MacLaren a tu lado.

—¿Lo creyó?—Sacudió su cabeza—. No, no, ¿cómo lo creería? Él sabe que soy pobre y me vio con un cesto de ropa, no pensaría que alguien como tú me vería y querría…

—Lo creyó, y alguien como yo te ve y quiere, Beth. Esto que le dije, lo sostengo ante ti como pedido. ¿Quieres ser mi prometida? No como un escudo o farsa. Como una decisión.

Las palabras sonaban a magia, pensó, alelada. Era como si el mundo se inclinara, se sacudía bajo sus pies, pero para bien.

—Hamish… No entiendo qué está pasando… Creo que quieres decir algo que… Debo estar equivocada.

Él acercó una mano a su mejilla y la tocó con las yemas de los dedos, como si temiera romperla. La piel de Beth ardió al contacto. Sus ojos se cerraron sin querer.

Hamish susurró:

—Beth Moreland, te quiero. Me harías feliz si aceptas mi propuesta—Su frente rozó la de ella—. ¿Quieres, Beth?

Beth inhaló su olor a pino, a metal, a hombre, y sintió que algo en ella encerrado por años se desprendía. La costra de protección extra de su corazón caía, y este latía al compás de la declaración más dulce e inesperada, aunque anhelada en secreto

—Si quiero, dices…—su voz era un hilo—. Es lo que más deseo. Estás en mi cabeza y aquí…—Tocó su pecho con la palma tembleque. Respiró hondo—. Pero no quiero que sacrifiques tu libertad, tus deseos, por mi seguridad.

—Sacrificio es fenecer sin sentir, mi Beth. Tú has logrado lo que otras no pudieron: que cada fibra mía te venere.

Las lágrimas llegaron entonces. Silenciosas, limpias. No de tristeza: de deshielo. Hamish levantó su rostro entre sus manos. No la apresó. No la inclinó. La sostuvo como si fuera la joya más preciosa.

—Eres mi prometida. Desde este instante, quien se atreva a lastimarte, a alzar la voz con palabras crueles o suspicacias, se las verá conmigo—declaró—. Me haces feliz, Beth.

Ella flotaba, azorada, extasiada, de a poquito entendiendo que era cierto. Hamish MacLaren había dicho que la quería, la propuesta de ser su prometida era real, y si todavía no entendía cómo había pasado, ¿importaba?

Él se incorporó y estiró su mano para tironearla con levedad y dejarla de pie muy cerca. Luego, la abrazó con gentileza, sus brazos fuertes rodeándola y atrayéndola hacia su torso.

Les separaba una cabeza, por lo que Beth tuvo que estirar su garganta para mirarle a los ojos. Por unos segundos nada pasó, más que mutuo reconocimiento de emociones.

Entonces, él bajó su boca y ella la vio venir y se elevó sobre sus dedos de los pies para ir al encuentro. Sus labios chocaron con levedad e inauguraron un beso lento, cuidadoso, devoto.

Beth sintió la presión delicada de su boca sobre la suya, entreabriéndola, humedeciéndola. El labio superior de Hamish firme, dibujado como en una escultura retirándose apenas para volver a rozarla, como si quisiera enseñarle sin prisa qué era ser amada.

Sintió también su sabor: un toque tenue a menta, fresco, húmedo. Cuando él se apartó solo un suspiro, ella abrió los ojos despacio y lo vio: la reverencia en su mirada. El asombro. La promesa.

Hamish apoyó su frente contra la de ella y murmuró, con la voz áspera de emoción:

Con un beso tomó mi corazón,
y me dejó el suyo como señal verdadera.

Beth sonrió con sus labios trémulos y tibios. Su corazón estallaba. Y entonces la puerta trasera se abrió con un golpe seco.

—¡Ah…! —dijo una voz—. Creo que he elegido un momento delicado.

El señor MacDour llevaba un pañuelo en las manos del que asomaba un pequeño animal. Beth se separó y torció la cabeza, roja por la situación.

—Señor MacDour, llega usted justo. He propuesto a Beth que sea mi prometida, y ha aceptado.

El hombre asintió, como si fuese natural, y Beth frunció el ceño. Hamish sonrió y vino a su lado, tomando su mano.

—¿Un pichón de liebre abandonado?

—Su familia es la causante del desastre entre mis vegetales. La pobrecilla no corría rápido. Creo que tiene rota una patita.

—Mm. Un pichoncito herido que necesita refugio. Interesante metáfora—agregó.

Beth lo miró y rio. Una risa breve, incrédula, aún con lágrimas en los ojos. Esto… Esto era real. Esta era su vida. Sí, le aterraba tanto como la fascinaba.

La iban a juzgar con rudeza, eso estaba descontado. Pero hoy no pensaría en eso.

+++

Desde el momento en que supo que Ashcroft había ido en busca de Beth aquella mañana, Hamish comprendió que la situación había dejado de ser difusa. No era potencial, sino una amenaza abierta; hablaba de mala intención.

Y las intenciones, cuando provenían de hombres como aquel, no se disolvían con advertencias corteses.

Cuando se arrodilló frente a Beth, no lo hizo para conmoverla. Lo hizo porque necesitaba verla de cerca. Porque necesitaba asegurarse de que entendía que le estaba pidiendo que confiara en él, que le entregara su carga para que él la llevara por ella, porque la quería.

La escuchó hablar de merecimientos, de miradas ajenas. La hizo callar, porque no iba a permitir que siguiera hiriéndose delante de él como si fuera una costumbre aceptable.

Cuando habló de Gwen y Callum, no lo hizo como argumento, sino como hecho consumado. No estaba solo en su juicio. No estaba equivocado. Y ella debía saberlo. Pero incluso eso era secundario.

La verdad era más simple: no estaba improvisando, n estaba sacrificándose. Estaba eligiendo. Si no la quisiera, habría encontrado otra solución. Menos visible. Menos comprometida. Más cómoda. Y no lo había hecho.

Cuando le ofreció ser su prometido, lo hizo sin elevar la voz, sin solemnidad innecesaria, sin promesas imposibles. No como un rescate, sino como una posición tomada.

Como quien se planta frente a algo y decide no moverse. Su sorpresa, su esperanza, sus emociones brotaron en cada pupila, y vino la aceptación, y la respuesta: ella vibraba por él.

<<Si quiero, dices… Es lo que más deseo. Estás en mi cabeza y aquí…>>

Las lágrimas, el incorporarse y el abrazo fueron naturales. Y lo mismo el beso.

Hamish sabía besar. Había aprendido joven, demasiado joven quizá, y con los años había perfeccionado el arte. Besos rápidos en pasillos oscuros, besos impacientes después de una pelea en la

taberna, besos de ocasión que no dejaban huella y que jamás buscó recordar. Besos vacíos, todos.

Pero cuando tuvo a Beth tan cerca que sintió el temblor leve de su respiración, cuando sus dedos rozaron la suavidad de su mejilla y ella cerró los ojos como si ese toque fuera un refugio, algo en él cedió y nació al mismo tiempo.

Cuando inclinó la cabeza para besarla, Hamish sintió que el mundo se detenía. No por dramatismo. Fue como si lo que había vivido hasta ese momento: cada ligue, cada noche olvidable, cada beso aprendido y repetido, hubiera sido un ensayo torpe para llegar a este instante.

Su boca rozó la de Beth con un cuidado que él no sabía que poseía. No buscó enseñar, poseer, simplemente sintió. El leve temblor de los labios cálidos y tímidos, que se entreabrieron. Las respiraciones bajaron su ritmo al conjugarse y la boca de Beth fue todo en lo que pudo pensar. Fruto dulce y húmedo del que no podía cansarse. Temió abrumarla, y por ello se apartó con renuencia.

En los ojos enormes que brillaban ella le mostró adorable arrebato y confianza. Las mujeres con las que había estado le habían regalado risas, coqueteos, juegos. Nunca reverencia. Nunca asombro o fe.

¡Ah, si pudiera memorizar cada trazo de este rostro y cada emoción entre ambos y volverlo poesía! Pero su talento no alcanzaba para dejar registro de esto entre los dos.

Para ello estaban los más grandes: Shakespeare, Lord Byron, Baudelaire. Pero el verso que vino a sus labios fue una vieja y anónima canción popular, y sonó perfecta. Su corazón y el de Beth latían a la par.

El beso era un inicio, una promesa, un antes y un después. En los ojos femeninos había lágrimas suspendidas. Hamish apoyó su frente contra la de ella y pensó que era su primer beso de amor.

Luego apareció MacDour, con aquella criatura temblorosa envuelta en un pañuelo, y Hamish permitió que la interrupción cumpliera su función. El mundo volvía a colarse entre ellos, recordándoles que aún no podían quedarse a solas demasiado tiempo. No quebrantaría costumbres, no la expondría sin necesidad.

La reacción de MacDour a la novedad fue tranquila, natural, como el hombre mismo. Y que en el preciso momento tuviera en sus manos una criatura tan frágil y bella, con la que había comparado a Beth en su mente, no le pareció antojadizo.

El mundo estaba hecho de señales.

Capítulo 30



La mesa estaba dispuesta con pulcritud: velas altas, vajilla buena e invitados importantes daban a esta cena relevancia y eran espejo de las intenciones de Callum y el duque de Elywood: los acuerdos económicos que se pretendían iban más allá de la zona inmediata, buscaban incluir a los burgos de los alrededores. Incluso la cervecería en Edimburgo.

El laird presidía, y a su derecha se encontraba Heather. A continuación, el duque de Elywood, que tenía a su lado al sheriff y el juez de paz, con los que compartía animada conversación.

—Un acuerdo con la mayor cantidad de arrendatarios es lo mejor para conseguir negocio fructífero, y eso proponemos: volumen de lana que asegure la materia prima que nuestras fábricas necesitan. Esa guerra en las antiguas colonias americanas—el duque meneó su cabeza—. Está sacando al algodón del mercado.

—Siempre que nuestra gente obtenga precios justos, lo apoyaremos—dijo el preboste.

Gwen estaba al lado de Heather, y parecía que no se hubiera ido ni un día: su hermana era como un lubricante social, pensó Hamish con una semi sonrisa. Gwen escuchaba, recordaba nombres, introducía temas menores cuando el clima lo requería y observaba con una atención que no muchos advertían.

—Pastor, su rebaño de almas ha crecido mucho—decía ahora, y el mencionado asentía con gravedad, mientras su esposa sonreía con brillo en sus ojos.

Malcolm, que llegó en la tarde con papeles listos para formalizar acuerdos, ocupaba un lugar lateral, pero estratégico. Frente al

preboste y cerca del comisionado de policía, estaba en posición de intervenir cuando la conversación rozara lo legal o lo administrativo.

Hamish hubiera disfrutado más de esta cena que buscaba unir voluntades para concretar negocios de no ser por la presencia de los Ashcroft. Lady Ashcroft había sido situada hacia uno de los extremos.

Atendida, incluida, pero sutilmente desplazada del centro de influencia. Miraba cada plato servido con desdén, apartando y analizando cada porción que llevaba a su boca. Lord Ashcroft, en cambio, estaba más cerca del núcleo. Demasiado cerca; Hamish lo tenía casi a su frente y mirarlo era como echar sal en una herida.

No podía quitarse la imagen del bastardo intentando acercarse a Beth con intenciones pútridas, pretendiendo tomar lo que no le pertenecía. Lo que era de Hamish. Apretó sus dedos en el cuchillo que cortaba la carne.

—¿Cazan los animales todavía o se los proveen?—preguntó Percival, el burgués intrascendente y aburrido que ponía de malhumor a Callum en cada reunión con cuestionamientos tontos.

—Ambos—dijo Hamish, lacónico.

Hamish no estaba con ganas de cháchara inútil, aunque trataba. Conversaba cuando correspondía, asentía, aportaba referencias cultas. Su deseo era que esta fuese la última vez que veía a los ingleses, que se concretasen asuntos y los Ashcroft se fuesen a su agujero elegante en Londres.

Como si le leyera la mente, Callum elevó la voz para llamar la atención:

—Señores, me alegra anunciar que las conversaciones han avanzado de forma favorable. En un par de días los acuerdos quedarán cerrados.

Hubo asentimientos, alguna exclamación discreta. El pastor sonrió, complacido.

—Es una bendición para la región —dijo—. Trabajo estable, previsibilidad… Dios sabrá recompensar los esfuerzos bien encaminados.

Hubo asentimientos. Algún murmullo satisfecho. De improviso, Ashcroft tomó la palabra:

—También hay motivos personales para brindar. He oído que hay un compromiso reciente en esta casa.

El comentario se lanzó con suavidad calculada, y Hamish lo miró fijo, preguntándose qué se traía entre manos. No era este el tipo de hombre que le importara un comino la felicidad ajena. Fingía la sonrisa afable, mas sus ojos eran fríos, calculadores.

—Así es —respondió Callum—. Mi hermano Hamish se ha comprometido.

Su hermano le miró rápido, de seguro buscando alguna pista que Hamish no tenía sobre las intenciones de este inglés.

—Felicidades, Hamish—dijo el pastor, inclinándose para mirarlo—. Es una buena noticia, claro que sí.

—Gracias.

—¿Quién es la agraciada?—preguntó el sheriff.

—Es una joven inglesa—intervino Gwen—. No la conocen, llegó hace poco.

Lady Ashcroft eligió ese momento para prestar atención a la temática de la mesa.

—Tal vez la conozco. ¿De Londres? ¿Cómo se llama?—preguntó.

—Así es—respondió Hamish, engullendo un bocado que masticó con lentitud. El silencio se estiró un segundo—. Beth.

—¿Beth? ¿La protegida de la señora MacDour?—dijo la señora del pastor, y Hamish asintió.

—Moreland, ese es su apellido, lo recuerdo—dijo entonces el pastor—. El matrimonio MacDour la tomó bajo su ala y es una muchacha encantadora, aunque tímida. Me alegra que…

Ashcroft volvió a llamar la atención del resto.

—¿Moreland? ¿Beth Moreland? —repitió, y su rostro fingió interés y confusión—. Qué coincidencia…—Se volvió hacia su esposa, pretendiendo que hablaba más bajo, pero comandando la atención —. ¿Recuerdas la misión de Whitechapel? Aquella muchacha por la que nos preocupamos tanto…

Lady Ashcroft se llevó la mano al pecho.

—¡Oh, cielos…! —exclamó—. ¿Crees que…?

Ese hijo de perra. Pretendiendo como un actor consumado de tablas. Hamish sintió que la furia le recorría y volvía su rostro rojo.

Solo la mirada fija de Gwen sobre él lo ancló y le advirtió para no precipitarse.

—Hable con claridad, señor mío—dijo el juez de paz, un hombre llano que detestaba los subterfugios—. Si tiene algo para decir…

—No pretendo insinuar nada indebido —continuó Ashcroft, con tono compungido—. Solo advertir. El pasado a veces deja huellas difíciles de borrar.

Hamish apoyó los dedos sobre la mesa. Con cuidado. Con control.

—¿Advertir a quién? —preguntó.

Ashcroft parpadeó.

—A usted, por supuesto. Con pesar debo contar que esa… Beth, es una mujer de cuidado. Mi esposa y yo hacemos caridad en zonas carenciadas, y allá conocimos gente buena, pero también seres deleznables. Gente que usa su cuerpo para obtener ventajas… Ustedes me entienden, no me hagan extender, por respeto a las damas.

Hamish estaba a punto de romper sus dientes de la presión con la que los apretaba. Su corazón latía a un ritmo de batalla, y en su cabeza se agolparon respuestas que harían de esta una situación muy volátil.

—Hamish…—Callum llamó su atención—. Como cuando Ned.

Asintió, agradeciendo el comentario que centraba y daba lucidez. Callum hablaba de una anécdota antigua: Ned había acusado a una joven de la región de engañarlo y seducirlo frente a parte del poblado, solo porque ella no hizo caso a sus avances.

La paliza verbal que Hamish le dio, reduciéndolo a balbuceos, fue prólogo a la física que le dio a solas. Esto tenía que hacer.

—Ashcroft, tal vez usted crea que no conozco sus intenciones… Que no sé qué se trae entre manos, pero se equivoca de plano— Ganó seguridad a medida que hablaba, echándose atrás en la silla—. ¿Cree que mi prometida no me habló de usted, milord? ¿Que no me diría la vileza de sus intenciones?—El aire se tensó—. ¿Cree que ignoro dónde de verdad la conoció? ¿Y por qué estaba usted allí?

—¡Señor MacLaren, esto es ultrajante! Mi esposo solo pretende...

El noble le miraba con más cuidado, evaluando si hablar o no, más pálido, aunque todavía seguro.

—¿Sabe su esposa —continuó Hamish— que usted frecuenta lugares tan bajos que una mujer solo puede salir de ellos huyendo?

Ashcroft se puso de pie de golpe y atizó la mesa.

—¡Esto es una infamia! ¡Se ha extralimitado!

—¿Qué pasa aquí?—preguntó el sheriff.

—Hamish, por favor—rogó la mujer del párroco, pálida.

Callum se levantó también, siguiendo a Hamish.

—La infamia —dijo— es traer rumores a mi mesa.

Gwen habló con precisión quirúrgica.

—Y vestirlos de preocupación moral. ¡Es usted un hombre infame, lord Ashcroft!

Este buscó la ayuda y el apoyo moral en el duque:

—¡Excelencia, estoy siendo insultado por traer información que creí de ayuda para evitar que una mala mujer…!

—Lord Ashcroft —dijo el duque con frialdad—. Ha cometido un gran error, y no voy a amparar su desatino. Su atrevimiento en el seno del hogar que nos ha recibido es… Inadmisible—señaló con desdén, y luego miró al resto de la mesa—. Temo que he traído a una persona indigna a su tierra. Me disculpo por ello, y en particular contigo, Hamish. No avalo nada que salga de la boca de lord Ashcroft.

Este estaba del color de la ceniza, sus ojos enormes, algo desenfocados. Había dado un salto al vacío para destruir a la mujer que no aceptó sus canallas avances, a la que creyó sin protección, derribable.

Acostumbrado a tapizar su camino con dinero y prestigio, haciendo y deshaciendo en la vida de los miserables, encontraba un límite.

—¡Esto no va a quedar así! Su Gracia, se equivoca. ¡Están ciegos! Han sido engañados…

—¡Suficiente! Si no se retira en este instante de mi mesa, no respondo por lo que mi hermano pueda hacer. De hecho, lo respaldaré—dijo Callum, su rostro tormentoso—. ¿Quiere ver la

versión de un escocés salvaje, Ashcroft? Lo reto a seguir derramando mentiras.

Ashcroft miró alrededor, controlándose, midiendo. No había aliados aquí. Sí furia en los ojos MacLaren, estupor en otros, desconfianza. Si en alguno de los presentes había sembrado la semilla de sospecha contra Beth, no se veía.

Distinto sería cuando el relato de lo ocurrido se esparciera y se llenara de detalles de color, agregando, falseando.

—Nos retiramos —dijo con rigidez—. No permaneceremos donde se nos acusa sin pruebas. Mañana mismo dejaremos el castillo.

—Será lo más sensato —respondió el duque.

—Agradezca que no somos los salvajes que cree. Estaría vagando por el páramo en este momento—dijo Hamish con inquina—. Largó su veneno, pero no hizo efecto. En esta tierra medimos a las personas por su carácter, por su entereza, no por su posición.

Ashcroft tiró la servilleta sobre la mesa y se retiró con pomposa dignidad, sin siquiera mirar a su esposa, que estaba pálida y trastabilló al pararse. El preboste la ayudó y ella asintió y siguió al lord con paso más lento. Cuando desaparecieron de vista, nadie habló durante un instante.

Hamish se sentó.

—Me disculpo por mi intensidad, pero sepan que hay información que ustedes no manejan y apunta en contra de ese hombre—dijo entonces, con voz firme—. Quienes me quieren bien saben que soy un hombre inteligente que no se deja engañar.

—Muchacho, con la fama que usted tiene, imagino que conoce el carácter de una mujer como la palma de su mano—dijo el juez de paz, sirviéndose vino—. Sé lo que vale la palabra de un MacLaren, y que lo avale un señor tan poderoso—hizo un gesto al duque, que asintió con gracia—. Para mí es suficiente. ¡Ea, a celebrar! Habrá hombres aliviados en la región ahora que el menor de los hermanos del laird tendrá una sola mujer a la que atender.

Hubo risas y alguna exclamación reprobatoria, pero lentamente el clima se recompuso. Hamish sentía que un peso se le quitaba de los hombros, y no veía la hora de poder ir con Beth y contarle que el

hombre que amenazaba su tranquilidad había gritado mentiras, y había sido neutralizado.

—Enhorabuena, primo—le dijo Malcolm con una gran sonrisa.

—Gracias—sonrió.

Estaba aliviado. Solo esperaba que ese noble no cometiera ninguna estupidez. Gwen pareció pensar lo mismo, porque se acercó a él al final de la cena.

—Hamish, no veo la hora de ver a esa víbora y su esposa subir al tren. Tengo un presentimiento, no sé cómo explicarlo. Que no le pierdan de vista hasta que no deje Escocia, dile a Alec.

Asintió. Sí, eso haría.

Capítulo 31



<<Malditos salvajes, malditos>>. El carruaje avanzaba con un vaivén constante que no ayudaba a atemperar la furia que lo corroía. Mantenía la espalda recta, las manos apoyadas sobre el bastón, los nudillos tensos.

Desde afuera, cualquiera habría visto a un caballero ofendido, digno incluso en la retirada. Por dentro, estaba ardiendo. Su mujer, sabía lectora de sus estados de ánimo, se refugiaba en un rincón y miraba afuera con fijeza.

La escena de la cena en el castillo se repetía una y otra vez, con una precisión obscena. Había tramado para obtener venganza, satisfacción morbosa. Esperó el momento adecuado, dando vueltas a su plan, esperando el momento para intervenir.

Con placer construyó la actuación en la que su esposa colaboró sin planearlo, por puro desagrado a la misión de caridad y la gente que era socorrida allá. Él era la razón por la que descendían al lodo, como solía decir ella con desdén, tirando libras para hacerse con la buena voluntad del pastor, y contactar con cuerpos dispuestos a todo por chelines.

Creyó que la información acerca de Beth sería recibida con escándalo, con horror, pero con agradecimiento posterior. Pretendió vengarse de la mujercita gris que había escapado de él, humillándolo en silencio. La que volvía a hacerlo en este pueblo perdido.

Quiso regodearse en el oprobio del pretendido intelectual highlander, el menor de los MacLaren, enrostrándole que su prometida (Prometida, ¡qué risible!) era una prostituta.

Sí, no era exacto, pero ¿quién podía confiar en la información de un maleante asqueroso como Thomas? Aquel juraba que su

hermana era virgen, y bien cara que pretendió venderle su primera vez, pero todo podía ser.

¿Qué obtuvo en cambio? El silencio súbito. Las miradas de reprobación, lenguas que no acudieron en su ayuda. El duque de Elywood también en su contra. Olvidando su lugar en la escalera social, tratándolo como si fuese un mozo de cuadra. Pomposo, malnacido, hijo de una escocesa de medio pelo, ¿por qué esperó diferente?

Hamish MacLaren. Ese salvaje escocés. Ashcroft apretó la mandíbula. Por un momento temió que saltara sobre la mesa y le clavara un cuchillo en el cuello. Su mirada le había dicho todo lo que necesitaba saber.

El baño de civilización que mostraba era llano, y Ashcroft frenó a tiempo para evitar ser molido a golpes. Él no era un hombre fuerte o hábil. Su talento estaba en manejar a los demás con su posición y su dinero. Estas no contaban aquí.

Esa mujercita era el centro de la discordia, y no lo valía. No era nadie. Rechinó sus dientes y se centró en escuchar su respiración para controlarla. Su mano apretó el bastón y lo golpeó contra el piso de madera, repetidas veces, fuerte.

—Querido, ¿necesitas tu medicina? Estás un poco nervioso— susurró su esposa.

La ignoró. Lo que ella creía (o fingía creer) que era una cajita exquisita de plata labrada con rapé en su interior, no era otra cosa que un fino preparado de opio. No era un adicto como esos hombres sin seso que vegetaban en los fumaderos.

Era un gusto adquirido y controlado. Se había hecho afecto a él en Oriente, y era la razón, además del deseo carnal, para que visitara lugares como el burdel de Thomas.

Esto le hizo recordar el momento en que ese desgraciado le anunció que su hermana había huido. Riendo, le dijo que ni su cara de lord ni su bolsillo gustaron a su hermana.

Ashcroft había sentido una furia sorda, hiriente. No porque la muchacha fuera indispensable, sino porque no se huía de él. Nadie lo hacía. No sin pagar un precio.

Durante meses había considerado el asunto cerrado. Una molestia menor. Una pérdida insignificante. Pero el destino era extraño, y lo puso otra vez frente a ella en aquel poblado miserable.

Reconocerla había sido un triunfo. Un recordatorio de que el mundo era, al final, pequeño. Que todo regresaba a su sitio. Había creído que bastaría con acercarse. Con recordarle quién era él. Con hacerle entender que no existía refugio suficiente.

Hasta que apareció MacLaren. La forma en que aquel hombre lo miró todavía le quemaba. No con miedo. No con deferencia. Con certeza. Como si Ashcroft fuera un error que debía ser corregido.

—Salvajes —murmuró, sin darse cuenta.

El carruaje se detuvo frente a la estación. Lady Ashcroft descendió sin esperar ayuda. No dijo una palabra. Tampoco lo miró. Su rostro estaba pálido, rígido, como si llevara una máscara mal ajustada.

Ashcroft la observó apenas un segundo antes de apartar la vista. Sabía lo que vendría: el silencio helado, las preguntas no formuladas, la distancia nocturna. Su esposa no gritaba. No reclamaba. Juzgaba. No le importaba.

Ashcroft descendió y se acomodó la chaqueta, mirando alrededor. Cuanto antes dejara este lugar era mejor. Miró a su esposa, que supervisaba que el equipaje fuese tratado como correspondía.

—¡Ey!—dijo a un mozo, que vino a él con deferencia—. ¿A qué hora sale el próximo tren a Londres?

—Milord, en una hora. ¿Boletos en primera clase?

Asintió y rebuscó unas monedas.

—Encárgate de que la señora sea atendida como corresponde. ¡Querida! Te llevarán a la boletería y cargarán el equipaje. Me encargaré de un último asunto aquí.

Ella arrugó su nariz aguileña, sus ojos con duda, pero asintió.

—¿La estación del telégrafo?—inquirió.

Su mente trabajaba con denuedo. El duque estaba obsesionado con hacer negocios con Escocia, pero se encargaría de embarrar la cancha a las inversiones. Los capitalistas dudaban cuando los rumores se siembran con inteligencia. El entusiasmo por las

Highlands podía enfriarse. Bastaba con unas cuantas palabras en los oídos adecuados.

Con mayor ligereza en su andar se encaminó en procura del telégrafo. Allí, dictó varios telegramas: a su secretario, a un amigo personal con influencia hablándole de sus dudas, a su mayordomo. A este le dio una tarea: enviar al cochero a hablar con Thomas y decirle que lo vería en su oficina apenas llegara.

Poner a andar su revancha antes de salir mejoró su humor. Tal vez no lograría opacar lo que el duque de Elywood pretendía, pero se lo complicaría. Y con Thomas…

Ah, vería de ofrecerle buen dinero para que viniera a romper la ridícula burbuja en la que su hermana vivía. El codicioso no dejaría pasar la oportunidad de ganar las libras y llevar de vuelta a la rebelde a su cueva de miseria. Ashcroft sonrió. Entonces la venganza sería dulce, dulce.

Hamish MacLaren creía haber ganado. Todos creían que aquello había terminado. Sonrió mientras volvía a la estación. Nadie se burlaba de Lord Ashcroft.

Capítulo 32



Beth supo lo que había pasado, o una versión de esto, antes de que Hamish fuera a verla. El pueblo no guardaba secretos por mucho tiempo, y era imposible cuando varios miembros de la comunidad fueron testigos de una confrontación mayúscula en el gran salón del castillo MacLaren.

—¡Hamish se plantó firme delante del vanidoso sassenach, el que miraba todo como si oliera a bosta! Insultó a su prometida.

—¿Prometida?

—¿Hamish tiene una prometida?

—¿Desde cuándo?

Tal parecía que eso era más increíble que el insulto, pero pasada la impresión, el rumor de que la señalada era Beth y que su honor fue mancillado se extendió. Ella no salió esa mañana, y la señora MacDour iba y venía como mastín ladrando a quien viniera a curiosear o traer datos.

—¡Cotillas! Hala, a trabajar, holgazanes.

Los rumores no venían cargados de morbo, sino de una especie de cuidado torpe, como si todos hablaran más bajo. Fue la esposa del pastor quien trajo detalles ciertos al acudir a la casa MacDour.

La tabernera la recibió con curiosidad no disimulada, y también algo desconfiada. Se sentó como una centinela todo el tiempo.

Tomaron té. Beth apenas probó el suyo. No preguntó nada al principio. Las dejó hablar, porque intuía que lo harían igual. Entonces la mujer desgranó la versión sin adornos: que Ashcroft había intentado sembrar dudas, que no lo había logrado, que se había encontrado solo.

Que nadie lo respaldó. Que su esposa no ocultó el desagrado ni la altivez, y que ambos se marcharon con una prisa que no disimulaba la humillación.

—Hamish habló claro —dijo la mujer—. Fue admirable, un león enjaulado, pero a la vez un orador brillante. Un caballero enamorado. Beth, no debe temer, ese hombre la quiere. Y ninguno creyó la basura que ese sassenach tiró.

Beth bajó la mirada, abrumada.

—Mi origen es muy humilde, he visto mucho, cosas terribles. Pero juro que mi corazón y mi dignidad no se mancillaron.

—Claro que no, Beth es como se ve. Una mujer honrada y enamorada.

—Tengo miedo de afectar a los MacLaren —admitió—. No quiero ser un peso.

La señora MacDour apoyó la taza con un golpe seco.

—Los MacLaren son fuertes y poderosos. Te respaldaron, eso basta. Callum es astuto como un zorro, y tiene amigos en Londres—dijo—. Y punto.

No hubo consuelo empalagoso. Hubo certeza. Eso la sostuvo más que cualquier palabra amable.

Antes de irse, la esposa del pastor le apretó la mano.

—*El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón*, dice Samuel. Bendito Hamish, también vio lo que Dios, y eso es lo que importa.

Esa noche, Beth durmió poco. Pero por primera vez en mucho tiempo, no fue por miedo. Estaba ansiosa, expectante. Necesitaba ver a Hamish, hablar con él, tener la certeza de que seguía sintiendo lo que le manifestó.

Para su alivio, él vino a buscarla la siguiente mañana. Le recibió en la sala y MacDour trajo el té y les dejó charlar.

—Beth, no pude venir antes. El escándalo de la otra noche con Ashcroft…

—Me enteré-Apretó sus manos y contuvo la respiración-. ¿Fue tan tremendo como lo describen?

—Intentó hundir tu reputación y humillarme—Rio—. Le salió el tiro por la culata. Creyó que no te conocía bien, que iba a

alimentarme sus mentiras y lo permitiría. Le enrostré su vergüenza y no tuve más que respaldo.

Ella respiró hondo, aliviada. Saberlo de su boca lo hacía más real.

—Callum y el duque de Elywood fueron tajantes, por lo que se marchó al día siguiente. Yo tenía que ayudar a terminar las negociaciones, asegurarme de que todo estuviera bien. Cuando pude, monté aquí. Sé que debemos ser el tema predominante, y quiero que nos vean juntos. Que entiendan que eres la mujer que elegí y que tú me aceptaste. ¿Me das el gusto?

Ella asintió, nerviosa, y al salir, aceptó hacerlo de la mano. Como en un sueño, caminaron juntos a la vista de todos, deteniéndose aquí y allá. Él la presentaba sin alzar la voz, con una naturalidad que la desarmaba.

—Mi prometida.

La palabra la estremecía cada vez, pero nadie la cuestionó. Al contrario: saludos sencillos, sonrisas honestas, algún comentario doméstico, como si siempre hubiera estado allí. Luego, la invitó a conocer al castillo y a su familia.

—Es tiempo, Beth. Te quieren ver, y yo quiero que mi familia te conozca y te reciba en su seno.

—Lo haré. Pero… No me pidas que lo haga en una instancia formal. No sabré qué copa usar, qué utensilio—se sonrojó ante su falta de mundo, ante lo precaria que era su educación.

Él apretó su mano y sonrió.

—Iremos despacio. Y no creas que somos aristócratas ingleses, mi querida. Vivimos con sencillez.

Esa misma tarde la llevó al castillo, y Beth comprobó que no mentía. No había solemnidad en el ir y venir del patio central o en la cocina, donde Hamish la introdujo con orgullo.

Luego, la llevó a mostrarle el gran salón, y su lugar de trabajo. Libros abiertos, papeles escritos a medias, tinta todavía fresca.

—Aquí pienso —le dijo—. Y escribo.

Ella tocó el borde de la mesa, con cuidado.

—Es desordenado, normal—dijo—. Se parece a ti.

—Gwen piensa que es un desastre—rio él.

—No solo ella—la voz grave y la figura dominante que se acercó la hizo tragar saliva, súbitamente nerviosa. Callum MacLaren imponía, vaya que sí, aunque su mirada era divertida hacia Hamish, que resopló—. Bienvenida, Beth. Me alegro de conocerte. Has logrado impresionar a mi hermano, y eso no era tarea sencilla. Bien por ti.

—Gra… Gracias, señor—ensayó una reverencia que le salió rara, y se ruborizó.

—Callum.

—¡Papá! Gwen no quiere jugar espadas—El niño adorable que apareció era una mini réplica del laird, y la boca de Beth se extendió sin pensar. Cuando los ojos azules la miraron, y el niño sopló un rulo que le tapaba un ojo, sonrió más—. ¿Esta quién es?

—¡Scott!—Una apurada mujer, hermosa, llegó y se disculpó—. ¡Qué grosería! ¿Qué dirá Beth, la prometida del tío Hamish de tu comportamiento? Beth, bienvenida—le dijo—. Soy Heather.

—Hola, encantada—Otra reverencia muy mala—. Gracias por recibirme, y por permitirme…

—Esta es la casa de los MacLaren, y quien ama a uno, es bienvenida—dijo Callum.

—Es bonita. ¿Tío Ham va a casarse?—dijo Scott, imitando la postura de su padre.

—Vamos, deja de ser un rufián indiscreto. Vamos a buscar a Alec, él te enseñará trucos para cazar. No hay otro como él.

—¡Alec, gran cazador! Pero dile que me escuche bien, no me contesta cuando le hablo..

Las risas se perdieron.

—¿Ves? Normales, no tenías que estar tan tensa. Vamos a la parte alta, te encantará.

Cuando arribaron a la terraza sur el sol bajaba, dejando una línea de oro sobre el lago. Beth apoyó las manos en la piedra fría del muro, sintiendo el contraste entre la tibieza del aire y el frío del granito.

El viento la despeinó. Hamish reaccionó antes de que ella sintiera frío: ajustó su chaqueta, la acercó a él hasta que la tuvo contra su costado, abrazándola sin ceñirla. Su brazo sostenía y la enraizaba.

Bajó su rostro y le rozó una de sus mejillas con la nariz, apenas un toque, un soplo de calor.

—No cambiaría este momento por otro. Todos contigo son especiales. Así ha sido desde que te conocí, Beth—murmuró—. Tú no tienes idea de lo que me haces. Te echo de menos cuando no te puedo ir a ver. Estoy pensando qué estarás haciendo, si estarás abrigada, si habrás leído alguna de las frases que subrayé.

—Lo hago. Las encuentro… Especiales, porque sé que las eliges.

—Con cuidado, para expresarte lo que quiero y siento.

Ella giró la cabeza para responder, y entonces se topó con su boca a centímetros. Bastó que él bajara para que sus labios conectaran con decisión, con intención y premura, más urgidos que la vez primera.

Pasaron los minutos y sus bocas no dejaron de explorarse, inquietas, necesitadas. Sus dedos quedaron atrapados en la tela de su camisa, tirando de él sin darse cuenta. Hamish sonrió contra sus labios.

—Tha mo chridhe nad làmhan —susurró en gaélico—. *Mi corazón está en tus manos.*

+++

Hamish no la besó de inmediato otra vez. Se quedó mirándola. El viento le había soltado algunos mechones del cabello y Beth tenía las mejillas encendidas, los labios aún entreabiertos, como si no hubiera terminado de volver a la realidad.

Detrás de ella, las tierras se extendían hasta donde alcanzaba la vista: colinas conocidas, senderos que había recorrido desde niño, los verdes que eran parte de él.

Abajo, en el patio central, Heather reía por algo que Callum acababa de decirle. Su cuñada se inclinó hacia su esposo, le dio un leve empujón en el brazo; Callum negó con la cabeza, divertido. Era una escena doméstica, mínima.

Casi todo lo que le importaba estaba aquí, y Beth dominaba el espectro. Hamish lo entendió con una claridad absoluta. No era impulso. No era vértigo. Era elección.

No se equivocaba al apresurar la decisión, al dar el paso. Su relación se había construido lenta, en cada interacción, en cada encuentro.

Soltó la mano de Beth solo para ir al hueco en el que solían esconder objetos desde niños. La bolsa de tela gruesa estaba allí. Gwen había cumplido.

La trajo y desarmó el nudo. Beth frunció apenas el ceño, confundida. Hamish respiró hondo.

—Beth…

Ella alzó la vista. Sus ojos eran enormes.

Sacó la corona de brezo blanco. Nada ostentoso. Flores pequeñas, firmes, todavía frescas.

—No quiero apresurarte —dijo él, con voz grave, controlada—. Pero necesito decir esto.

Dio un paso más cerca. No invadió. Se ofreció.

—Estas tierras, este nombre, esta casa son mi vida. La de los míos. Vivía plácido aquí, pero conocerte me ha hecho entender que no era feliz. No por completo. Los sitios que amo tienen más sentido para mí si estás tú. No te quiero aquí como visita. No como promesa vaga.

Levantó la corona apenas, lo justo para que ella entendiera.

—Quiero que seas mi esposa. Que compartas mi vida, aquí, conmigo. Que tomes mi apellido si así lo deseas, y mi hogar como tuyo, sin reservas.

Beth no respondió. Sus piernas cedieron un poco. Hamish lo notó y la sostuvo por la cintura, firme, anclándola sin quitarle espacio. Ella se aferró a su chaqueta, como si el suelo se hubiera vuelto demasiado blando.

—No tienes que responder ahora —añadió—. Pero no quería que lo dudases ni un instante: esto lo he pensado. Lo he elegido.

Beth levantó la mirada, con lágrimas contenidas, sin voz todavía. Hamish levantó la corona y, con un gesto lento, respetuoso, la apoyó sobre su cabello despeinado por el viento.

—Si dices que sí —murmuró—, lo gritaré alto y pronto lo sabrán todos.

El silencio se estiró un segundo más. Luego, Beth asintió.

—Sí —dijo, apenas audible.

Hamish cerró los ojos al abrazarla, como si el mundo acabara de acomodarse en su lugar exacto. No hubo aplausos, ni testigos cercanos. Solo el viento, las tierras antiguas y la certeza.

-¡Dijo que sí!-aulló, y las palabras en el aire hicieron eco, y hubo gritos de júbilo. Gwen había puesto a todos sobre aviso.

Capítulo 33



La señora MacDour lloró cuando Beth se lo contó. No fue un llanto contenido ni digno. Fue franco, sonoro, con la mano apretada contra el pecho, como si algo que había sostenido demasiado tiempo acabara de soltarse.

La abrazó con una fuerza que Beth no esperaba, el delantal áspero contra su mejilla, el cuerpo entero de la mujer temblando.

—Ay, niña… —dijo entre sollozos—. Ay, bendita seas.

Se apartó solo lo suficiente para mirarla a la cara, tomarla por los hombros, volver a abrazarla.

—Por fin alguien te mira como mereces —repitió, ahora con la voz firme—. Ya era hora.

No le dio tiempo a dudar ni a disculparse. La llevó afuera, parloteando, rumbo a la casa de la costurera, llamando a voces a quien se cruzara.

—¡Que se entere todo el mundo! —decía—. ¡Que esta casa va a tener boda!

Esta las atendió de inmediato, y sacó la cinta de medir apenas escuchó boda y vestido.

—Quietita —ordenó—. Respira.

Beth obedeció.

La cinta rodeó su pecho, su cintura, sus caderas. La señora MacDour anotaba los números, asentía, negaba con la cabeza, y la otra ajustaba.

—Nada de encogerse —la reprendió la mujer con suavidad—. El vestido debe ser especial, como corresponde a la futura señora de un MacLaren. No dudo que Gwen pasará a inspeccionarlo.

Eso esperaba. ¿Qué sabía ella de telas, de vestidos?

—Vas a estar preciosa —dictaminó MacDour, limpiándose los ojos —. Pre-ci-o-sa. Ese muchacho no va a saber dónde meterse.

Beth rio, sorprendida por el sonido, por la ligereza que le subía desde el pecho.

Bajaron luego, y la noticia ya corría. Una vecina paró a felicitar, y se armó una pequeña multitud alrededor que opinaba y gesticulaba.

—Hamish casado, ¡quién lo diría!

—Ha logrado lo que ninguna —dijo una, con una risa cómplice—. Tenerlo quieto.

Beth no sabía qué decir, salvo sonreír y agradecer, sin costumbre de estar en el centro de atención. Por dentro su corazón trinaba, quería cantar, reír.

—Hamish es especial y perfecto —murmuró.

El hombre protector que había llegado a ella sin espada, sin coraza, con una sonrisa, libros, y un corazón abierto para ella. Su fuerza estaba en su inquebrantable voluntad y en su inteligencia.

Algunos la cuestionarían cuando supieran que la eligió, pero ese sería su problema. Beth estaba fascinada con ser la mujer que Hamish quería. A la que tomaría como esposa.

¡Esposa! Caminaba como si pisara nubes. Sonreía sin darse cuenta.

Entonces una voz áspera cruzó el aire, cargada de veneno. La hija del molinero dijo algo feo. Algo innecesario. Algo que dolió, que le recordó el ayer, pero la reacción inmediata de quienes la rodeaban le hicieron ver que no era igual.

La señora MacDour se giró en seco.

—Cállate —dijo, sin levantar la voz—. La envidia es fea y corroe. Y a ti ya se te nota demasiado.

—Eso, Ayléen, trago tu veneno y busca un incauto que te quiera —dijo otra.

La aludida se marchó con grandes pasos, rabiosa. Hubo risas, y el grupo se disipó. Beth siguió a MacDour adentro.

—Beth—dijo la mayor, volviéndose hacia ella—, escucha bien. Debes comenzar a darte tu lugar. Ya no eres la chica que llegó buscando cualquier trabajo que le diera refugio y comida. Trabajaste duro y sabes que este es un hogar para ti. Pero serás la esposa de

un hombre importante, y los demás deben respetarte. Y para eso hay que empezar por respetarse. Y quererse.

La sentó frente al tocador. Tomó el cepillo y comenzó a pasarle las cerdas por el cabello, despacio, con cuidado, como si cada gesto afirmara algo. Beth cerró los ojos un instante.

—Mírate —ordenó.

Beth obedeció. Vio sus ojos primero. Del color de las castañas maduras, grandes, atentos, enmarcados por pestañas negras que siempre habían estado allí y que ella había pasado por alto, como si no merecieran ser vistas.

Había en ellos una mezcla de cautela y curiosidad que, por primera vez, no le pareció un defecto.

Luego bajó la mirada al reflejo de su piel. Blanca, luminosa, sana. La alimentación regular, el descanso reciente, el cuidado ajeno habían hecho su trabajo sin pedir permiso.

No era una belleza frágil: era un cuerpo que empezaba a sentirse habitado, firme. La tersura se mantenía casi intacta, salvo en las manos, marcadas por el trabajo, por los inviernos y por todo lo que había tenido que hacer sin ayuda.

Manos honestas, pensó, aunque nunca se hubiera permitido ese juicio.

Su cabello caía, más largo, más allá de los hombros, espeso. Ya no era un estorbo ni un peso muerto: podía peinarlo, trenzarlo, sentirlo suyo. La señora MacDour lo acomodó con paciencia, separando mechones, como si cada gesto afirmara que aquel reflejo merecía cuidado.

Beth sostuvo la mirada un segundo más, y algo, muy despacio, empezó a acomodarse dentro de ella. Confianza.

—Eres bonita, dulce —dijo la señora MacDour—. Y eres lista. No una cosa o la otra. Las tres.

Beth tragó saliva. No discutió. Por primera vez, pensó que tal vez eso que veían era realmente lo que había.

++++

Hamish estaba junto a Beth cuando el pastor carraspeó y los murmullos y risas se acallaron solos.

Los bancos de la capilla del castillo estaban repletos: su familia en primer plano con sonrisas y alegría: Callum, Ewan, Gwen, los hermanos que amaba y lo apoyaban; Alec y Malcom, los primos que eran casi hermanos y con los que creció y maduró.

Señaló a Alec con un dedo y a la cruz, y este se estremeció y negó. El último de los MacLaren hombre soltero, esto era asombroso.

Se concentró en Beth. Su mano estaba tibia dentro de la suya. Ella le había pedido entrar juntos y así permanecer frente a Dios y a la multitud convocada para la boda, tímida como era, y Hamish no desoyó su pedido.

Estaban aquí para comenzar un camino juntos, que así fuera desde la ceremonia.

Ella era poesía, o la versión de esta que Hamish más disfrutaba. En su sencilla y natural belleza Beth deslumbraba. El cabello semi recogido con una cinta antigua y gastada en los bordes parecería fuera de sitio sino fuera tan significativa.

Beth se lo había contado esta mañana, sin lágrimas ni dramatismo: era de su madre. Lo único físico que conservaba del único ser que le dio recuerdos felices y que añoraba de su pasado.

Una prueba de que había existido. Hamish se hizo una promesa: iba a llenarle el futuro con momentos que hicieran memorias.

—Hermanos y hermanas, estamos reunidos en la presencia de Dios para dar testimonio de un compromiso que ha sido hecho con seriedad y conciencia.

El pastor los miró, y tanto Hamish como Beth asintieron. Era así. Desde el momento en que él se dio cuenta de lo que sentía quiso a Beth a su lado, en sus días y en sus noches, en su dormitorio, en su hogar.

—Beth —dijo—, ¿vienes aquí por tu propia voluntad para compartir tu vida con Hamish, sabiendo que un matrimonio no es refugio fácil, sino camino compartido?

—Sí —respondió ella.

No fue una voz fuerte, pero si firme. Cabeza alta, mirándolo a los ojos, desplegando una sonrisa para él como una flor se abría a los rayos del sol

—Hamish —continuó el pastor—, ¿vienes dispuesto a responder por esta mujer, no solo cuando sea sencillo, sino cuando vivir juntos requiera paciencia, acuerdos y renuncias?

Hamish gustaba de la poesía y la fantasía, pero no vivía en las nubes. No romantizaba el amor marital. Tenía ejemplos que le mostraban que era intenso, hermoso, pero no perfecto.

Había incomodidades. Pensó en Callum y Heather. En sus discusiones cortas en la cocina. En silencios incómodos que no duraban para siempre.

En cómo, aun cansados o molestos, seguían sentándose a la misma mesa, resolviendo lo que tocara resolver. Eso lo hacía vivo.

—Sí —dijo—. Lo estoy.

El pastor asintió, satisfecho.

—Entonces escuchen bien —añadió—. No prometen perfección. Prometen constancia. No se ofrecen comodidad, sino cuidado. Que el Señor los guarde y les enseñe a corregirse sin herirse y a sostenerse sin anularse.

El pastor juntó sus manos con un gesto simple, sin solemnidad impostada.

—Quedan unidos como marido y mujer.

Durante un segundo, nadie se movió. La luz que entraba por una de las ventanas laterales cayó de costado sobre Beth. Le encendió el cabello, suavizó el velo de humedad en sus ojos.

Hamish lo vio todo. Vio cómo ella respiraba hondo, como si recién entonces el peso de lo que estaba ocurriendo se acomodara en su sitio.

Scott apareció corriendo, serio en su urgencia. Traía doblado el plaid de los MacLaren.

—Beth es ahora parte de nuestro clan.

La suave exclamación y el llevarse la mano a la boca para contenerse lo dijo todo. Esta mujercita había escapado de sus vínculos biológicos, los que no fueron familia, no de verdad. La suya le daba la bienvenida.

Hamish tomó el tartán tradicional, que no por antiguo perdía valor para ellos, y desplegó la tela con cuidado para envolver los finos hombros de su amada. Con este regalo, su familia le demostraba a ella y a todos los presentes, que la acogían como miembro pleno.

Hamish apoyó la mano sobre el plaid, a la altura del corazón de ella.

—Bienvenida —dijo, apenas—. A casa. A mí.

La señora MacDour sollozó fuerte. Gwen sonrió, contenida, pero Hamish vio su emoción en cada plano de su cuerpo. Heather, Eleanor, Isabella, la tía Margaret… Un mar de rostros anunciaba felicidad para ellos. Hamish se hundía glorioso en la sensación de plenitud.

Alguien lanzó un *Dios los guarde,* y la capilla se llenó de deseos, de aplausos, de gritos de júbilo. Beth alzó la vista hacia él, sin palabras, con las piernas flojas y una certeza nueva prendida en el pecho.

La señora MacDour fue la primera en acercarse. Tomó el rostro de Beth entre sus manos y le dio un beso torpe en la frente.

—Dios te bendiga, querida —dijo, con la voz quebrada—. Dios te bendiga.

Gwen siguió, abrazando a Beth con calidez, y dándole a él un cachete juguetón. Ewan, Callum, Malcolm, Alec, y paró de contar. El clan entero lo rodeaba. Los rodeaba.

—Estás hermosa.

Scott y Malvina vinieron con sendos ramitos de flores, que tendieron a Beth. Ella se agachó para tomarlos y los besó con cariño.

—Yo elegí las flores—dijo Scott.

—Gracias. Son las más hermosas—dijo Beth, y la emoción se le coló en la voz.

Hamish observó la escena con maravilla. Su alegría lo desbordaba, pero era quieta, profunda. Lo que sentía no era vértigo ni triunfo. Era calma enamorada. De esa que permanece y nutre.

Beth no había llegado a su vida para llenar un vacío ruidoso, sino para ocupar un lugar que había estado ahí, esperando. Como esas

cosas que uno no sabe que necesita hasta que dejan de faltar.

Capítulo 34



Beth flotaba, emoción tras emoción golpeándola y sorprendiéndola. No estaba acostumbrada a sentir bonito tan fuerte y por largo tiempo. Pero así era desde que Hamish llegó a su vida, ¿o no?

Él había encendido la llama de la esperanza en ella sin saberlo, allá en aquel fortuito encuentro en Londres, y le dio dirección y brillo a una pequeña posibilidad.

Encontrarle, y que él fuese mejor de lo que fantaseó, que la viera de verdad y no retrocediera, que la amara… Era un regalo que tal vez merecía.

Ahí estaba, la diatriba de la señora MacDour, de Gwen, de Isabella, pero en particular y fundamental, de Hamish, comenzaba a tener efecto. Beth se veía distinto.

Rodeada de rostros alegres, de voces que felicitaban, de cuerpos que celebraban con ellos, de la familia que la recibía, se sintió pertenecer. En cada paso Hamish la guio y ancló con su brazo en la cintura o su mano tomando la de Beth.

Todo era bonito, por y para ella. La llevaron a una mesa, le pusieron una copa en la mano, alguien le acomodó el chal. La señora MacDour le dio un beso en la frente.

—Mírate —le dijo—. ¿Ves lo que eres ahora?

Beth asintió, sin palabras, la emoción atrapada en su garganta. Hamish no la soltaba. La presentaba con naturalidad.

—Mi esposa.

Terratenientes, vecinos, rostros que había visto de lejos. Nadie la interrogó. Nadie la midió. Sonrisas. Comentarios simples. Un <<bienvenida>> aquí, un <<qué alegría>> allá.

Cuando comenzó la música, Beth quiso retroceder.

—Yo no sé… —murmuró.

Hamish bajó la cabeza hacia ella.

—Entonces baila conmigo. Yo sé menos.

La hizo girar apenas, lo justo para esconder su torpeza entre otras parejas. No era un baile perfecto. Era un balanceo, una risa contenida, el calor de su mano firme en su espalda.

Beth apoyó la frente en su hombro un segundo, y se dejó abrazar por un Hamish exuberante, y alegre que susurraba dulzuras y promesas en su oído. El cuerpo le vibraba de alegría y de incredulidad. El amor la rodeaba. La alcanzaba. La sostenía.

Las horas pasaron como si volaran, y de pronto estaba siendo cargada por Hamish escaleras arriba, colgada de su cuello y su cabeza casi enterrada en él hueco entre este y su hombro, disfrutando de la tibieza del cuerpo poderoso que avanzaba como si fuese ingrávida.

Cuando la puerta del dormitorio de Hamish, ahora suyo también, se cerró y él la depositó en el piso con suavidad, entendió que era el momento de la entrega física. Esa que siempre había detestado, temido, la que había visto como sucia, un intercambio. Una amenaza.

Beth había crecido sin que la guardaran de visiones escabrosas que tenían como común denominador la transacción. El cuerpo se vendía como una mercancía, y no se disfrutaba.

Se soportaba, así decía Lucy, y Beth había visto muchos ojos sin brillo en los rostros de las pobres que su padre o Thomas ofrecían. Así que era entendible que estuviese ansiosa, nerviosa e incluso que tuviese temor.

Pero este era Hamish. Él no la dañaría, no haría algo que la lastimase. Tragó saliva y cuando él se acercó, la abrazó por la cintura y la atrajo hacia él, se dejó llevar.

Su boca disfrutaba de los besos largos; sus labios se encendían al contacto con los de su esposo…. ¡Esposo!, pensó, todavía sin poder creerlo del todo.

Cerró los ojos y se dejó envolver por la dulce bruma que la recorría cuando él usaba su lengua para acariciar la suya y meterse

en su cavidad, para lamer sus labios. Lo dejó hilar besos por su rostro, lento y suave, y de ahí hacia su cuello.

—Beth, seré gentil, te lo prometo. Esto será como cada cosa que hemos hecho juntos: al ritmo que ambos queramos.

—Sí—asintió, y elevó su cabeza para obtener un poquito más de esa dulce sensación en su piel.

Parecía haber una conexión que unía lugares distantes de su cuerpo, y las sensaciones se multiplicaban a medida que él descendía por la garganta y hacia sus clavículas.

Ella le dejó hacer, consciente de que Hamish la conducía hacia el lecho y se arrodillaba frente a ella para quitar broches.

—Abre los ojos, Beth. Mírame. Mira a tu esposo admirarte y desearte, porque así es como debe ser. Voy a adorarte, mi querida… —susurró él, mientras sus ojos parecían atesorar cada tramo de piel que se descubría ante ellos.

Cuando Beth estuvo solo cubierta por la camisa que apenas disimulaba su figura, él se incorporó y retrocedió. Su figura alta y masculina dominaba la habitación, y cuando él comenzó a quitarse la ropa, Beth no pudo dejar de mirarlo. La luz de las velas ponía toques amarillentos y dejaba sitios de penumbra, pero su figura era potente.

Cuando quedó en camisa, dudó, pero finalmente la quitó y quedó desnudo ante ella. La observó, y sonrió, agitando su cabeza, y vino hacia ella. Beth se agitó y se puso rojo grana, pero él tomó su mano y la tiró para elevarla. Sus cuerpos quedaron a milímetros, y el calor se trasmitía.

—¿Estás bien, Beth?

Ella asintió, y él envolvió su mano en la base de su cabeza y la posicionó para que recibiera su boca, atrayéndola hacia sí, de modo que Beth sintió su torso, su abdomen, su hombría pegándose a ella, la tela apenas una excusa.

Hamish estaba duro, tenso, y su boca besaba con posesiva necesidad.

Beth se tomó de sus hombros y profundizó el beso, rozando sus pechos contra el torso desnudo, sus pezones tensos y una necesidad creciente naciéndole en la pelvis.

Quería a Hamish con su corazón y su cuerpo lo necesitaba, ¿por qué temer? ¿A qué?

—Hamish…

—Beth, no sabes… No te imaginas lo mucho que deseo esto. Pero si no estás lista…

—Lo estoy—susurró—. Guíame.

Él deslizó la camisa hacia arriba y entonces quedó sin barreras ante su mirada voraz, aunque gentil. Sus manos acariciaron desde sus hombros hasta sus manos, desde allí saltaron a sus caderas y por sus costados subieron lentas, explorando. Luego, sopesaron sus senos y sus yemas recorrieron los contornos hasta llegar a los picos. Sopló sobre uno y se sintió cálido.

Beth tembló y se sintió más húmeda. Parpadeó, y él rozó su pulgar sobre el otro pezón una, dos, tres veces, y su intimidad vibró.

¿Qué le hacía? No podía dejar de sentir. Quería más de estas sensaciones.

Él la observó serio, resguardado, como si se estuviese conteniendo. Su boca descendió y su lengua recorrió desde el hueco de su clavícula hasta el escote, y desde allí al centro de su seno, tomándolo y succionando con suavidad.

Sonidos desconocidos brotaron y la sorprendieron, y Hamish sonrió satisfecho, dejando que su lengua fuese protagonista.

Beth explotaba por sus sentidos. Sus manos tocaron la piel cálida y se regodearon en los planos de los omoplatos, de su torso. Sus ojos se llenaron de él, de sus expresiones, y cuando él dejó de hablar y fue gruñidos, comprendió que ella lo desarmaba y esta no era una posesión ni implicaba roles.

Él no la sometía, la liberaba; ella no dejaba que la usara, el amor que se tenían se volvía físico.

Cuando él la empujó suave sobre la cama, por un momento Beth se paralizó, y una voz odiada pasó por su cabeza: *trabajar sobre tu espalda*, le había dicho Thomas.

La mano de Hamish acunando su mejilla la trajo a la verdad de su realidad. Este era su esposo adorándola, y ella sintiendo.

Sus caricias suaves con manos y boca la prepararon, y para cuando sintió la dureza de su miembro contra su intimidad, ella

estaba húmeda, expectante, abierta y necesitada, su respiración agitada.

Hamish ingresó a ella con gentileza, sin apuro, pero con decisión, y Beth abrió sus piernas para darle más sitio.

—Eso, mi hermosa Beth… Déjame entrar… Deja que me cuele en lo más profundo de tu cuerpo.

Se arqueó hacia arriba para recibirlo más, para pegarse y volverse una, y dejó que sus labios se besaran con furiosa decisión, mientras él empujaba y se colaba, hasta romper la resistencia interna, que se sintió un leve ardor, pero que no fue nada ante la magnitud de sensaciones que vinieron después.

Fueron temblores al unísono, gemidos enredados, piernas, brazos y pelvis pegadas, explosión incrédula, pasión desconocida, y Beth se entregó a la experiencia más trascendente que hubiese atravesado. En el clímax de la pasión conjunta se consumó el matrimonio menos pensado.

+++

Hamish respiró hondo y no se movió. Beth dormía sobre su pecho, abandonada por completo al peso del descanso. La cubrió mejor con la manta, cuidando no despertarla.

A la luz baja del fuego, su rostro había perdido toda tensión: la boca entreabierta, las pestañas apoyadas sin defensa, la serenidad del abandono y la confianza en su expresión.

Le apartó un mechón del cabello de la frente. La consumación había sido perfección, no podía definirla de otro modo.

Al principio, el cuerpo de Beth había estado rígido bajo sus manos, atento, expectante, como si aguardara el momento en que algo se torciera.

Hamish lo había sentido: el pulso acelerado, la respiración corta, esa contención del que espera con temor. No la apuró, pero actuó. Guiando, venerando, cuidando.

La sostuvo cuando tembló. La dejó marcar el ritmo cuando dudó. Esperó a que respondiera, sin exigir, mostrando lo que podía ser y gozando cuando ella aceptaba.

Recordó el instante exacto en que su cuerpo cambió. No de golpe, sino como cambia el agua cuando deja los rápidos y se vuelve mansa.

Beth había empezado a responder, insegura pero presente, descubriendo sensaciones que no pedían nada a cambio. Había vibrado entre sus brazos, no por ansiedad, sino por reconocimiento.

Hamish cerró los ojos un segundo. Siempre había conocido el cuerpo femenino como un lugar donde distraerse, donde apagar ruidos. Nunca como un espacio compartido.

Nunca como esto. Con Beth, no hubo urgencia ni fuga. Hubo aprendizaje.

La recordó explorándolo con cuidado, como si él fuera algo nuevo y valioso, no un hombre acostumbrado al contacto. Sus dedos recorriendo su rostro, su cuello, deteniéndose como quien memoriza.

Esa delicadeza lo había desarmado más que cualquier pasión desbordada.

Ella había apoyado la frente en la suya al final, respirando aún agitada, y había susurrado, casi sorprendida de sí misma:

—Nunca pensé que podría ser así. Todo lo que conocía era uso… miedo.

Hamish no había respondido con palabras. No hacían falta. La sostuvo. Y mientras lo hacía, su mente procesaba y entendía: disfrutar del cuerpo de una mujer a la que se amaba era la forma más perfecta de entrega.

¿Cómo aceptar menos cuando se alcanzaba el Paraíso?

Ahora, con Beth dormida sobre su pecho, sintió cómo sus respiraciones volvían a acompasarse. La mano de ella descansaba abierta sobre la suya, sin tensión, sin reflejo de huida.

Hamish apoyó la barbilla en su cabello. Beth era su primera vez en el único sentido que importaba: no solo piel, no solo deseo. Conexión. Entrega. Un lugar donde quedarse.

Sí, sus hermanos rodarían ojos si lo expresara así. Alec correría despavorido ante su palabrería libresca. Pero estaba seguro de que Callum, Ewan y Malcolm sentían similar, aunque no pudieran elaborarlo como él, que gustaba de las frases. No era vacías, empero; estaban llenas de verdad.

Capítulo 35



El fuego era pequeño y mal alimentado, pero alcanzaba para calentar las manos. Thomas estaba agachado, removiendo las brasas con un palo, maldiciendo este lugar, cuando oyó los pasos del que retornaba.

No alzó la vista de inmediato. Esperó. Le gustaba que los otros hablaran primero.

—Se casó —dijo el hombre apenas llegó, masticando un pedazo de carne seca, indudablemente robada—. Hace cuatro días, en la iglesia del castillo.

El palo se detuvo y su rostro giró para mirar al que hablaba.

—¿Qué dijiste?

—Boda —repitió—. Con uno de esos MacLaren. La gente no parece cansarse de hablar de eso. ¡Quién lo hubiera dicho, tu hermana viviendo con un hombre rico y poderoso!

—¡Sí que se te escapó de las manos, Thomas! Ella viviendo la gran vida mientras tú regenteas ese burdel que va da mal en peor— acotó el otro que había aceptado el pago para acompañarlo desde Londres.

Thomas sintió su sangre hervir y llevar calor a su cabeza. Apretó los dientes. Durante un segundo no vio el campamento, ni el bosque húmedo, ni la noche cerrándose: vio las manos vacías.

La sensación exacta de lo se le había escurrido. La que, se corrigió, furioso. Esa maldita que siempre se había creído distinta, superior, como si pudiese escapar del destino marginal.

Al parecer, así era. Se incorporó con violencia, apartándose de los dos que se mofaban de la situación, regodeándose en su ira. Esa perra era esquiva, tenía que reconocerlo. Había pensado que la

atraparía cuando encontró el cuerpo de su padre frio, y ella no estaba. Pero Beth se había evaporado. Como si la tierra se la hubiera tragado.

—Dicen que vive en el castillo ahora —continuó el hombre—. Que es señora. Que la tratan como si…

Thomas se acercó y lanzó un palo al fuego. Las brasas saltaron.

—¡Cállate!

Esto no podía terminar así. Tenían cuentas pendientes, y la perspectiva de un negocio redondo si lograba atraparla.

¿Cuán difícil podría ser? Ella estaría confiada, segura de que había ganado, de que no había peligro. Eso la volvía presa fácil. Solo había que esperar. Sí, eso tenía que hacer.

Lord Ashcroft pagaría bien, muy bien. Ese noble estaba mal de la cabeza, no se entendía de otro modo esa obsesión con Beth, que era un esperpento insípido.

Tu hermana está en las tierras del clan MacLaren. Ve allá, tráela, y estas libras se multiplicarán. Avísame en cuanto la tengas.

—Esto no cambia nada.

—¿Cómo que no?—vociferó uno—. ¿Estás mal de la cabeza? Esos hombres nos despedazarán si nos acercamos.

—No si lo hacemos con astucia—dijo, ya más calmado—. Tenemos que vigilar, estar atentos. Cuando ella vaya al pueblo, la atraparemos.

—¡Dijiste que era cosa de venir, atraparla y ya!

—Serán un par de días. ¿No estás comiendo mejor que en tu casa? Y esa ropa no la tendrías allá.

—Eso es cierto. Pero no podemos hacernos ver mucho, o atosigar a esos granjeros, o nos perseguirán como demonios a los pecadores.

—Esto te costará más.

Asintió, tenso y pensativo. No veía la hora de irse de aquí. Escocia. Odiaba este lugar. La humedad. El verde. La gente que miraba de frente. Pero robar comida era fácil. Nadie vigilaba de verdad.

—Cuando la atrapemos, la sedamos y nos colamos en el vagón de carga.

Bien. Bien. Ese era un buen plan. Tocaba vigilar y esperar.

Fue menos tiempo del pensado. En el segundo día de controlar el camino que llevaba desde el castillo al poblado, la vieron pasar en un carruaje liviano conducida por cochero.

De no haber estado flanqueada por un gigantón a caballo que tenía arco, flechas, cuchillos y la actitud fiera de un guerrero, la hubiesen atrapado allí mismo.

Esperaron el retorno por medio día, al refugio de los árboles del bosque. Cuando el aviso llegó, Thomas ya estaba de pie.

—Viene sola —susurró uno—. Con cochero. Por el sendero del bosquecillo.

Thomas sonrió. Fue una mueca breve, satisfecha. Ahí estaba, el precio a la paciencia. La visión de libras en su mano, de la revancha, del retorno, endulzaron la espera.

Todo fue rápido. El cochero, un joven, detuvo los caballos cuando uno de ellos le salió delante. Llegar a él y partirle el cráneo fue cosa sencilla. No le dieron tiempo a reaccionar. El ruido fue seco. Final.

Lo mejor fue la faz de su hermanita al reconocerlo. Sus ojos desmesurándose con terror, y su boca abriéndose para gritar. Lo logró una vez antes de que cayera sobre ella con la fuerza de una penitencia sobre un pecador. Rio al pensar en la idiotez de su pensar.

La apretó con saña, luchando para inmovilizarla. Gritó para que le dieran la cuerda, y la dio vuelta con violencia, regodeándose en su dolor físico y en su desesperación.

Thomas se inclinó sobre ella.

—Pensaste que habías salido —le dijo, muy bajo—. Que te habías salvado. ¡Piensa otra vez, hermanita!—La sujetó con firmeza, disfrutando no del golpe, sino del quiebre. De ese instante exacto en que el cuerpo entiende que no hay salida—. Creíste que existe el cielo para gente como nosotros.

—¡Déjame! Mi esposo… Vendrá por mí, te matará…

Hubo risas, la de él la más fuerte.

—Terminó el sueño. Lord Ashcroft te espera, Beth. Está impaciente, no puede esperar.

+++

Beth volvía de visitar a la señora MacDour, todavía riendo ante la imagen del esposo alimentando a la liebre con lechugas de la huerta.

<<El tonto, la cazó porque le comía los vegetales, y ahora le da de comer en boca>>, había suspirado la tabernera. Era su primera salida desde la boda, y todo se veía con una óptica distinta.

Probablemente era porque la gente la reconocía y la saludaba con más respeto, porque la paraban para felicitarla, o tan simple como que ella era otra.

Perdida en la contemplación de la vida buena que la rodeaba, no entendió al principio lo que ocurría, tan sorpresivo y veloz fue el ataque.

Sintió un sacudón, luego el chofer desapareció de la vista, y entonces Thomas apareció a su lado, los dientes amarillos y el aliento decadente sobre ella, sin dejar de hablar.

El shock de ver a su hermano la inmovilizó, y fue más tremendo que los golpes que siguieron.

El primero no fue el peor, fue el segundo el que le robó el aire, el que le hizo comprender que no estaba soñando, que aquello no era un tropiezo ni una amenaza vacía.

El mundo se le desordenó en sacudidas breves: el suelo de madera contra su rostro, una rodilla sobre su espalda para reducirla, manos que ataban sus muñecas y sus pies.

Palabras que no cesaban, que amenazaban, que dañaban. Las garras del pasado envolviéndola para teñir de inmundicia su hoy y quebrarla.

Todo era demasiado. Dolía. Todo dolía. Pero el dolor físico era lo de menos. El miedo era un frío antiguo, reconocible.

El mismo de antes. El que había creído que no volvería a experimentar. El destino jugaba con ella y la arrancaba de la felicidad del matrimonio.

El carruaje arrancó con violencia en la dirección equivocada, alejándola. Beth quedó apretada entre cuerpos y madera, el hombro ardiendo, la cabeza latiendo con un zumbido espeso. Cada salto del camino le arrancaba un gemido que intentaba tragarse.

El nombre que Thomas había lanzado con triunfo se registró en su cabeza. *Lord Ashcroft*. ¡Él, él había dicho a Thomas donde estaba! Había enviado por ella.

El estupor provocó la rendición de su mente. Era demasiado. Esta era la prueba de que el pasado no se quedaba atrás porque una lo deseara. Era la mano que volvía a cerrarse cuando ya había empezado a creer.

Hamish. El nombre le atravesó el pecho sin sonido. No como palabra, sino como ausencia. Como una pérdida inmediata y absoluta.

Su esposo, su amor. El hombre que la había hecho ver que era posible querer y valorar. El que le había dado paz. Seguridad. Amor. Un hogar.

Y ahora se le escapaba entre los dedos, como si nunca hubiera sido real.

El carruaje avanzaba, traqueteando, alejándose del castillo, de la familia que la aceptó y que ella eligió, de las manos que la habían sostenido.

Beth apretó los ojos, cerró sus oídos, se desenganchó del mundo para no volverse loca.

Había alguna entidad sobrenatural que la odiaba, pensó, y no podía ser el Dios que el pastor decía. Tenía que ser una cruel que se reía de ella a carcajadas.

Su querido, dulce, amoroso Hamish, nunca sabría qué ocurrió. Tal vez creería que se evaporó y le abandonó.

Capítulo 36



Alec se acomodó en su lugar entre los árboles, arco tenso ya en la mano, a la espera del momento perfecto. Puso pie a tierra y estiró el brazo, pero cuando casi lanzaba la flecha, la súbita irrupción de la figura femenina en la trayectoria lo frenó.

Entrecerró sus ojos para identificar a la que avanzaba con cuidado, mirando hacia abajo, sin ver a la presa que se espantaba, tonto animal ignorante de que la que lo asustaba era la que le salvó la vida.

Con fascinación la observó hincarse y mover sus manos con habilidad para arrancar hojas y ramitas que guardaba en un bolso de cuero cruzado por su cuerpo. No la reconocía. Su cabello rojizo, su perfil delicado, su figura rotunda… No, no la había visto en su vida.

Se arrancó de la contemplación con esfuerzo y retrocedió para alejarse antes de que ella lo viera y creyera que representaba peligro. Debería ser más cuidadosa, pensó, uno nunca sabía qué o quién rondaba en el corazón del bosque.

Algo en el aire se alteró, inexplicable, pero cierto. Avanzó, orientando su oído bueno para poder escuchar. Su audición, el que había sido el más afilado de sus sentidos, el que aguzaba desde niño en estos bosques cazando con habilidad, había desaparecido en la Guerra de Crimea, junto con su versión inocente del mundo.

Un grito sonó, ahogado, corto, pero suficiente para ponerlo en alerta. Era una voz femenina, no había dudas.

No pensó. No dudó. El cuerpo reaccionó antes que la mente. Corrió hacia el caballo, montó de un salto y siguió su instinto.

Al salir de la arboleda, vio el carruaje del castillo perderse más adelante, el que había acompañado más temprano. El que había

usado Beth para ir al pueblo. Algo iba mal. Vio entonces el cuerpo al borde del camino, y se estremeció.

No, no, pensó, desolado. Fue hasta la figura del joven cochero con el que había bromeado antes de separarse por la mañana. Lo movió, pero no había vida en sus ojos abiertos, y la sangre corría de las heridas en su cabeza y cuello.

Le habían matado con vicio, con saña. Apretó sus puños, y tomó aire, para luego cerrar los ojos del muchacho que apenas había comenzado a conocer el mundo. No podía hacer nada por él, pero si por Beth. Y debía apurarse.

De un salto se incorporó y montó, azuzando al corcel a correr para alcanzar el vehículo. Por unos cientos de metros no lo vio, pero luego lo encontró adelante, a los tumbos.

El guerrero astuto y estratega en él despertó. No podía atacarles sin sentido, cargando sin pensar. No tenía idea de quiénes eran, o cuántos, Veía a dos, pero podían ser más.

Se mantuvo sobre un costado del camino, sobre el pasto, atemperando las pisadas del caballo. Sabía lo que pasaba cuando los hombres se sentían acorralados: lastimaban lo que tenían cerca. Y tenían a Beth con ellos.

Los vio entre parar a medida que el trillo se volvía camino y se acomodaban a un paso rápido, pero no frenético. Intentando normalidad. Iban rumbo a la estación del ferrocarril y esto lo alertó. Tenía que avisar a la familia, y ya.

Se internó en el bosque y se dirigió al galope cerrado para tomar el atajo que le permitiría pasar por las tierras O´Hara. Al pasar los vio arando y fue a ellos:

—Eh, eh. ¡Monta al castillo rápido y di a Hamish que su esposa fue raptada! La llevan a la estación del ferrocarril. Voy tras ellos.

Siguió su loca carrera y miró atrás para corroborar que le obedecían. El mayor de los hijos ya montaba mientras los otros quitaban el caballo del arado.

Visiones de catástrofe comenzaron a hostigarlo, un dolor sordo creció en el lado derecho de su cabeza, pero no se permitió decaer.

El atajo le daba unos minutos que necesitaba, y cuando tuvo adelante la estación, a los gritos pidió paso entre ultrajados

pasajeros, llegando a la locomotora. Se asomó al interior y a voces alertó al maquinista:

—¡Tú, escucha! Bandidos vienen hacia acá. Intentan llevarse a una mujer, la esposa de un MacLaren.

—¿Qué? ¿Qué dice?—dijo el hombre, su cara y manos negras de maniobrar con carbón, desconfiado.

Alec mostró su tartán y con voz helada aclaró:

—Si este tren parte de la estación sin mi permiso, me aseguraré de que tu cabeza ruede.

No aclaró más, y si estaba lejos de la violencia que proponía, el hombre no lo sabía. Fustigó su caballo y fue a ponerse a resguardo en un lugar donde pudiera ver llegar al vehículo y diseñar la estrategia necesaria.

—Psst, Alec, ¿qué ocurre?

Miró al que vendía boletos, que había dejado su sitio para venir hasta él. Era el hijo de uno de los arrendatarios de Callum.

—Unos bandidos vienen hacia acá, y raptaron a la mujer de Hamish. Espero refuerzos, pero este tren no puede salir hasta que no esté a salvo.

El hombre palideció, pero asintió con gravedad.

—Avisaré a los pasajeros que habrá refrigerios adentro. Eso quitará a la gente del paso y evitará protestas ante el retraso.

Asintió sin dejar de mirar al camino. Actuaría cuando fuese necesario, solo o con refuerzos. Esperaba que con estos.

La espera se alargó más de lo pensado, y por unos minutos temió haberse equivocado, y los nervios aumentaron. Entonces, vio al vehículo aparecer en el recodo lejano y avanzar hacia la estación. Una de las ruedas tenía un problema, dedujo, por el vaivén del carruaje.

Había algunos pasajeros sentados, pero la mayoría estaba adentro, atraída por los gritos del boletero minutos atrás. Alec vio que quien conducía dirigía los caballos para que avanzaran paralelos al ferrocarril y hasta uno de los últimos vagones de carga, que irían vacíos hasta que se llenaran en futuras estaciones.

Con calma bajó de su corcel y se movió para mirar qué hacían. Pegado al vagón final, los vio. Eran tres, malencarados, y uno de

ellos llevaba la voz cantante.

—¡Rápido! Esto va a arrancar en cualquier momento. Súbanla.

La pobre Beth estaba atada de pies y manos, y estaba golpeada. Su rostro… Alec se estremeció: reconocía esa mirada vacía que había perdido registro de lo que le pasaba. Se estremeció, maldiciendo en su mente.

Se hizo atrás y tanteó el cuchillo que portaba en su cinto. Luego, se decidió por el arco; esto le permitiría abatir a alguno de lejos y disminuir enemigos. Estaba listo.

+++

Hamish nunca había montado tan rápido. Uno con su corcel, volaba por los atajos de toda la vida, esos que interconectaban a la comarca y la hacían más pequeña. Su corazón latía en su garganta, en sus oídos, en el pecho.

Los gritos del joven O´Hara serían su pesadilla de aquí a la eternidad.

<<¡Alec dice que bandidos raptaron a la esposa de Hamish! Los persigue a la estación de ferrocarril>>.

No esperó, no llamó, no organizó. Corrió en busca de su caballo y avanzó. Sí, fue consciente de que otros venían con él, que gritaban, que trataban de calmarlo, Callum la voz más fuerte. Pero no podía frenar.

Beth, Beth, Beth… Su esposa estaba en peligro. Alguien se había atrevido a tocarla, a llevarla, y pagaría con sangre por eso.

—¡Hamish, razona! No podemos cargar ciegos—gritó Callum cuando ya casi llegaban, y le dio un golpe en el hombro, a la carrera a su lado.

—¡No me digas qué hacer! Si algo le pasa, si se la llevan…

—¡Alec está allí, no lo permitirá! Sabes que él hará lo necesario, Hamish. Vamos, tenemos que ir por el otro lado, llegar por la parte trasera.

Obedeció, y cuando salieron al descubierto y vieron adelante las cajas de madera rotas, hierros viejos, fardos y más del área que los pasajeros no transitaban, se detuvieron y bajaron.

Callum le señaló a Alec, que estaba con el arco tenso detrás del vagón final. Hacia él corrieron, sobresaltándolo levemente al aparecer, dando cuenta de lo que le costaba a su primo escuchar.

—¿Dónde?—urgió.

—Dos vagones más allá. Son tres.

Callum le detuvo cuando ya avanzaba.

—Voy yo por este lado y llamo su atención para que se acerquen a esta puerta. Ustedes esperan por la otra lateral, abran e ingresen rápido.

Asintió, respirando hondo, y Alec y él se movieron en la dirección señalada. Las trancas de las puertas eran sencillas, externas. Mientras esperaban, sus ojos conectaron, y Alec hizo un gesto de pesar.

—Mataron al conductor, al muchacho.

Se le revolvió el estómago.

—¿Quiénes son?

—No lo sé, pero ingleses, eso es seguro.

Callum alzó la voz desde el otro lado, un grito firme:

—¡Sabemos que están ahí, y no tienen escapatoria! ¡Salgan ahora o iremos por ustedes!

Se escuchó el ruido de voces que discutían, y Alec tomó la tranca de metal.

—¡Última advertencia! Se metieron con una MacLaren. ¡Si algo le ha pasado, morirán lento y con dolor!

Hamish hizo la seña y Alec destrabó la puerta y la abrió con fuerza, y ante ellos quedaron tres hombres, que miraban a los dos lados enloquecidos. Uno de ellos se tiró de rodillas y gritó su rendición. El otro llevó la mano a su cintura, pero antes de que sacara nada, una flecha se le clavó en el corazón.

El tercero corrió hacia la figura de Beth, que Hamish vio inerte. Se lanzó adentro sin más y estuvo sobre él antes de que pudiera tocarla.

Entonces no hubo contención posible. Golpeó y golpeó con saña, con ira, con desesperación, hasta que Alec le gritó.

—¡Hamish! ¡Para, para! ¡Ve con Beth!

Eso lo devolvió al mundo. Beth. ¡Beth!

Beth se había movido en el tumulto, estaba sobre un rincón, mirando y temblando, sus dientes castañeteando. Los ojos abiertos, pero lejos.

Fue a ella con cuidado y la enderezó, para luego atraerla contra él. Su cuerpo rígido no cedía, parecía en trance.

La sangre se le coló en la boca cuando besó su frente, sus sienes, mientras acariciaba su cabello y repetía:

—Estoy aquí —le dijo—. Ya pasó. Ya pasó.

No sabía si ella lo oía. No lo parecía, aunque minúsculos trazos de calma aparecieron con los minutos. Mientras Callum, Alec y otros se encargaban de los dos bastardos vivos, él contuvo, habló y habló hasta que la garganta le ardió y sus brazos y piernas se durmieron. Y siguió.

Solo cuando ella se estremeció y sollozó, y se quebró en su pecho en desgarrador llanto, Hamish respiró bien. Estaba herida, estaba desolada y el miedo la llenaba, pero estaba viva y estaría bien. Con él.

—Él… Él… Quería… llevarme… Llevarme de vuelta.

—No pasará. Estás a salvo, conmigo. Los detuvimos. Irán a prisión—Aseguró. Luego de un rato, preguntó—. ¿Quién es?

—Thomas—musitó.

Lo imaginó, pero la confirmación hacía de este algo más que un intento casual de hacer dinero. Esto era pensado, planeado.

—¿Cómo está?—preguntó Callum, subiendo al vagón.

Hamish apoyó su mentón en la cabeza de Beth, suave.

—Estará bien, porque está a salvo y conmigo.

—Ashcroft lo envió—dijo ella entonces, bajito, y el shock sacudió a los dos hermanos.

Hamish no dijo nada, se guardó la ira, los deseos de venganza que venían a su mente con velocidad. Miró a su hermano y demandó, sin palabras, y este asintió. No había dos lecturas en esto. Ese noble debía pagar.

—Lleva a Beth al castillo. Me encargaré de todo. No temas—Callum se agachó enfrente a Beth—. Estos dos hombres no escaparán. Serán trasladados a las mazmorras de Edimburgo, y Malcolm se encargará de que no vean la luz del sol, lo prometo. Y

ese noble va a conocer el largo brazo de los MacLaren. Tenemos amigos poderosos en Londres, Beth. Vamos a cobrar lo que se nos debe.

Ella asintió con debilidad. Hamish maniobró para tomarla en brazos y la bajó del vagón, llevándola a una habitación que le indicaron en la estación, donde la vio el médico un rato más tarde. Desinfectó heridas y recomendó tisana para los golpes, y descanso.

Finalmente, Gwen apareció con un vehículo y le ayudó a trasladarla. En el trayecto, Beth durmió. Hamish estaba sin palabras.

Gwen le tomó la mano y apretó, y él suspiró. Recién ahora procesaba el miedo feroz que había pasado, el temor atávico a perderla. Si por él fuera, ese maldito Thomas estaría muerto.

—Callum se encargará, Ham. Y escribiré al duque para reforzar la idea de que ese noble debe caer. Sea como sea—indicó, sus dientes apretados.

Asintió, tomado de la mano de Beth. Dejaría el castigo en manos de aquellos en los que confiaba. No la perdería de vista mientras le quedara vida para hacerlo.

Epílogo



La novedad llegó al castillo a media mañana, y de inmediato se organizó ida a la casa Carlisle. Isabella había comenzado el trabajo del parto al amanecer y todos querían estar presentes cuando llegara al mundo el tercero de los descendientes MacLaren.

—Espero que Harriet contenga a Penny en la cocina—murmuró Heather al descender—. Isabella no tolera bien el dolor, y va a atizarla con algo si la molesta por ello.

Gwen y Beth sonrieron y la siguieron, y detrás quedaron Hamish y Callum, que se dirigieron hacia donde Ewan daba vueltas sobre sí mismo, mesando su barba. El grito que sintieron apenas entraron a la casa les informó que la parturienta estaba en plena contracción.

La tía Margaret tenía un pañuelo en la nariz y estaba pálida. Heather fue hasta ella y apretó sus manos, y esta suspiró.

—Va a ser largo, eso dice la partera. Isabella está muy nerviosa… Se niega a quedarse quieta, dice que leyó en algún lado que moverse ayuda.

—Si puede hacerlo, no veo el problema—dijo Heather, distraída —. Cuando esté en el momento cúlmine, va a yacer, pujar y gritar.

Beth asintió. Había estado en los partos de su cuñada Nell, ayudado incluso, y sabía que era muy doloroso, largo en ocasiones.

Lo que había que hacer era calmar el entorno, que acá aparecía preocupado sin necesidad. Isabella era sana, estaba atendida por una comadrona, estaría bien.

Ewan entró entonces y se paró al lado de la escalera, escuchando. Luego de unos minutos, hubo un grito y una maldición, y él saltó. Beth se incorporó y fue a él, tocando su brazo, y le sonrió.

—Todo va a estar bien. Isabella está haciendo lo que debe, y duele, pero pasará y tendrán a su hijo en brazos. ¿Quieres un té?

Asintió, y suspiró, aunque no sonrió. Beth entendió y fue a la cocina. Penny estaba sentada junto a la mesa, con una taza entre las manos. La mujer gruñona que tanto había intimidado a Beth en otro tiempo le hizo un gesto con la cabeza.

—El agua ya está caliente —dijo—. Es lo único que puedo hacer, no me permiten ir. Pff. Se lo pierden, soy muy buena calmando.

Beth contuvo la risa y se dio la vuelta para disponer la tetera y las tazas.

—¿Y tú cómo estás?—dijo Penny.

Beth pensó un momento y luego la miró.

—Estoy bien. Pasó el susto, y que aquellos hombres hayan pagado me devolvió la calma.

—Dios les castigará, pero está muy bien que el pago sea en vida, sí, señor.

Asintió. No sentía más que tranquilidad y placer al saber que su hermano cumplía condena de por vida en una prisión lejana. Que se pudriera allá.

Lo pensaba con fría determinación. Había seres que no merecían ver la luz del día, respirar el aire de los demás. No solo por ella. Por Lucy y las demás que habían sufrido, a las que le había quitado voluntad, y la vida.

Su hermana estaba muerta, lo había averiguado la gente que respondía al duque de Elywood, y Beth pensaba que era lo mejor. El opio acabó con ella, y al hacerlo, la liberó.

Al menos le gustaba pensar eso. Toda amarra estaba cortada. Su familia era esta que cuidaba, velaba por los suyos.

Ashcroft, por otro lado… La noticia de su suicidio había llegado en una nota de prensa que el duque de Elywood anexó a una larga carta donde explicaba cómo se le investigó, se documentó su perversión, se encontraron testigos dispuestos a acusarlo.

El desplome vino en panfletos, luego en acusaciones formales. El cobarde eligió eliminarse para evitar el escarnio. La otra amenaza de su vida había desaparecido así.

Beth pensó en todo ello con distancia, mientras vertía el té, como si fueran hechos que ocurrieron a otra mujer. Ella estaba viva, sana, feliz. Una MacLaren por casamiento, aceptada y útil. Querida, y no solo por su esposo.

Avanzó con la bandeja hacia la sala justo cuando un grito más fuerte resonó. Ewan dio un paso hacia adelante, luego se detuvo. Beth le acercó el té. Él lo tomó con manos temblorosas.

—Gracias —murmuró.

Distribuyó tazas y se sentó con una. El tiempo pasó, la conversación fue y vino, las envolvió. Los gritos aumentaron y se hicieron más seguidos. Uno final hizo saltar a Ewan, que estaba ceniza, y fue seguido por el llanto del bebé.

No hubo alboroto inmediato. Hubo un segundo de incredulidad. Luego respiraciones que se soltaban a la vez.

—¡Nació, y es un niño! Saludable y con hambre—dijo la comadrona.

Ewan sopló y se precipitó escaleras arriba. Hamish y Callum festejaban el segundo MacLaren varón. Heather sonreía y tenía a su tía de la mano, las dos hablando bajito.

—¡Cómo ha cambiado nuestra vida, querida Heather! Te animaste, y nos mejoraste a todas—susurraba la mayor.

El desfile para conocer al recién nacido fue ordenado, y controlado por la comadrona y por una Penny inflexible.

—Un minuto y afuera, que la señora debe descansar.

Isabella estaba agotada, pero sonreía. Ewan a su lado, tocaba su cabello y tenía los ojos velados, mirando al pequeño bulto con maravilla. El pequeño dormía, envuelto, ajeno a todo.

Beth lo miró con una emoción serena, sin vértigo. Luego, descendió a la sala, y buscó a Hamish. Entonces sintió los brazos de su esposo rodeándola por detrás.

—Te quiero, querida mía—le susurró al oído.

Beth apoyó la espalda contra su pecho, segura, completa y sonrió al futuro. Este hombre, este clan, esta tierra, la recibieron y se lo dieron todo. Escocia no solo era tierra de bruma y libertad. Era hogar, amor, familia.

La historia de Alec y la herborista ya está en preventa, reserva aquí: rxe.me/TS428D

FIN

La serie continúa. Te cuento más:

Gracias por llegar hasta aquí. Crear la historia de Beth y de Hamish ha sido desafiante. No es una historia de aventuras espectaculares o pasiones fieras, no. Describe otro viaje, el que empieza desde las heridas, la desesperanza, y acompaña hasta la redención.
Una historia de amor, pero también de reparación, de pertenencia y de segundas oportunidades. Si algo deseo que quede contigo al cerrar este libro, es esa certeza: *hay lugares y personas capaces de devolvernos la paz.*
La historia de los MacLaren, sin embargo, aún no termina.

LO QUE VIENE EN LA SERIE:

Alec MacLaren será el próximo en reclamar su espacio. Ya has leído un poco de él.
RESERVA AQUÍ: rxe.me/TS428D



Y luego, **Gwen**. Inteligente, mordaz, dueña de una mirada que ve más de lo que dice, Gwen no espera ser elegida: ella elige. Su novela cerrará la serie con una historia de carácter, deseo y libertad, donde el amor no es concesión, sino encuentro entre iguales.
PREVENTA AQUÍ: rxe.me/X836KL



UN PEQUEÑO FAVOR

Si esta historia te emocionó, si conectaste con estos personajes o si sentiste que Escocia te abrió la puerta por un momento, tu **reseña** importa. Es la manera más directa de *apoyar* a las autoras independientes y de *ayudar* a que otras lectoras encuentren estas historias.
Gracias por leer. Nos reencontramos muy pronto, entre colinas, nombres antiguos y promesas que aún esperan cumplirse.

Isabella Abad